

CHITRA BANERJEE DIVAKARUNI

LA REINA DE LOS SUEÑOS



FICCIÓN



Autora de *La señora de las especias* y *Mi hermana del alma*

LA REINA DE LOS SUEÑOS

CHITRA BANERJEE DIVAKARUNI

Traducción de
Sonia Tapia



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mis tres hombres

Murthy

Anand

Ahh ay

todos soñadores

Lo que sabemos y lo que ignoramos son
como hermanos siameses, inseparables...

Confusión, confusión.

¿Quién es capaz de distinguir en realidad
entre el mar y lo que se refleja en él, o entre
la lluvia y la soledad?

HARUKO MURAKAMI,
Sputnik, mi amor

*Decimos «América, eres
magnífica» cuando queremos decir que
tenemos roto el corazón.*

REETIKA VAZIRANI,
«It's a Young Country»

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Anoche la serpiente vino a mí.

Me sorprendió, aunque hoy en día casi nada me sorprende.

Era más hermosa de lo que yo recordaba. Sus escamas verdes relucían como la lluvia en los plataneros del jardín que cuidábamos detrás de las cuevas de los sueños. Tal vez, a medida que me hago mayor, comienzo a percibir belleza donde antes nunca la hubiera buscado.

—Ha pasado mucho tiempo, amiga —le dije—, pero ya no te culpo.

Para demostrarme que ella tampoco me guardaba rencor, abrió mucho los ojos. Destellaron como la esquirla de un espejo al sol.

La última vez que se me había aparecido yo atravesaba un momento de grandes cambios, una época llena de posibilidades, en un principio, y luego de oscuridad. Desde entonces ella no había vuelto, aunque yo la había llamado a gritos hasta quedarme sin voz.

¿Por qué se presentaba ahora, cuando yo por fin había aceptado mis quebrantos y los tratos que había cerrado, cuando por fin había abierto los puños para dejar escapar todas las cosas que tanto anhelaba?

Su cuerpo irradiaba luz, una luz clara e intensa con tonos violáceos, como los de los Cipreses que bordean el Pacífico al caer la tarde. La observé durante un rato y supe que había venido a anunciar otro cambio.

Pero ¿qué cambio? Y ¿para quién?

No se trataba de un nacimiento. Rakhi no cometería ese error, siendo ya

madre soltera. Por otro lado, el comportamiento de esa niña resultaba del todo imprevisible.

¿Una unión, entonces? ¿Regresaría Rakhi con Sonny, como yo todavía esperaba? ¿O irrumpiría un nuevo hombre en su vida?

El resplandor de la serpiente se apagó gradualmente hasta adquirir el color de las algas en el agua, un reflejo tenue en el lógamo verdoso.

Lo que presagiaba era una muerte.

El corazón me palpitaba con fuerza, lento, arrítmico, con un latido artrítico que resonaba en todas las cavidades de mi cuerpo.

Que no sea Rakhi, que no sea Sonny, ni Jonaki. No dejes que sea mi marido, a quien tanto he fallado.

La serpiente, casi invisible, se retorció sin cesar. Jeroglíficos, nudos, enredos.

Entonces comprendí.

—¿Dolerá? —susurré—. ¿Dolerá mucho?

La serpiente batió la cola. El aire se había teñido del color de un viejo cable de telégrafo.

—¿Será rápido, por lo menos?

Sus escamas se agitaron en señal de afirmación. De algún lugar surgió una nube de humo para envolverla. ¿O quizá prefiguraba lo que había de venir?

—¿Sucederá pronto?

Los ojos le centellearon con ligera irritación. En el mundo que ella habitaba, «pronto» no significaba gran cosa. Una vez más, yo había formulado la pregunta incorrecta.

Comenzó a alejarse, serpenteando. Su lengua restallaba como un fino látigo rosado. Me acometió el absurdo deseo de tocarla.

—¡Espera! ¿Cómo debo prepararme?

Ella volvió hacia mí el óvalo plano de su cabeza. Yo tendí la mano. Su

lengua... Vaya, al tacto no era como un látigo en absoluto, sino suave y triste, como si estuviera hecha de seda vieja.

—No hay más preparación que la comprensión —creo que respondió.

—¿Qué debo comprender?

—La muerte supone un final, pero en ocasiones también un principio; una oportunidad de arreglar lo que has estropeado. ¿Recuerdas a qué me refiero?

Intenté recordar. Era como mirar a través de una ventana cubierta de escarcha. Las cuevas repletas de arena. Las lecciones. Las novicias aprendíamos a interpretar los sueños de los mendigos, los reyes, los santos. Ravana, Tunga-dhwaja, Narad Muni... Pero yo abandoné a medio camino.

La serpiente se desvanecía. Un pensamiento fluyó sobre mi piel como una exhalación.

—Pero sólo si aprovechas el momento. Sólo si...

Entonces desapareció.

RAKHI

Mi madre siempre dormía sola.

Nunca me había detenido a pensar en ello hasta que tenía unos ocho años. Simplemente formaba parte de mi rutina nocturna: ella me arropaba, se quedaba sentada durante un rato al borde de mi cama, alisándome el cabello con suavidad en la penumbra, tarareando. La segunda parte del ritual consistía en contar cuentos. Era yo quien se los inventaba. Trataban de Nina-Miki, una niña de mi edad que vivía en el planeta Agosolin III y llevaba una vida de increíbles aventuras. Yo habría preferido que los relatos se le ocurriesen a mi madre y transcurrieran en la India, donde ella se crio, una tierra que se me antojaba rodeada de insondables misterios. Pero, según mi madre, no conocía historias interesantes y la India no era tan misteriosa. Se trataba sólo de otro lugar, no muy diferente, en lo esencial, de California. Yo no estaba muy convencida, pero tampoco me inquietaba mucho. Las aventuras de Nina-Miki, aunque no esté bien que yo lo diga, eran fascinantes. Me enorgullecía de haberlas creado y de contar con mi madre, que sabía escuchar, como público.

Cuando terminaba el cuento, mi madre me daba un beso, sus labios frescos como la plata en mi frente.

—Ahora a dormir —susurraba al cerrar la puerta, antes de marcharse.

Sin embargo, yo permanecía despierta, escuchando el frufrú del suave algodón de su sari mientras avanzaba por el pasillo. Se detenía ante la puerta

del dormitorio de mi padre (así llamaba yo a la habitación grande y oscura del fondo de la casa, con su cama enorme, demasiado blanda, y la colcha con su dibujo irregular, resultado de haberla teñido después de anudarla). Luego oía el amistoso rumor de sus voces. Al cabo de unos momentos la puerta se cerraba, y los pasos de mi madre se alejaban. Caminaba deprisa y con seguridad, como un ciervo al internarse en un bosque, y el rumor que producía su ropa semejaba el de la brisa que sopla entre el follaje. Me mantenía atenta hasta que percibía el sonido de la puerta del cuarto de la costura, el suspiro de las bisagras. Luego, por fin me sumía en el mundo de chocolate y miel de mis sueños.

Aquellos años, yo soñaba mucho, a menudo sueños intensos y sofocantes. Me despertaba con el corazón tan acelerado que me parecía que iba a explotar. Cuando lograba moverme, recorría a tientas el oscuro pasillo. Las paredes se me figuraban toscas y desconocidas al tacto, rugosas como la piel de un dinosaurio. Yo no entendía por qué mi madre llamaba cuarto de costura a aquella habitación, ya que nunca cosía. Cuando abría la puerta suspirante, la veía en el suelo, de cara a la pared, cubierta con las mantas hasta la cabeza, tan quieta que por un momento me temía que estuviera muerta. No obstante, ella abría los ojos enseguida, como si me oliera del mismo modo que los animales huelen a sus crías. Yo intentaba meterme bajo sus mantas pero ella siempre me llevaba, con firmeza pero también con dulzura, de regreso a mi cama. Se acostaba conmigo y me acariciaba el pelo, y a veces, cuando la pesadilla me había perturbado más que de costumbre, recitaba unas palabras que yo no comprendía hasta que me dormía. Pero nunca se quedaba. Por la mañana, cuando yo me levantaba, la encontraba en la cocina, preparando huevos revueltos. El cuarto de costura estaba vacío. Nunca llegué a saber dónde guardaba las mantas. La moqueta nunca estaba aplastada como prueba de que alguien había pasado la noche allí.

Descubrí algo que me rompió los esquemas una tarde que fui a jugar a casa de una compañera. Era una ocasión extraordinaria porque, a pesar de la insistencia de mi madre, yo no me relacionaba mucho con los demás. Los niños de mi edad no me interesaban. Prefería seguir a mi madre por la casa, aunque a ella no le hacía mucha gracia. Con frecuencia la escuchaba hablar por teléfono desde detrás de la puerta, o la observaba cuando se sentaba en el sofá con los ojos cerrados y el entrecejo fruncido en señal de concentración. Me maravillaba su capacidad para permanecer tan quieta, tan absorta en sus pensamientos. Yo lo intenté alguna vez, pero sólo aguantaba unos minutos. Enseguida me hormigueaba todo el cuerpo.

Se me ha olvidado el nombre de la niña, así como el motivo por el que entramos en la habitación de sus padres, pero sí recuerdo que me advirtió que no saltara en la cama porque a ellos no les gustaba.

—¿Quieres decir que tu madre duerme aquí... con tu padre? —pregunté sorprendida y algo asqueada.

—Pues claro. ¿Es que tus padres no duermen juntos?

Agaché la cabeza con aire culpable, y ella me miró incrédula.

—Mira que sois raros —comentó.

A partir de entonces emprendí una seria investigación. Visité, una por una, las casas de todos los niños que conocía, que no eran muchos, y entre juegos, meriendas y programas de televisión, me enteraba de cómo dormían sus padres. Por fin me vi obligada a concluir que mi familia era, en efecto, muy rara.

Armada con mis estadísticas interrogué a mi madre.

Entonces realicé un segundo descubrimiento, el que durante años me acosaría, me corroería y me atormentaría.

Mi madre trabajaba como intérprete de sueños.

Me costó bastante obtener la información. A mi madre no le gustaba hablar de sí misma y, a lo largo de los años de mi infancia, había perfeccionado varios métodos para eludir mis preguntas. Esta vez, sin embargo, insistí.

—¿Por qué no duermes con papá? —pregunté repetidamente—. ¿O por lo menos conmigo, como hace la madre de Mallika con ella? ¿Es que no nos quieres?

Ella guardó silencio durante tanto rato que yo me disponía a repetir la pregunta. Pero entonces contestó:

—Sí que os quiero. —Se le notaba un deje de reticencia en la voz que le confería una cualidad quebradiza, como una capa de óxido—. No duermo contigo ni con tu padre porque mi trabajo consiste en soñar, y si hay alguien en la cama conmigo, no puedo llevarlo a cabo.

«Mi trabajo consiste en soñar.» Me repetí la frase una y otra vez, intrigada. No la entendía, pero ya me había enamorado de ella. Deseaba decírsela a alguien algún día. Y al mismo tiempo me asustaba. En cierto modo ponía a mi madre fuera de mi alcance.

—¿Eso qué significa? —inquirí en tono de enfado.

Mi madre adoptó una expresión que yo habría calificado de desesperada, si hubiera conocido el término.

—Que sueño los sueños de otras personas —respondió—, para ayudarlas a vivir sus vidas.

Yo seguía sin comprender, pero su rostro, pálido y crispado como un capullo, y sus manos, agarrotadas en el regazo, me disuadieron de continuar presionándola. ¿Acaso no había confesado lo más importante, que nos quería? Asentí con la cabeza como si estuviera satisfecha con su explicación.

Ella sonrió, no sin cierto alivio. Me abrazó, y yo noté todavía cierta tensión en sus hombros.

—Anda, piensa qué te apetece cenar —me indicó—. Si quieres puedes

ayudarme a cocinar.

Dejé que cambiara de tema y pedí raviolis. Nunca los había probado hasta aquella aciaga tarde en casa de mi compañera. En casa casi nunca tomábamos otra cosa que comida india; era el modo en que mi madre pretendía conservar su cultura. Jamás había preparado raviolis, pero buscó la receta en un libro. Nos pasamos el resto de la tarde amasando, cortando y rellenando la masa con queso. Los raviolis salieron grumosos y la cocina quedó hecha un desastre, con salsa por todas partes y trozos de queso esparcidos en el suelo, pero nosotras estábamos encantadas y orgullosísimas.

Mientras hervían los raviolis mi madre se volvió hacia mí.

—Rakhi, recuerda siempre que ser diferente no implica ser raro —me dijo, aunque yo no le había transmitido el comentario de mi compañera.

De cuando en cuando me sorprendía con salidas como ésta, que parecían aludir a cosas que no había modo alguno de que supiera. Sin embargo, su clarividencia no era infalible. Esto acarreó problemas con el tiempo, pues ella permaneció ajena a sucesos que yo esperaba que conociera, secretos que deseaba contarle pero cuya mera mención me resultaba insoportable.

Por ejemplo, la razón por la que dejé a Sonny.

Durante la cena mi padre admiró las creativas figuras que habíamos modelado y comentó que, además de delicioso, aquel plato era instructivo. Luego recogió los cacharros y limpió la cocina. Tras ponerse unos guantes de goma de color amarillo chillón frotó el fregadero con un potente producto de limpieza, canturreando una canción en hindi.

Mi padre era el ordenado de la familia, el metódico, el que siempre se mostraba amable, el apasionado de la música. Mi madre, reservada, terca, informal, era incapaz de entonar bien aunque le fuera la vida en ello. Yo quería seguir su ejemplo en todo.

—No es verdad —declararía mi padre años más tarde, cuando ella ya había muerto—. No me quería. No, en el fondo no me quería. Nunca me dejó acercarme a ella. Lo más hondo de su ser estaba reservado para los dioses o los demonios de sus sueños, quienesquiera que fuesen. Eso no lo compartió nunca con nadie. Ni siquiera contigo.

Y yo hube de reconocer que él también estaba en lo cierto.

Ella está pensando en el color verde. El verde de la selva profunda, verde dorado y gris, verde matizado con el plateado brumoso del alba, recubierto de una delicada pátina marrón; todos los colores de la arboleda de eucaliptos por la que ha paseado esta misma mañana. Está pensando en los colores que tendrá que mezclar para recrear ese verde, colores que no se asemejan al verde. No conoce cosa más cercana a la magia en ese mundo que la ha decepcionado una y otra vez con sus rutinarias y prosaicas costumbres. Hasta sus terrores son predecibles. Las decepciones impregnan el aire con su olor claro e inconfundible mucho antes de sobrevivir.

Mientras reflexiona sobre esto, saca la plancha de cristal que le sirve de paleta y un nuevo lienzo ya imprimado. Toca la superficie alisada; el olor le resulta tan familiar como el aliento de Jona. Vierte en la paleta amarillo de Nápoles y amarillo ocre, cobalto, cian y siena tostado, un poco de azul de Prusia para las sombras, y estudia la desconocida geometría del follaje. Su abundante cabellera negra, recogida sin clemencia con una de las viejas cintas de Jona, amenaza con soltarse y ensortijarse en torno a su rostro. Son engañosos esos rizos infantiles; junto con sus pómulos prominentes, su frente alta y tersa (ahora brillante por la concentración) y el pequeño lunar en el centro exacto de su labio inferior hechizan a los desconocidos induciéndolos a tomarla por una joven inocente, llena de vida y optimista, a quien nunca le ha acaecido la menor desgracia. Si la mirasen a los ojos, grandes, insondables, casi purpúreos (como la noche, como una magulladura reciente, como la flor de *aparajita* que su madre nunca le ha descrito), descubrirían

que estas impresiones no casan por completo con la realidad. No obstante, pocas personas se molestan en efectuar esta prueba, y todavía son menos las que saben cómo reaccionar. A Rakhi no le importa. Como le confesó en una ocasión a Belle, prefiere que no la comprendan.

El bosquecillo de eucaliptos estaba mojado cuando ella llegó esta mañana, cosa que la sorprendió. No había llovido cerca de su casa, aunque había bruma, como suele suceder en Berkeley. Sin embargo, entre los árboles se habían formado charcos que tuvo que sortear para no mojarse los zapatos. Y luego otra sorpresa: en la arboleda se encontró con un hombre. Esto no ocurría con frecuencia, y menos aún a esas horas tan tempranas. Estaba practicando Tai Chi.

Ella se había dirigido al bosque porque planeaba pintarlo, y eso la ponía nerviosa porque nunca había pintado árboles. Hasta ahora, la mayor parte de sus obras representaba su visión de la India, una India imaginaria, una India investigada mediante fotografías, puesto que ella nunca había estado allí. Pintaba templos, ciudades, mujeres en los mercados y conductores de autobuses a la hora de comer, pero árboles nunca, al menos como motivo principal. La noche anterior, sin embargo, decidió que necesitaba abordar un tema nuevo, algo que supusiese un desafío. Una idea de la que ya se estaba arrepintiendo.

Al principio se irritó al avistar al hombre. Quería toda la arboleda para sí sin nadie que absorbiese sus energías. Pero él estaba bastante alejado, de modo que al cabo de un rato dejó de importunarla su presencia. Se quedó observando sus movimientos limpios y submarinos y pensó: «Así es como la gente debería utilizar el cuerpo.» Desde lejos sus manos le parecieron hermosas. Iba vestido con ropa holgada, y el sol, que se filtraba vacilante entre las ramas de los eucaliptos, rodeaba su cabello negro de un halo iridiscente. Ella no alcanzaba a verle bien la cara, sólo un atisbo de su tez

aceitunada y sus pómulos salientes. Se preguntó por un instante quién sería, también le corría sangre india por las venas. Le entraron ganas de acercarse para contemplarle el rostro. Notaba un hormigueo en la planta de los pies, precursor del deseo, una sensación que ella creía haber dejado atrás cuando su matrimonio se fue a pique. Cerró los ojos para dominarla. Ahora había madurado, era madre. Sabía por experiencia que el hormigueo conducía en línea recta al desastre, y ya había lidiado con bastantes problemas en su vida.

Coloca el lienzo en el caballete y aprieta los tornillos para fijarlo. Moja un pincel en pintura y realiza ese primer trazo puro sobre el fondo virgen. En este momento cualquier cosa es posible.

Suena el teléfono.

Se pregunta, disgustada, quién la llama. Belle sabe que no hay que molestarla por las mañanas, que es cuando pinta. Su madre en teoría está ocupada con sus clientes, y su padre, en el trabajo. Además, él sólo la telefonea cuando se emborracha, los fines de semana.

Ella aguarda impaciente, mientras los timbrazos se suceden, a que salte el contestador. Una voz comienza a dejar un mensaje. El teléfono está guardado en un armario en el otro extremo del apartamento (siempre lo mete allí cuando se pone a pintar), de manera que ella no logra distinguir las palabras. Pero reconoce la voz.

Es Sonny.

¡Debería haberlo imaginado! Se apodera de ella una tensión que comienza en las pantorrillas y le sube por el cuerpo hasta las puntas de los dedos. Agarra el pincel con mayor firmeza. «Me niego a interrumpir mi trabajo por él.» Pero lo cierto es que ahora mismo no lo interrumpiría por nadie.

Intentó explicárselo a Sonny una vez: en ciertos momentos los colores

toman posesión de sus ojos, de sus manos, y ella debe entregar su cuerpo a ese ritmo. Hasta que el movimiento se lleva a cabo, ninguna otra cosa importa.

No había esperado que él, que no era artista, lo comprendiera.

Estaban sentados a la mesa, terminando de cenar. Él hojeaba una revista de música mientras comía. Ella nunca se acuerda de los nombres de las revistas de Sonny, excepto el *Playboy*, por el que se pelearon en una ocasión. Él daba pequeños mordiscos al *sandesh* que ella había preparado. En ese entonces todavía preparaba comidas elaboradas: aperitivos, *rotis* frescos, platos al curry con salsa de almendras, postres tradicionales indios que requerían que desplegara sus dotes culinarias durante horas. Él se sacudía con cuidado las dulces migas blancas de los dedos entre bocado y bocado. A ella nunca cesaba de asombrarle que un hombre como él, tan dionisiaco en lo relativo a sus otros apetitos, observase unos modales tan refinados a la mesa. Llevaba callado tanto tiempo que Rakhi pensó que no la había oído. Sonny se distraía a menudo, perdido en algún rincón de su mente. O quizá no tenía nada que decir. Sin embargo, mientras ella se llevaba los platos al fregadero, murmuró:

—Es como hacer el amor con alguien, ¿no?

La exactitud de la comparación la dejó sin habla. Sonny le impartía de vez en cuando una lección de humildad, revelándole detalles invisibles de ella misma, expresando lo que a ella se le antojaba inefable. Era una de las cosas que le gustaban de él antes de aquella noche en que todo se vino abajo.

En cuanto formula la frase en su cerebro se percata de que no es verdad. Una relación no se echa a perder en una noche, como la leche. Durante un tiempo se produjeron varias señales, pero ella se resistía a verlas. Había dado vueltas y vueltas en torno al molino de su vida, de la que tan enamorada estaba, como los bueyes con anteojeras que aparecían en la fotografía de un poblado de India. Pero a los toros se les perdona la ceguera. Ella jamás se ha

perdonado la suya. Por eso ahora se le tensan las pantorrillas cuando Sonny llama, y le duele la garganta como si se le hubiera clavado una espina de pescado.

Termina una serie de trazos, deja el pincel en un bote de aguarrás y escoge otro. Añade colores, contornos. Diluye la pintura con cuidado con aceite de linaza a fin de acentuar la fluidez de los perfiles. Cuando los bordes se corren unos sobre otros para crear formas imprevistas, ella experimenta en el cuero cabelludo un cosquilleo de placer.

Pero el teléfono suena de nuevo, justo cuando ella necesita toda su concentración.

Si es Sonny otra vez, se va a enterar.

Pero en esta ocasión oye una voz de mujer. Aunque no la identifica, pues las puertas del armario la mitigan, a ella le resulta muy familiar.

Advierte la ansiedad arenosa y violácea en el tono. El mundo entero, el yin y el yang, conspiran hoy contra ella. Bueno, pues la mujer también tendrá que esperar.

Todavía no ha terminado la primera capa del cuadro, un árbol en primer plano, con textura de hojas y corteza pelada. El sol brilla en el borde como un recuerdo incierto. La brisa libera el polen de las grandes flores del eucalipto en la esquina izquierda. Rakhi fija la vista en el caballete, intentando sentir la vida bajo las pinceladas. Por debajo de lo que ha hecho, aguardan otras capas. Nuevos colores que introducir. Marfil, negro, bermellón, un toque de sal marina para conferir peso al aire. Toca con cautela la esquina inferior derecha. Allí falta algo. ¿Tal vez...? No lo había planeado, pero de pronto decide pintar al hombre de las manos hermosas.

No obstante, las llamadas telefónicas han obrado su efecto, despertando la

voz susurrante que habita en su cráneo. «¿Y si Sonny la ha llamado para comunicarle algo sobre Jona, que se ha quedado con él esta semana? — pregunta la voz—. ¿Y si la segunda llamada era del colegio de Jona? ¿Y si le ha pasado algo terrible? Si fueras una buena madre —agrega con desaprobación—, lo dejarías todo ahora mismo para ir a enterarte.» La voz susurrante evoca catástrofes tras sus párpados cerrados, ocasionándole un temblor en la mano.

Si continúa pintando, arruinará toda la composición.

Ella deja la pintura y se dirige al armario donde la aguarda el contestador automático, parpadeando con su malicioso ojo de cíclope. Pulsa el botón y le cruza la mente una frase de una película: «La vida interfiere en el arte.»

«Eso viene a definir mi existencia», piensa.

Aun así, como le ha asegurado a Belle, no se queja. En comparación con la situación en que se hallaba tres años atrás, cuando acababa de marcharse de casa y esperaba la sentencia de divorcio, su vida es ahora un camino de rosas.

En aquellos tiempos Sonny la llamaba a su apartamento todas las mañanas. Sus mensajes, exasperantes y farragosos, apenas variaban. Él no comprendía por qué lo trataba así. No sabía en qué le había fallado, pero lo lamentaba muchísimo. Habían cometido un terrible error (en realidad quería decir que ella había cometido un terrible error); necesitaban volver a estar juntos. Él la adoraba. Y empleaba su tono más lastimero para provocarle un sentimiento de culpa.

—Yo no contestaba —le contó a Belle—, pero él sabía que yo estaba allí, escuchando. Sabía que ya no sería capaz de pintar algo decente en todo el día. Cuando llevaba un mes recibiendo esas llamadas, estaba dispuesta a matarlo.

—¿Y entonces qué pasó? —inquirió Belle.

—Dejó de llamar.

—¿Así, sin más?

—Sí. —Pero en el fondo se preguntaba, como se había preguntado a menudo, si su madre no habría metido cuchara en el asunto.

El mensaje de Sonny dice: «Queridísima Riks, te llamo para informarte de que Jo y yo nos vamos a la costa, a Mendocino. Según Paul, hay un banco de ballenas, incluso algunas azules. Nos ha invitado a alojarnos con él un par de días y tal vez saldremos en su barco. Jo perderá unos días de colegio, pero estoy seguro de que no te parecerá mal. Va a aprender cosas más importantes en la gran universidad de la vida.»

Ella detesta que Sonny le suelte tópicos como aquél. Él lo sabe. Por eso los deja caer, para incordiar. Y también sabe otras cosas: que a Rakhi no le gusta que Jona pierda días de colegio (su hija ya lleva una vida bastante inestable). No guarda una opinión muy buena de Paul, que como fotógrafo no está mal pero que fuma demasiada hierba como para confiarle un barco o una niña. Detesta que Sonny perturbe la rutina que tanto se ha esforzado por establecer para Jona y para sí, y que exponga a su hija a peligros tanto físicos como morales. Y todo ello sin pedirle permiso.

«Está bien, está bien —piensa—. No nos pongamos melodramáticos.»

«Lo que te da miedo es que Jona se divierta demasiado con Sonny —interviene la voz susurrante, que jamás pierde ocasión—. Temes que no quiera regresar contigo.»

«Ya hablaremos tú y yo luego», responde ella.

El segundo mensaje es de Belle: «Rikki, por favor, por favor, por favor, baja ahora mismo al salón de té. Ha pasado algo terrible.»

Rakhi suspira. Quiere mucho a Belle (también conocida como Balwant Kaur, aunque ni siquiera a sus padres se les permite llamarla así), siempre la ha querido, ya desde que compartían habitación cuando cursaban el primer

año de estudios en Berkeley. Se han consolado la una a la otra y se han ayudado a sobrellevar problemas amorosos, suspensos, brotes de gripe y las presiones que sólo los padres hindúes saben ejercer sobre sus hijos. Se han prestado dinero y ropa interior, ánimos y carmín. Se sostenían la cabeza la una a la otra cuando vomitaban por haber bebido demasiado en fiestas a las que no debían haber acudido. Se han confesado cosas que nunca se han atrevido a contar a nadie, y cada una se ha redescubierto a sí misma a través de los ojos de la otra. Han pasado noches enteras hablando de que a veces Rakhi se siente demasiado estadounidense, de que a Belle le encantaría despojarse de los últimos vestigios de su naturaleza hindú. Rakhi cree que, sin Belle, no habría sobrevivido a su divorcio. Belle conoce sus puntos débiles, su terquedad, su suspicacia, su pasión por el arte y su temor a no llegar a ser lo bastante buena como artista; lo mucho que le cuesta cambiar de opinión; la desazón que le producen los misterios sin resolver; lo mucho que odia a Sonny y lo mucho que quiere a su madre, y hasta qué punto los dos la sacan de quicio. Rakhi acepta el desenfreno de Belle, la inquietud que con frecuencia se adueña de ella, como si algo le corroyera las entrañas; su manía de cambiar de novio antes de que llegue a ser importante para ella; sus peleas constantes con sus padres, buena gente del campo, pero desconcertada ante el comportamiento de su hija, caprichosa como un colibrí, que se niega a volver a la seguridad de su nido sij. Sabe que a Belle le encanta el salón de té y le encanta el drama, una combinación que a menudo la impulsa a caer en la exageración.

«Seguramente se habrá estropeado otra vez la máquina de café», piensa Rakhi. Aun así, se quita la bata que utiliza para pintar y sólo se entretiene en meter los pinceles en un tarro en el fregadero.

La pequeña cocina se encuentra en su habitual estado de desorden, fruto del fracaso de unas buenas intenciones. Los platos de la cena están sucios.

Las semillas de *mung* que ella, con virtuosa determinación, dejó en remojo hace tres días, con intenciones de preparar un *dal*, han empezado a germinar. Habrá de telefonar a su madre para averiguar si las semillas de *mung* germinadas son aprovechables. Sobre la mesa del comedor se apilan libros de la biblioteca y catálogos de arte, junto a un enorme cuenco azul lleno de albaricoques del árbol de su casera y facturas sin pagar. (Ah, la banalidad de las facturas: otra maldición en la vida del artista.) Junto a la pared occidental hay un cuadro al óleo casi terminado: atardecer en las cumbres del Kanchenjunga. Lo ha dejado allí para examinarlo de vez en cuando y determinar qué hay que añadir. Las medias y las zapatillas de ballet de Jona se encuentran junto a la ventana, al lado del aguacate que ésta plantó en la jarra favorita de Rakhi. La pared orientada está reservada para las obras de Jona, dibujos multicolores de enanos con ojos profundos, pintados de negro.

A Rakhi le complace el cómodo caos en que vive, con sus objetos más queridos arracimados en torno a ella, protegiéndola como un chal contra la naturaleza invernal del mundo. Le sorprende (cuando piensa en ello, cosa que procura evitar la mayor parte del tiempo) haberse convertido, tras su boda con Sonny, en un ama de casa tan meticulosa, capaz de recriminarle con amarga vehemencia que no recogiese las toallas mojadas del suelo del baño o dejase sin tapar los tubos de dentífrico. La invade cierto pesar cuando recuerda aquella época, aquella personalidad. La ansiosa personalidad de la esposa que deseaba tantas cosas y siempre iba inclinada como si la perfección se hallase unos pasos más adelante. Ni siquiera sospechaba entonces que la perfección no conduce inevitablemente a la felicidad.

«¿Y ahora has descubierto que la felicidad reside en habitaciones desordenadas?», se burla la voz susurrante.

«Mañana —se dice Rakhi acercándose a la puerta. El rostro se le contrae en un gesto de dolor al pisar una pieza puntiaguda de Lego camuflada en la

moqueta—. Mañana hago limpieza. Tengo que ser un buen ejemplo para Jona. Incluso pasaré la aspiradora.»

«Sí, claro», responde la voz.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Anoche soñé que se rompía una cadena de oro. Oía el chasquido de los eslabones, chas, chas, como huesos de pollo. Me desperté a las tres de la madrugada. Me dolían los tendones de la espalda de tanto esforzarme por mantener unida la cadena. Sabía que ya no conciliaría el sueño de nuevo.

Salí al rellano y contemplé la media luna. Al abrir la ventana aspiré la fragancia del hinojo silvestre que impregnaba la noche, a pesar de que el hinojo no crece cerca de nuestra casa. Las ancianas sostenían que el hinojo sana las heridas internas. Lo cultivábamos en las cuevas y se lo administrábamos a los soñadores que recurrían a nosotros. ¿Cabía interpretar ese olor como un signo esperanzador?

Sin embargo, en aquel momento el viento cambió de dirección y ahora olía a pescado salado. Me senté en la cama vacía de la habitación de Rakhi, donde duerme con Jonaki cuando viene a verme. Toqué la almohada para consolarme un poco. Estaba caliente. En los momentos difíciles las ancianas recitaban fragmentos del *Brihat Swapna Sarita*. Entonces yo intenté seguir su ejemplo, aunque se me han olvidado muchos de los cantos:

El sueño acude heraldo de la alegría.

Doy la bienvenida al sueño.

El sueño acude, heraldo de la pena.

Doy la bienvenida al sueño.

El sueño es un espejo que me muestra mi belleza.

Bendito sea el sueño.

El sueño es un espejo que me muestra mi fealdad.

Bendito sea el sueño.

Mi vida no es sino un sueño

desde el cual despertaré a la muerte,

que no es sino un sueño de vida.

Aun así, por la mañana, cuando mi marido se ha marchado a trabajar y viene la mujer (como yo esperaba), no me resulta más fácil comunicarle la noticia.

Es más vieja de lo que yo pensaba, con el cabello corto y rizado vetado de gris, y arrugas marcadas en las comisuras de los ojos.

—Estamos pensando en tener un hijo —dice—. Sólo llevamos un año casados, pero nos conocimos tarde y nos estamos haciendo mayores. Por eso he venido a verla. Me han asegurado que usted sabrá determinar si es para mí un buen momento o no.

—¿Ha tenido algún sueño últimamente? —pregunto—. ¿Algún sueño que recuerde?

—He soñado dos veces con la falda de una colina —contesta—. Con la hierba agitada por el viento.

Le pregunto de qué color era la hierba, si estaba viva o seca, pero la mujer no se acuerda.

A lo lejos se vislumbraba una luz. Ella sabía que era la luz de su casa, que brillaba dándole la bienvenida, pero no encontraba el camino. Había espinas que le arañaban los pies.

—¿Le hacían daño?

—Sí, pero no sangro —responde. Algo en su voz me suplica que le infunda esperanzas.

Entonces, en mitad de la cuesta, aparecía su marido y le tendía la mano. La

preocupación que se leía en sus ojos proclamaba cuánto la quería. Ella adopta un tono de timidez y agradecimiento cuando me cuenta esto.

Ella alargaba la mano hacia él y, milagrosamente, sus dedos se tocaban. Pero ya no se trataba de su marido. La cara del hombre era la de un desconocido, de aspecto peligroso y atractivo.

—¿Cómo iba vestido?

Ella arruga la frente.

—Con un abrigo o un chal, me parece.

—¿Era gris, como la niebla? ¿Era blanco, como los huesos?

—Tal vez... —titubea ella, y acto seguido baja la vista.

—Yo deseaba a ese hombre más que nada en el mundo. Estaba dispuesta a abandonar a mi marido para irme con él. El deseo era tan intenso como si alguien me hubiera apuñalado con un cuchillo. El estómago me dolía incluso cuando me desperté.

¿Cómo decirle que el cáncer ha comenzado a extender su telaraña en su interior? Pronto el dolor será tan agudo que la mitad de su ser ansiará la muerte mientras la otra mitad pugna por escapar de ella. Y a su marido, paralizado por su propia pena, le faltarán fuerzas para ayudarla.

—¿Quién era el desconocido? —inquire la mujer.

Las ancianas, que se oponían rotundamente a la ocultación de la verdad, se lo habrían revelado. Pero yo me aparté de su tradición hace mucho tiempo.

—El sueño es una advertencia —asevero—, para que cuide más de su salud.

—¿Sí? —pregunta ella, dudosa—. ¿Eso significa? Pero si me cuido mucho. Hago ejercicio, tomo vitaminas y leche de soja en polvo, practico la autoexploración de las mamas, y demás. Creo que estoy muy sana.

—Yo le recomendaría que pidiese hora al médico enseguida.

—Pero ¿y lo que le he preguntado? ¿Deberíamos tener un hijo o no? ¿Es el

momento propicio?

Me agarra de las manos. Yo le miro las suyas. Pálidas, sin circulación, frías como la tierra de una tumba. Pero sólo yo lo las veo así.

Me obligo a sonreír y a decir:

—No sirve de nada preocuparse, y no sirve de nada esperar.

Que la proximidad les brinde alguna alegría. Quién sabe, tal vez refuerce los vínculos entre ellos para que no se rompan tan deprisa. Ya me he equivocado antes al interpretar un sueño, aunque no muchas veces.

—Pero vaya al médico de todas formas. Que le haga un chequeo general.
¿Me lo promete?

—¡Es usted peor que mi madre! Está bien, lo prometo. Gracias.
Muchísimas gracias.

Al llegar a la puerta se vuelve, con un brillo diamantino en los ojos.

—Si es una niña, la llamaremos como usted.

RAKHI

Noto la ansiedad de Belle incluso antes de entrar en la Chai House, incluso antes de verle la cara. La lleva escrita en la espalda, tensa como un animal en peligro, y en su pelo, generalmente recogido en una pulcra cola de caballo, que ahora cae enmarañado sobre sus hombros. A pesar de todo manipula con todo cuidado los bollos que está colocando en la bandeja: bollos de chocolate, de arándanos, de salvado, de zanahoria, de almendra. Componen un cálido mosaico de tonalidades naranjas y marrones, moteado con el sorprendente morado de las bayas. Junto a ellos hay suizos glaseados con limón y una bandeja repleta de las galletas de azúcar y canela que hemos bautizado como las Rompedietas de Delhi. Ya desde la calle se percibía el aroma a café cargado y a pan recién horneado.

En cierta ocasión le comenté a mi madre que mientras hubiera pan recién horneado en este mundo, no todo estará perdido.

Ella asintió con la cabeza, pero yo supe leer en su mirada: «Mi pobre Rakhi. ¡Mira que depositar tanta fe en el pan!»

Hay algo que jamás he logrado dilucidar: ¿soy yo una ingenua, o mi madre una escéptica?

Respiro profundamente. Ingenua o no, este sitio me encanta. Y me considero afortunada de que exista, porque si no fuera por este salón de té, quizá Jona no estaría conmigo.

Atravesé un momento de incertidumbre mientras batallábamos por la custodia con una fiereza insólita. A mí no se me había pasado por la cabeza

que Sonny quisiera tomar a su cargo a una niña de tres años que ni siquiera sabía ir al retrete sola. Sin embargo, él reaccionó de un modo que yo no esperaba en absoluto. Su abogado alegó elocuentemente que Sonny en cuanto disc jockey número uno de un popular club nocturno, estaba en mejores condiciones de garantizar el sustento de Jona que yo. Sin embargo, la Chai House inclinó la balanza a mi favor. De lo contrario, Jona habría pasado tres semanas de cada cuatro al cuidado de Sonny El Exasperante.

Me quedé un momento fuera del bar, disfrutando de la vista. Belle y yo lo habíamos invertido todo en la Chai House (toda nuestra creatividad, así como el poco dinero de que disponíamos) para transformar un establecimiento ruinoso en algo especial. Nosotras mismas pintamos las paredes en tonos melocotón. Adquirimos las sillas talladas (prácticamente unas antigüedades, según Belle) en una liquidación. Yo descubrí las dos mecedoras de arce, ambas con su reposapiés a juego, en el mercado callejero de Ashby. Instaladas en un rincón, se han convertido en las favoritas de los clientes que vienen solos. Pero yo nunca me siento en ellas. Terminé de restaurarlas durante las largas tardes que siguieron a mi divorcio, y todavía me parece que conservan el olor de aquella época, aquella triste combinación de libertad y miedo.

En un nicho de la pared estaban los estantes con libros que los clientes podían llevarse gratis, siempre y cuando dejaran otros en su lugar; allí, Paul Auster y Dean Ornish se codeaban con Mary Higgins Clark y Salman Rushdie. Junto a la estantería, una alfombra delimitaba la zona infantil, cubierta de bloques de construcción y marionetas confeccionadas con viejos saris de seda (contribución de mi madre), sobre las que Jona se abalanzaba cada vez que venía. Al lado de la puerta estaba el tablón de anuncios en el que los clientes fijaban avisos de trastos viejos, clases de baile, animales que necesitaban un hogar y seres humanos que necesitaban pareja. En puntos

estratégicos y yo había colgado mis propios cuadros. La luz incidía sobre ellos de tal modo que los jardines Mughal se convertían en joyas, y las gotas de agua en la piel de los elefantes que se bañaban despedían destellos. Detrás del mostrador relucían gigantescos tarros con letras pintadas que especificaban la variedad de café que contenían: Sumatra, Ootacamund, Peruano orgánico, Blue Mountain jamaicano. En los grandes paneles situados encima, Belle escribía el menú de cada día con su mejor caligrafía en cursiva.

«Estilo casero, pero con más estilo del que haya tenido nunca una casa», solía decir Belle. Yo me reía, pero en el fondo estaba de acuerdo.

Hubo otro aspecto en que la Chai House me salvó durante los oscuros meses posteriores al divorcio, cuando yo no cesaba de preguntarme si no habría cometido un error terrible, como mucha gente se apresuró a afirmar. Temía haber echado por tierra las posibilidades de Jona de vivir una infancia feliz al separarla de su amante padre. Yo intentaba consolarme pensando que la gente no conocía toda la verdad. Ellos no habían convivido con Sonny, no lo habían visto alzar la cabeza aquella noche en la fiesta para mirarme con los ojos vidriosos, sin reconocermme. Pero yo tampoco estaba tan segura. A Sonny lo querían muchas personas, entre ellas mi propia madre. ¿Cómo era posible que se equivocaran todos y yo tuviera razón? En aquellas noches de inquietud en que me asaltaban tantas dudas, la Chai House me brindaba algo tangible a lo que aferrarme, algo que era exactamente lo que parecía, ni más ni menos. Gracias a que me encargaba del establecimiento, por lo menos una parte de mi vida funcionaba.

Tal vez resulte significativo que lo primero que conseguí pintar después del divorcio fuera una escena del interior del bar. Me costó tres meses de agonía y no quedó muy bien, pero por lo menos terminé el cuadro sin tirarlo a la basura, como había hecho con todos los demás. Lo colgué en mi habitación, junto a un dibujo de Jona. Los días malos me reconfortaba con su

solidez. En aquella época lo único que me motivaba a levantarme de la cama era la certeza de que sin mí, mi bar y mi hija no sobrevivirían.

La campanilla de la puerta anuncia mi entrada, y Belle se vuelve hacia mí.

—¡Por fin has llegado, Rikki! ¡Gracias a Dios! —Se limpia las manos en el delantal y se apresura a agarrarme del brazo—. Siento muchísimo molestarte, ya sé que las mañanas son sagradas para tu pintura...

Mala señal. La última vez que Belle me pidió disculpas fue cuando se puso mi único traje de noche para irse a bailar y le desgarró todo el costado. Aquello sucedió la tarde anterior a mi gran cita con Sonny, cuando planeaba pedirme que me casara con él. E incluso entonces no se trató de una disculpa sincera, porque más tarde declaró que lo había roto a propósito, en un vano intento por salvarme de mí misma.

—No te preocupes —contesto con recelo—. ¿Qué ha pasado?

Por toda respuesta, Belle me lleva al escaparate principal y apunta con un dedo rematado con pintura de uñas de color fucsia, que le tiembla de un modo harto elocuente.

Yo me aparto de las hojas de las numerosas y lozanas plantas que descansan sobre la repisa de la ventana (regalos con que los clientes nos han obsequiado a lo largo de los años que lleva abierto el local) y dirijo la vista a la calle. Allí está Easels, cuyo propietario, el señor Jamison, me vende los artículos de pintura a precio de buen vecino. El Estrella, el restaurante mexicano que regenta la familia Soto. Y Purple Jam, tienda de cintas y CD de segunda mano y que está siempre atestado de gente joven con los atuendos y peinados más provocativos.

Belle puso los ojos en blanco cuando le hablé de ello.

«Te estás haciendo vieja —comentó—. Además, seguramente ellos

piensan que la que va vestida de forma provocativa eres tú. Provocativamente pasada de moda, quiero decir.»

¿Qué otra cosa cabía esperar de alguien cuya prenda favorita era un vestido cortísimo de lentejuelas rojas sin espalda y que recientemente se había practicado un doble *piercing* en el ombligo?

En la acera, justo enfrente de nosotras, está el puesto de flores de Marisa, que hoy luce un arreglo de tulipanes de un color amarillo increíble. Tres estudiantes, provistos de tazas de café de color azul oscuro (¡nuestras!) aguardan en la parada al autobús 51, que los llevará a la universidad. Dos madres en chándal charlan entre sí mientras empujan sendos cochecitos. En el cruce, un hombre reparte folletos publicitarios rosados. Marco, el vagabundo que vive en People's Park y viene al final del día para comprarnos baratos los bollos que nos hayan sobrado (se niega a llevárselos gratis), está guardando su guitarra en un funda.

—No veo nada fuera de lo normal —replico. Me gusta la composición: los tulipanes de Marisa forman una cuña de color limón que contrasta con el cálido beige de la pared del restaurante; el sol de la mañana destaca la textura de los ladrillos, las sombras sutiles. Empiezo a componer mentalmente un cuadro.

—No estás prestando atención —me acusa Belle—. Estás pensando en pintar algo, ¿a que sí? —Da un golpecito en el cristal con el dedo—. ¡Fíjate bien! ¡Mira allí!

Entonces caigo en la cuenta. El local de la esquina (un emplazamiento muy codiciado), que llevaba vacío desde que la señora Levy cerró su bar para jubilarse el mes pasado, ya no está vacío. La fachada continúa igual, pero dentro hay gente, personas uniformadas, limpiando y poniendo orden. Los uniformes, de un elegante verde oliva, me resultan vagamente familiares. ¿Dónde los he visto antes? En ese momento se acerca un camión. Unos

hombres se ponen a descargar mesas y sillas, así como cajas de varios tamaños. Una de las empleadas sale del local a supervisar. Es alta y delgada, de pómulos fascinantes y cabello rubio platino. El uniforme verde oliva le sienta como si se lo hubieran confeccionado a medida. Enseguida comprendo que no es el caso, por supuesto, pues identifico el uniforme como aquel que llevan los cincuenta y cinco mil empleados que trabajan en todo el país para Java.

—Exacto —dice Belle con sombría satisfacción—. El mes pasado apareció un artículo sobre ellos en el *Business Week*, ¿te acuerdas? Te leí algunos párrafos. «Java es la cadena de cafeterías del país que más rápidamente crece —recita—. Conocida por su política de abrir nuevos establecimientos en la vecindad de otras cafeterías para arrebatárselas a sus clientes con promociones y precios muy competitivos. Después de sólo tres años de actividad, acapara el sesenta y siete por ciento del mercado norteamericano. “Eso no es nada —declara el director Jeff Norfolk, con su modestia característica—. Pretendemos controlar el cien por cien.”»

Belle posee el dudoso don de una memoria prodigiosa. Yo, por el contrario, prefiero olvidar las cosas desagradables lo antes posible. Cuanto más piensas en ellas, le repito constantemente, más fuerza psíquica te absorben y más poder adquieren.

Pero ni siquiera yo puedo ocultar la cabeza como un avestruz en esta situación.

—Más nos vale tirar ya la toalla —murmura Belle, abatida—. Mejor vendemos antes de que nos echen. Siete años rompiéndonos los cuernos y sudando sangre para que se vaya todo ahora al garete. Bueno, supongo que es lo que hay.

Se me ocurre recordarle a Belle que sólo llevábamos cinco años con la

Chai House, pero me lo pienso mejor. Además, está en lo cierto respecto a lo de sudar sangre.

—Siempre me queda la opción de regresar a Turlock —prosigue ella— y ayudar a mis padres en la tienda de comestibles. Ellos se pondrán contentísimos. No estaban muy convencidos de que me conviniese vivir en el Bay Area. Seguramente concertarán mi matrimonio con uno de los honrados granjeros indios a los que les compran los productos. Siempre andan a vueltas con que quieren presentármelos.

—No perdamos la calma.

—Ya me estoy viendo: dentro de diez años, hecha una bola de grasa, ataviada con un *salwaar kameez* de poliéster, con una reata de mocosos agarrados a mi *dupatta*, preparando *makhi ki rotis* para mi familia política...

—Belle, tú no sabes preparar *roti* ni ningún otro plato indio. Además, nunca te he visto llevar ropa remotamente parecida a un *salwaar kameez*...

—Exacto —exclama ella, y se echa a llorar.

—¡Cálmate! —insisto, pero advierto que, por debajo de todos sus ademanes dramáticos, esta vez Belle está preocupada de verdad. La Chai House significa para ella incluso más que para mí. Fue ella quien concibió la idea. Todavía recuerdo el día que llegó a mi casa (yo todavía estaba casada) blandiendo excitadísima un fajo de papeles. Había sopesado todas las posibilidades mientras yo cuidaba de Jona. Arropada en mi éxtasis doméstico, vacilé en aceptar su propuesta. Estaba muy ocupada atendiendo a un marido y una hija, le expliqué, por no mencionar mi pintura. Lo que menos necesitaba era el estrés que implicaba llevar un negocio. Pero ella no se rindió. «Piensa en lo divertido que sería. No tendríamos que trabajar para nadie. Es algo con lo que siempre he soñado.» A fin de pagar la entrada del local, convenció a sus padres de que le prestaran el dinero que habían ahorrado para su boda. Los padres accedieron, pero de muy mala gana. No

creían en la capacidad de Belle (ni en la mía) para mantener un negocio a flote. Incluso ahora, cuando nos llaman y nos preguntan qué tal nos va, se les nota la aprensión en la voz. Tal vez por eso Belle trabaja tanto, para demostrar que se equivocan.

A Sonny tampoco le entusiasmó la perspectiva. No quería que me metiera en algo que embargase mi atención mientras Jona fuese todavía un bebé. Yo confiaba en que mis padres (mi madre, en realidad; mi padre rara vez expresaba su opinión sobre cuestiones referentes a mi vida) se pusieran de su parte, pero mi madre me sorprendió.

«La mujeres necesitamos tener algo propio para ser independientes — aseveró con inesperada vehemencia—, algo que nos dé una sensación de valía personal, algo en lo que apoyarnos, en caso necesario.»

¿Habría intuido ella de alguna forma lo que me deparaba el futuro? Me facilitó, sin revelarme de dónde la había sacado, una importante suma de dinero, lo suficiente para comprar todo lo que necesitábamos para empezar, y se ofreció a cuidar de Jona.

El pánico es contagioso. «¿Y si perdemos la Chai House?», pienso, muy a mi pesar. Se me llena la boca de un fluido amargo, me sudan las manos. Tanto tiempo, tanto dinero, todas mis esperanzas..., todo perdido. Pero eso es lo de menos. Me resultará imposible ocultar algo tan gordo a Sonny El Halcón. Esto le proporcionará lo que lleva esperando todo este tiempo: la ocasión de arrebatarme a Jona.

Belle se enjuga los ojos. Salta a la vista que se le ha ocurrido una idea.

—¡Llamemos a tu madre! —exclama—. Seguro que ella sabrá lo que hay que hacer.

—¡No! —Me lanzo hacia el teléfono, pero ella ya está marcando.

Comunica.

Belle me tiende decepcionada el auricular con estrictas instrucciones de telefonar cada dos minutos hasta que se desocupe la línea. Luego se marcha a recoger el resto de los bollos.

Belle se convirtió en una gran admiradora de mi madre —tal vez «adapta» sea una palabra más adecuada— cuando ésta le interpretó un sueño. Yo nunca llegué a enterarme de los detalles, porque mi madre observa una discreción absoluta respecto a lo que le cuenta la gente que acude a ella. Sospecho que el sueño estaba relacionado con el pretendiente del momento de Belle, un joven con el pelo teñido de verde, una cuchilla por pendiente y una perpetua expresión ceñuda, que poco después desapareció de su vida.

Mi madre obraba un efecto hipnótico similar en Sonny. Desde el momento en que la conoció, mucho antes de convertirse en mi novio oficial, Sonny decidió adoptarla (o, más concretamente, animarla a que lo adoptara). Procedió a encandilarla desplegando sin pudor todo su encanto (cualidad que posee en abundancia) y regalándole exóticas verduras orgánicas del mercado de granjeros de San Francisco. Todavía la visita todas las semanas para cenar con ella y desahogar sus muchas congojas (congojas provocadas por él mismo, a mi juicio) mientras ella lo escucha con demasiada compasión. Al marcharse, Sonny se lleva consigo bolsas llenas de sus platos favoritos (*palak paneer*, pollo *tandoori*, *pooris*), que requieren horas de preparación. Lo sé porque siempre se asegura de llamar para contármelo.

Cuando voy yo, mi madre me cocina un arroz con verduras. Tarda quince minutos en total.

Sonny y yo nos hemos enzarzado en unos cuantos altercados al respecto.

—Es mi madre, por si se te ha olvidado —le espeté en una ocasión, después de que me telefonease para cantarme las excelencias del *kurma* de

pescado de mi madre—. Ahora que ya no hay ninguna relación entre tú y yo, ¿no crees que deberías empezar a guardar las distancias?

—¿Por qué? —preguntó él, todo inocencia y sentimientos heridos—. Por lo que a mí respecta, sigue siendo mi madre, además de la mejor cocinera en el mundo y una de las pocas personas que me comprenden y me aprecian.

—Sonny, tú no reconocerías lo que es el aprecio ni aunque te pegara un mordisco en el culo.

—Además —prosiguió él con un suspiro dramático, como si yo no hubiera hablado—, en mi corazón siempre existirá una relación entre tú y yo.

Yo colgué asqueada.

Poco después me llamó mi madre. Estaba enfadada, cosa rara en ella.

—Es increíble que tengas celos del pobre chico, con lo solo que está. Parece mentira que no quieras que venga a verme.

—¡El muy bocazas! Como lo pille le...

—Ya estás sacando conclusiones, siempre tan suspicaz. Para que lo sepas, Sonny no me ha dicho nada.

—Ya, seguro —repliqué en mi mejor tono irónico. Sin embargo, lo más curioso es que le creí. Mi madre averigua las cosas a su manera.

—No quiero que se aproveche de ti el muy gorrón —alegué. Y hube de morderme la lengua para no añadir: «¿Y cómo es que a él le preparas esos platos tan elaborados y a mí no?»

—Sonny no se aprovecha de mí. Siempre que viene a vernos nos trae algo. —Aquí hizo una pausa significativa, sin duda para darme a entender que en ese terreno me quedaba mucho que aprender—. De hecho, es muy atento conmigo. La semana pasada me llevó al médico para el chequeo.

—Pero si siempre vas sola...

—Últimamente prefiero no conducir.

—¿De qué hablas? ¿Estás enferma? ¿Por qué no me lo pediste a mí si

necesitabas...?

Ella cambió hábilmente de tema.

—Y siempre nos trae las últimas películas indias, aquellas donde salen todas las canciones de éxito, y se queda a verlas con nosotros. A tu padre le encantan. Ya sabes cuánto le gusta la música...

—¿Desde cuándo veis películas indias? A mí de pequeña no me dejabais verlas nunca. Según tú eran machistas e insustanciales.

—¿Y desde cuándo te apetece a ti probar mi cocina india? —contraatacó mi madre, que está convencida de que la mejor defensa es un buen ataque—. De pequeña no querías más que pasta y pizza y siempre te quejabas: «¡Ay, mamá, otra vez *alu parathas!*!» —Luego agregó—: Os quiero a los dos, y tú lo sabes. Sonny no es tu rival, aunque hayáis decidido divorciaros.

Mi madre jamás ha mantenido en secreto la absoluta e irracional adoración que le profesa a Sonny. Semejante aberración no cuadra con una mujer que, por lo demás, figura entre las personas más inteligentes que conozco.

—A lo mejor hay otro Sonny —conjeturó Belle una vez—, un Sonny más amable y dulce que sólo tu madre puede ver, del mismo modo que ve a la gente de sus sueños.

—Sí, claro —contesté—. Un Sonny más amable y más dulce. Eso tiene que ser un sueño, seguro.

Hay que señalar, en honor a mi madre, que nunca intentó presionarme para que me quedara con Sonny una vez que resolví marcharme, a pesar de que yo jamás he reunido el valor suficiente para aclararle el motivo.

Pero aquí estoy, obsesionándome con el ayer cuando debería estar enfrentándome al problema que se presenta ante mí. En esta tendencia reside mi principal punto débil, otro aspecto en el que no me parezco a mi madre, que es la personificación del «no dejes para mañana lo que puedes hacer

hoy». Quizá por eso ella sueña y yo pinto. Porque los sueños miran al futuro, y la pintura intenta inmortalizar el pasado.

Por el escaparate de la Chai House contemplamos a los empleados mientras descargan otro camión de objetos de aspecto caro y los meten en el Java. Belle fija en mí la vista, como diciendo: «Más vale que vuelvas al teléfono y hagas esa llamada de una vez.»

Yo le devuelvo la mirada, como diciendo: «¿Por qué hemos de meter a mi madre en esto?»

—Rikki, no es el momento de dejarse llevar por un falso orgullo —insiste—. Necesitamos la ayuda de tu madre.

—Podemos solucionar esto las dos solas —aseguro con mi voz más firme.

No obstante, en el fondo estoy asustada. Yo nunca he sido previsora. En general he caído de cabeza en las trampas que la vida me ha tendido. No he tomado otra decisión difícil que la de divorciarme. Mi madre, en cambio, es la luchadora de la familia. En cuanto se marca un objetivo, no se detiene hasta alcanzarlo.

«Como la tortuga del cuento, la que compite con la liebre —decía mi padre. Y con una sonrisa irónica y un guiño, añadía—: ¿Y a que no adivinas quién es la liebre?»

Yo nunca supe muy bien si se refería a sí mismo o a mí.

A pesar de todo, mi madre no ganó todas las carreras. Jamás consiguió que mi padre dejara de beber, aunque de cuando en cuando, presa de un ataque de furia, le tiraba todas las botellas a la basura.

«¿Por qué iba a dejar de beber? —se justificaba él—. Me hace feliz, o me quita las penas, que viene a ser lo mismo. Además, no le hago daño a nadie, ¿o sí?»

Su costumbre de beber era errática. Jamás comprendí por qué empezó. Tan pronto se pasaba un mes sin tocar el alcohol como empezaba a empinar el codo un viernes por la noche y no paraba en todo el fin de semana. Sólo tomaba vino tinto (sostenía que resultaba beneficioso para el corazón) y jamás se ponía agresivo cuando bebía. Se sentaba en un rincón del salón a escuchar canciones de gente muerta en su anticuado tocadiscos, en su mayor parte baladas de Sehgal, Rafi o Kishore Kumar, aunque a veces me sorprendía poniendo a Lady Day. En ocasiones cantaba él también al son de la música (estaba dotado de una potente voz de barítono), sonriendo embelesado.

Cuando estaba demasiado borracho para cantar, se acurrucaba en el sillón, se tapaba con una manta que había llevado previamente allí a tal efecto y se dormía. El lunes se iba al trabajo por la mañana, como si los excesos del fin de semana no le hubiesen pasado factura.

Yo nunca odié a mi padre por beber. Hasta que murió mi madre.

Ella intentaba por todos los medios que él dejara la bebida. Cuando se había acabado la juerga, le cocinaba sus platos favoritos y se ponía detrás de su silla para masajearle el cuello.

—¡Te vas a matar con tanto alcohol! —lo reconvenía con suavidad. Sin embargo yo, que la observaba desde el otro lado de la mesa, reparaba en la expresión preocupada de sus ojos. Esperaba siempre que le preguntara por qué se hacía tanto daño a sí mismo, pero ella jamás le formuló esa pregunta. Le suplicaba que acudiese a ver a alguien, un médico, el sacerdote del templo de Shiva Vishnu, un consejero de Alcohólicos Anónimos. Pero él jamás atendió a sus ruegos.

—Mientras no te mate a ti —bromeaba—, no deberías quejarte.

—Pues no me extrañaría que me matases un día de éstos —soltaba siempre mi madre, molesta.

—¿De dónde has sacado eso? ¿De uno de tus sueños?

Cada vez que mi padre respondía esto, ella lo miraba con el rostro desprovisto de toda emoción, como si hubiera cerrado una puerta en su interior. No le gustaba que mencionásemos sus sueños.

—Está bien, está bien —rectificaba mi padre—. Perdóname. Por favor, perdóname. —Hincaba una rodilla en el suelo ante ella y abría los brazos en un gesto típico de las películas de Bollywood.

—*Mere sapno ke rani* —cantaba con su voz ronca, hasta que mi madre sonreía y exclamaba:

—¡Cállate! ¡Mira que eres tonto!

Yo apenas chapurreaba el hindi, pero creo que aquella frase significaba «reina de mis sueños». ¿O era «mi reina de los sueños»?

RAKHI

Las interpretaciones que realizaba mi madre se dividían en dos clases, o quizá más. Mi conocimiento de esta faceta de su vida es incompleto, fragmentado, puesto que lo adquirí escuchando a escondidas.

La primera, como ella me contó con reticencia, consistía en explicarle a la mujer que le refería un sueño lo que éste significaba (pero ¿por qué digo «la mujer»?; sospecho que los hombres también recurrían a mi madre, aunque me imagino que esto los incomodaba mucho más que a ellas).

«Un sueño es un telegrama del mundo oculto —la oí decir una vez—. Hay que ser estúpido o muy ignorante para no hacerle caso.»

La segunda clase de interpretación era más complicada. Ya hablaré de eso más adelante.

Aprendí desde muy pequeña a no interrogar a mi madre sobre su trabajo. Aunque ella hablaba libremente conmigo de cuestiones que las demás familias indias consideraban tabú (novios, cambios corporales, problemas en el colegio), no soltaba prenda sobre el tema de los sueños. Si yo lo sacaba a colación, mi madre se inquietaba ostensiblemente. En ocasiones incluso se marchaba de casa. Una vez se llevó el coche y tardó varias horas en regresar. Yo estaba muerta de miedo, segura de que había sufrido un accidente. Creo que fue poco después cuando dejé de hacerle preguntas. O posiblemente desistí cuando ella renunció a enseñarme.

Pero no quisiera tergiversar los hechos. No es que mi madre estuviese interesada en enseñarme a interpretar los sueños. Era yo quien se moría de ganas de aprender.

Desde que recuerdo, yo siempre había querido ser intérprete de sueños. Para cuando cumplí doce años, la idea me obsesionaba. Se me antojaba una profesión noble, a un tiempo misteriosa y útil para el mundo. Descifrar los mensajes del reino interior me parecía de lo más hindú. Al pensar esto me engañaba, por supuesto. ¿Acaso no estaban los periódicos norteamericanos llenos de anuncios de videntes? El caso es que a mí me atraía todo lo indio porque mi madre nunca hablaba del país donde se había criado, como tampoco hablaba de su pasado. No obstante, yo estaba segura de que si llegaba a convertirme en una intérprete de sueños como ella, la entendería sin necesidad de palabras.

No todas mis motivaciones eran tan puras. A menudo fantaseaba con granjearme la amistad de las niñas más populares del colegio valiéndome de mi talento, y conseguir que por fin Elroy Thomas, que tocaba la batería en un grupo, se fijase en mí. Me imaginaba acariciándole el cabello, deslizando los dedos entre aquellos rizos y tirabuzones.

Cuando se lo pedí a mi madre, ella negó con la cabeza.

—En primer lugar, no se deben transmitir estos conocimientos a alguien capaz de utilizarlos para sus propios fines egoístas. —Clavó en mí los ojos hasta que yo desvié la vista—. Y en segundo lugar, no se pueden transmitir estos conocimientos, y punto.

Yo no estaba muy convencida.

—Entonces ¿tú cómo aprendiste?

—Tengo que hacer la cena.

Yo la agarré por el borde de su sari cuando intentó escaparse a la cocina. Le advertí que no la soltaría hasta que me contara toda la historia.

—No hay ninguna historia que contar. Yo tenía un don. Una tía lejana que era intérprete de sueños supo reconocerlo cuando vino a vernos.

—Pero ¿cómo?

—No me acuerdo muy bien. Creo que me llevó a dormir a su cuarto. El caso es que cuando se marchó, yo me fui a vivir con ella.

Me quedé mirándola, intentando formarme una idea de lo que representaba dejar atrás todo lo que una quiere para marcharse con una desconocida.

—¿Y te fuiste así, sin más? ¿No te lo impidió tu madre? ¿No la echabas de menos?

Ella se contempló el dorso de las manos. Su infelicidad era patente. Se me figuraba tan real y tangible como un pájaro herido. Nunca me había percatado de las melladuras de sus uñas, señal de que se las mordía. ¿Mi madre, mordiéndose las uñas? Este descubrimiento me impresionó tanto que me apresuré a agregar:

—Es igual. Cuéntame lo que te enseñó tu tía. ¿Te daba clases?

—Podría decirse que sí —contestó mi madre, muy despacio, como si las palabras brotaran sonámbulas de sus labios—. Pero eso fue más tarde, y sólo porque yo poseía el don.

—¿Y yo no lo poseo? —Traté de fingir que no me importaba mucho, pero se me quebró un poco la voz.

Ella vaciló.

—No lo sé con certeza. Yo no lo he percibido, eso es todo. Tal vez estoy demasiado cerca de ti para verlo.

Entendí lo que con tanta delicadeza quería expresar. Aun así, no me resignaba a darme por vencida todavía.

—Quiero que lo intentes, mamá. Inténtalo una vez más. Déjame dormir contigo.

Por la postura de sus labios, colegí que se disponía a responder que no,

pero al final accedió. ¿Su asentimiento se debió a que me quería? ¿A alguna especie de sentimiento de culpa profundo y cromosómico por no haberme transmitido el don? Esa noche dormí profundamente y por la mañana me levanté con un ligero dolor de cabeza. Mi madre estaba demacrada y presentaba unas oscuras ojeras.

—¿Te acuerdas de algo? ¿De cualquier cosa que hayas visto? —preguntó con voz ronca, como si estuviera incubando una gripe.

Sacudí la cabeza, y su semblante reflejó decepción y alivio a la vez.

—No ha funcionado. Lo siento.

Sus palabras me produjeron el mismo efecto que si se hubiese cerrado una puerta y ella se hubiese quedado al otro lado, fuera de mi alcance.

—No pasa nada —murmuré apartando la vista, aparentando la mayor indiferencia posible—. No importa. Gracias por intentarlo de todas formas.

Nunca he sido capaz de engañar a mi madre. Noté que me clavaba una mirada intensa y triste.

—Quizá sea mejor así —aseveró—. Interpretar los sueños no es tan apasionante como tú crees.

Un año más tarde yo descubriría hasta qué punto estaba en lo cierto.

El segundo tipo de interpretación estaba relacionado con lo que soñaba mi madre. No se trataba de sueños sobre ella misma, ni sobre nosotros ni sobre nadie que ella conociera. En ellos sólo aparecían desconocidos que por lo general no creían en los sueños, o bien creían pero no querían creer, lo cual era peor, porque cuando nos obligan a creer en algo que nos gustaría descartar, nos enfurecemos.

Mi madre consideraba su deber advertir a estas personas furiosas de lo que estaba a punto de acaecerles.

Aquella mañana en concreto mi madre se había levantado con migraña. Muy de vez en cuando sufría unos atroces dolores de cabeza. Aunque ahora, en retrospectiva, creo que probablemente los padecía con mayor frecuencia de lo que mi padre o yo creíamos. O tal vez guardaba silencio a propósito porque no quería que nos percatásemos de que los dolores de cabeza la asaltaban cada vez que soñaba con desconocidos.

Sin embargo, esa mañana la jaqueca debía de ser terrible, porque después de servirle el desayuno a mi padre y de que él se marchase a trabajar, ella se tumbó en la alfombra del salón y me pidió una manta y un tubo de aspirinas. Se tragó un puñado de pastillas y me pidió que la arropase bien con la manta. Me costó bastante porque sus miembros estaban laxos y pesaban mucho. Luego, con una voz áspera que no parecía la suya, me indicó que no fuera al colegio, que me quedara en casa.

Aquello se me antojó muy impropio de mi madre, pues para ella no había nada más importante que el colegio, excepto Dios. Me asusté, pero lo que me dijo a continuación me asustó todavía más.

—Necesito tu ayuda.

Mi madre siempre me pedía ayuda: para lavar las verduras, para hacer una cama, para echar las cartas al buzón, para que llevara una bolsa de naranjas maduras a los Yang, que vivían en nuestra misma calle. De más pequeña, esto me infundía la sensación de que era indispensable, pero últimamente había cobrado conciencia de que todo me llevaba el doble de tiempo que a ella. Sólo me encargaba esas tareas para que yo adquiriese los conocimientos que necesitaría en el futuro. Pero aquel día, por primera vez, comprendí que de verdad me necesitaba.

Me quedé allí sentada, preguntándome si debía llamar al médico. Pero ¿a qué médico iba a llamar? Yo sólo conocía al pediatra al que mi madre me llevaba. ¿Tenía ella algún médico? El corazón comenzó a martillearme,

arrítmico, en el pecho, cuando caí en la cuenta de lo poco que sabía, o me había molestado en averiguar, de la vida de mi madre.

Como si adivinara lo que estaba pensando, mi madre abrió los ojos, inyectados en sangre, y movió ligeramente la cabeza. Luego me hizo una señal para que me acercara.

—Ve al cuarto de costura —susurró con esfuerzo— y mira en el armario. Debajo de las almohadas hay una caja de plástico con una tapa azul...

Esperé a que añadiera algo más, pero cerró de nuevo los ojos. Estaba jadeando.

Fui corriendo al cuarto de costura, al gran armario que ocupaba una de las paredes. Intenté abrir la puerta corredera, pero se quedó atascada a medio camino, de manera que hube de colarme por la pequeña abertura. Nunca me había llamado mucho la atención aquel armario: allí se guardaban los trastos. No obstante, aquel día me pareció muy oscuro y más espacioso de lo que imaginaba. A lo mejor se extendía indefinidamente, mucho más allá de donde alcanzaba la vista (había leído las *Crónicas de Narnia*). Tendí la mano, con el pulso acelerado. Pero no, ahí estaba la pared del fondo, decepcionantemente sólida. Mi madre tosió en el salón. Rebusqué avergonzada entre la pila de almohadas hasta encontrar la caja, un *tupperware* no muy grande, aunque pesaba mucho. Incapaz de resistir la tentación, levanté la tapa. Estaba lleno de frasquitos de cristal del tamaño del dedo índice. El cristal, de color marrón y opaco, me impedía ver qué contenían.

Cuando le llevé la caja, mi madre sonrió lánguidamente. Me picaba la curiosidad respecto a la utilidad de las botellas, pero ella me mandó a buscar un número en la guía telefónica. Me deletreó el nombre: Raghavendra, S. P. Yo nunca lo había oído. Para cuando lo encontré y copié el número de teléfono en un papel, ella ya había terminado con la caja.

—Déjala exactamente donde estaba —me indicó—. Y luego ponte unos

zapatos. Tenemos que salir.

—Pero si no estás bien —protesté.

Ella se levantó del suelo sin una palabra. Se apoyó contra la pared y avanzó con paso vacilante hacia el armario de los zapatos. Yo la ayudé a buscar sus *chappals* y cerré la puerta al salir de casa. Ella entornó los ojos, deslumbrada por el sol, y se los tapó con las manos.

—¿De verdad tenemos que ir? —pregunté nerviosa—. No estás en condiciones de conducir...

—No voy a conducir. —Me agarró del brazo y, reclinándose pesadamente en él, echó a andar.

Al cabo de diez minutos de caminar a trancas y barrancas, llegamos a la gasolinera de la esquina. Mi madre se dirigió a la cabina que había en un extremo, descolgó el auricular y me pidió que marcara el número que había copiado.

—¿Estás segura? —inquirí, preocupada ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos—. Pero ¿tú conoces a ese hombre?

Mi madre negó con la cabeza. Yo ya oía los timbrazos del teléfono en el auricular.

—Aquí Raghavendra —contestó una voz bronca.

—Señor Raghavendra —comenzó mi madre—, le llamo para informarle de que su vida corre peligro. Una de las personas que viven en su casa piensa matarle.

Se impuso el silencio al otro lado de la línea.

—¿Quién es? —preguntó una voz, sibilante y gruesa, aunque débil y metálica al mismo tiempo.

Mi madre se quedó callada.

—¿Es una broma? Voy a avisar a la policía para que rastree la llamada...

—Señor Raghavendra —prosiguió mi madre—, tiene que creerme.

Seguramente es su primo que ha venido de India y lleva seis meses viviendo en su casa, ¿no es así? ¿Empieza su nombre con la letra hache?

De nuevo silencio.

—Creo que mantiene una... una relación con su mujer... y quiere quitarle de...

—¿Cómo sabe usted esto? —La voz sonaba curiosamente tranquila.

—No se lo puedo revelar.

—Alguien le ha encargado que llame, ¿no? Se trata de una broma de mal gusto, ¿verdad?

—No es una broma.

—¡Entonces está usted loca! —gritó él—. ¡Loca de atar! Voy a asegurarme de que la encierren. Voy a ir a por usted yo mismo y...

Yo rompí a llorar. No sabía qué me aterraba más: que el hombre llevase a cabo su amenaza y lograra identificar y localizar a mi madre (y por extensión a nosotros) o que tuviera razón y ella estuviera loca.

—Yo he intentado ponerle sobre aviso, señor Raghavendra —murmuró mi madre con tristeza—. Ahora todo depende de usted.

Y mientras el tipo continuaba farfullando lo que pensaba hacerle en cuanto la encontrara, mi madre colgó con las manos trémulas. Empezó a cruzar con aire ausente el aparcamiento, sin reparar en que un camión acababa de doblar la esquina.

Yo proferí un grito. Sonó el chirrido de los frenos, y un hombretón se asomó con el rostro colorado a la ventanilla del camión.

—¡Imbécil! ¿Es que no tiene ojos en la cara? ¡Casi la mato!

Mi madre no mostró señales de oírlo. Se inclinó sobre los matorrales de la esquina y vomitó. Yo llegué junto a ella y le sostuve la cabeza, en tanto que ella devolvía entre náuseas y convulsiones. Fulminé con la mirada a los transeúntes que nos observaban con expresión de asco. Luego le limpié la

cara a duras penas con un pañuelo desechable que llevaba en el bolsillo. Estaba a punto de correr de vuelta a la cabina para buscar a algún médico en las páginas amarillas, a cualquier médico, pero mi madre me agarró del brazo.

—Ya estoy mejor. —Y era verdad. Se le notaba en los ojos, que habían recuperado su brillo habitual. La misteriosa causa de su malestar había desaparecido, ahora que había transmitido su sueño.

Unos meses más tarde hice acopio de valor e interrogué a mi madre sobre lo ocurrido aquella mañana.

Ella me miró, un poco ceñuda.

—¿Qué mañana, *shona* ? No sé de qué me hablas.

Leí la sinceridad en su semblante. No estaba mintiendo, eso se notaba. Se me secó la boca. ¿Acaso formaba parte del don de los intérpretes de sueños la facultad de borrar de la mente algo una vez que se ha cumplido con el deber? ¿Nos borraría de la misma manera algún día a mi padre y a mí?

O quizá... Pero no. El incidente no era producto de mi imaginación. De eso estoy segura.

Con frecuencia me maravillo de la profunda fe en sí misma (o en la verdad de sus sueños) que demostró mi madre esa mañana. Y muchas otras mañanas, estoy segura, aunque nunca más volvió a solicitar mi ayuda. Al recordar la rabia con la que le habló aquel hombre, pienso que yo no me habría atrevido a realizar semejante tarea.

Gracias a Dios, yo vivo en un mundo más sencillo. Hasta mis tragedias, bosquejadas con colores vulgares, son sencillas.

Pero lo más disparatado es que doy las gracias por ello y al momento siguiente me lamento. Porque nunca me internaré en el dominio subterráneo

de mi madre, en esas cuevas pobladas de posibilidades, de sucesos que pueden o no llegar a producirse, donde en ocasiones uno más uno pueden sumar cien... y en ocasiones, cero.

El teléfono de su madre sigue comunicando. Rakhi está molesta, pero no sorprendida. Su madre pasa gran parte del día pegada al auricular, probablemente porque sus clientes prefieren no entrevistarse con ella en persona. Tal vez ella también prefiere no verlos. Sería violento, peligroso incluso, que se encontraran luego en alguna ocasión, quizás en el supermercado o en algún acto social, si bien ella nunca acude a actos sociales. Una cosa sí está clara: Rakhi nunca ha conocido a ninguno.

Se queda escuchando las señales breves y repetidas. La impaciencia le pincha la piel como un manojo de dardos, penetra en su sangre. Su madre, como siempre, está dedicándole toda su atención a otra persona, piensa ella. Luego se avergüenza de esta mentira. Durante toda su infancia su madre se cuidó mucho de que su trabajo con los sueños no perturbara su vida familiar. Por eso lo ocultaba en bolsos, frascos y grietas en la pared fuera de la vista de su marido y de su hija. Sólo hubo una excepción, en el 7-Eleven, la tienda de autoservicio. Aún recordaba el olor a vómito, gasolina y hojas machacadas de laurel... Tal vez eso es lo que irrita tanto a Rakhi: que su madre, con tan escrupuloso instinto maternal, la mantuviera apartada del lugar adonde ella más deseaba entrar; que le negara un derecho que le correspondía por nacimiento y la condenara a la insípida existencia de la burguesía norteamericana.

Cuando Rakhi consigue por fin hablar con ella, el tono de su madre deja traslucir una ligera desorientación.

—¿Quién es? —pregunta sin aliento—. ¿Quién?

—¡Mamá, soy Rakhi! Tu única hija, ¿te acuerdas?

—Perdona, *shona* —replica su madre, compungida, aunque las dos saben que en realidad no se está disculpando—. ¿Qué pasa?

Rakhi nota la familiar punzada de los celos, esa sospecha de ser menos importante que ellos, los que la obsesionaron durante toda su infancia. Ahuyenta la idea de su mente y le cuenta a su madre lo de la cafetería nueva, intentando expresarse de manera adulta y concisa. Le resulta un poco difícil con Belle resollando y susurrándole al otro oído lo que quiere que diga.

Su madre no contesta. Nunca reacciona a las malas noticias como Rakhi imagina que reaccionarían otras madres, con exclamaciones de horror o muestras de comprensión. No sabe muy bien si debería alegrarse u ofenderse por ello. Hoy el silencio de su madre le sienta mal. Tal vez ella se comporte del mismo modo con sus clientes, pero, en cuanto hija suya, ¿no merece Rakhi por lo menos una o dos interjecciones de consternación? ¿Cómo puede su madre conservar una serenidad tan antinatural? ¿Por qué es tan distinta de todo el mundo? ¿Quizá porque ya sabe lo que la gente le va a contar?

Su madre continúa callada, pero ahora su silencio reviste cierta intensidad. Rakhi se la imagina en la cocina, como la ha visto tantas veces, apoyada contra la pared, deslizando los dedos por su larga cabellera negra (no le ha salido una sola cana, cosa que desconcierta a Rakhi, quien recientemente se ha arrancado algunas). Su madre ha cerrado los ojos para concentrarse mejor en lo que está oyendo. Su expresión denota ensimismamiento e impasibilidad, como la de los rostros de las estatuas de las diosas que Rakhi recuerda haber contemplado en las pocas visitas que efectuó en su infancia al Vedic Dharma Sanaj, el templo y centro cultural. En esos momentos, si Rakhi le hablaba, ella no respondía. «Ahora es distinto —piensa Rakhi con una sonrisa irónica—. Esta vez soy yo quien acapara toda su atención.»

Rakhi es consciente de que mantiene una relación estupenda con su madre.

Siempre se ponen de buen humor cuando se juntan y disfrutan con sus charlas. Su madre se desviviría por ayudar a Rakhi si ésta se hallase en una situación apurada. Iría mucho más lejos de lo que Rakhi le pidiera. Tal vez por eso Rakhi no está muy dispuesta a contarle sus problemas. O tal vez se debe a que su madre nunca le habla de sus propias preocupaciones. Rakhi ignora por completo si algo le quita el sueño a su madre.

Pero quizá su primer error consiste en planteárselo así. A lo mejor los intérpretes de sueños no duermen.

Le viene a la memoria una cosa que le aconsejó su madre cuando ella tenía unos diez años. Se le ha quedado grabada porque la señora Gupta no prodigaba los consejos. Estaban en el jardín, plantando chiles. Su madre introducía las plántulas de peludas raíces, de las que sobresalían los diminutos picos rojos de los pimientos, en los agujeros que cavaba Rakhi.

«*Shona* —le dijo con su voz de azúcar quemada, con aquella deliciosa ronquera—, no hay mejor manera de querer a una persona que no necesitarla. Ése es el amor más puro.»

Si bien Rakhi no entendió muy bien a qué se refería su madre, durante años intentó querer a la gente de aquella forma, sin depender de nadie. Y fracasó. A menudo se pregunta si su relación con Sonny se hubiera roto también si su madre nunca hubiese pronunciado esas palabras. ¿Acaso él se había acostumbrado a que ella no lo necesitara y cuando por fin Rakhi precisó su ayuda él no fue capaz de brindársela?

«¡Compórtate como una adulta! —piensa ella enfadada—. Responsabilízate de tus propios desastres.»

Sin embargo, hay algo que sí admite en su fuero interno: aquellas palabras fueron la razón por la que aquella noche, cuando Sonny le falló de manera tan sangrante, Rakhi no acudió a su madre.

«Lo que pasa es que eras muy terca —la acusa Belle, que sólo está

enterada de una fracción de lo que sucedió—. Tú sólo querías demostrarle a tu madre que podías apañártelas sola.»

Rakhi no sabe cómo explicar, ni siquiera a su mejor amiga, que lo que de verdad intentaba demostrar era que amaba a su madre con el amor más puro.

Rakhi concluye la conversación telefónica informando a su madre de que ella no quería molestarla.

—Belle me ha obligado a llamarte.

—¡Claro que la he obligado! —terció Belle, en voz muy alta para que la oiga la madre de Rakhi—. Rikki se niega a aceptar la realidad, como siempre, pero yo sé reconocer una emergencia cuando surge.

En el exterior de la cafetería nueva dos trabajadores han desembalado un enorme letrero de Java pintado de un chillón y siniestro color naranja.

—Ya sé que no se trata exactamente de un sueño, señora Gupta, aunque es una especie de pesadilla —dice Belle al auricular que le ha arrebatado a Rakhi—. Pero he supuesto que usted sabría lo que hay que hacer.

Rakhi no permitió que su madre la acompañara durante el proceso de su divorcio, aunque ésta se ofreció a ello. Rakhi no le habló de la amarga batalla por la custodia de la niña. Más tarde apenas le refirió los detalles más básicos del acuerdo final. Su madre probablemente no imagina qué significaría para Rakhi perder su negocio ni sospecha que esto conllevaría pérdidas mucho mayores. Se produce una larga pausa. Todas esperan algo, aunque no saben qué. Cuando la señora Gupta rompe el silencio, Rakhi se sobresalta.

—Estáis en una situación difícil, ¿verdad? —inquire. (Ella prefiere no utilizar la palabra «problema».)

—Desde luego —confirma Belle—. Y contamos con usted para que nos indique qué camino seguir.

Rakhi clava la vista en ella, iracunda y le arranca el auricular de las manos.

—Debéis actuar deprisa —asevera su madre—, antes de que se pongan en guardia. Van a intentar robaros los clientes, atraerlos con ofertas que vosotras no os podéis permitir. Sólo tendréis éxito si hacéis algo distinto. Captad su atención con una atracción especial, algo que sea más importante para la gente que el dinero.

Belle, que ha pegado la oreja al otro lado del auricular, asiente enfáticamente con la cabeza.

—¿A qué te refieres? ¿Qué clase de atracción? —pregunta Rakhi. Pero su madre se queda callada.

—¡Que venga ella a interpretar nuestros sueños! —musita Belle—. Podríamos poner un anuncio en el *Berkeley Voice*...

Rakhi tapa el micrófono con la mano y mira a Belle como diciendo: «Cállate ahora mismo.»

Belle suspira.

—Supongo que no estaría bien pedirle que prostituya su genio con propósitos comerciales. Aunque eso signifique salvar la vida de su hija y, lo que es más importante, la de la mejor amiga de su hija. Seguro que jamás ha aceptado un céntimo por todas las cosas maravillosas que hace por los demás...

Probablemente a Belle no le falta razón. Rakhi no cree que su madre cobre por su trabajo. Por otro lado, barrunta que los clientes le muestran su agradecimiento con algún regalo, incluido el dinero. ¿Cómo si no se las arreglaba para sustentar a la familia cuando el padre de Rakhi se quedaba en el paro? Rakhi ha visto el cajón repleto de joyas de su madre, que nunca se las pone. Se trata sobre todo de bisutería, pero a Rakhi no le extrañaría que también hubiera alguna pieza valiosa. Durante todo un año, cuando ella estaba en el instituto, cada domingo alguien dejaba ante la puerta una caja de

productos frescos de granja. Rakhi nunca descubrió quién la enviaba. Un día su madre recibió por correo un modernísimo robot de cocina; en otra ocasión le mandaron un vale de quinientos dólares para gastar en Neiman Marcus, unos grandes almacenes (ella se lo cedió a Rakhi); y otra vez, cuando Rakhi era pequeña, se encontró al abrir la puerta de la casa con un cachorro de puma. Para su gran desilusión, su madre lo donó al zoológico de Oakland.

Belle acierta, también, al señalar que su madre sería una atracción especial magnífica.

Pero Rakhi guarda un feo secreto: no quiere a su madre en el bar. La Chai House representa su santuario, el único lugar que considera verdaderamente suyo. Por más cariño que le profesa a su madre, no desea que se apodere del establecimiento del mismo modo que suele dominar (sin esfuerzo, sin una sola palabra, sin siquiera desearlo) los demás aspectos de la vida de Rakhi.

Su madre suelta una carcajada, como si le hubiera leído el pensamiento a Rakhi.

—Dile a Belle que no puedo y que, aunque pudiera, tenerme allí no resolvería las cosas. Debéis encontrar algo auténtico que ofrecer a los clientes, algo que satisfaga una necesidad profunda y real. Sé que daréis con ello. Tengo plena confianza en las dos.

Rakhi mira por la ventana con aire taciturno, preguntándose qué querrá decir su madre con eso de «algo auténtico». Los empleados del Java, en la calle, observan a los obreros que instalan el letrero. Se les oye desde allí. La encargada rubia parece dotada de la desalentadora capacidad de motivar a su equipo.

—Sólo intentas darnos ánimos en plan maternal —gruñe.

—Bueno, ¿y qué esperabas? Al fin y al cabo soy tu madre.

—Pero, señora Gupta —interviene Belle, quitándole de nuevo a Rakhi el

auricular—, ¿no podría darnos usted alguna pista? A lo mejor si lo ve en un sueño...

—Es posible que eso ocurra, y es posible que no —contesta la madre de Rakhi—. Yo no controlo mis sueños, Balwant.

Belle empieza a disculparse, pero la mujer prosigue:

—Si los controlara, no servirían para nada. —Y en un tono más despreocupado añade—: Si queréis que os eche una mano en lo que sea, lo haré, eso ya lo sabéis. Mientras tanto, no me sorprendería que alguna de vosotras reciba pronto una buena noticia.

—¡Un momento! —Rakhi se inclina sobre Belle y grita al auricular—. ¿Eso lo has sacado de un sueño o es una intuición de madre?

—Es una de las leyes básicas del universo. «No hay oscuridad a la que no siga la luz.» ¿No lo sabías?

Y cuelga. Rakhi se queda con la duda de si se trata de una antigua máxima india o de un eslogan del movimiento Nueva Era de California.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Un día mi hija acudió a mí llorando y yo no pude aliviar su sufrimiento.

«No me quieres —me acusó más tarde—. Lo haces por todo el mundo menos por mí.»

Resulta imposible demostrar tu amor a alguien que no cree en él.

Entonces recordé las advertencias de las ancianas. «Ayuda menos a quienes más amas. La identidad de tu sangre te derrotará.» «¿Qué sabrán del amor esas viejas de carnes secas? —pensé yo—. Si el amor es fuerte y puro, supera todas las barreras. Así será mi amor.»

Rakhi había cumplido los trece años, los venerables y jóvenes trece. Era muy distinta de las otras niñas de su edad. Sus compañeras indias llevaban camisetas sin mangas y téjanos ajustados, fumaban y querían asistir a los conciertos de Madonna. Detestaban todo lo relacionado con su cultura... o con sus padres. Mi hija regresaba de la biblioteca con una pila de libros sobre India. Me observaba desde detrás de las puertas. Comenzó a leer *La interpretación de los sueños*, de Freud, pero perdió interés en la obra porque se centraba demasiado en la metodología occidental. Yo intenté apartar su atención de lo pasado y lo lejano, animarla a concentrarse en la vida que llevaba en Estados Unidos, pero ella seguía convencida de que aquello a lo que yo me dedico era sorprendente y maravilloso.

En estas páginas me atrevo a confesar lo que a ella nunca le diría. Para mí también supuso una decepción que ella no poseyera la facultad de descifrar

los sueños. El hecho de contar con su compañía en este camino habría mitigado mi soledad. Concebí esta ilusión desde el momento en que quedé embarazada. Sin embargo, no estaba en mi mano otorgarle ese don.

La noche de la que hablo, vino al cuarto de costura, donde yo dormía en el suelo, donde las semillas de los sueños caen sobre mí. Pasaban dos horas de la medianoche. La niña sollozaba tanto que yo apenas entendía lo que me contaba. La abracé y le acaricié el pelo, y poco a poco comprendí que estaba tan alterada a causa de una pesadilla. No me especificó más, y yo no quise presionarla. La llevé de nuevo a la cama y, cuando se durmió, volví a mi esterilla. No obstante, una hora más tarde llegó llorando otra vez. Había tenido el mismo sueño, pero esta vez más largo.

En el primero, según me refirió, iba andando por unos grandes almacenes abarrotados. Estaba sola, pero no le importaba: había mucha gente alrededor. Estaba buscando un espejo. Le pedía información a una dependienta, que le indicaba una dirección. La niña atravesaba la sección de lencería, donde muchas prendas íntimas colgaban de las perchas, tan apretadas que le costaba abrirse paso entre ellas. Estaba sudando. No había un alma por allí. Entonces oía unas pisadas tan fuertes que hacían crujir el suelo. Ella estaba segura de que no eran de mujer. ¿Qué pintaba un hombre en la sección de lencería? Ella se volvía, pero no veía nada. O casi nada. Le parecía advertir un movimiento, como si una mano se apartara de prisa. Sabía que si le daba la espalda, aparecería de nuevo. El miedo se adueñaba de ella. Entonces se despertó.

La segunda vez que se durmió, soñó que ya estaba en la sección de lencería, avanzando trabajosamente entre camiones y camisolas que la rodeaban, notando su tacto sedoso contra su cara. Se ahogaba. Trataba de desandar el camino hacia la entrada de los almacenes, pero su cuerpo seguía adelante como dotado de voluntad propia. Ella intuía la proximidad de los pasos, alguien que acechaba en la periferia de su visión. De pronto avistaba la

mano con mayor claridad. No, no era la mano de un monstruo, sólo la de un hombre corriente. No, no empuñaba una pistola. Ella recorría entonces el brazo con la vista, hasta el torso cubierto con una camisa blanca. El rostro del hombre estaba oculto tras un perchero de bragas. Por algún motivo extraño, aquella mano que se tendía hacia ella a través de la gasa y la seda con sus uñas limpias y recortadas la aterraba. La mano se acercaba más. La niña estaba paralizada de miedo. El dedo índice le tocaba la muñeca. En ese momento ella se despertó sobresaltada.

Ahora se aferraba a mí, negándose a regresar a la cama.

—Estará esperándome allí —gemía una y otra vez—. Me va a hacer algo horrible, lo sé. Y lo peor es que en cierta manera quiero que me lo haga. — Entonces me preguntó—: ¿Por qué sigo teniendo este sueño? ¿Qué significa?

Esa pesadilla entrañaba una amenaza. Irradiaba calor, como una estufa que alguien se ha olvidado de apagar. Sin embargo, no me era posible juzgar su naturaleza ni determinar de dónde había salido.

—Ayúdame, mamá.

Rebusqué en mi memoria lo que me habían enseñado sobre las pesadillas recurrentes y cómo lidiar con ellas. Por desgracia, ninguna de las respuestas me parecía adecuada. Para auxiliar a mi hija no me quedaba otro remedio que visualizar su sueño.

Me tumbé junto a ella y apoyé la cabeza en su almohada, aunque me había prometido a mí misma que nunca repetiría la experiencia. No dejaba de pensar en lo que había estado a punto de suceder la última vez, cuando probé a enseñarle a leer los sueños. Casi la había perdido. Pero ¿cómo iba a darle la espalda a mi hija ahora que estaba tan asustada?

Cerré los ojos y comencé a respirar despacio, obligando a mi mente consciente a replegarse en sí misma. Notaba el calor que emanaba de la cabeza de Rakhi, los frenéticos pensamientos que se arremolinaban en su

cerebro como cristales rotos. Relajé el control sobre mi cuerpo y me dejé caer en ese torbellino. Ya había intentado algo similar en una o dos ocasiones con unos clientes en los que mis métodos habituales no habían obrado efecto. Esperaba que el vórtice me arrastrase, que las imágenes se sucedieran más lentamente y se tornasen más nítidas y que después de pasar a través del remolino se me revelasen las visiones oníricas de mi hija.

Pero no fue así. Atravesé el remolino, sí, pero cuando salí por el otro extremo estaba envuelta en un velo que me cegaba. Sólo me enteraba de lo que ocurría por medio del oído: oí a Rakhi abriéndose paso entre las perchas de ropa, el roce de las prendas al cerrarse tras ella. Los pasos del hombre sonaban cautelosos al principio, luego rápidos y seguros. Él estaba al tanto del ansia de Rakhi por escapar. Decía algo, pero yo sólo percibía sus palabras como ruidos guturales, aunque sabía que para mi hija resultaban inteligibles y estaban llenas de promesas. Oí que se volvía hacia él. Quise prevenirla, pero el velo me tapaba la boca. Oí una inspiración breve, exquisita, el sonido que emitiría una niña antes de que la besaran por primera vez. Sin embargo, no estaba segura de que se tratara de eso en realidad. El velo me embotaba la percepción, me impedía dilucidar qué simbolizaba el hombre, cuándo aparecería en su vida, y dónde.

Cuando Rakhi se despertó deshecha en llanto, yo también lloraba. Había que afrontar la dura realidad: yo, que interpretaba los sueños para una multitud de extraños, jamás sería capaz de explicarle a mi hija qué significaban los suyos, ni ponerla sobre aviso de las amenazas que se cernían sobre su futuro.

Por la mañana tomé la única medida que me restaba por tomar: le compré el sueño a Rakhi. Lo adquirí a cambio de un dólar, puesto que no disponía de valvas de cauri. Había una descripción de este rito en el *Brihat Swapna Sarita*, pero me marché antes de que se me presentase la ocasión de asistir a

su celebración. Hay una gran diferencia entre aprender de un libro e iniciarse en una práctica de la mano de una anciana. Así que en eso también metí la pata.

No caí en la cuenta hasta más tarde, si bien ya sospechaba que mis esfuerzos eran tan útiles como presionar con un pulgar una arteria seccionada.

La identidad de la sangre me había derrotado.

RAKHI

Belle y yo nos hemos visto obligadas a romper una de nuestras reglas de oro: no picar en horas de trabajo. Mordisqueamos tristemente rompedietas de Delhi y contemplamos el cartel de GRAN INAUGURACIÓN al otro lado de la calle. Flamea alegremente aunque no sopla ni una brizna de aire. Estoy a punto de manifestar mi extrañeza al respecto cuando suena el teléfono.

Belle contesta con desgana, pero de pronto se anima.

—Es Kathryn —anuncia—. ¡Del Atelier!

Yo corro al teléfono con el corazón acelerado.

—La junta ha examinado tu trabajo y ha accedido a montar una exposición con tus cuadros —me informa Kathryn con su voz de vino blanco y traje de noche negro—. Se ha producido una cancelación y habrá un hueco de aquí a dos semanas. ¿Crees que tendrás las pinturas listas para entonces?

¡Que si estarán listas! Llevo esperando más de seis meses la llamada del Atelier, considerada la galería de arte más prestigiosa a este lado de la bahía. Contengo las ganas de lanzar un grito triunfal y le prometo a Kathryn que llevaré la mayor parte de los cuadros a la galería antes del próximo lunes. Fijamos una fecha para la inauguración: un viernes por la tarde, de aquí a quince días.

En cuanto cuelgo Belle se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza.

—¡Enhorabuena! Tu primera exposición. ¡Y en el Atelier! Rikki, ¡estoy muy orgullosa de ti! —Me planta dos sonoros besos en las mejillas y se aparta un poco con los ojos muy abiertos—. ¡Es justo lo que predecía tu

madre! No ha pasado ni una hora desde que nos ha asegurado que una de las dos iba a recibir buenas noticias.

—Podría ser una casualidad —replico con sequedad.

Belle sacude la cabeza.

—Tú dirás lo que quieras, pero tienes mucha suerte con la madre que te ha tocado. —De pronto noto que le viene un pensamiento a la cabeza, porque abre los ojos todavía más—. ¡A lo mejor ha sido cosa suya! ¿Crees que ella puede haber...?

Alzo la vista al techo.

—¿Tan imposible es creer que la junta haya echado un vistazo a mi obra y decidido que soy buena? —Pero en el fondo albergo mis dudas.

Telefoneo a mi madre para contarle la noticia y escucho con atención mientras me expresa su alegría. Su voz denota emoción y sorpresa, y suena un poco llorosa, como la de cualquier otra madre en estas circunstancias. ¿O tal vez es mejor actriz de lo que yo imagino? Le pido que reserve la tarde del viernes para asistir a la inauguración, aunque dudo de que mis padres hayan contraído otros compromisos. No recuerdo la última vez que salieron juntos o que recibieron invitados en casa. ¿Tendrán amigos? Sea como fuere, se trataba de una ocasión demasiado especial para mí y no quería correr el menor riesgo.

—Pues claro, cariño —responde mi madre—. No me lo perdería por nada del mundo. —Percibo una ligerísima vacilación. Luego añade—: Ni tu padre tampoco.

No obstante, he advertido el tono tenso con que me habla.

—¿Qué pasa, mamá?

—No, nada, que hubiera preferido que no fuera el viernes.

Sé a qué se refiere. Las borracheras de mi padre siempre empiezan los viernes por la tarde, y hace tiempo que no pesca ninguna.

—Lo han despedido otra vez —añade—. La empresa está reduciendo la plantilla. Va a la agencia de colocación todos los días, pero por lo visto no hay ofertas de empleo, y mucho menos para una persona mayor. No se lo está tomando muy bien.

—Lo siento mucho —digo, pero no le concedo mucha importancia. A mi padre (una presencia nebulosa en mi vida, en el mejor de los casos) ya lo han despedido antes, y él siempre se las ha ingeniado para encontrar algo. De momento, y admito que es una actitud egoísta por mi parte, me preocupan más mis propios problemas—. Tienes que evitar que beba ese día —le pido, con cierta aspereza, fruto de mi ansiedad—. Sólo por esta vez. Es muy importante. ¿Podrás hacerme este favor?

—Haré lo que pueda. —Pero le tiembla la voz. Sé que las dos estamos pensando lo mismo: de momento, tras casi tres décadas de matrimonio, todavía no lo ha conseguido.

La semana transcurre a toda velocidad. No sé qué cuadros elegir para la exposición. Le doy vueltas y más vueltas al tema. Empiezo a marcar el número de mi madre varias veces y luego cuelgo. Ella estaría encantada de emitir su opinión, al igual que Belle, pero ninguna de las dos sabría qué es lo más apropiado. Sólo yo poseo elementos de juicio para decidirlo, de manera que escojo y rechazo, escojo y rechazo, alineando los cuadros contra la pared y mirándolos hasta que todos me parecen espantosos, llenos de defectos. Y mientras tanto, me preocupo por Jona.

No he recibido noticias de ella, ni de Sonny, desde que él me dejó aquel mensaje hace una semana comunicándome que se marchaba a los bosques de Mendocino. Me los imagino perdidos en la espesura, muriéndose de hambre. Me imagino barcas volcadas. Osos pardos. Hipotermia. Cobras. (Una mitad

de mi mente insiste en que no hay cobras en el norte de California, pero la otra mitad no le presta la menor atención.) Al final me desmorono y marco el número de Sonny. He preparado mentalmente un mensaje cáustico, pero su contestador me informa de que el buzón de entrada está lleno. Me quedo hirviendo de indignación y preguntándome quién lo habrá llamado tantas veces.

Las cosas no van bien en la Chai House. La afluencia de clientes ha caído en picado, sobre todo después de que la nueva cafetería colocara un cartel anunciando descuentos a estudiantes. A veces pasa una hora entera sin que entre nadie, cosa que nunca había sucedido antes. Cuando estoy en la tienda, dedico la mayor parte del tiempo a observar desde la ventana las hordas que se arraciman bajo la marquesina del Java. Se trata de un impulso claramente masoquista, pero no soy capaz de dominarlo. Dos de los filodendros de la ventana han muerto hace poco, sin duda a consecuencia del aire envenenado de envidia que exhalo sobre ellos. La única persona que se beneficia de todo esto es Marco. Al final de la jornada nos sobran tantos bollos que incluso los reparte entre sus amigos vagabundos.

Un día le pregunté si había estado en la otra cafetería.

Él se tiró de la desaliñada barba.

—Pues... sí. Entré la semana pasada. Sólo para echar una ojeada.

—¿Era bonito? —pregunté en contra de mi voluntad.

—¿Bonito? —Él frunció el entrecejo—. Pues la verdad es que no me acuerdo muy bien. Había muchas cosas relucientes. Pero sí que me acuerdo de la encargada. Yo quería un café, incluso llevaba dinero y todo, pero la encargada..., menuda bruja. Tiene unos ojos de color azul claro, casi blancos, que no parpadean nunca. Es como un robot. Y su boca también es de robot. Parece hecha de metal. Me advirtió que no quería verme más por allí. Y luego me dijo, como si me estuviera haciendo un favor, que no le importaba que

fuera a los contenedores que tienen detrás para rebuscar por allí, siempre y cuando ellos ya hubieran cerrado. Supongo que me lo merezco, por ir allí en lugar de acudir a unas señoritas tan simpáticas como ustedes. Pero no se preocupe. Ellos no durarán mucho en esta calle con esa actitud.

Yo sonreí y le metí otro bollo en la bolsa.

—Sí que estaría bien, ¿eh? —Sin embargo, no me lo creía en el fondo. Y tampoco me creía mucho la descripción que me había hecho Marco de la encargada-robot. Aun así, le agradecí que me mintiera para consolarme.

Lo único que me distrae un poco de la depresión es trabajar en el cuadro del bosque de eucaliptos. Todavía no lo he terminado, pero estoy resuelta a presentarlo en la exposición. Me quedo pintando hasta tarde, hasta que se me cierran los párpados y los colores se enturbian por la superposición de pinceladas. He bosquejado al hombre que vi en la arboleda practicando Tai Chi. Estoy contenta con mi decisión, aunque de momento no se aprecia más que como un borrón blanco en medio de los tonos de verde. Cuando miro el cuadro de soslayo, entornando los ojos, me produce la impresión de que se mueve. Hay algo que sigue descompensado, pero no acierto a determinar qué. Esta duda me reconcome, irritante como una fibra de mango entre los dientes.

El domingo por la noche, cuando ya he abandonado toda esperanza, suena el timbre. Un timbrazo largo y luego dos cortos: la firma de Jona. Corro a la puerta, dispuesta a cantarle las cuarenta a Sonny por su comportamiento. No obstante, allí sólo está Jona, sucísima, con una sonrisa que deja al descubierto sus muelas. Alcanzo a vislumbrar el Viper de Sonny justo antes de que doble la esquina con un rugido lo bastante estruendoso para despertar a todo el vecindario.

—¡Pero cómo ha podido dejarte aquí sola en la puerta! —exclamo iracunda—. ¿Y si no llego a estar en casa?

—Sonny y yo hemos visto tu silueta detrás de las cortinas —explica Jona, que está completamente despeinada—. Se notaba que estabas pintando. —Arruga la nariz y me tuerce la boca en un gesto que me recuerda tanto a Sonny que por un momento me quedo muda—. ¿Estás enfadada?

Niego con la cabeza mientras tiendo los brazos hacia ella. La niña aguanta el abrazo por unos instantes y luego se retuerce para soltarse.

—¿Qué hay de comer? Me muero de hambre.

«Sabía que no la alimentarías bien», le recrimino triunfalmente a Sonny el Irresponsable en mi fuero interno mientras llevo montones de comida a la mesa del comedor.

—Mmmm. Mantequilla de cacahuete y bocadillos de gelatina, patatas con salsa, naranjas, ¡helado con galletas! Mamá, eres la mejor.

—Sólo por esta vez —replico con mi voz de madre estricta, aunque se me escapa una sonrisa. «¡Eres la mejor!» ¡Me gusta eso!—. ¿Es que tu padre no te ha dado de cenar?

—La verdad es que sí. Paramos en un restaurante italiano precioso justo antes de atravesar el puente Golden Gate. Sonny dice que es uno de sus sitios favoritos. Sirven unas pizzas gigantescas de pan francés, con tanto queso que se derrama por los lados. Me comí cuatro trozos. ¡No veas! ¡Ha sido lo mejor!

Se acabó eso de ser la mejor yo sola. Intentando disimular mi decepción, le pregunto:

—¿Qué es eso de «Sonny»? ¿Por qué no lo llamas «papá»?

—Sonny dice que ya soy mayor y que ahora somos amigos, más que padre e hija, así que puedo llamarlo por su nombre —contesta ella, acercándose con pulso peligrosamente trémulo una cuchara rebosante de helado a la boca.

Me entran ganas de indicarle que se lave las manos, que se quite los zapatos llenos de barro, que coma más despacio y que no haga caso de las subversivas ideas de su padre. Gracias a un esfuerzo de supremo de autocontrol, consigo cerrar la boca.

Devora una caja entera de galletas en tiempo récord, se bebe de un trago dos vasos de leche y luego se vuelve hacia el caballete.

—¡Mamá! Has empezado un cuadro nuevo.

—¿Qué te parece? —Por algún motivo absurdo, el corazón comienza a latirme a toda prisa mientras ella ladea la cabeza para contemplarlo. Jona está dotada de una sensibilidad excepcional para una niña de seis años y sus consejos me han resultado valiosos en más de una ocasión.

—Me gusta —dictamina por fin—. Es distinto de todo lo demás.

—¿Por qué? —inquiero intrigada—. ¿Porque es una escena de aquí de Berkeley?

Jona sacude la cabeza.

—No, no es eso —responde con un enorme bostezo—. Te lo digo mañana. Oye, mamá, ¿me dejas dormir contigo esta noche?

—Pero antes te das una ducha —digo, intentando ponerme estricta—. Seguro que has pillado garrapatas. —Pero ella ya se ha acurrucado en mi cama, con las pestañas negras caídas sobre las mejillas llenas de churretes. Y ni siquiera ha surgido la ocasión de preguntarle por el viaje.

Los primeros minutos de la mañana, como siempre, discurren en medio de un torbellino demencial mientras me ocupo de que Jona se cepille los dientes, la visto con ropa limpia, le busco calcetines emparejados y procuro que tome el desayuno sin mancharse la mencionada ropa limpia. Las cosas se complican más por el hecho de que hoy tengo que bañarla (la mugre se

escurre en chorros negros) y lavarle el pelo (ni siquiera me planteo la posibilidad de desenredárselo). Por fin estamos en el coche, dirigiéndonos hacia Mariposa Montessori a toda velocidad, en la medida en que lo permiten los estudiantes de Berkeley, que invaden las calles a las nueve de la mañana y se arrojan el derecho de cruzar donde y cuando les viene en gana.

—Oye, ¿por qué decías que el cuadro era distinto de los demás?

—¿Qué? Ah, ya no me acuerdo —contesta ella, asomándose a la ventanilla para seguir con la vista a un chico con el pelo de punta en ángulos imposibles que pasa en un monopatín.

Hasta ahí llega la cacareada sabiduría infantil. Decido cambiar de tema.

—¿Qué has hecho en toda la semana? —Temo que diga que también se le ha olvidado, pero de pronto se le ilumina el rostro.

—Fuimos en coche a casa del tío Paul y luego salimos en barco, luego comimos pizza, luego dormimos en la cabaña, en los sacos de dormir, luego vimos ballenas con sus hijitos, luego las ballenas se marcharon y nosotros nos fuimos de excursión por el bosque, luego calentamos perritos calientes en una hoguera, luego dormimos dos noches en dos tiendas de campaña, luego no vimos osos, aunque los estuvimos buscando, luego volvimos a la cabaña del tío Paul y no funcionaba la cadena del retrete, luego fuimos a un sitio con música en vivo donde había gente tocando la trompeta, luego comimos más pizza...

Justo lo que yo esperaba, más o menos.

—¿Dos tiendas de campaña? —pregunto mientras entramos en el aparcamiento del colegio, atestado de padres acelerados, como de costumbre —. ¿Es que Paul fue de excursión con vosotros? —Discurro alguna manera discreta de sonsacarle a Jona si Paul y Sonny han estado fumando marihuana. Más les vale que no, si valoran en algo sus vidas.

—Sí —asiente Jona al tiempo que se desabrocha el cinturón de seguridad y

abre la puerta trasera del coche—. El tío Paul vino con nosotros y nos contaba chistes por la noche. Yo no los entendía, pero Sonny y Eliana decían que eran muy graciosos...

—¿Eliana? —Paul se habrá echado otra novia.

—Es mi amiga, aunque es mayor. Es muy guapa, tiene el pelo largo castaño y los ojos azules como las flores de esa planta que tenías en la ventana hasta que se murió. Se quedaba en la tienda con nosotros y me cantaba canciones para que me durmiera...

Respiré profundamente, tratando de conservar la serenidad.

—¿Dormía en la misma tienda que Sonny y tú?

—Sí. Llevaba un vestido de flores y cantaba en otro idioma. Mira, ahí está Keysha. Me tengo que ir. ¡Adiós, mamá!

—¡Espera! ¿Fue Eliana con vosotros en el coche desde Bay Area?

Pero mi hija ha desaparecido en un mar de coletas y mochilas, y yo descubro que es posible estar conmocionada y rabiosa a la vez.

Me paso una hora entera conduciendo en un intento de calmarme antes de llamar a Sonny. Sin embargo, el poco autodominio que he alcanzado se evapora en cuanto él me saluda con un gruñido adormilado y lo que algunas personas (Eliana entre ellas, tal vez) describirían como su voz sensual de cama.

—¿Cómo has podido? —grito al auricular—. ¿Cómo has podido ser tan irresponsable? ¿Cómo has podido exponer a mi hija a tus asquerosas perversiones?

Tras un momento de silencio, suena una ronca carcajada. Me avergüenza admitirlo, pero en otros tiempos, aquella risa me provocaba un temblor en las rodillas. Ahora sólo me enfurece. Aspiro una gran bocanada de aire y la

retengo, pugnando por tranquilizarme. A Sonny nada se le da mejor que sacarme de mis casillas.

—¿Debería haber sabido que eras tú, Riks! —exclama—. Me has echado de menos, ¿a que sí? Una semana entera sin nadie a quien gritar ni a quien culpar de todos tus...

—Gritarte no es mi actividad predilecta...

—Pues cualquiera lo diría...

—Pero en este caso, hasta tú reconocerás que tengo una buena razón.

—¿Porque no te llamamos desde Mendocino? Lo siento, pero el teléfono de Paul no funcionaba.

—Habría otros teléfonos en el pueblo, ¿no? —De repente caigo en la cuenta de lo que pretende Sonny, el Gran Estratega—. No intentes cambiar de tema —suelto, mordaz—. Ha sido una irresponsabilidad, sí, pero no te llamo por eso. Dios sabe que estoy acostumbrada a tus irresponsabilidades...

—Ah, sí, me llamabas por mis... ¿cómo las has llamado? Mis asquerosas perversiones. Pues quiero que sepas que Paul y yo sólo hemos fumado cuando Jona estaba dormida. —La voz de Sonny rezuma virtud—. Además, siempre salíamos de la tienda para eso, incluso cuando llovía.

—¿Y Eliana? ¿También salía a fumar con vosotros?

—¿Quién?

—Sonny, por favor, no insultes mi inteligencia fingiendo que no sabes de qué te estoy hablando.

—Yo nunca me atrevería a insultarte, Riks. Probablemente azuzarías a Belle para que me mordiera. Además, fui yo precisamente quien te dijo que eres demasiado inteligente para tu propio bien, ¿no?

—Déjate de bromas. ¿Quién es Eliana?

—Yo no conozco a ninguna Eliana, te lo prometo.

Sus palabras parecen tan sinceras que me desconciertan..., pero sólo por un

momento. Sonny, el Convigente... Ya lo he oído antes.

—Pues a ver si te refresco un poco la memoria. Es la mujer que te llevaste a Mendocino. Se quedó contigo en la tienda. En tu tienda... ¡con mi hija! Eliana... de pelo largo y castaño, vestido de flores, acento extranjero... ¿Te vas acordando?

Silencio.

—¿Y cómo te has enterado de lo de... esto, de lo de Eliana?

—¡Me lo ha contado Jona! —respondo exaltada.

De nuevo un momento de silencio.

—¿Que te lo ha contado Jona? —inquire Sonny. Sé, por su entonación, que está moviendo la cabeza con ese gesto de incredulidad que pone a menudo, como si el mundo acabara de hundirse bajo sus pies—. ¡Alucinante!

—¿Y por qué te alucina tanto que Jona hable sin tapujos con su propia madre? A menos que le hayas pedido que te guarde el secreto... Es eso, ¿verdad? Sonny, ¿cómo has podido hacer una cosa tan ruin, tan...?

Pero él prorrumpe en fuertes carcajadas, tan francas que me quedo confusa.

Sólo se interrumpe para comentar:

—¡Nuestra hija llegará lejos! ¿Cómo decías que se llamaba? Eliana. ¿Con flores en el pelo? ¡Caramba! ¡Menuda imaginación tiene esa niña!

Todavía se ríe cuando cuelgo.

Atardece, y las sombras se funden a esta hora en que la luz se tiñe de azul. Solía ser el momento de mayor ajetreo; pese a la ayuda de Marcia y Ping, apenas dábamos abasto para atender a los clientes. Hoy la única persona en el local, aparte de Belle y yo, es mi hija, que está sentada a una mesa del fondo, dibujando.

Mientras conducía en dirección al colegio para recogerla, iba practicando

mentalmente varias frases: «¿Te has inventado a esa mujer? Según tu padre allí no había nadie más que vosotros tres. Tienes que aprender a distinguir la imaginación de la vida real.» Todas sonaban acusadoras o repipis, de manera que al final no he tocado el tema.

—No te preocupes tanto —me ha aconsejado Belle—. Todos nos imaginábamos cosas de pequeños. Son cosas de niños.

—El problema es que no estoy tan segura de que se lo haya inventado. Sonny ya me ha mentido otras veces...

—¡Vamos, Rikki! Sonny no se llevaría a una mujer estando allí Jona.

—¡No me puedo creer que lo estés defendiendo! ¿No lo habías declarado Enemigo Público Número Uno?

Belle me dedica una mueca.

—En realidad era Enemigo Privado Número Uno; tu enemigo personal. —Sacude la cabeza—. Yo tampoco me puedo creer que lo esté defendiendo. Pero una cosa tienes que admitir: es un buen padre.

—De eso tampoco estoy tan segura. Y me gustaría estarlo, te lo aseguro. Eso significaría una preocupación menos.

«No es verdad —se burla mi voz susurrante—. Tú sabes que lo que quieres es que Sonny demuestre que es absoluta y criminalmente irresponsable, para conseguir la custodia exclusiva de Jona y apartarlo de ella para siempre.»

Negar lo sería una hipocresía.

—Siempre te queda la opción de llamar a Paul y preguntárselo a él.

—Paul y yo no nos hablamos. Además, no le funciona el teléfono. Pero aun si yo cediera y le telefonease, ¿tú crees que me contaría la verdad, sobre todo si ésta deja en mal lugar a su amigo del alma?

—Bueno, pues entonces te sugiero que te guardes las preocupaciones para las cosas que sabes con certeza —replica Belle—, como por ejemplo que este bar está acabado. Otras dos semanas así y tendremos que cerrar. Lo hemos

intentado todo: rebajar los precios, colocar fuera carteles de promoción y mandar a Marco a la esquina a repartir cupones, además del anuncio que hemos publicado en el *Berkeley Voice*, que ha costado un ojo de la cara. Y todo para nada. Esta semana no han venido ni nuestros miembros del Club del Libro. ¡Y en cambio, fíjate en ellos!

Nos volvemos, desanimadas, hacia el local de enfrente. A juzgar por lo poco que el enorme cartel de GRAN INAUGURACIÓN nos permite divisar, el Java está hasta los topes de clientes, y cada pocos minutos las puertas se abren para admitir a más gente.

—Hay que averiguar su secreto. ¡Alguno deben de tener! —exclama Belle, caminando inquieta de un lado a otro y pasándose los dedos por la melena alborotada. Se me figura que ha adelgazado.

Ella abre por las mañanas (las circunstancias nos han obligado a despedir a Marcia y a Ping), pero suele quedarse conmigo hasta la hora de cerrar a pesar de mis protestas.

—¡Es como si tuvieran un imán invisible para la gente! —prosigue—. Llevo observándolos toda la tarde. Hasta los que van con prisa se paran en cuanto ven el cartel. Y luego todos entran como sonámbulos.

—Creo que te conviene irte a casa a dormir un poco —le recomiendo—. Estás empezando a parecerte a la voz en *off* de *La invasión de los ultracuerpos*.—Aun así, no resisto la tentación de dirigir la vista hacia el Java, llena de suspicacia. Con la de cosas extrañas que me están sucediendo, lo del imán de personas no se me antoja tan descabellado. Lo único que veo, sin embargo, es a un montón de personas con aspecto de ejecutivos, trajeadas y encorbatadas, con maletines de cuero, que salen de la cafetería riéndose a mandíbula batiente como si hubieran tomado algo mucho más fuerte que un café. Su risa me trae a la memoria mi conversación telefónica con Sonny.

—Tita Belle —anuncia Jona—, he terminado el dibujo de la excursión.

Sostiene en la mano un dibujo de vivos colores. Un cielo púrpura, árboles anaranjados, hierba amarilla, dos tiendas de campaña de lunares. Y cuatro personas.

—¿Quiénes son éstos, mi vida? —pregunta Belle.

—Éste es Paul, éste es Sonny, esta que va de la mano de Sonny soy yo, y ésta es Eliana, que también va de la mano de Sonny.

Echo un vistazo por encima de la coronilla de Belle y reconozco a Sonny de inmediato. Jona lo ha dibujado como siempre, con su pelo negrísimo y reluciente cual ala de pájaro, esa nariz afilada tan suya y unos rayos que le salen de la cabeza, como un halo. Sonny, el Ángel. Otra entrada que añadir a la larga lista de injustas ironías que conforman mi vida. Junto a él hay una mujer alta con un vestido azul y una cabellera castaña que le llega a la cintura. Va tocada con algo semejante a un penacho.

—Cuéntame cosas de Eliana —pide Belle, sentándose junto a Jona—. Yo no la conozco.

—Pues claro que no —contesta mi hija—. Yo la conocí en la excursión.

—¿De dónde es?

—De Checoslovaquia —dice Jona sin pensárselo. Cruzo una breve mirada con Belle.

—¿Es amiga de papá o de Paul? —inquire ésta.

—Es amiga de todo el mundo. Pero sobre todo es mi amiga especial.

—¿A qué te refieres con eso de «especial»? ¿Es como una amiga imaginaria?

—¡Ay, tita Belle! —la reconviene Jona, muy digna, enrollando el dibujo—. ¡Sólo los niños pequeños tienen amigos imaginarios! Eliana es especial porque me canta canciones y me cuenta historias de cuando era pequeña.

—¿De cuando estaba en Checoslovaquia?

Jona hace un gesto de afirmación.

—Me contó que en su pueblo había brujas, brujas buenas. —A continuación pierde interés en la conversación y se acerca a inspeccionar las marionetas.

En el coche, de regreso a casa, lanzo de vez en cuando miradas furtivas a Jona. Ella no despega los ojos de su dibujo, con sus figuras de palo. De pronto cobro conciencia de que no la conozco tan bien como pensaba. Incluso ella, que salió de mi propio cuerpo, diminuta y arrugada y manejable, encierra ahora misterios para mí. Poco importa que sean reales o imaginarios. De cualquier modo me siento excluida. Al igual que el resto de mi familia (mi madre, mi padre, Sonny), también ella se ha convertido en un enigma.

Esa misma noche, despierta en mi cama, reflexionando sobre todo lo que se ha torcido en mi vida, me percataría de que había incluido a Sonny entre los miembros de mi familia. Y, a regañadientes, admitiría para mis adentros que mi ex marido todavía formaba parte de ella, por mucho que yo quisiera renegar de él. Porque sólo un familiar posee la capacidad de exasperarnos hasta ese punto, de irritarnos como un padrastro que no logramos arrancarnos de la uña por más que lo mordisqueamos.

Cuando cruzamos la entrada del aparcamiento, Jona canturrea algo entre dientes. Parecen palabras sin sentido. Pero quién sabe, a lo mejor es checo.

Lleva varios días intentando terminar el cuadro, pero no lo ha logrado. Está satisfecha con la vegetación, el cielo, la calidad de la luz. Lo que no acaba de convencerla es la postura del hombre, por rígida y falta de naturalidad; hay algo falso en la posición del cuello. Y su rostro... Sencillamente ha sido incapaz de pintarlo. En un arranque de frustración, ha intentado taparlo con un rododendro. Pero eso supondría una gran derrota, y no está dispuesta a aceptarla, al menos de momento, aunque la exposición se inaugura dentro de tres días.

La situación empeora en la Chai House. De cuando en cuando entra algún despistado, pero a ella le da la impresión de que todos miran alrededor perplejos, como sorprendidos de encontrarse allí, como si su intención original hubiera sido ir a otro sitio. Piden un café para llevar y se marchan lo antes posible. Ni siquiera las galletas que Belle ofrece gratis (han dejado de servir otros tentempiés) bastan para retenerlos ni para tentarlos a volver.

Rakhi se pregunta dónde se han metido sus clientes habituales, qué ha sido de la señora Locklin, del viejo profesor Rogers, de los miembros del Club del Libro de Laurel Street que acudían todos los miércoles y llenaban el rincón con la intensa electricidad de sus tertulias. Piensa en ellos con desconcierto y preocupación..., y con la sensación de haber sido traicionada.

El día anterior por la tarde, al entrar en la Chai House, se encontró a Belle enfrascada en las cuentas. Belle le indicó por señas que se acercara al ordenador portátil y apuntó con el dedo a la columna del debe en la pantalla.

Llevaban varias semanas con pérdidas. No les quedaba bastante para pagar a los proveedores la semana siguiente.

—Y dentro de quince días hay que pagar la hipoteca —murmuró Belle. Se le notaba la piel irritada en torno a los ojos, como si se los hubiera estado frotando. A la pálida luz de la pantalla, sus labios parecían azules—. ¿De dónde vamos a sacar el dinero?

No son muy ahorradoras; en sus cuentas bancarias personales no había fondos suficientes para cubrir sus gastos durante un mes o poco más. No podían solicitar un préstamo al banco, puesto que ya tenían un crédito abierto. Sus padres, que nunca habían sido ricos, ya las habían ayudado en la medida de sus posibilidades.

—Supongo que no querrás recurrir a Sonny, ¿verdad? —preguntó Belle—. Es la persona más adinerada que conozco. En la discoteca le pagan un sueldo escandaloso, ¿no?

—¡Belle!

—Vale, vale, no he dicho nada.

—Dame tiempo —le pidió Rakhi—. Ya se me ocurrirá algo. —Pero lo único que logró, acostada en la cama esa noche, contemplando el entramado de luces y sombras que la farola de la calle proyectaba en el techo, fue desplazar la piedra con la que tan cuidadosamente había tapado el agujero de serpiente en su memoria.

Está de nuevo en la facultad, en el aula de los ventanales con persianas verdes donde conoció a Sonny. Asiste a una clase de literatura sobre los escritores angloindios modernos, y por eso sabe que está en un sueño, porque en la universidad no se impartía esa asignatura cuando ella estudiaba, y ni siquiera está segura de lo que significa su título.

(Por otra parte, tal vez se trata de otra cosa, de un no-sueño que optamos por llamar así porque a todos nos encantan los sueños, sueños que son como cometas liberados de la causa, del cordel de la culpa, erizado de cristales rotos. Además, no ha soñado una sola vez desde los primeros años de su adolescencia, desde aquellas pesadillas recurrentes que su madre le compró por un dólar y una retahíla de palabras bengalíes cuyo significado no precisó.)

Se halla sentada al fondo del aula, junto a la ventana, en su sitio habitual. Pasea la mirada por el confeti humano de Sproul Plaza: viejos hippies con guitarras y perros con pañuelos al cuello; estudiantes concienzudos con sandalias que repartían panfletos del Día de la Tierra; una cola de gente ante el puesto de burritos; evangelistas fervorosos que sudan bajo sus trajes negros mientras pormenorizan con entusiasmo los tormentos del infierno que aguarda a los no creyentes, entre los que sin duda figura Rakhi. La primavera late en el ambiente débil y rítmico como el sonido de los tambores que en ocasiones llega desde delante del Zellerbach Auditorium. Cree percibir un olor a sopa agridulce del tenderete chino de Bancroft Way y decide acercarse allí después de clase.

Aunque no lo ve aparecer, nota un cosquilleo en la base de la columna vertebral. Pero ¿por qué? Están en mitad del cuatrimestre; él debe de haber entrado en el aula muchas veces antes. Aun así, Rakhi siente en los omoplatos que él está sopesando sus opciones para sentarse. Hay una silla libre junto a una rubia en la segunda fila, y otra al lado de Rakhi. Sonny toma su decisión, y a ella le cambia la vida.

Incluso en su no-sueño le sorprende recordar con tanta exactitud ciertos rasgos de Sonny. Llevaba una camiseta de un color negro desvaído con la cara de Carlos Santana. El flequillo le caía sobre la frente cuando se inclinaba para escribir en su cuaderno. Poseía una magnífica cabellera india,

abundante, lustrosa, semejante al azabache. Saltaba a la vista que esa mañana no se había peinado. Al caer en la cuenta de este detalle, ella se estremece. Ella, que siempre había vivido entre algodones (la expresión le viene a la mente de forma inesperada: Sonny ya había comenzado a desempaquetarla, para ofrecerle una visión más nítida de ella misma), nunca había conocido a nadie que se presentara a una clase tan descaradamente despeinado. Sonny se pasó toda la clase garrapateando sin cesar, pero cuando ella echó un vistazo disimulado sobre sus nudillos (sólidos y un poco magullados, como los de un carpintero) advirtió que había llenado la página de garabatos con una pluma verde. Más tarde él le diría que se trataba de notas para un *remix* de *bhangra* que le resonaba en la cabeza. Se había apuntado a la clase de literatura porque necesitaba los créditos, pero en realidad quería dedicarse a la música. No podía permitirse el lujo de interesarse en otra cosa.

—¿Ni siquiera en mí? —preguntó ella, osadamente, con el corazón acelerado. No estaba acostumbrada a coquetear; siempre se había portado como una chica seria. Y él inclinaría el rostro hacia ella... Pero todo esto sucedería mucho más tarde. ¿Semanas? ¿Meses? El tiempo se desdibuja en torno a la frontera entre el Antes y el Después cuando piensa en Sonny.

Fue gracias a Sonny que Rakhi empezó a tomarse el arte en serio. Hasta entonces sólo lo consideraba un pasatiempo. Sin embargo, la pasión que él irradiaba despertó en ella una envidia sana. Además, Sonny la animó. Fue la primera persona a la que Rakhi creyó cuando le aseguró que poseía un don especial.

Pero se adelanta a los acontecimientos. Aquel primer día, él ni siquiera se fijó en ella, atrapado en la telaraña de sonido de su cerebro. O tal vez sí. Porque en ocasiones sucesivas se sentó en el mismo sitio, hasta que un día la invitó a comer con él.

En sueños, ella se pregunta qué le atrajo al uno del otro. ¿Sus puntos en

común? Los dos eran de origen hindú, aunque él nunca hablaba de sus padres, su ciudad natal, el instituto en que había estudiado, sus costumbres; en suma, nunca hablaba de su pasado. (En esto se asemejaba a la madre de Rakhi. ¿Por eso conectaron de inmediato cuando ella los presentó? ¿Porque compartían un fondo de secretismo?) Rakhi no sabía siquiera si él había nacido en Norteamérica, como ella, aunque se notaba que había vivido allí tanto tiempo que ya no se encontraría a gusto en ningún otro lugar. (A Rakhi le picaba la curiosidad por averiguar si le apasionaba la India, como a ella. Nunca había viajado a ese país, pero estaba decidida a visitarlo al año siguiente. No imaginaba entonces que pospondría aquel viaje un año tras otro y que al final nunca lo realizaría.) A los dos les encantaban los alimentos picantes, preferiblemente preparados al estilo asiático. Tras comprar comida preparada, iban en el coche de Sonny en aquella época (un Mustang baqueteado) hasta Tilden Park y cenaban empleando los dedos a manera de cubiertos y los vistosos envases de cartón a manera de platos. Contemplaban la puesta de sol sobre Angel Island y se daban de comer el uno al otro fideos tailandeses o carne *szechwan* con extra de guindillas. Las estrellas aparecían una a una en el cielo. Él rasgueaba un viejo tema en una guitarra, una canción que ella había oído en el tocadiscos de su padre, pero que en las manos de Sonny se convertía en algo totalmente distinto. Escuchándolo, a Rakhi se le cortaba la respiración. Se complacía en admirar su semblante, concentrado, absorto, como si ella no estuviera allí. O, mejor dicho, como si él no estuviera allí. A ella le habría gustado adoptar esa misma expresión cuando pintaba.

¿O quizá su fascinación mutua se debía a sus diferencias, a los polos opuestos de sus anhelos? Él, un espíritu de la noche, sufría arranques de generosidad impulsivos, irregulares, infantiles. Disfrutaba con la camaradería y el ambiente cargado de humo que reinaban en los locales nocturnos, aunque no fumaba (para ser exactos, no fumaba tabaco). Habría pagado rondas para

todo el mundo si ella no se lo hubiera impedido. Estaba a sus anchas entre multitudes, entre empujones de desconocidos. Adoraba el clima de desesperada confianza de las fiestas *rave*. Comprendía que la gente necesitaba pasar un buen rato y sabía hasta dónde estaba dispuesta a llegar para conseguirlo. Era consciente de las complejidades del asunto. Se burlaba del día de San Valentín y luego le regalaba a Rakhi flores porque sí. No le compraba cosas tan vulgares como un ramo de rosas, sino lirios barbados, anturios, campanillas de invierno, incluso orquídeas, aunque no nadaba en la abundancia ni muchísimo menos. Participaba a menudo en las *jam sessions*, a altas horas de la noche, con la banda con la que tocaba de vez en cuando. Prestaba dinero a sus amigos músicos continuamente (ellos nunca se lo devolvían; él nunca se lo exigía). Después de tocar se quedaba en un estado de euforia. «La música me coloca», afirmaba. (Más tarde ella comenzaría a recelar que Sonny se colocaba con algo más que con música, y, tiempo después, a enfadarse. Pero eso ocurriría en el futuro, toda una vida después.) Solían irse a un bar o una cafetería de las que no cierran por la noche para hablar, aunque eso significase que Rakhi se moriría de sueño en clase al día siguiente. A veces la resaca ni siquiera le permitía asistir a clase, o le temblaba la mano al pintar porque no estaba acostumbrada a tanta cafeína. Nada de esto le importaba; le parecía divertido. Además, los artistas crecen con las experiencias nuevas, él era su experiencia nueva y ella estaba creciendo.

Cuando pasara de esa vida a otra muy distinta, sombría y gris, como el interior de los túneles, se percataría de que una relación erigida exclusivamente sobre una nueva experiencia está condenada al fracaso, porque un día deja de ser nueva, ¿y qué nos queda?

Se encuentran en el aula, meses, tal vez años después. Sonny se inclina

hacia ella; están estudiando a Borges, ¿o es la arquitectura de la Bauhaus? Él luce ahora una barba como la de Pan y un pendiente.

«Te enamoraste de mí por el hoyuelo que tengo en la barbilla —asevera él, en voz tan alta que la profesora arquea las cejas—, porque fui el primero. Te enamoraste de mí porque soy un peligro, como saltar de un tren en marcha.»

Se quita el pendiente y hace ademán de agarrarle la mano. Le deslizará el aro por el dedo, y este objeto se convertirá en el anillo de compromiso de Rakhi, su joya favorita. (Cuando los ingresos de él aumenten de forma espectacular, le comprará un anillo de diamantes, pero ella lo guardará en el banco y seguirá llevando el fino pendiente en el dedo.) Las cosas se acelerarán y se tornarán borrosas después de ese día, como una película proyectada a cámara rápida. Ella le presentará a sus padres (a su madre, en realidad, que era la que contaba)... Pero no, eso ya había sucedido. ¿Acaso no lo había ya acogido ella afectuosamente como a un primogénito perdido hacía mucho tiempo? Rakhi y Sonny se casarán un mes después, al cabo de un año se mudarán a una preciosa casa rosa victoriana en Oakland, comprada con una canción (literalmente), bajo circunstancias que despertarían las sospechas de Rakhi, aunque desgraciadamente no a tiempo. Jona nacerá. El público estadounidense aprenderá lo que es un *remix* de *bhangra*, y éste le electrificará el alma. Sonny ganará más y más dinero; más del que ella acierta a imaginar en este momento. Su nombre trepará poco a poco hasta la cima de las listas de éxitos. Contará con muchos admiradores, tanto hombres como mujeres. ¡Algunos llegarán a idolatrarlo! Y entonces...

El rollo de película, por algún motivo, ha saltado hacia atrás. Rakhi está de nuevo en el aula, Sonny sostiene el anillo. Ella se dispone a decir que sí, pero primero quiere preguntarle por qué la ama. Por qué precisamente a ella, que no tiene un hoyuelo en la barbilla, a ella, que no es su primera novia, a ella, tan peligrosa como un plato de cereales. Sin embargo, él arruga la frente

impaciente. Todo el mundo en la sala clava en ella la vista con el entrecejo fruncido, incluida la profesora; todos están esperando que se deje poner el anillo que la marcará como propiedad de Sonny. «Da igual —piensa ella, tendiendo la mano izquierda—. Ya habrá tiempo luego para preguntarle todo lo que quiero saber.»

Un momento. Algo pasa con esta película, con este sueño o no sueño: un fotograma defectuoso tal vez. Porque en esta escena a ella le falta la mano; le falta el brazo entero. Echa una ojeada alrededor, primero con aire perplejo, luego como pidiendo disculpas, ante las miradas torvas de los presentes.

«No te preocupes —dice Sonny—. Dame la otra mano.»

Pero también ha desaparecido. Rakhi ha quedado reducida a un torso, una estatua trunca, surcada de grietas que se extienden por las sienes y los hombros, con la garganta picada de cicatrices. Seguro que ningún hombre querrá casarse ahora con ella, con aquella pobre mutilada. Al pensarlo, brotan lágrimas de sus ojos de piedra.

Pero mira: Sonny acerca el rostro al suyo, con una expresión de algo parecido a la compasión. Le introduce el anillo entre los labios de piedra entreabiertos y da una sacudida a su torso. Ella nota que el anillo se le desliza por la boca, por el esófago, y va bajando, bajando, hasta que se aloja en su pecho. Ahora jamás podrá devolvérselo, piensa, y por un momento la desesperación se apodera de ella. Pero tal vez no debería desesperarse. ¿No significa esto que ella le pertenecerá para siempre, que él siempre cuidará de ella?

Sonny asiente con un gesto como si le leyera el pensamiento y se inclina hacia ella. Se funden en un beso largo. Los compañeros silban y aplauden, y la profesora cita a Marx: «Lo que más atrae al hombre de la mujer es su dependencia de él.» Alguien tira arroz para que la suerte les sea propicia.

Por la mañana llueve. Rakhi lleva a Jona al colegio y al regresar se queda contemplando con desánimo su cuadro a medio terminar. No se le ha ocurrido una solución durante la noche pese a que la ha pasado en blanco. En su cuenta bancaria hay unos setecientos dólares, y dispone de algunas joyas (entre las que ya no figura el anillo de diamantes, que le devolvió a Sonny hace mucho tiempo a pesar de que él le insistió en que lo conservara). En cualquier caso, es consciente de que no conseguirá mucho por las joyas, pues ya ha empeñado algunas antes. Tampoco sacará una gran suma por los enseres de la Chai House, si cierran.

Decide ir al bosque de eucaliptos. No es probable que el hombre de blanco esté practicando bajo aquel diluvio, pero el paseo le aclarará las ideas. Además, quizá se tope con él a pesar de todo. Tal vez lo aborde para preguntarle si le interesaría invertir en un salón de té. Rompe a reír ante lo ridículo de sus ensoñaciones. Se está poniendo el poncho azul cuando suena el teléfono.

Es su madre.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos —comienza—. ¿Qué tal si me acerco en el tren y pasamos un rato juntas?

Rakhi percibe un zumbido de alarma en su antena de hija. Su madre se desplaza muy rara vez a Berkeley (ella lo llama «Berke sin ley»), y nunca en tren, porque la estación se encuentra muy lejos de la Chai House y del apartamento de Rakhi. Entonces se acuerda de haber oído a su madre comentar que ahora con los años cada vez le gusta menos conducir (estas palabras deprimieron a Rakhi, que en el fondo albergaba la esperanza de que las facultades especiales de su madre la protegiesen de los banales achaques que trae consigo el envejecimiento).

—¿Estás segura? —pregunta—. Llueve a cántaros y tú no te has

recuperado del constipado. ¿Por qué no te esperas hasta el viernes? De todas formas ibas a venir para la inauguración de la exposición...

—¡No te preocupes! —replica su madre—. He tomado una superdosis de vitamina C. Además, escampará dentro de un rato.

¿Cómo lo sabe? Al otro lado de la ventana de Rakhi, el agua cae formando una cortina pertinaz y opaca. No parece que vaya a amainar en mucho tiempo. ¿Acaso los poderes de su madre incluyen la interpretación de los fenómenos meteorológicos?

—Lo he oído en el canal del tiempo, tonta —explica su madre—. Llegaré a la Chai House a eso de las doce. Pero no hace falta que te des prisa si estás pintando. No me importa quedarme charlando con Balwant hasta que llegues.

—¡Pintando! —resopla Rakhi—. ¡Ojalá! —Luego, impulsivamente, lo suelta—: Mamá, tenemos un problema muy serio.

—Sí, *shona*. Por eso voy.

Mientras Rakhi camina hacia los eucaliptos bajo una lluvia que se ha quedado reducida, obedientemente, a una llovizna, una nueva inquietud la reconcome. Su situación debe de ser mucho peor de lo que imaginaba; de lo contrario, su madre jamás habría intervenido.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Notas, lección 17: El significado de las cosas

Si soñáis con una puerta cerrada, al final alcanzaréis vuestro objetivo, pero os costará mucho esfuerzo.

Soñar con leche significa que estáis a punto de caer enfermas.

Un espejo simboliza un falso amigo; unas tijeras, la ruptura matrimonial; un tambor de dos caras denota reconocimiento y renombre; una rueda de hierro quiere decir que muchas desgracias se abatirán sobre vosotras.

Si soñáis que estáis moliendo sal, solucionaréis el problema que os atormenta, pero debéis perseguir esa solución de manera implacable. Si en vuestro sueño alguien os regala azúcar, cuidado. Esa persona no es de confianza.

Recordad que éstos son sólo significados básicos, cuyos matices y trascendencia varían en función de las circunstancias. En la interpretación de los sueños, como ya he señalado antes, el contexto resulta fundamental.

Por ejemplo, si un hombre sueña con una espina, progresará en su carrera. Si en el sueño le quita la espina a alguien a quien se le había clavado en el pie, convertirá en amigo a un enemigo. Si una virgen sueña con una espina, se casará con alguien de familia distinguida. Si una mujer que no es virgen sueña con una espina, está embarazada, aunque no lo sepa.

De la misma manera, si un hombre sueña con un mono, habrá de afrontar

un desafío en los negocios que, bien llevado, redundará en grandes beneficios. En cambio, si una mujer sueña con el mismo mono, alumbrará a un hijo deforme. Para los solteros, un mono presagia que se casarán con una persona de muy mal carácter.

Me habéis preguntado sobre la cacatúa, que suele aparecer en sueños. Se trata de un símbolo de buena suerte para los hombres, que anuncia el final de una larga disputa familiar. Para las mujeres, sin embargo, augura el nacimiento de una niña, posible causa de nuevas discusiones en una familia.

No se os impartirá una clase más completa sobre el significado de los animales sino hasta dentro de un mes, porque el tema encierra muchas sutilezas. Pensad, por ejemplo, en todas las posibles implicaciones de que un hombre mate en sueños a una libélula, o de que una mujer sueñe que un gato ha entrado en la cocina.

Dedicaremos una lección especial a los animales guía que acuden a nosotros en momentos de gran peligro o gran alegría. Por ahora basta con que sepáis que el águila, el ciervo y la serpiente son los más importantes.

De momento vamos a estudiar qué representan los árboles. Un árbol de hojas verdes y brillantes es señal de que la salud de un paciente mejorará; si soñáis con la tala de un árbol, incurriréis en un gran gasto. Una palmera prefigura una racha de buena suerte, sobre todo si en el sueño trepáis a lo alto. Si bajáis de ella con el fruto en la mano, cosecharéis un gran éxito. Un bananero vaticina que recibiréis una herencia. Una datilera os advierte de que debéis emprender una peregrinación. Una higuera de bengala significa que os encontraréis ante un dilema moral complicado. Si veis una adelfa en sueños, perderéis a un ser querido.

Me habéis preguntado qué hacer si el destino os lleva a una tierra donde la gente sueña con árboles distintos, con manzanos y pinos, con ginkgos y caquis y cerezos, que no se mencionan en nuestros libros antiguos. Es más,

¿qué hacer si sueñan con teléfonos móviles, cabinas de peaje y sierras eléctricas, con autopistas en el cielo y máquinas que transportan a la gente de una época a otra?

No desesperéis. Ahondad en lo más profundo de vuestro ser y extraed el significado necesario, pues la interpretación correcta de todos los sueños reside, en último término, en vuestro interior y no en mis palabras. Por eso, como ya os avisé al principio, no puedo transmitir mis conocimientos a nadie que no posea ya el don de descifrar sueños. Y por eso descubriréis algún día que todo lo que os estoy enseñando es de lo más trascendental... y de lo más inútil.

Me habéis preguntado qué cabe esperar cuando el hombre con el que habéis soñado irrumpe en vuestra vida, y cómo debéis reaccionar.

Esto ocurre muy rara vez, y sólo en momentos en que existe una posibilidad muy elevada de que se produzca un cambio radical. Así pues, escuchad con atención. En primer lugar, seguid a ese hombre, porque o es un espíritu guía o es un demonio. En cualquier caso, persuadidlo o engañadlo para que hable con vosotras. De este modo él caerá bajo vuestro influjo. Formuladle la pregunta más destacada que os ronde la mente. Su respuesta quizá transforme vuestra vida. Y ahora viene lo más importante: no lo perdáis de vista. El año que viene os daré más instrucciones sobre esta materia tan compleja, cuando hayáis aprendido bastante para captar sus matices.

La semana próxima realizaréis un examen sobre las apariciones en sueños de partes del cuerpo, con especial énfasis en la oreja, el pie, el hombro, la frente y el pecho. Preparaos.

RAKHI

Armada con mi cuaderno de dibujo me acerco al bosque de eucaliptos. Algunas gotas de lluvia me rozan la cara cuando me asomo bajo la capucha del poncho, pero en general está despejando. Aquí y allá se vislumbra algún borrón de color azul claro, tan típico de nuestra bahía. Me encanta ese azul. Claro que tampoco conozco otro cielo. Aunque toda mi vida he querido viajar, cada vez que planeo un viaje tropiezo con algún obstáculo. Casi siempre me pongo enferma. Una vez, al subir a un autobús, me robaron el bolso donde llevaba mi pasaporte recién expedido. En otra ocasión, al pasear por una calle de San Francisco normal y corriente, metí el pie en un agujero que no había visto y me rompí el tobillo. Se suponía que al día siguiente Sonny y yo volaríamos a Brasil para asistir a un festival de música. Yo me llevé una gran desilusión —llevaba meses soñando con Río de Janeiro—, pero Sonny se puso hecho una furia. Según su teoría, yo provocaba inconscientemente estos «accidentes» porque en el fondo me aterrorizaba lo desconocido. Nos enzarzamos en una discusión tremenda, pero tal vez no le faltaba razón, porque poco después él intentó que yo probara otras cosas nuevas que acabé por rechazar. Alegaba indignación moral, pero quizás era el miedo lo que me impulsaba a negarme.

Sonny se fue a Río solo y se lo pasó de maravilla, a tal punto que cuando se le presentó otra oportunidad de salir de la ciudad para asistir a una convención de pinchadiscos, no me pidió que lo acompañara. Yo no dije una

palabra al respecto. Temía que se me notara el resentimiento. Pero el borde serrado de aquel silencio se enganchó en la urdimbre de nuestro matrimonio y la deshilachó un poco más.

Un día le pregunté a mi madre qué pensaba de mis accidentes.

—¿Qué es un accidente? —replicó ella.

A mi madre le gusta descolgarse con frases de ese tipo. Se le da muy bien. Y, muy a mi pesar, siempre consigue impresionarme.

Luego procedió a contarme la historia de Shangri-La.

—Ya me la sé, mamá. Vimos la película juntas en el cine, ¿te acuerdas?

Eso no impidió que volviera a narrarme todo el argumento: el forastero que llega al valle mágico del Himalaya, la hermosa joven que, al marcharse, pierde la juventud y la vida.

Yo esperaba la moraleja, pero mi madre se había puesto a picar hojas de mostaza.

—Voy a preparar *saag* —me informó—. Si quieres un poco, hago más.

—¡Mamá! ¿Por qué me has contado esa historia?

Ella me miró sorprendida, como si fuera evidente.

—A veces nosotros también vivimos en nuestro Sangri-La particular —respondió por fin—, pero, como la mujer de la película, no somos conscientes de lo especial que es, de que nos protege. Estamos demasiado ocupados deseando lo que no conocemos.

—No sé adónde quieres llegar.

Mi madre lavó el *saag* y lo echó en agua hirviendo. Aguardó un rato a que adquiriese un tono verdoso y luego añadió:

—Tal vez alguien te está indicando que te quedes donde estás.

—Eso es pura superstición —repuse. Estaba enfadada, asustada y, por algún motivo inexplicable, al borde de un ataque de claustrofobia—. ¿Me

estás diciendo que no debería salir de California? ¿Cómo puedes creer una cosa tan irracional?

Ella esbozó una sonrisa. Mis comentarios casi nunca la ofendían (lo cual constituyó una causa de frustración para mí a lo largo de la adolescencia).

—En primer lugar, yo no he nombrado California, ¿verdad? En segundo lugar, en las cosas racionales no hace falta creer: son evidentes. —Mi madre encendió la tetera eléctrica y sacó de la despensa un paquete de té Brooke Bond, su favorito, envuelto en su grueso papel de aluminio. Era una de las pocas costumbres que conservaba de la India. Justo cuando yo empezaba a pensar con resignación que nuestra conversación había concluido, ella agregó —: Aunque en este caso no se trata de una cuestión de fe. Esta vez lo sé con toda certeza.

Me moría de ganas de preguntarle a qué se refería con eso, pero ella ya debía de haberse arrepentido de permitir que se abriese aquella minúscula grieta en el muro tras el cual se escondía. Me distrajo acribillándome a preguntas sobre las actividades de Jona hasta que llegó la hora de marcharme.

En el bosque de eucaliptos aspiro una buena bocanada de aire húmedo. Recojo del suelo un trozo de corteza empapada, la desmenuzo y me la acerco a la nariz. Me encanta el olor de la lluvia, de las cosas que crecen desordenadamente.

—«Dejad estar a la naturaleza, húmeda y silvestre» —le cito a Belle en los días lluviosos.

—Sí—contesta ella—. Y dejemos estar también a los hongos, el moho y la podredumbre.

Hay gente muy poco romántica.

Cuando ingresé en la universidad, tomé prestada de la biblioteca de Asia

Suroriental una cinta con canciones sobre los monzones de Bengala: los cielos que se tornan del color del acero pulido, las nubes que avanzan como ejércitos negros o se derraman sobre el horizonte como cabelleras de doncellas hermosas. Me encantaba esa cinta, aunque sólo entendía la mitad de las palabras (por suerte venía con la traducción en un papel). Ponía las canciones una y otra vez, hasta que Belle me amenazó con agredirme. A partir de entonces, y durante meses, estuve soñando despierta con las palmeras azotadas por la tormenta, con los bulbules de pecho rojo que se refugian entre las raíces colgantes de los banianos. Los rayos, a modo de peinetas de plata, decoraban los cabellos de lluvia de las doncellas. La lluvia era cálida, como las lágrimas humanas. Una de las cantantes comparaba su corazón con un pavo real danzante. ¿Había en ello algo de verdad o no se trataba más que de una figura retórica? Cuando se lo pregunté directamente a mi madre, ella admitió de mala gana que había pavos reales y que de vez en cuando, en efecto, danzaban. Mi padre me informó, con morboso regocijo, de que Calcuta se inundaba cada vez que se desataba un temporal y de que el lodo y las inmundicias acumulados durante décadas rebosaban de las cloacas, ocasionando que la gente muriese de cólera. Sin embargo, a mí no me engañaban. Ambos me ocultaban detalles, como siempre, detalles hermosos, misteriosos, importantes. Pero ¿por qué? Belle me había comentado que sus padres —y los padres de otras *desis* que conocía— hablaban continuamente de la India y la pintaban como lo más semejante a un paraíso terrenal.

¿Qué karma cruel me había puesto en manos de los únicos dos indios que mencionaban su país natal lo menos posible?

—Cuando yo era pequeña —me contó Belle una vez—, mis padres me pagaban dos dólares más a la semana por asistir a clase de lengua en el *gurdwara*.

Exhalé un suspiro.

—Pues yo habría estado dispuesta a renunciar a mi paga a cambio de la oportunidad de aprender bengalí...

—Tú necesitas ayuda —declaró Belle—. Estás enferma.

En un par de ocasiones, en mi época de estudiante en la universidad, quise organizar un viaje a la India. Pero los planes nunca llegaron a cuajar. No me concedieron la beca que solicité. El grupo con el que iba a viajar decidió al final ir a Perú. Mis padres se guardaron su opinión, pero era evidente que no les parecía bien. Posiblemente su silencio estuviese en el origen del miedo que me movió a renunciar. O quizás el miedo provenía de mi interior, como Sonny afirmaría más tarde.

Se me han pasado bastante las ganas de viajar. El nacimiento de Jona me dejó anclada. La ruptura de mi matrimonio abrió un boquete en mi casco que no he conseguido reparar. Estoy amarrada a la Chai House por la esperanza, la responsabilidad y, cada vez más, la ansiedad. De todas formas creo que antes de morirme me gustaría conocer la India, aunque sólo sea para brindar descanso a los fantasmas que bailan en mi cabeza como fuegos fatuos sobre un mar agitado.

Camino por la arboleda pisoteando el barro. Lejos de los senderos, donde el follaje se espesa, donde flota en el aire una humedad que casi se ve, donde no me cuesta forjarme la ilusión de que me encuentro en un bosque auténtico. Resulta más fácil en un día como hoy, en que la arboleda está empapada y desierta. Me siento en un tronco caído y cierro los ojos para que la ilusión sea más completa. En eso consiste mi otra fantasía: en imaginar que vivo sola en un terreno salvaje (según Belle, no hay diferencia entre una fantasía y otra, porque India es una jungla).

Cuando abro los ojos, él está allí.

No. Lo expresaré de otra manera. No quiero que suene a magia barata o a quimera absurda. Él ya estaba allí; lo que ocurre es que yo no había reparado en él. Se halla a un lado, en una hondonada, de espaldas a mí, practicando. Lleva allí un rato: incluso desde lejos se nota que tiene la ropa mojada. He allí un amante de la lluvia todavía más radical que yo. Envalentonada por nuestra pasión común, estoy tentada de abordarlo. Pero me contengo. Irradia tal sensación de soledad, de concentración en el momento presente, que no quiero perturbarlo. En cambio, decido esbozar sus movimientos, que me recuerdan al vuelo de las garcetas. No obstante, topo con dificultades. Los bocetos, uno detrás de otro, salen mal, rígidos, sin alma. ¿Por qué? No es que no haya dibujado gente antes. Una vez esboqué toda una serie de bailarines *bharatnatyam*, al carboncillo, ¡y quedó muy bien! Rompo frustrada los dibujos y alzo la vista, pero él, y esta vez es realmente así, ha desaparecido, de pronto, sin un ruido.

Sin embargo ha dejado algo atrás: una especie de estela de energía. Percibo una sinfonía de movimientos en el vacío, la silueta de su cuerpo tallada en el espacio entre los árboles. Presencia y ausencia componen un motivo titilante. Me quedo mirándolo durante un largo rato. Empieza a llover de nuevo. El frío me entumece los dedos, que permanecen quietos en mi regazo, sin dibujar. A pesar de todo, está cobrando forma la semilla de una idea. Un quizás.

Estamos sentadas en torno a una mesa de un vivo color naranja en el Java, Belle, mi madre y yo, esperando a que nos traigan lo que hemos pedido. Echo un vistazo furtivo alrededor, sintiéndome como un agente secreto.

«Tenemos que aventurarnos a penetrar en el terreno enemigo —había aseverado mi madre— si queremos averiguar su secreto.»

De momento el secreto, en caso de haberlo, radica en la novedad. Todo lo que hay en el local parece haberse fabricado hace apenas unas horas. Un resplandor sintético, irreal como un espejismo, lo baña todo: las superficies amarillas y anaranjadas, los servilleteros de acero de afiladas esquinas que reposan sobre cada mesa, las máquinas de café que silban como monstruos de un mundo futurista. Las lámparas del techo (que semejan platillos volantes) despiden una luz dura, ajena a este mundo. Casi temo que me grabe a fuego figuras geométricas en la piel.

Belle arruga la nariz asqueada y se inclina hacia nosotras.

—No entiendo cómo la gente prefiere este sitio a la Chai House —susurra.

Sus palabras me sobresaltan. Por un instante el desconcierto se adueña de mí, como si acabara de despertar de un trance.

—¿La Chai House? —repito como una tonta. Sé muy bien a qué se refiere, por supuesto. A nuestro salón de té, que está al borde de la quiebra en estos mismos momentos, mientras nosotras andamos en misión de reconocimiento. Hay algo en este lugar que me dificulta imaginarme otros lugares, como si sólo existiera el Java. Por un momento el pánico me acaricia la espalda con dedos helados. Cierro los párpados y me concentro. La Chai House existe, me digo una y otra vez. Pero los renglones de los recuerdos se mezclan y se desdibujan en mi mente como en papel mojado. Por fin, temblando, evoco una imagen: una mecedora de arce en un rincón, con la madera pulida resplandeciente a la luz de una vieja lámpara de cuello de cisne que rescaté de un mercadillo. La agradecida solidez de estos objetos me permite visualizar otros, hasta que consigo recrear mi salón de té con la suficiente fidelidad para dejar escapar un suspiro de alivio.

—¿Tú lo entiendes? —insiste Belle. Cuando poso en ella los ojos sin expresión, ella reitera, impaciente—: ¿Tú entiendes por qué la gente prefiere

venir aquí y no a nuestro bar? Esto tiene el mismo gusto que una sopa de sobre.

Echo una ojeada en torno a mí para examinar a estas personas de sopa de sobre. Hay bastantes clientes en la cafetería, aunque no está tan llena como yo esperaba. Me preocupaba la posibilidad de tropezarme con alguno de nuestros antiguos parroquianos, pues se produciría una situación violenta. Pero a esta gente no la conozco. ¿De dónde ha salido? Parecen personas normales y corrientes, tomando café con pastas mientras leen el periódico. Desde luego, no me parecen zombis, atraídos al establecimiento por las malas artes de los seres perversos de otro planeta.

De pronto comprendo por qué estas personas —y muchas otras como ellas— prefieren el Java a la Chai House. El Java no les exige nada, aparte de dinero. Les permite proteger su privacidad. No hay conversaciones, no hay contacto, no hay nada que contemplar o discutir, no hay necesidad de compartir ni mostrar parcelas de su intimidad. Y a pesar de todo, hay una comunidad también, en el grado en que cada cliente la desee: todos gozan de la cómoda compañía de unos individuos sin nombre y sin cara, como ellos mismos, encantados de que los dejen en paz, de dirigir la mirada hacia un punto indeterminado, sin fijarse en nadie. Por un instante comulgo con ellos, y mis músculos se relajan mientras me abandono a la tranquilidad del anonimato.

La Chai House, en cambio, con sus galletas caseras y sus variedades de café, sus muebles acabados a mano y sus marionetas de seda, su tablón de anuncios donde están expuestas las intimidades de nuestros clientes, llama la atención sobre sí misma; nosotras hemos insistido en que nuestros clientes nos dejen introducirnos en sus vidas del mismo modo que nosotras les hemos abierto las puertas de las nuestras, en que se lleven parte de nuestro establecimiento consigo cuando se marchan. Hemos creído que los lugares no

deberían convertirse en clones de otros lugares. Hemos creído importante poner a disposición de la gente un local donde disfrutar de conversaciones inteligentes y una buena taza de té. ¿Hemos levantado nuestro negocio sobre una ilusión? ¿Hemos perdido el tiempo construyendo un refugio cuando lo único que quiere la gente es un lugar de paso?

Pero habré de lidiar con estas incertidumbres en otro momento, porque aquí viene nuestro pedido, que nos trae la encargada en persona. Como nunca antes la había visto de cerca, no resisto el impulso de observarla con descaro. Es preciosa, desde su sedoso pelo rubio hasta su perfecta manicura. Camina hacia nuestra mesa como una estrella de cine en el papel de una encargada de cafetería. Hasta su sonrisa es la mezcla perfecta de encanto y eficiencia.

—Señoras, aquí tienen, un té con limón —mi madre inclina la cabeza—, un café solo —Belle alza un dedo— y el café con leche debe de ser para usted. —Deposita la taza delante de mí y nos escruta como evaluándonos—. Es la primera vez que vienen, ¿verdad? ¡La intuición nunca me falla! —Entonces alza la voz—. Zelda, trae un plato de pastas. Es un detalle para todos los clientes nuevos. —Luego clava en mí sus ojos azul zafiro, entornándolos—. ¿No es usted la dueña de la cafetería de enfrente? La he visto en la ventana. —La sonrisa se dibuja de nuevo en su rostro, nítida como el cristal—. Qué, investigando a la competencia, ¿eh?

Se me suben los colores. Bajo la vista y me acerco la taza de café. Cuando me dispongo a beber un sorbo, mi madre me posa la mano en el brazo.

—Cariño, he cambiado de opinión —me dice—. Creo que hoy me apetece más tomar café. ¿Te importaría mucho si me tomo el tuyo y te paso mi té?

Me quedo mirándola. Mi madre no suele tomar café. Según ella, le provoca dolor de cabeza. Y sabe que a mí no me gusta nada el té con limón.

—No, no se preocupe —tercia la encargada, dirigiéndose a mi madre, mientras deja en la mesa un plato de galletas de chocolate de aspecto

frustrantemente apetitoso—. Le traigo otro café con leche, por cuenta de la casa. —Su sonrisa es digna de un anuncio de dentífrico—. ¡Considérelo una gentileza, por ser del gremio!

—Gracias —replica mi madre en su tono de voz formal—, pero no hace falta. Mi hija y yo estamos acostumbradas a intercambiar cosas.

Esto raya en la mentira. En toda mi vida sólo recuerdo una ocasión en la que intercambiáramos algo: cuando le troqué un sueño por un dólar. De hecho, me pregunto si a eso cabe llamarlo intercambio.

La encargada se vuelve hacia mí, expectante, como esperando que desmienta a mi madre. Como yo guardo silencio, ella se encoge de hombros con un ademán ligero y elegante.

—Buen provecho —dice, despidiéndose de nosotras con un amplio gesto de la mano.

Se aleja, y mi madre, pensativa, la sigue con la vista. Toma un sorbo de mi café y hace una mueca, luego se bebe el resto muy deprisa, como empeñada en terminar cuanto antes una tarea desagradable pero necesaria. Cuando Belle agarra una galleta, mi madre sacude levemente la cabeza.

—Yo que tú no lo haría.

Belle suelta la galleta como si fuera radiactiva.

—Vámonos —murmura mi madre—. Ya hemos visto bastante.

En cuanto salimos, Belle explota:

—¿Qué ha visto usted, señora Gupta?

Supongo que mi madre le contestará a Belle lo que suele declarar a sus clientes (lo sé gracias a mi costumbre de escuchar detrás de las puertas): que ella es una intérprete de sueños, no una adivina.

Para mi sorpresa, se limita a responder:

—Paciencia, Balwant. Espera a que lleguemos a nuestro territorio.

Una vez dentro de la Chai House, coloca en la puerta el cartel de CERRADO (aunque no hace ninguna falta), llena una taza de agua templada con sal y se mete en el baño. La oigo gargarizar y escupir. Por fin sale y nos indica con una seña que nos sentemos. Nos apiñamos en torno a una mesa como tres conspiradoras maquiavélicas.

—No volváis a entrar allí.

—¿Por qué no? —pregunto—. ¿Y por qué te has tomado mi café? ¿Y por qué no querías que probáramos las galletas?

—Lo de las galletas tiene una explicación más sencilla. En la vida más vale no aceptar nada gratis, a menos que venga de alguien que nos quiere bien. Recibir implica contraer una deuda. En cuanto al café... Bueno, a lo mejor me paso de suspicaz, pero no me ha gustado que nos lo trajera la encargada en persona. No sé si os habréis dado cuenta, pero no ha atendido a ningún otro cliente.

—¿Cree que le ha echado algo al café de Rikki? —inquire Belle.

—¡Por favor! —exclamo—. ¡Ni que fuera Lucrecia Borgia!

Belle prosigue como si no me hubiera oído.

—Algo que da mala suerte, ¿a que sí? —insiste—. Eso le pasó una vez a una chica recién casada, en Turlock, según me contó mi madre. Una ex novia del marido le envió un regalo, un sari de seda precioso. La recién casada, que era de origen hindú pero no sabía nada de estos sortilegios, se puso el sari y cayó tan enferma que por poco se muere.

—¡Qué tontería! —salté—. Sería una coincidencia.

Las dos me contemplan con idéntica expresión. Casi oigo lo que están pensando: «¿Y qué es una coincidencia?»

—Estáis sacando las cosas de quicio —porfío—. Además, aunque fuera verdad, ¿por qué iba a desearme mal la encargada?

—Tal vez te considere una amenaza —aventura mi madre.

—¿Una amenaza? ¿Yo? ¿Cuando es ella la que nos está hundiendo el negocio? Y en ese caso, ¿no querría hacer daño también a Belle? Porque a ella no le has impedido tomarse el café...

—Ha sido una intuición —alega mi madre—. No lo puedo explicar, pero ahora queda claro que la situación es seria. He hecho lo que estaba en mi mano, pero de nada servirá a la larga. Tenéis que darle un enfoque totalmente distinto a la cafetería, dotarla de un alma y de energías para atraer de nuevo a la gente. Y tenéis que apresuraros, o corréis el riesgo de debilitaros aún más.

—Pero ¿qué nuevo enfoque, señora Gupta? —suelta Belle—. Llevamos semanas rompiéndonos la cabeza y no se nos ha ocurrido nada. ¿No nos puede ayudar?

Mi madre parece cansada. Unas manchas negras le rodean los ojos, y las clavículas se le marcan bajo la piel.

—La razón por la que no tenéis poder para luchar contra esa mujer es que ella sabe exactamente quién es, y vosotras no. Esto no es una auténtica casa de *cha* —ha pronunciado la palabra «té» en bengalí—, sino un batiburrillo que responde a la idea occidental de lo que es la India. Tal vez en eso reside el problema. Tal vez si lo convertís en algo auténtico, lograréis sobrevivir.

El calor me sube a la cara, fruto de años de rabia acumulada, y me invade la sensación de que me precipito en el vacío. ¡Cómo se atreve a acusarme!

—¿Y de quién es la culpa de que no sepa quién soy, de que tenga un concepto de la India tan retorcido y occidental?

Belle clava en mí una mirada de espanto. Nunca me ha oído hablarle así a mi madre. Ésta se muerde el labio, con un mohín de lo más insólito en ella. Sus dientes, pequeños y de bordes serrados, me recuerdan a los de una niña. ¿Cómo es que no había reparado en ellos antes? Cuando contesta, se dirige a mí en bengalí, lo que me obliga a concentrarme para entenderla:

—Tienes razón. Es culpa mía. Ahora veo que me he equivocado al criarte así. Pensaba que te protegería si no te hablaba del pasado. Pretendía evitar que mirases atrás constantemente, suspirando por tus raíces, como muchos inmigrantes. No quería cometer los mismos errores que las otras madres, no quería que quedaras desgarrada entre dos países, entre tu vida de ahora y la vida que nunca llevarás. En cambio, al no contarte cómo era la India de verdad, la convertí en algo mucho más grande, algo que no dejaba sitio para otras cosas en tu mente y que te comprimía el cerebro como un tumor.

Cuando mi madre se marcha, Belle pregunta:

—¿Qué te decía en bengalí? ¿Y qué significa eso de que el salón de té no es auténtico?

Se nota que está preocupada, y con razón. Pero no se me ocurren respuestas. Todavía intento procesar las palabras de mi madre, su tendenciosa lógica. Cuando se disponía a salir de la cafetería, se volvió hacia mí y añadió algo más. Posiblemente no entendí bien la frase en bengalí, pero me sonó a algo semejante a esto: «Durante todo este tiempo he pensado que lo hacía por ti. Pero sólo me estaba protegiendo a mí misma.»

Esa noche, después de acostar a Jona, me pongo a trabajar en mi cuadro. Borro al hombre por completo con pintura blanca y rehago el follaje en esa parte del lienzo. Cuando termino, sólo hay árboles y hierba, trozos de corteza, ramas rotas, y detrás de todo eso, un agujero de negrura en forma de hombre que pasa inadvertido si uno no se fija atentamente. Un hombre con el brazo izquierdo arqueado por encima de la cabeza, presente en la imagen y a la vez ausente, el elemento final que necesitaba el cuadro.

Más tarde, ya en la cama, la emoción de haber finalizado no me deja dormir. Como en tantas otras ocasiones, mis pensamientos giran en torno a

mi madre. ¿De qué se protegía al no hablarme de la India? ¿Qué percibió —o creyó percibir— en la otra cafetería? Y por último: si se bebió el café destinado a mí, el café de la mala suerte, ¿qué le sucedería?

Años más tarde, cuando haya comenzado a soñar de nuevo, a soñar con ansia, como para compensar todas aquellas noches estériles, turbias, a soñar con luces de neón y destellos estroboscópicos, no sólo mis propios sueños sino también los de mi madre y los de mi hija, soñaré también con el interior del Java. Para entonces ya no existirán ni el Java ni la Chai House, e incluso Norteamérica, o mi visión de ella, habrá dejado de existir, pero esto es lo que soñaré:

Estamos en un café submarino, bañado en el azul profundo del fondo del mar. El espacio ondea y se estremece, y las palabras resuenan como explosiones sónicas. Nuestra mesa es de coral (¿o de hueso poroso?). No hay nadie en la sala excepto mi madre, Belle y yo. Cuando giro para hablar con ellas descubro que se han convertido en criaturas marinas. El cabello rosado de Belle, flamea ante mí. Mi madre posa en mí sus inteligentes ojos de caballito de mar. (¿Y yo? ¿En qué me he transformado? No alcanzo a verme.) La encargada se acerca nadando, pero está fuera de mi campo de visión y no sé muy bien en qué clase de criatura se ha encarnado. Sólo atisbo su sombra en la pared donde las algas oscilan de un lado a otro. Se cierne sobre nosotras como una nube o una red o la cabeza de un martillo. Las bebidas que hemos pedido llegan flotando en el agua. El café es negro como tinta de calamar. Tiendo la mano hacia él, pero mi madre se me adelanta. Toma la taza entre sus frágiles manos de caballito de mar y bebe. El color cala en ella, manchándola como el veneno del mundo que ingirió el dios Shiva de la garganta oscura, para salvar a la tierra de la destrucción. Sin embargo, mi

madre, a pesar de sus buenas intenciones, no posee la fuerza de un dios. Empieza a resquebrajarse. Se le desprenden trozos del cuerpo como ramas de coral. Intenta decirme algo. El agua se torna turbulenta, los estampidos me atruenan los oídos; la encargada de ojos blancos como la pasta de dientes me sonrío con su boca de tiburón y señala algo en la ondulante pared con su aleta rubia. Es un reloj, con el número dos en el centro. Sé que las manecillas marcan los días y se mueve hacia atrás. A continuación vendrá el número uno y luego el cero. Y después se acabará el tiempo.

RAKHI

Me encuentro en un rincón del Atelier, deseando que me trague la tierra. He venido muchas veces a la galería con motivo de otras exposiciones, pero nunca me ha parecido tan enorme y cavernosa, tan vacía.

—Belle —susurré consternada al entrar hace un rato—. Aquí no hay nadie. Belle exhaló un suspiro paciente, maternal.

—Pues claro. La galería no abre hasta dentro de media hora.

—Pero ¿y si no viene nadie?

—¿Tú has visto que eso pase alguna vez en una exposición?

—Pero siempre hay una primera...

—¡Mira, déjalo ya!

Belle dedicó una sonrisa radiante a Kathryn, que nos saludó con la mano desde el otro extremo del estudio, y me agarró del brazo antes de que me escabullese.

—Ni hablar —me dijo—. Quiero que te quedes aquí, para que la gente te vea nada más entrar. Y te agradecería que te pusieras derecha y erguida. Eso de andar encorvada estropea mucho la imagen que me ha costado horas crear. —Me ajustó el pañuelo, tiró discretamente de la espalda de mi vestido, me alargó una copa de champán y se alejó para consultar algo con Kathryn.

Me rebullo, nerviosa, cambiando el peso de un pie a otro (hazaña nada desdeñable ya que llevo puestos los tacones de aguja de Belle). Tomo con recelo un sorbo de champán y sujeto la copa delante de mi cuerpo, como para

ocultarme tras ella, y me arrepiento de nuevo de haber permitido que Belle me vistiera para la ocasión.

—No, no y no —exclamó cuando le expuse mis planes—. Será un momento crucial en tu vida y, como amiga tuya, es mi deber impedir que acudas vestida con pantalones de soldado y un jersey.

—Belle, no tengo nada mínimamente decente excepto un vestido negro que podría ser de mi abuela, de cuando trabajábamos de acomodadoras en el Zellerbach para ver los espectáculos gratis. El otro vestido me lo rompiste, ¿te acuerdas? Mis trajes indios son demasiado chillones para una exposición. Y tú mejor que nadie deberías saber que ahora no estoy en condiciones de comprar nada. Además, soy pintora, no modelo. ¿Por qué he de ir elegante?

—Porque sí. Hazme caso. Pero no te preocupes, tengo justo lo que te hace falta. Es una suerte que usemos la misma talla, ¿eh?

Así que aquí estoy, con un vestido tubo negro con una raja a un lado y unos tirantes minúsculos. Llevo el pelo recogido en un moño, empeñado en soltarse de las horquillas de Belle y a punto de lograrlo. Las pestañas se me doblan bajo el peso del rímel de Belle, que me ha embadurnado los labios a conciencia con su carmín, cuyos fabricantes bautizaron con el adecuado nombre de Escarlata Dragón. La única prenda de todo el conjunto que me pertenece es un pañuelo indio de gasa, negro y plateado, que Belle encontró en el fondo de mi armario.

—Perfecto —canturreó, poniéndomelo sobre los hombros—. ¡La fusión perfecta de Oriente y Occidente!

Mis padres han llegado. Mi madre, ataviada con un elegante sari hecho a mano de tonos tierra, me sonrío radiante, pero Belle la intercepta en la puerta. Mi padre, increíblemente, luce un traje. Esto me llega al alma, pues nunca se había engalanado así salvo para asistir a mi boda. Me saluda con timidez, pero aguarda a que mi madre se decida a entrar. Mientras los observo

atravesar la sala, caigo en la cuenta de que ésa ha sido siempre su actitud en todo lo referente a mí; siempre se ha conformado con ir a remolque de mi madre y dejar que ella cuide de mí. Algún día me gustaría averiguar por qué se casaron el gorrión y el ruiseñor.

—¿Vuestro matrimonio estaba concertado? —le pregunté una vez a mi madre.

Ella se echó a reír, sorprendida.

—¡No, por Dios! De hecho mi familia estaba totalmente en contra.

—Pero ¿por qué?

Ella esbozó su consabida sonrisa de «anda, vamos a dejarlo».

Quizá si formulaba la pregunta de otra forma ella me contestaría.

—Entonces, ¿cómo es que te casaste con él?

—Nos conocimos en una ocasión en que fui a Calcuta y nos enamoramos.

—Mi madre parecía estupefacta, como si aquello se le hubiera olvidado.

—¿Y cómo fue?

Enseguida recuperó la compostura.

—Pues igual que con cualquier otra pareja de jóvenes, supongo —respondió encogiéndose de hombros—. Oye, ¿no tienes nada mejor que hacer que desperdiciar tu energía hablando de cosas que pasaron hace tanto tiempo?

Lo que ella no sospechaba era la cantidad de energía que gastaría yo más tarde al intentar llenar las lagunas e imaginar, repetidamente, el encuentro de un hombre y una mujer en las calles de una ciudad que yo nunca había visitado. En mis fantasías, ellos me miraban, pero sus rostros no correspondían a los padres que yo conocía. Yo sólo sabía con certeza dos cosas de ellos:

1. Que lo que les había pasado no se asemejaba en absoluto a lo que les pasa a otros jóvenes que se enamoran.

2. Que lo que había atraído al uno del otro, fuera lo que fuese, ya había

desaparecido, reemplazado por algo tan distinto que hasta ellos se quedarían atónitos ante la transformación, si se atreviesen a analizarla.

—¡Enhorabuena! —me felicita mi madre, estampándome un beso en la mejilla—. Los cuadros son preciosos.

¿Qué otra cosa iba a decir? Es mi madre. Procuro apartar la vista de las paredes. Sé que los cuadros no valen nada y que el público —si es que llega a venir alguien— los va a aborrecer.

Mi padre me da unas palmaditas en la espalda mientras murmura que se siente orgulloso o algo así. Está sobrio y sostiene en la mano una botella de agua. Le dirijo una mirada de agradecimiento a mi madre.

—¡Y tú también estás guapísima! Muy elegante. ¡Anda! Si te has puesto mi vieja *dupatta* —añade, rozando mi pañuelo con los dedos.

Sucedió el día anterior a mi boda. Ella abrió un viejo baúl para sacar una taza de plata que yo utilizaba de pequeña. Era un objeto valioso, y mi madre quería entregármela para que la heredaran mis futuros hijos. Sin embargo, a mí me llamó la atención el pañuelo, arrebujado en un rincón. Cuando lo alcé, los hilos de plata brillaron como una red de finos hilos en la que danzaran las arañas.

—¿Puedo quedarme con esto?

Ella vaciló.

—Pero si es viejísimo. ¿Por qué lo quieres?

«Porque forma parte de tu vida anterior —había deseado responderle—, de esa vida mágica, esa vida en la que no me dejas entrar.» Pero preferí no estropear el momento. Además, no le achaco toda la culpa a ella. Si yo hubiera poseído el don, como ella, le habría resultado imposible mantenerme al margen.

Ella me tendió la *dupatta* con una sonrisa, sacudiendo la cabeza. De vez en

cuando hacía ese gesto, como si mis acciones se le antojasen misterios insondables, cuando la insondable era siempre ella.

Todo esto se me había olvidado, como olvidamos tantas cosas sin tomar conciencia de lo que perdemos.

—¿Dónde está mi nieta? —pregunta mi madre.

Le cuento que Sonny se había comprometido a traerla a la galería antes de que empezara la inauguración. Por supuesto, se ha retrasado.

—Tendrá alguna razón —asegura mi madre.

—Sí, siempre la misma: yo, yo y yo.

Mi madre frunce los labios. Sin duda piensa que soy demasiado dura con Sonny. No obstante, ella no sabe lo que ocurrió aquella noche. La burbuja de champán de una sonrisa empieza a crecer en mi interior y explota antes de llegar a la superficie, dejándome un regusto amargo. «Bueno, mamá, supongo que yo también tengo una vertiente insondable, al fin y al cabo.»

De pronto la sala se ha llenado de risas y el rumor de voces. A algunas personas las conozco, pero a muchas no las había visto nunca. Me debato entre las ganas de oír sus comentarios y el miedo de que estén emitiendo opiniones desfavorables sobre mí. O, peor aún, de que estén hablando del tiempo o de sus planes para las vacaciones.

Entonces lo avisto en un rincón, solo, contemplando atentamente un cuadro. El hombre de los eucaliptos. Aunque no distingo sus rasgos desde aquí, estoy segura de que es él. Su complexión, la pose de su cuerpo, la chaqueta blanca. Destila quietud incluso aquí, en medio de este bullicio.

Echo a andar hacia él cuando de repente se abalanza sobre mí una criatura endemoniada que casi me tira el champán.

—¡Jona! —Beso sus rizos rebeldes, que, evidentemente, Sonny el Padre Delincuente, no se ha molestado en peinar.

—¡Mamá! ¡Estás guapísima! ¡Y todos tus cuadros están colgados! ¡Qué

guay! ¿Cuántos has vendido ya?

Me sorprendo a mí misma sonriendo como una tonta.

—¿Te gustan? —Parte de mi nerviosismo se evapora al abrazar a mi hija y beber otro trago de champán. Me alegro de haber decidido que viniera para compartir con ella esta tarde especial, aunque a Kathryn le preocupaba un poco que hubiera una niña en la inauguración.

—¿Me das un poco? —me pide Jona.

—No, cariño. Lleva alcohol. Vamos con la tita Belle, que te dará un zumo de manzana.

—¿Zumo de manzana! ¡Puaj! Lo tuyo parece mucho más interesante. ¿Por qué no puedo tomar un poquito? Sonny me deja... —Al reparar en mi expresión se retracta—. Bueno, sólo a veces, claro.

Yo respiro a fondo y mantengo la sonrisa. Ya hablaremos de esto, Sonny. Ya hablaremos.

—Dime, ¿cómo es que papá te ha traído tan tarde?

—No encontraba sitio para aparcar. ¡Ah, ahí está la abuela!

Me dispongo a replicar que Sonny no necesitaba aparcar, sólo dejarla frente a la puerta, pero Jona ha desaparecido. Me asalta un pensamiento terrible, acompañado de un hormigueo en la nuca.

Me vuelvo lentamente hacia la puerta, y ahí está él, aunque yo, expresamente, no lo había invitado. Debo admitir que presenta buen aspecto, mucho mejor de lo que merece una persona con su degenerado estilo de vida, un aspecto algo desaliñado, juvenil, como si acabara de levantarse de la cama, con aquellos labios carnosos que me recuerdan, muy a mi pesar, las sensaciones que me producían cuando tocaban distintas partes de mi cuerpo. Sin embargo, en este momento no están torcidos en aquella mueca medio burlona que ahora espero siempre de él. Está allí quieto, con sus estrechas caderas embutidas en unos pantalones negros y una camisa de seda negra que

le resalta los músculos. Me observa con oscura simpatía y una actitud que denota que me conoce más íntimamente de lo que ningún otro hombre llegará a conocerme jamás, que percibe la vocecita en mi cabeza que susurra: «No deberías estar aquí, esto es un error, no eres lo bastante buena.» Como si él también hubiera oído alguna vez una voz así.

Pero eso es imposible. Sonny está dotado del ego más robusto al oeste de Nueva York. Si alguna vocecilla se le colase en el cráneo, se resecharía y moriría más deprisa que una babosa en una mina de sal. Además, no quiero su simpatía. Lo único que quiero es que no se acerque a mí, y menos aún hoy, el día más importante de mi vida. (Esta frase resuena como un eco en mi cabeza. «El día más importante de mi vida, el día más...» ¿Cuándo la he pronunciado yo antes? Mi incapacidad para acordarme me saca todavía más de mis casillas.)

Y, presa de la rabia, me dirijo hacia él olvidándome de mis tacones de aguja. Tropiezo y él extiende la mano para agarrarme del codo. Advierto el brillo de picardía en sus ojos; sus dedos me queman la piel.

—Riks, estás preciosa —asegura con un arrullo soñoliento.

La compostura que tanto me ha costado aprender a guardar desde que lo abandoné se desvanece.

Me tiembla la voz cuando aparto el brazo y espeto:

—¿A qué has venido? ¿A estropeármelo todo, como siempre?

No es esto lo que pretendía decir. Me asombra la rapidez con que me reduce a este estado.

En torno a nosotros la gente interrumpe sus conversaciones para oírnos mejor. Una expresión herida ensombrece de improviso la mirada de Sonny, pero se esfuma tan deprisa que incluso me pregunto si no la habré imaginado.

—Buenas tardes a ti también —contesta.

—Vete, por favor —susurro.

Creo que va a soltar algo sarcástico, y yo no sabré qué responderle por falta de ingenio. No obstante, él sólo se inclina ligeramente ante mí y da media vuelta, lo que me produce un sentimiento de culpabilidad por mi intransigencia, así como un profundo alivio.

Ya está en la puerta cuando Jona le hace un placaje por detrás con uno de sus abrazos.

—¡Sonny-y-y! No te había visto entrar. ¿Adónde vas?

Él se arrodilla y le musita algo al oído.

—¡No te puedes marchar! Ni siquiera has visto los cuadros de mamá. ¡Y todavía no has hablado con los abuelos!

Yo me acerco y le poso una mano maternal sobre el hombro.

—Tiene que marcharse. Ya verá los cuadros otro día.

—¡Pero yo quiero que los vea conmigo!

—Jona, ¿no me has oído? Se tiene que ir. Y quiero que tú te vayas con la abuela o con la tita Belle y te quedas con ellas.

Jona alza la vista hacia Sonny y luego hacia mí.

—Te has peleado con él, ¿verdad? Le has dicho que se marche. ¿Cómo puedes ser tan mala, mamá?

Noto que me sube el calor a la cara.

—Jona —comienzo en mi mejor tono sereno pero amenazador—, vete con tu abuela.

—Seguro que la abuela no te dejaría echarlo. Se lo voy a decir ahora mismo. ¡Abuela! ¡Abuelaaaa! —Su clara voz de niña hiende el rumor de las conversaciones—. ¡Mamá le ha dicho a Sonny que se vaya!

De pronto, todos nos observan. Yo deseo que me trague la tierra. Mi madre se acerca apresuradamente. Le susurra algo a Jona mientras Sonny forcejea suavemente con la chiquilla para que le suelte el brazo. Esta llora a lágrima viva. Sobre la cabeza de los asistentes, que evidentemente encuentran este

pequeño drama mucho más interesante que mis cuadros, vislumbro el semblante de Kathryn, una máscara de desaprobación.

No habrá más exposiciones de mis cuadros en el Atelier.

¿Habremos captado también la atención del hombre de blanco? No sé por qué, pero nada me parecería más humillante.

—Márchate —le mascullo a Sonny. Con los ojos le reprocho: «Nada de esto habría pasado si no hubieras decidido venir.»

—Lo estoy intentando —gruñe él. Con los ojos me reprocha: «Nada de esto habría pasado si no me hubieras dejado.»

—Si Sonny se marcha yo me voy con él —anuncia Jona—. ¡Te odio! No quiero ver tus horribles cuadros.

—¡Bien! —exclamo. Estoy a punto de añadir: «Quiero perder de vista tu espantosa cara», pero mi madre me pone una mano en el brazo, a modo de advertencia. Hace una señal con la cabeza a Sonny, que alza a Jona en brazos y me lanza una mirada indescifrable (no, lo retiro: descifro su mentira sin el menor esfuerzo; es una mirada de triunfo). Mi madre me conduce por la sala, abriéndose paso entre la multitud de curiosos, hasta el servicio. Lejos de reprenderme por haber reaccionado de manera tan exagerada y vergonzosa, se limita a sugerirme que me lave la cara, me retoque el maquillaje y respire profundamente. Me deja sola frente a la hilera de grifos que centellean acusadores.

Cuando por fin reúno las fuerzas suficientes para salir del baño, resignada a convertirme en objeto de murmuraciones y sonrisas sardónicas, me sorprende descubrir que nadie está pendiente de mí. La gente charla entre sí, señalando los cuadros, asintiendo con la cabeza. Me acerco a Kathryn para disculparme.

—No pasa nada —me asegura, inesperadamente animada—. Parece ser que has despertado el interés de la gente. Ya te imaginas: «Joven y apasionada artista planta cara a su misterioso y guapo ex en la inauguración de su exposición.» Después del incidente se han vendido unos cuantos cuadros, más de lo que yo esperaba. Tal vez debería insistir de ahora en adelante en que los pintores inviten a sus ex parejas. —Me indica las etiquetas con la palabra VENDIDO en rojo intenso que hay sobre algunas de las obras.

El cuadro del bosque de eucaliptos también está marcado.

—¿Quién ha comprado ése? —pregunto.

—A ver... Un hombre. No es cliente habitual. Parecía de origen mediterráneo, o tal vez de Oriente Medio. ¿No es estupendo? Hemos vendido tu obra más cara, la más lograda. Posee una cualidad que no sabría definir. Bueno, no cabe duda de que el hombre tiene buen criterio.

Se me acelera el pulso.

—¿Iba vestido de blanco?

—No me acuerdo. En ese momento había bastante jaleo.

—¿No has apuntado su nombre? ¿No tendrás los datos de la tarjeta de crédito?

Ella me mira con curiosidad.

—No. Ha pagado en efectivo y ha dicho que vendría a recoger el cuadro cuando termine la exposición. Le he pedido un número de teléfono, pero por lo visto no tiene un número fijo todavía. De todos modos, sí que he anotado su nombre. —Kathryn abre una carpeta—. Emmett Mayerd. Un poco raro, ¿no? Espero haberlo escrito bien. Tenía prisa por marcharse, de manera que lo he apuntado rápidamente sin estar segura de haber entendido bien.

«Emmett Mayerd.» Me paso toda la tarde repitiendo el nombre para mis adentros, mientras recibo los abrazos de Belle y las felicitaciones de Kathryn,

mientras mi madre me acaricia la mejilla, con una expresión de orgullo en la que percibo un tinte sombrío. Mi padre me dedica una reverencia exagerada y alza una copa de cabernet en un silencioso brindis (¿en qué momento ha empezado a beber?). Emmett Mayerd susurra en mi interior como el follaje movido por el viento cuando les pregunto a mis padres si les apetece quedarse a pasar la noche en mi casa. (Declinan la oferta, tal vez porque estoy distraída pensando en Emmett y no insisto tanto como debiera.) ¿Quieren que los lleve en el coche a Fremont? (Declinan también.)

—Estoy en condiciones de conducir —asevera mi madre—. No te preocupes tanto.

Emmett está a mi lado cuando me despido de mis padres, rechazo la invitación de ir a bailar con Belle y regreso a mi casa. Emmett me observa cuando abro la puerta para entrar en el apartamento silencioso. Está acostumbrado al silencio, Emmett. El silencio es su elemento.

Emmett, yo no soy tan fuerte como tú. Esta noche necesito a alguien. Alguien con quien compartir las emociones del día, los logros y los disgustos, el abatimiento que se ha apoderado de mí. Jona me habría abrazado con fuerza, con sus rizos exigentes y sudorosos apretados contra mi rostro, impidiéndome pensar. Sin embargo, Jona no está aquí. Está con su Sonny («a quien quiere más que a ti», se apresura a recordarme mi vocecilla), así que no me queda otro remedio que enfrentarme sola a la verdad.

Cuando Sonny me ha mirado esta noche de aquella manera tan exasperante, se vino abajo la muralla que me he esforzado por construir en torno a mí desde que me mudé a mi apartamento de divorciada. Durante todo este tiempo he intentado convencerme de que estaría bien sola, de que soy dura, de que no necesito a nadie. Pero no estoy bien, y no soy tan dura como me gustaría. Quiero sentirme amada por un hombre que me comprenda como

me comprendía Sonny en nuestra mejor época. Ansío que alguien me ame hasta que todo mi cuerpo se estremezca.

Me abrumba la sensación de que con cada suspiro que exhalo me abandona un trocito de mi juventud. Emmett, sombra blanca en un mundo verde, ¿tú entiendes esto? ¿Eres tú el hombre que busco?

Suena el teléfono.

Me incorporo, rígida, expectante. ¿Podría ser...? ¿Por qué no? Si él estaba en el bosque bajo la lluvia, si vino a la exposición y compró el cuadro en el que aparece (esa silueta hecha de vacío que sólo él reconoció), ¿por qué no iba a llamarme ahora? Me tiembla un poco la mano, y la voz también, al contestar.

—Riks —dice una voz que no es Emmett y que conozco demasiado bien—. Tenemos que hablar.

Me llevo una desilusión, enfurecida por mi estupidez.

—Ya no tenemos nada de qué hablar, Sonny. Por favor, no me llames más.

Pero, por supuesto, me llama de nuevo. Los timbrazos se suceden y salta el contestador.

—Riks —insiste Sonny—, escúchame, es importante.

Desconecto el teléfono y me voy a la cama. Doblo las rodillas contra el pecho, y un escalofrío me recorre la espalda a pesar de que he puesto la calefacción al máximo. Emmett se ha desvanecido (tal vez estoy demasiado desesperada para su gusto), y no dejo de oír mi vocecilla hasta que consigo caer en un sueño inquieto. «Ahora que has desconectado el teléfono —me atosiga—, ¿qué ocurrirá si Jona ha sufrido un accidente?»

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Últimamente vienen cuando no los espero.

Esta mañana, por ejemplo.

Ella llega en un coche como un rumor plateado y se queda allí durante un largo rato, comparando la dirección de su cuaderno con la de mi puerta. O quizás está reuniendo los pétalos dispersos de su valor.

Cuando por fin llama al timbre y yo abro la puerta, veo ante mí un rostro hermoso y triste, como el de la princesa de alguno de nuestros viejos cuentos bengalíes.

Tal vez por eso, cuando me relata su sueño, lo reconozco enseguida, aunque yo misma no lo haya soñado.

En el sueño —ya lo ha tenido varias veces—, ella está en un jardín cercado. Alrededor de ella crecen plantas doradas, con flores de diamantes. Un arroyo discurre por el jardín, y en él fluye miel en vez de agua. Unos pájaros invisibles gorjean con tal dulzura que ella teme que le estalle el corazón.

Tira de la correa de su bolso de Gucci, contemplándose el regazo. Al hablar, alisa la tela sedosa de su vestido. Ha escogido perlas para adornarse las orejas y el cuello. No me extraña: son las joyas del llanto.

Sabe que estará a salvo mientras permanezca en el jardín. Allí nadie se le acercará ni le hará daño. Oye que alguien la llama por su nombre, desde el

exterior. Las voces suenan cada vez más furiosas. Pero a ella no le importa. Alza la mano y una libélula desciende para besársela.

Leo su historia en sus ojos lánguidos. Un marido que está tan embebecido en sus delirios de grandeza que no se ha percatado de que su casa se ha convertido en un desierto y el único solaz de su esposa consiste en evadirse a un jardín irreal para oír el canto de pájaros que no están allí.

—Hable con él —le recomiendo—. Hágalo hablar.

Ella niega con la cabeza.

—Lo he intentado. Ya me da igual.

—¿Cuándo dejó de acostarse con usted?

Ella clava en mí su mirada de ciervo herido.

—¿Cómo lo sabe?

No le respondo que lo sé porque mi propia vida es como la suya vuelta del revés. Las intérpretes de sueños no hablamos de nosotras mismas.

—Ya no me acuerdo —contesta por fin—. No importa.

—Tiene que encontrar otra cosa, u otra persona, a la que amar. De lo contrario se volverá loca.

Me mira con fijeza.

«Quizá ya estoy loca —dicen sus ojos—. Tal vez es la mejor manera de aguantar este vacío.»

—¿Por qué ha acudido a mí? ¿Quiere que le explique lo que vio?

—¡No! ¡No quiero! No quiero que me lo expliquen. Sólo quiero soñarlo una y otra vez. Todas las noches. Sólo así me parecería soportable la vida, si supiera con certeza que siempre que me acueste, iré allí. Pero no es así, no pasa tan a menudo como yo quisiera. Y últimamente, cada vez menos. Por eso he acudido a usted.

Dejo escapar un suspiro. Ella ha tomado un camino peligroso. Sin embargo, no aceptará que la ayude de otra manera. No soy capaz. El brillo en

esos ojos suplicantes, producto de la desesperación o del rímel, me conmueve demasiado como para volverle la espalda.

Le ofrezco un frasco de mi armario de sombras. Una gota cada noche, le indico, justo antes de irse a la cama, una en cada ojo.

Ella abre el tapón y olfatea el líquido transparente con suspicacia.

—¿Está segura? Parece agua.

Yo asiento con la cabeza. No la informo de que además le enviaré mis pensamientos oníricos, para guiarla al otro lado del umbral.

—El frasco es muy pequeño. Se acabará enseguida. ¿No puede darme más?

Sacudo la cabeza.

—Le durará más de lo que piensa, si lo dosifica bien. Cuando se termine, venga a hablar conmigo. A lo mejor querrá algo distinto para entonces.

Ella sonrío incrédula. Se levanta sobre sus precarios tacones de aguja. Deposita sin mirar un puñado de dólares sobre la mesa.

Yo le guardo en el bolso la mayor parte de los billetes.

—Todo con moderación —le advierto tajante, aunque mentalmente la exhorto a que no se rinda—. El sueño no es una droga sino un camino. Escúchelo para averiguar adónde intenta llevarla.

Hay tantas clases de dolor en el mundo... En ocasiones me entran ganas de escapar de él.

—¿Seguro que seguirá usted aquí cuando yo vuelva? —Noto el miedo en su voz, en la forma en que aferra con sus uñas perfectas la correa del bolso.

Le digo lo mismo que a toda mi gente, aunque esta vez con un atisbo de culpa.

—Querida mía. —Ella alza la vista, sobresaltada de nuevo. Jamás barruntará hasta qué punto esas dos palabras son ciertas, hasta qué punto

estoy atada a ella, ahora que ha recurrido a mí—. Querida mía, mientras viva, estaré aquí para ayudarla.

Alguien aporrea la puerta del apartamento, llamándola a gritos. Alguien pulsa el botón del timbre una y otra vez hasta que el tono exasperantemente alegre de las campanillas penetra en el cráneo de Rakhi, pese a que se a tapado los oídos con la almohada. Se levanta maldiciendo, atontada y con dolor de cabeza, como si hubiese despertado con resaca. Qué injusto este mundo donde hay quien despierta con resaca sin haber probado una gota de alcohol. (Rakhi decide que media copa de champán no cuenta.) Parpadea aturdida, preguntándose si será Sonny, si se habrá atrevido a lanzar este asalto final, pero la voz no cuadra. Ella se plantea la posibilidad de no abrir, de fingir que no existe. A lo mejor ni siquiera sería preciso fingir. Nota una extraña sensación de ingravidez mientras se dirige al baño, la sensación de que las manos que salpican agua en aquella cara inclinada sobre el lavabo no le pertenecen. Todo está oscuro, o tal vez sus ojos se han alejado volando. Cuando sale del cuarto de baño, la persona que grita su nombre continúa allí, de manera que abre la puerta.

—¡Por Dios, Rikk! Pero ¿qué te pasa? —Belle entra sollozando—. ¿Por qué no me abrías la puerta? Creía que a ti también te había pasado algo.

Rakhi repara en ese «también», un sonido que la traspasa como un frío sacacorchos dejando a su paso un angosto túnel negro. Murmura una excusa: estaba durmiendo. No deja de ser una excusa razonable. Cuando se vuelve hacia el rellano de la escalera, con su ventanita, se percata de que todavía no ha salido el sol. Belle lleva un vestido rojo de falda corta. No iba vestida así la última vez que Rakhi la vio en... ¿dónde? Con un esfuerzo logra acordarse

de la galería, y entonces le viene a la mente una avalancha de recuerdos: sus padres, Jona, sus cuadros elegantes y tristes en las paredes antes de que llegara la gente, el hombre de blanco, la desastrosa aparición de Sonny y su todavía más desastrosa marcha. Belle tiene el maquillaje corrido y los ojos hinchados. A Rakhi la asalta el impulso de reconvenirla por haber conducido en ese estado, exponiéndose a sufrir un accidente. Y quizá la reconviene, pero Belle no la oye, pues está demasiado ocupada hablando y llorando a la vez.

—Cuando llegué a casa tenía un montón de mensajes en el contestador, seis por lo menos. Estuve a punto de borrarlos sin escucharlos, porque estaba agotada, pero gracias a Dios no lo hice. Era Sonny, que llamaba del hospital. Había intentado contactar contigo, pero tú no contestabas el...

«Hospital.» La palabra le cae encima como una losa.

—¿Jona? —Está temblando. Belle la agarra.

—No, no ha sido Jona, gracias a Dios. Pero es horrible. Se trata de tus padres. Su coche volcó en el camino de regreso a su casa. Tu padre está bastante grave, pero tu madre ha... —Un sollozo deja en el aire el final de la frase.

No obstante, Rakhi no necesita oír el resto, que sonaría como un puñetazo, para comprender lo que ha sucedido.

En el hospital, adonde la ha llevado Belle, todo aparece desdibujado ante los ojos de Rakhi, como si llevara puestas las gafas de otra persona. Rostros que flotan sobre uniformes y batas blancas van y vienen. Dicen cosas que no entiende (¿Qué queda por decir? Todo ha quedado ya englobado en esa palabra que Belle no ha llegado a pronunciar, esa palabra que de vez en cuando la golpea, provocándole un estremecimiento.) Sigue a un uniforme por un pasillo hasta una habitación, una cama en la que yace alguien cubierto

con una sábana blanca. Bajo la sábana asoman los perfiles de tubos desconectados, como las autopistas de una ciudad abandonada. Sonny está allí, con los ojos enrojecidos. Ella quiere golpearle el pecho con los puños, gritarle que no tiene derecho, que se le han agotado las lágrimas porque las ha llorado todas por él. Sabe que él la tomaría de las manos y la abrazaría, arrullándola como a un niño o a un animal. Pero al final, ella se contiene. Esa reacción no cambiaría lo que ella necesita que cambie.

Mantiene la vista apartada de la cama.

Al cabo de un largo rato alguien la lleva a otra sala, donde hay otro cuerpo tendido en otra cama. Rakhi ve vendas, un brazo roto escayolado y tubos, conectados, éstos sí, a una máquina. Él está inconsciente, lo que le ahorra a ella el mal trago de hablar con él. Ella se sorprende ante su propio alivio. Creía que jamás volvería a experimentar esta sensación.

En algún momento cae en la cuenta de que se halla en su casa —no sabe cómo ha llegado allí—, en su propia cama. Está arropada con dos mantas, que no impiden que tire. Ansia preguntar por Jona, enterarse de dónde está, pero todas sus palabras la han abandonado, y ella está demasiado cansada para salir en su busca. Belle le proporciona un par de pastillas de un color rosa vivo y ella se las toma, agradecida.

Y entonces los sueños de los que su madre la había protegido durante todos estos años, interponiéndose entre ellos y su hija como la muralla de una fortaleza, se abaten sobre Rakhi.

RAKHI

Estoy en la cocina, que ya no es de mi madre, cociendo unos plátanos.

Nunca había preparado puré de plátano antes, aunque era la especialidad de mi madre. Le salía muy bien, y con engañosa facilidad. En sus manos, jamás se convertía en el desconcertante engrudo naranja que me mira desde la sartén. Añado varias cucharadas de aceite de mostaza en un intento de salvarlo, así como una pizca de sal y pimienta. Ahora ofrece un aspecto tan poco apetitoso como antes, pero más grasiento. Suspiro y lo coloco en una fuente, junto con el arroz pasado.

Estoy haciendo puré de plátano a petición de mi padre, que también me ha pedido que hierva el arroz hasta que se ponga blando. Según él, tiene las tripas demasiado maltrechas para digerir alimentos más exigentes.

Yo estoy bastante segura de que a mi padre no le pasa nada en las tripas. Todos los análisis han arrojado resultados normales, y los médicos me aseguran que no hay de qué preocuparse. Pero yo no le comento una palabra de esto. Desde el accidente, hablo con mi padre lo menos posible. También lo toco lo menos posible, pero esto me cuesta más, puesto que, hasta que le quiten la escayola, requeriré mi ayuda para atender a muchas necesidades diarias.

En ocasiones hablo con mi madre. Le pregunto en qué estaba pensando cuando se produjo el accidente, cómo había podido cometer un error tan espantoso. Le pregunto cómo sucedió exactamente.

También albergó rabia hacia ella, pero se trata de un sentimiento más complicado. No encuentro palabras para articularla. Me resulta más fácil abandonarme a la perplejidad.

No se sabe muy bien qué sucedió esa noche. Pero todas las declaraciones coinciden en que mi madre se salió de la carretera 580 en un tramo en que se eleva y serpentea perezosa por la colina de San Leandro. El vehículo atravesó la barrera de seguridad y pasó a toda velocidad sobre los mesembriantes morados que recubren la ladera, directo hacia el largo y bajo puente de San Mateo, con sus luces de colores flotantes. Luego el coche volcó. Para cuando llegaron las ambulancias, mi madre estaba inconsciente. Murió poco después de ingresar en el hospital.

Según el informe no había marcas de derrape ni de frenazos. No había indicios de que mi madre hubiera perdido el control del automóvil o que hubiera intentado evitar que diese la vuelta sobre sí mismo.

Mi padre afirma que dormía cuando todo ocurrió.

Yo no le creo. De alguna forma, fue culpa suya. Lo intuyo por el frío cosquilleo en mi espalda y por el modo en que me duelen las muelas, como si hubiera estado chupando algo demasiado amargo.

—Di algo —suplicó Belle cuando me llevó del hospital a casa—. Por Dios, Rikki, di algo. Lloro, grita, lo que sea. —Sin embargo, cualquier respuesta que me venía a la cabeza me parecía un tópico sin sentido. Estaba convencida de que debía reservar mi energía para algo más útil, aunque entonces todavía no imaginaba para qué.

Permanecí sentada en el sofá de mi casa durante un día y una noche. De vez en cuando intentaba visualizar el accidente. Quizá mi padre se había puesto a discutir con mi madre, distrayéndola. ¿Habría agarrado el volante, como consecuencia de su ebriedad, ocasionando que el coche se saliera de la carretera?

Cuando me harté de estar sentada, me tumbé. Me comí lo que Belle me puso delante. Sabía que no solucionaría nada matándome de hambre. Cerré los ojos y mastiqué, así me resultaba más fácil. No reconocí el sabor de la comida. Mis papilas gustativas se habían ausentado sin permiso. Cuando Sonny trajo a Jona, la abracé, pero distante, como si fuera la hija de otra persona. Su cabello enmarañado no me puso tan nerviosa como de costumbre. Jona estaba muy callada. Sin duda alguien le había contado lo sucedido y le había indicado que no hiciera preguntas.

—Lo siento muchísimo, Rikki —dijo Sonny. Se arrodilló delante de mí y me tomó de las manos. Yo las habría apartado de haber conseguido reunir las fuerzas suficientes para ello. Lo que había ocurrido también era culpa de Sonny. Si no se hubiera presentado en la galería para montar el número, mi padre no habría empezado a beber y habría estado en condiciones de conducir. No habrían sufrido el accidente. Y aunque lo hubieran sufrido (me resultaba imposible ahuyentar este pensamiento, aunque me odiaba por ello), quizás habría fallecido él en lugar de mi madre.

La voz susurrante que habita en mi interior alzó su cabeza de serpiente para recordarme que yo también era culpable. Estaba en mi mano impedir que mis padres se fueran en el coche, insistir en que pasaran la noche conmigo. Pero mis fantasías sobre el hombre de blanco acaparaban toda mi atención.

Ahora que mi madre ha muerto, el hombre de blanco se ha difuminado hasta perder toda relevancia, junto con conceptos como enamoramiento y emoción, misterio y aventura. Ni siquiera puedo desenterrar su nombre del lodo de mi memoria. Me parece un castigo adecuado por mi egoísmo.

Hay otra razón por la que no aparté mis manos de Sonny. Por una vez noté que hablaba con sinceridad. Él también había querido a mi madre y también estaba pasándolo mal. Solía asegurar que mi madre era su única familia de

verdad. «No te pongas melodramático», le espetaba yo, si bien sabía que lo decía de verdad.

—Puedo hacerme cargo de Jona durante todo el tiempo que quieras —se ofreció—. Tú probablemente tengas que quedarte en la casa de Fremont hasta que tu padre se recupere un poco y pueda valerse por sí mismo...

Fijé en él la vista. Hasta entonces no había caído en la cuenta de que tendría que regresar a aquella casa, llena de la ausencia de mi madre, para cuidar del hombre que probablemente era el responsable de su muerte. El horror que se apoderó de mí debió de asomar a mi rostro, porque Sonny me preguntó si me encontraba bien: una pregunta estúpida que en circunstancias normales no me habría formulado. Otra cosa no sé, pero Sonny estúpido no era. En circunstancias normales, yo le habría soltado una réplica cortante. Pero las circunstancias no eran normales, para ninguno de los dos. Asentí en silencio y tiré sin ánimo de los nudos del pelo de Jona. Me percaté de que, detrás de mí, Sonny y Belle, cómplices por una vez, se miraban.

—No debería quedarse sola —susurró él.

—No te preocupes —contestó Belle también en susurros—. Yo le haré compañía.

No me molestó que hablasen así de mí. Me reconfortaba que me trataran con delicadeza, como a un globo sujeto por un hilo largo y fino.

Antes de marcharse, Jona me preguntó:

—¿En qué piensas? —Y luego, con un esfuerzo consciente, añadió—: ¿Mamá? —Se había escapado de mi regazo hacía un rato, como si a ella también la dominase la impresión de que la mujer del sofá, frágil e ingrávida como un globo, fuera una desconocida.

—En nada —contesté, intentando asumir una expresión que transmitiera sinceridad. Seguramente fracasé, porque ella me dirigió una mirada dudosa y se aferró a la mano de Sonny, tirando de él hacia la puerta. Mucho después de

que la puerta se cerrara tras ellos, aún oía sus voces en el pasillo, la de Jona aguda y agitada, la de Sonny un murmullo tranquilizador. O quizá las oía dentro de mi cabeza. Cuando las voces se desvanecieron, cedí todo el control a mi cuerpo. Se desplomó de costado en el sofá y cerró los ojos. Incluso antes de que me durmiera me asaltaron los sueños, rollos de luces y sombras que se proyectaban demasiado deprisa bajo mis párpados, desgarrando la pantalla, provocándome espasmos y arrancándome gritos que atraieron a Belle, quien acudió a toda prisa, solícita. Sí, se trataba de todos los sueños que tanto había anhelado. Sin embargo, por la mañana, cuando desperté exhausta, no recordaba uno solo de ellos.

Mentí cuando Jona me preguntó en qué pensaba. No pensar en nada requiere un autodominio que yo nunca he poseído, ni siquiera en situaciones más propicias.

Estaba pensando en el funeral.

Las exequias se celebraron en el Valley View Funeral Home, un edificio beige y cuadrado que se alzaba junto a una autopista. Alguien había intentado embellecerlo añadiendo ventanas y un patio con una fuente, pero esto no alteraba en absoluto su naturaleza: la de un lugar donde las personas se veían forzadas a reconocer qué efímera que es la vida y qué poco la apreciamos hasta que algún ser querido la pierde. Sonny se había ocupado de los trámites. Aunque yo detestaba aquel lugar, no le reproché que lo hubiese elegido. Yo sola no habría encontrado un sitio mejor.

Me senté en uno de los bancos de la primera fila con mi exigua familia, lo que quedaba de ella: Belle, Jona y Sonny. Mi padre continuaba hospitalizado. Todavía estaban realizándole pruebas porque de vez en cuando perdía el conocimiento (yo había concebido dos teorías al respecto: una, estaba

fingiendo; dos, lo embargaba un fuerte sentimiento de culpa). Delante había un ataúd cerrado, un olor muy intenso a flores. Quizás eran gardenias, no estaba segura. A mi madre le disgustaban los olores fuertes. Al principio contemplé la posibilidad de quejarme, de pedir que las retirasen, pero luego pensé que a ella ya no le importaba. De los altavoces salía una música muy suave, como de iglesia. Habíamos invitado a muy poca gente; mis padres no llevaban una vida social muy activa. Ignoro si mantenían contacto con algún pariente, pero yo no conocía a ninguno. El sacerdote del templo hindú pronunció un breve discurso en el que calificaba a mi madre de esposa y madre virtuosa, así como de miembro valioso de la comunidad (era evidente que no sabía nada de ella). Sonny comentó con la voz entrecortada lo mucho que ella había significado para él, pues lo había guiado en momentos difíciles y le había brindado su cariño aunque él no lo mereciera. Belle se enjugó los ojos mientras ensalzaba la generosidad de mi madre. Y luego llegó mi turno.

Me había propuesto explicar brevemente que mi madre me dejó desarrollar mi identidad, que, a diferencia de tantas madres, nunca me presionó para que materializara sus propios sueños y expectativas. No había preparado un panegírico profundo y habría preferido no hablar, pero me consideraba obligada. No lograba sacudirme la sensación de que el espíritu de mi madre estaba flotando por encima de nosotros, oyéndolo todo.

No obstante, cuando subí al podio y me volví hacia la concurrencia, me quedé tan atónita que no conseguí recordar una sola de las palabras que planeaba decir. La sala estaba llena a rebosar. ¿Cuándo había entrado aquella multitud, tan silenciosa que hasta ese momento yo no había advertido su presencia? No reconocí a nadie, pero colegí de inmediato quiénes eran: personas a las que mi madre había ayudado a lo largo de los años, personas que estaban conectadas con ella a través de sus sueños. Tal vez por eso se enteraron de que debían venir.

Supongo que estaba algo aturdida por no haber probado bocado esa mañana, pues desde el podio me pareció que todos aquellos rostros se asemejaban entre sí, de alguna manera, como si mi madre, al tocar a aquellas personas, las hubiera convertido en familiares suyos. Había algo en ellas que me recordaba a mi madre: la mirada, la postura de la cabeza, la forma en que apoyaban el mentón en la mano o estrujaban un pañuelo. De ahora en adelante las identificaría dondequiera que me topase con ellas: en un mercado, en una estación, en la playa. Por otro lado, intuí también que nunca volvería a verlas.

Quería dirigirles unas palabras significativas y alentadoras, porque constituían la auténtica familia de mi madre, sus huérfanos. Su dolor se me antojaba más legítimo que el mío. Pero ¿qué iba a decirles? Ellos la conocían mejor que yo; ella les había desvelado su esencia. Hasta entonces, yo había alimentado la esperanza de que algún día también me abriría su alma a mí, cuando fuera lo bastante mayor, lo bastante sabia. Sin embargo, allí, en aquella sala mortuoria, comprendí que eso nunca sucedería. El secreto de mi madre se me había escapado para siempre.

Permanecí allí helada, muda, hasta que Belle vino para conducirme de regreso a mi asiento. Me abrazó con fuerza cuando me eché a temblar. Más adelante, en el crematorio, cuando la cinta transportadora había introducido el féretro en las enormes fauces metálicas del horno, me exhortó a que exteriorizara mis sentimientos. Pero ¿cómo confesarle que lo que más me dolía, más que la muerte de mi madre, era que me hubiera excluido de su vida?

En el camino de vuelta, Belle conducía y yo sostenía en equilibrio sobre mi regazo la urna cuadrada que me había entregado el director del crematorio. Belle se empeñaba en inducirme a llorar, pero yo no tenía ganas. Lo que sí quería era preguntarle si a ella también le había sorprendido la cantidad de

gente que había asistido al funeral. No me atreví, por temor a que replicase: «¿De qué demonios estás hablando, Rikki? ¿Qué gente?»

Después de mullir las almohadas, ayudo a mi padre a incorporarse en la cama. Le deposito sobre las rodillas la bandeja de arroz y puré de plátano. Le sirvo un vaso de zumo. Él me pregunta, vacilante, si quiero sentarme. Como siempre, contesto que estoy ocupada. Le indico que, cuando termine, me llame con la campanilla de bronce que le he dejado en la mesita de noche.

—¿Has comido? —inquire.

Yo inclino la cabeza levemente en un gesto ambiguo. El cardenal amarillento de su mejilla le confiere el aspecto de un boxeador en decadencia. No me viene a la memoria una sola ocasión en mi vida en que me sintiera cercana a él.

Me dispongo a salir de la habitación cuando murmura:

—Estás enfadada conmigo, ¿verdad?

Me quedo callada.

—No te enfades.

Qué petición más ridícula, como si fuera posible disipar la ira a base de fuerza de voluntad. Incluso aunque fuera posible, no lo haría. Estoy agradecida a mi rabia; llena el hondo vacío que llevo dentro.

—Tenemos que hablar —añade.

—No me apetece hablar. —Llevo la mano al pomo de la puerta para marcharme.

—Me culpas de lo ocurrido, ¿verdad? Crees que, de alguna manera, soy responsable.

Guardo silencio y noto en la boca un regusto desagradable, como si hubiese comido calabaza cruda y amarga. Ya casi he atravesado la puerta. En

cuanto baje llamaré a Sonny para que consiga una enfermera que empiece a trabajar mañana mismo.

—Si te sientas —continúa mi padre—, te contaré lo que pasó justo antes del accidente.

Se me tensa todo el cuerpo. Aunque he jurado no permitir que me enrede en una conversación, repongo sin pensar:

—Creía que ibas dormido.

—Mentí —reconoce, invitándome con una seña a sentarme en la cama.

He caído de lleno en su trampa, y él lo sabe. Transijo, pero tomo asiento en una silla, cerca de la puerta.

—¿Y qué me garantiza que no me mientes ahora?

Y él, más astuto de lo que yo lo había juzgado, responde:

—Creo que has salido lo bastante a tu madre para reconocer una historia auténtica.

En esta casa de muerte lo que más temo es que suene el teléfono. Aun así, siempre contesto.

Hoy hay una mujer al otro lado de la línea.

—¿Es usted la intérprete de sueños? —pregunta. Jadea ligeramente, como si hubiera estado corriendo—. Necesito ayuda.

Yo le comunico que mi madre ha muerto.

Dejo de oír su voz durante un largo rato.

—Pero usted puede ayudarme, ¿no? Es su hija, seguro que algo habrá aprendido de ella. Puedo describirle el sueño recurrente que tengo para que usted me indique qué hacer.

Yo le aclaro que no sé interpretar los sueños.

—Por favor, no me diga que no. No sé a quién más recurrir. Tengo mucho

miedo. Por favor, inténtelo.

Todavía solloza cuando cuelgo.

—Cuando les dije a los médicos que yo iba dormido —comienza mi padre—, no mentía del todo. Es verdad: dormía. Pero me desperté, y advertí que tu madre iba demasiado deprisa. Esto me extrañó, porque ella siempre conducía con mucho cuidado, como tú bien sabes. Le dije que fuese un poco más despacio, pero ella no me hizo caso. Le pregunté qué le pasaba. Ella miraba fijamente al frente. «No debo perderlo», dijo. Yo escudriñé la niebla. Delante de nosotros iba un coche grande y negro, aunque no distinguí la marca, también a toda velocidad. Le advertí a tu madre que tuviera cuidado, que redujese la marcha, pero fue como si no me oyera.

»—¿Quién va en ese coche? —pregunté—. ¿A quién no debes perder?

»—Si te lo dijera no lo entenderías —respondió ella—. Pero de todas formas te lo voy a decir: él es mi única oportunidad de recuperar lo que he perdido.

»Yo agucé la vista, intentando averiguar quién era, porque tu madre hablaba como si lo conociera. Lo único que alcancé a ver fue una silueta.

—¿Te acuerdas del número de la matrícula? —le preguntaría yo más tarde.

Él negaría con la cabeza.

—No se me ocurrió fijarme.

—¿Iba vestido de blanco?

Él arrugaría la frente, deseoso de complacerme. Sin embargo, finalmente optaría por la sinceridad.

—No estoy seguro.

»La niebla se hizo más densa —prosigue—. Yo ya no distinguía el coche negro. Le grité que parase, que me dejase conducir a mí. La borrachera se me había pasado por el susto. Pero ella, como siempre, no quiso escucharme. Me entraron ganas de agarrar el volante, pero me daba miedo provocar un accidente.

»Cuando nos acercamos a la curva de la carretera, tu madre se lanzó directa hacia ella sin vacilar, como si ésa fuera la ruta que pretendía tomar desde el principio. Me pareció que sonreía.

Lleva todo el día empaquetando las cosas de su madre, examinando el interior del armario del dormitorio, sorprendida por lo poco que contiene: unas cuantas camisetas, dos pares de téjanos, unos pantalones de chándal para trabajar en el jardín, tres rebecas, vario saris, algunas pulseras de plata. Pero su madre se ponía otras cosas, ¿no? Rakhi se acuerda de una *kurta* de color rosa con bordados *chikan*, un relicario de oro con una piedra roja incrustada en el centro. ¿Dónde ha ido a parar todo eso? ¿Y las fotografías? Las había de excursiones familiares al zoo y al Golden Gate Park, de una salida en barco por la bahía. Recuerda haber posado con su madre, abrazadas por la cintura, con unas sonrisas dentonas de las que más tarde se reirían. También recuerda que su padre se acercó a ellas a hurtadillas, con la cámara, y las sorprendió con la boca llena de algodón de azúcar. Rakhi dirige la vista hacia la cama, donde él yace recostado sobre la cabecera como si nunca hubiera sido aquel hombre. Hojea el periódico, fingiendo leer, pero en realidad observa los tristes montoncitos de cosas que ella coloca en cajas de cartón etiquetadas para que las recoja la gente de Saint Vincent de Paul. Rakhi no sabe si creerse la historia que él le refirió sobre el coche negro. La piel del brazo de su padre, irritada por el roce del borde de la escayola, parece pálida y seca. Aunque Rakhi sabe que debería aplicarle alguna crema, no soporta la idea de tocarlo. No lo ha consultado antes de decidirse a vaciar los armarios. Esto le produce sentimiento de culpa por unos instantes, pero enseguida lo desecha. Él no está al mando, piensa ella con crueldad renovada. En realidad nunca lo estuvo.

Además, en aquellas cosas no habita el espíritu de su madre. No hay motivo para conservarlas.

Rakhi registra los cajones de la cocina, desenterrando viejas recetas, guantes de jardín sin usar, varias tijeras de costura, un chal de seda. Del garaje saca zapatos, gabardinas, una caja llena de cupones caducados. Retira del armario del baño cepillo de dientes, peine, crema hidratante, polvos de maquillaje, tapaojeras, brillo de labios (¿brillo de labios?, ¿su madre?). Se queda contemplando la librería. A su madre le encantaba leer sobre lugares lejanos —Machu Picchu, las islas Andaman, la región antártica—, aunque jamás expresó el deseo de viajar a ninguno de ellos. Rakhi roza los lomos de los libros con la mano, intentando imaginar qué le pasaba a su madre por la cabeza mientras volvía las páginas. ¡Qué indefensos se quedan los objetos cuando sus dueños desaparecen! Rakhi no quita los libros de donde están, al menos de momento.

Ha dejado la sala de costura para el final, en parte por su reticencia a perturbar aquel espacio privado y en parte por la esperanza de encontrar allí la clave del misterio que envolvía a su madre. (¿No resulta excesiva, tanta ansia? Su madre no se la habría tomado con mucha paciencia. «¡Es ridículo! —habría soltado con cierta aspereza—. ¿Acaso no viviste conmigo dieciocho años? ¿Qué más quieres saber de mí?»)

Cuando abre la puerta, nota que la habitación huele a canela. Sin embargo, al aspirar de nuevo, más profundamente, no percibe olor alguno. ¿Acaso se ha imaginado el aroma a especias? Está perdiendo confianza en sus sentidos, en su habilidad para formarse un juicio preciso sobre el mundo que la rodea. Cuando descorre la puerta del armario, advierte que le tiembla la mano.

Su contenido la decepciona, por ordinario: mantas, ropa vieja, trapos de limpieza, catálogos para pedir semillas por correo. No obstante, no ha olvidado la ocasión en que hurgó entre aquellos objetos cotidianos en busca

de una caja. ¿Qué guardaba su madre en ella? ¿Frascos? Escarba en el triste olor de las cosas abandonadas, cosas que sospechan que jamás las volverán a necesitar. No hay cajas, no hay frascos, pero al fondo, debajo de una pila de extractos bancarios, Rakhi encuentra una fotografía enmarcada de ella y Sonny en su boda.

Están junto al templo hindú, él con un turbante granate salpicado de oro, ella con un sari de Benarasi de boda, verde, y un *bindi* demasiado grande en la frente. Están agarrados de la mano, con expresión tímida, muy jóvenes y satisfechos de sí mismos. Rakhi se deja caer pesadamente en la alfombra, sin soltar la foto, en el lugar donde su madre pasaba muchas noches sobre las que jamás reveló un detalle, y se sorprende pensando en lo mucho que odia el caviar.

El caviar en el que piensa estaba distribuido en montículos oscuros sobre triángulos de pan en una bandeja de plata. Esta bandeja fue lo primero en lo que ella se fijó cuando se abrió la puerta, después de que Sonny, tras llamar al timbre varias veces, acabase por aporrear la puerta. La bandeja, una luna borracha con cráteres y todo, cabeceaba en la ruidosa penumbra de una sala atestada de cuerpos, avanzando precariamente hacia ella. Cuando los ojos se le acostumbraron a la oscuridad, Rakhi descubrió que la portaba una mujer muy bonita de cabello negro. Aunque la joven iba uniformada con una cofia blanca de encaje y un delantal, Rakhi supo que no era una criada, incluso antes de verla por detrás y constatar que no llevaba debajo más que un tanga negro. Sin embargo, eso vendría luego. Por lo pronto la mujer sonreía y tendía a los presentes la bandeja, que se bamboleaba un poco, hasta que a Rakhi la asaltó el impulso de tomar un canapé aunque no quería. Y comprendió (incluso antes de que, en su empeño de localizar al anfitrión, se

abrieran paso hasta otra sala, todavía más ruidosa, una habitación llena de sudor y actividad frenética y música sorprendentemente buena) que a Sonny no le faltaba razón. Había sido un error ir allí.

El anfitrión, a quien por fin encontraron en una esquina fumándose un porro con dos mujeres, regentaba el club nocturno donde trabajaba Sonny. Era un hombre corpulento, afable, de voz estentórea.

—¡Qué pasa, Sonny, colega! —bramó, pasándole el canuto a una de las mujeres y abrazando con vehemencia al marido de Rakhi—. ¡Me alegro de que hayas venido! ¿Te gusta la música? A lo mejor puedes pinchar un poco tú más tarde, ¿qué me dices? ¿Y quién es esta encantadora dama? ¿Una novia nueva? —Se abalanzó sobre ella con los brazos abiertos. Al advertir que Rakhi se escondía apresuradamente detrás de Sonny, el hombre se quedó perplejo. Luego se echó a reír—. ¡Disfrutad de la fiesta! —exclamó, con una reverencia maliciosa.

Sonny y Rakhi se dirigieron a la barra, donde él pidió una copa de vino para ella y un whisky solo para él. Rakhi todavía sostenía en la mano el canapé. La avergonzaba pasearlo así por toda la sala, de manera que se lo metió en la boca. La masa negra y gelatinosa se deslizó por su paladar, provocándole náuseas. De haber tenido una servilleta, lo habría escupido. Más tarde se arrepentiría de no haberlo escupido de todas formas, así como de no haber asido a Sonny del brazo, antes de que pidiese una segunda copa, y haberle exigido que la llevara a casa, o por lo menos que le diera las llaves del coche. Esto no habría supuesto un problema para él: por lo visto conocía a todo el mundo y, a juzgar por los saludos entusiastas que le dispensaban todas aquellas personas, habrían estado dispuestas a acercarlo de mil amores a su casa o a llevárselo consigo a la suya. Pero ella no quería que la considerasen descortés por marcharse tan pronto. ¿Se ofendería el jefe? ¿Se

desquitaría con Sonny, a quien acababa de contratar como el nuevo DJ de fin de semana?

Por otra parte, Sonny se lo estaba pasando de miedo. Era evidente que le encantaba aquella multitud (¿Por qué? A ella no le parecía particularmente encantadora. Los semblantes pálidos, iluminados con los destellos azules y verdes de las luces parpadeantes, reflejaban sagacidad y al mismo tiempo agotamiento por el esfuerzo de divertirse). Rakhi lo siguió con la mirada mientras atravesaba la sala entre palmadas en la espalda, apretones de manos y besos en las mejillas, sonriendo con auténtico placer. Rakhi no quería que se le borrara aquella sonrisa por su culpa.

Si bien Sonny había mencionado la fiesta —siempre la informaba con meticulosidad de sus planes—, no le había pedido que fuera con él. Esos días sucedía muy a menudo: él se marchaba solo mientras ella se quedaba en casa con la niña.

«Forma parte de mi trabajo —le explicó Sonny—. Así es como hago contactos y consigo más bolos.»

«Qué tontería —replicó cuando Rakhi observó que cada vez se alejaba más de ella—. Te quiero tanto como antes.»

Cuando ella insistió en acompañarlo en esta ocasión, él no se negó. Pero vaciló.

—No creo que sea tu ambiente, Riks. No sé si te desenvolverás bien allí.

—Ya soy mayorcita, Sonny. Puedo desenvolverme mejor de lo que tú crees.

También por eso decidió no marcharse: le habría dolido admitir que se había equivocado.

De manera que esperó un rato. Y luego fue demasiado tarde.

Deposita la fotografía con cuidado sobre la alfombra, como si estuviera cubierta con algo más frágil que el vidrio y continúa buscando. Cajas de facturas viejas (nunca habría imaginado que su madre fuese de aquellas personas que guardan las facturas viejas), madejas de hilo de bordar que van con las tijeras que ha sacado antes. Cintas de vídeo, *Barrio Sésamo* codeándose con *Abdominales de acero en treinta días*. (¿Habría pretendido su madre conseguir unos abdominales de acero? ¿Habría dedicado horas a ejercitarse delante del televisor, sobre la alfombra raída, efectuando levantamientos de piernas y flexiones al ritmo de las nasales órdenes de la monitora?)

Cuando ha perdido toda esperanza, encuentra los diarios, atados con una cinta para el pelo de satén azul.

La habitación se ha quedado sin aire. Rakhi se arrodilla en el vacío resultante para desatar el nudo, con un martilleo en la cabeza. Oye un estruendo prolongado, como si se estuviera abriendo o cerrando una gigantesca puerta de piedra. No está segura de si el origen del ruido está en este mundo o en otra parte (¿acaso existe otra parte? El balancín de su vida oscila sobre esa posibilidad). Abre el primer libro, el segundo, luego todos, pasando páginas con tal desesperación que arranca algunas. Las palabras están escritas con la letra de su madre, en un alfabeto desconocido.

El bullicio de la fiesta aumentaba por momentos, y ella había perdido a Sonny. Un pánico seco y escamoso se deslizó por su cuerpo. «¡No exageres! —se reprendió—. En realidad no lo has perdido; lo que ocurre es que no lo ves.» Apretó los puños con las manos sudadas y, buscando el origen de la música, entró en otra sala. Unos fluorescentes de luz negra bañaban su piel en un resplandor fantasmagórico. Los cuerpos giraban descontrolados, chocando

unos con otros. Un hombre le sonrió, y sus dientes brillaron como el neón, al igual que su piel, pues no llevaba camisa. La asió de un brazo e intentó arrastrarla hacia la pista de baile. Ella le puso las manos en el pecho empapado y le propinó tal empujón que él salió despedido hacia atrás, tambaleándose. «¡Putas!», le gritó a Rakhi. Ella se abrió paso a codazos entre los danzantes hacia la cabina de DJ. Sonny estaba pinchando. Había tres discos puestos, y sonaban simultáneamente una canción rápida occidental y, por debajo, un ruido como de olas, y, de fondo, otra música. A Rakhi le recordó a un grupo de tibetanos que había visto tocar en el metro unas largas trompetas de madera; Sonny llevaba puestos unos auriculares. Cabeceaba ligeramente al ritmo de la música, con una mirada muy distante. No la oyó cuando ella lo llamó por su nombre.

Yace de costado, de espaldas a la puerta del cuarto de costura, con uno de los diarios en la mano. No está deshecha en llanto, aunque no por falta de ganas. Tal vez se le ha olvidado cómo llorar. Pensar que había llegado tan cerca, tan cerca... Percibe las pisadas de su padre, que sube las escaleras. Desde el accidente se mueve con torpeza, un poco inclinado a la izquierda, aunque no existe una explicación médica para ello. Los pasos se detienen al otro lado de la puerta. Suenan unos golpes. Ella contiene el aliento, deseando que se marche.

Rakhi retrocedió, abriéndose camino de nuevo por la pista de baile. En algún momento debió de beberse el vino, pues ya no sostenía la copa en la mano, sino un vaso, que estaba vacío. ¿Quién se lo había dado? ¿Qué contenía? ¿Dónde había dejado su bolso? El aire estaba azulado de humo y

miedo. Ella vislumbró una puerta que se abría a una terraza. A lo mejor si llegaba hasta allí podría respirar aire fresco. No obstante, la terraza estaba atestada de parejas. También había tríos. La luna, cóncava y picada de viruelas, relucía en el cielo. Un hombre y una mujer interrumpieron sus toqueteos y se volvieron hacia ella. ¿Quieres unirse a nosotros, preciosa?

Las pisadas no se reanudan para alejarse trabajosamente hacia el dormitorio, hacia la cama que será enteramente de su padre, para siempre. En cambio, él la llama otra vez por su nombre, con una entonación levemente ascendente, como formulando una pregunta. Acto seguido, abre la puerta.

—Vete, por favor —murmura ella sin mirarlo.

—No puedo. Necesitas hablar con alguien.

«Pero no contigo», piensa ella.

—Ya sé que no quieres hablar conmigo —prosigue él.

«Si espero un buen rato, si espero lo suficiente sin hacer ningún ruido, ningún movimiento, se irá. No se quedará aquí indefinidamente.»

—No has comido nada en todo el día. Toma, te he preparado algo. —Entra en la habitación.

«No te acerques, no invadas su espacio.»

—Creo que tal vez deberías volver a Berkeley —continúa él—. Me he recuperado lo bastante para arreglármelas solo. Estar aquí no te hace ningún bien. Sólo te deprime más.

«Joder. Mi madre ha muerto. Tengo derecho a deprimirme.»

—A ella no le gustaría verte así.

«¿Tú qué coño sabes lo que a ella le gustaría? ¿Qué coño sabemos, ninguno de los dos?»

—Probablemente habrías preferido que me muriera yo, en lugar de tu

madre —insiste él—. Yo también.

Ella se lleva tal sorpresa que se vuelve hacia él. No se había imaginado que él lo supiese. Viejo zorro astuto. O quizás ella pecaba de ingenua, como había aseverado Sonny cuando ella había querido hablar con él de lo sucedido en la fiesta.

Su padre sonrío, si es que cabe calificar un gesto tan triste de sonrisa.

—Pero no me he muerto, y los dos tenemos que aceptarlo y afrontar la situación. —Da otro paso hacia ella. Rakhi advierte la pesadez de su andar. Un tablón cruje.

»Has encontrado sus diarios —observa él.

Se encontraba de nuevo en el interior de la casa de humo y música. No sabía muy bien cuánto tiempo había transcurrido. Su mente había emborronado aquella noche en que habían ocurrido tantas cosas que no recordaba o que se había obligado a olvidar. Notaba los labios hinchados, como si alguien la hubiera besado brutalmente. Le ardía la garganta. Avanzaba por un estrecho pasillo. Había encontrado su bolso, que le pesaba mucho. ¿Le habrían metido algo? El pasillo estaba demasiado oscuro para comprobarlo.

La música había cambiado. Ahora sonaban tambores africanos y los lamentos de una mujer en irlandés. Le pareció interesante, pero claramente no era de Sonny.

Ahora estaba en una sala larga y angosta con el suelo recubierto de cojines de seda. Había gente sentada en torno a una mesa baja lacada, sobre la que descansaba un espejo con líneas de polvo blanco. Rakhi sabía lo que significaban. Sonny alzó hacia ella los ojos, enrojecidos como los de un

animal nocturno. Pero ¿cómo se percató ella de esto, en aquella sala iluminada sólo con velas? «Hola, cariño, pasa.»

No está muy segura del orden en que se produjeron los siguientes hechos, ni si algunos de ellos son producto de su imaginación: ella corrió hacia él, gritándole. Unas manos la forzaron a sentarse. «Bueno, bueno, preciosa, tómate algo para calmarte.» Ella le asestó un golpe, dispersando el polvo blanco. Unos brazos la sujetaban. Labios. Dedos en los botones de su vestido. Notó en la piel cada uno de los hilos de seda antes de que se desprendiera de su cuerpo. Más tarde se encontró un largo arañazo en la cara interior del brazo, con sangre seca. Él le ofreció el espejo. Ella lo tomó y bajó la cara hacia él, porque no le quedaba otro remedio. Alguien la inmovilizó sobre un cojín. Había manos por todas partes. Ella gritó «Sonny, Sonny, ayúdame», pero él estaba ocupado sonriéndole a otra persona. Alguien la sacó de la habitación. Alguien llamó a un taxi. Ella se reía. Lloraba. Se moría de sed. Apuró la bebida que alguien le puso en la mano. Introdujo la mano en el bolsillo de Sonny y sacó las llaves del coche. Condujo hasta su casa, con cuidado de no ir muy deprisa, flexionando las piernas para que evitar los calambres. No vomitó hasta que hubo aparcado. Se alegraba de que Jona se hubiese quedado en casa de su madre. Lo único sobre lo que no alberga dudas es esto: en algún momento de la noche, levantó la vista hacia el cielo. Estaba vacío; alguien había devorado la luna. Entonces comprendió que debía dejarlo.

Su padre se inclina y acaricia la cubierta de un cuaderno como si de un rostro se tratara.

—Te puedo ayudar a leerlos —asegura. Las palabras flotan delante de ella, con alas vaporosas como las de una mosca para pescar—. Si quieres.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Lección 62: La historia de Neehar la desventurada (fragmento)

... Y las ancianas descubrieron que en Neehar el don se manifestaba con una fuerza que no habían visto en su vida. Esto dotaba a su cuerpo de una luminosidad como la del fósforo, y a menudo su mirada se perdía en la lejanía, como si contemplase la inmensidad el tiempo. Esto las atemorizaba, pues conocían las historias de mujeres que habían nacido con aquel don y lo que había sido de ellas. Celebraron un consejo y decidieron que instruirían a Neehar en los primeros nueve niveles de la disciplina, pero le ocultarían el décimo y más poderoso. No sirvió de nada. Cuando Neehar soñaba, todos los secretos se abrían ante ella, incluso aquellos que las mismas ancianas desconocían. De este modo, Neehar llegó a ser más fuerte que las líderes del consejo. Sin embargo, debido a su juventud y su obstinación, no sabía utilizar su poder.

Cuando se completó la instrucción de las novicias, las ancianas, en un último intento de salvar a Neehar, le pidieron que se quedara con ellas en las cuevas en calidad de maestra. Le prometieron que con el tiempo le otorgarían el liderazgo del consejo. No obstante, a Neehar la convivencia con las ancianas en las profundidades de un refugio en la montaña se le antojaba limitada y sofocante. El poder que ardía en ella ansiaba salir a la luz. La impelía a vivir las experiencias que el mundo y todo lo que en él había le

ofrecían. Neehar abandonó las cuevas, pero a diferencia de sus hermanas novicias, no se estableció en una ciudad para atender a sus habitantes. En cambio, viajó por la tierra, leyendo los sueños de todo el que se lo pidiese. Aunque le habían advertido que los intérpretes de sueños debían ejercer su oficio en secreto, ella se burlaba de tales precauciones.

A la vista de las multitudes que se congregaban allí donde iba, apretaba con las manos las sienes de quienes solicitaban su ayuda y les explicaba el significado de sus sueños. No había sueño, por complejo que fuera, que no fuera capaz de interpretar ni problema para el que no hallase solución. Cuenta la leyenda que salvaba cada día mil vidas y mil reputaciones, que predecía victorias y buena fortuna, que infundía esperanza a los desesperados y prevenía a los infortunados de lo que el destino les deparaba. Pero cuando entraba en trance y no le preocupaba más que la verdad que encerraban sus visiones, solía hablar en voz alta de cosas que habría debido susurrar al oído de quien requería sus servicios. De este modo, se rompieron familias, los aliados se trocaron en enemigos, y hombres y mujeres abandonaron sus casas avergonzados y desaparecieron para siempre. Así se granjeó la animadversión de muchos, aunque nadie se atrevía a inferirle daño alguno, porque todos creían que gozaba de la protección de los espíritus. La gente declaraba haber visto a un gran lobo gris que la seguía cuando ella salía de los pueblos al atardecer para dirigirse a otra aldea, y algunos sostenían que, cuando descansaba a mediodía, un águila desplegaba las alas sobre su cabeza para resguardarla del sol.

Pasó un año, o una década. Neehar la desventurada interpretaba un sueño detrás de otro, trabajando sin descanso día y noche, porque el poder que ardía en ella la había poseído y no toleraba que ella lo refrenase. Neehar se tornó adusta y se le demacró el rostro. Sus ojos, hundidos en las cuencas, brillaban como ascuas. La llamaban Neehar la de los Ojos Ardientes, y los hombres no

osaban acercarse a ella. A Neehar no le importaba. Para entonces le bastaba con fijarse en la frente de una persona para saber si había soñado algo que valiera la pena interpretar. Si era el caso, se lo comunicaba tanto si la persona quería como si no. Las noticias de sus actividades llegaron hasta las cuevas, y las ancianas enviaron un mensaje reprendiéndola por desobedecer las leyes de la interpretación de sueños y conminándola a volver. Pero Neehar no obedeció. Posiblemente ya no estaba en su mano regresar.

Fue en esta época cuando Neehar comenzó a descifrar los sueños de los muertos. Quizá llegó a ese extremo porque ya había leído los sueños de todos los vivos que residían al este del río Kaveri. (Curiosamente, ella que tantas leyes había quebrantado, observó una sola norma: la que prohibía a los intérpretes de sueños cruzar las aguas.) O tal vez los muertos, con los cerebros fríos y rígidos y los ojos sellados, representaban un desafío irresistible para ella. Acudía a todas las casas que estuvieran de duelo y besaba al muerto en la frente, o se sentaba con su cabeza en el regazo, desoyendo las protestas de los parientes. La gente que poseía la facultad de percibir esas cosas aseguraba que una corriente de energía blanca saltaba de la frente del cadáver a la frente de Neehar. Al cabo de un rato ella abría los ojos con un suspiro y decía: «Ah, así es.» Sin embargo, jamás desvelaba el menor detalle sobre sus visiones.

Sólo en una ocasión, en casa de una madre que lloraba a su niño ahogado, tocó a la mujer en la mejilla y musitó: «¿Ves? No hay por qué llorar.»

La mujer guardó silencio y se enjugó las lágrimas, pero más tarde, cuando le preguntaron qué había visto, sólo recordaba un olor dulce, como a flor de loto.

Neehar se enteró de que el gran santo Vishnu-pada había anunciado que estaba a punto de deshabitar su cuerpo mortal. Neehar se presentó en su *ashram*, donde se habían reunido todos sus discípulos, y pidió permiso al

asceta para tocarlo mientras moría. Vishnu-pada le dedicó una mirada compasiva y contestó: «Niña, el secreto que buscas no puede descubrirse así. Sólo lo encontrarás en tu interior.» Aun así, le concedió su permiso.

Se dice que cuando Vishnu-pada falleció, Neehar estaba sentada a su cabecera, con las manos sobre su frente. Y cuando su espíritu abandonó su cuerpo, pasó a través de Neehar y le salió por la cabeza en forma de un rayo de luz. Neehar cayó al suelo y permaneció inconsciente durante tres días. Cuando recobró el sentido, ya no hablaba, aunque se reía o lloraba a menudo. Algunos aventuraron que aquel espíritu tan poderoso, al atravesar su cuerpo, le había producido tal impresión que ella había enloquecido. No obstante, otros afirmaban que el brillo de sus ojos era de serenidad. Fuera como fuese, desde aquel momento, Neehar la desventurada no interpretó un solo sueño. Se pasaba los días sentada junto al Kaveri sin moverse, mirando fijamente el agua. Si los aldeanos le llevaban alimentos, ella comía a veces, pero con frecuencia no probaba bocado. Era como si ya no necesitara ese sustento. Cuando desapareció, unas semanas más tarde, en opinión de algunos, o años más tarde, a juicio de otros...

Preguntas :

1. ¿Qué has aprendido de la historia de Neehar que pueda ayudarte en tu trabajo como intérprete de sueños?
2. ¿Por qué la llamaban «la desventurada»? ¿Estás de acuerdo en que, en efecto, lo era?
3. ¿Qué era lo que buscaba Neehar? ¿Qué es lo que tú buscas?

RAKHI

Cruzamos el puente de San Rafael en el BMW plateado de Sonny. Sonny, Jona, mi madre y yo nos dirigimos hacia Marín Headlands. Sonny conduce. Jona va sentada detrás, contemplando la bahía y canturreando entre dientes, de nuevo esa canción cuya letra no comprendo. Mi madre también va detrás: Jona rodea con el brazo la urna funeraria, que está envuelta en una toalla ya que, según Sonny, es ilegal dispersar cenizas en terrenos del Estado. Yo me he sentado, con reticencia, en el asiento del acompañante, porque Jona ha insistido. («Ahí delante sólo pueden ir adultos, mamá. Es por el *airbag*», ha declarado con aire de niña repipi. Sin embargo, yo sospecho que alberga intenciones más aviesas.)

Cuando Sonny y yo todavía estábamos casados, cada vez que subíamos al coche, Jona nos obligaba a colocar su asiento de manera que no perdiese de vista a ninguno de los dos. Desde su posición privilegiada en la parte trasera nos impartía instrucciones de cuando en cuando, como un pequeño e insistente Cupido. «Mamá, dale la mano a papá.» «Papá, dale un beso a mamá.» Ahora me pregunto si no era la ansiedad el motivo de su actitud, si había notado algo que yo todavía ignoraba. ¿Olerán los niños el peligro, como los animales? Ellos detectan la inminencia de un terremoto o de la separación de las placas tectónicas... «Mamá, acércate a papá y ponle la cabeza en el hombro.» Las antiguas palabras flotan entre nosotros como cuestiones sin resolver, aunque no deberían. Nuestros asuntos quedaron

zanjados hace mucho tiempo, y éste ni siquiera es el mismo coche. Sonny seguramente lo compró hace poco. ¿Qué habrá pasado con su Viper, objeto de discusiones ocasionales? (Yo pensaba que el hecho de que se negara a cambiarlo por un «coche familiar» reflejaba su renuencia a convertirse en un hombre de familia.) Quizá Sonny el Camaleón, que posee la habilidad de transformarse en cualquier cosa que desee, no se ha deshecho de él. Pero no pienso interrogarlo al respecto. Si quiere tirar dinero a la basura, no es asunto mío.

Jona actúa como si mi madre no estuviese en la urna, sino sentada en el asiento, a su lado. Asegura que su abuela le ha descrito con exactitud dónde quiere que se esparzan sus cenizas. Confía en la capacidad de Jona para encargarse de todo, pero quiere venir también, por la diversión.

Yo he decidido no fomentar estas fantasías siguiéndole a Jona la corriente, pero Sonny le pregunta:

—¿La ves?

—No me hace falta —replica Jona con desdén—. Ya sé cómo es.

La urna, sorprendentemente pequeña y pesada, está hecha de un metal oscuro que no reconozco. Tintinea cada vez que la agitamos. Son los dientes, aclara Jona con una serenidad que me resulta admirable y a la vez espeluznante.

Los primeros días después del accidente, Jona no dejó de llorar por su abuela ni por un momento, y luego, de repente, se calmó. Sostiene que mi madre le ha recomendado que no malgaste energía en una actividad de tan poco provecho. Yo me resisto a creerla, aunque el consejo parece muy propio de mi madre. ¿Estoy celosa de que mi madre haya decidido comunicarse con mi hija y no conmigo? Jona nos ha informado de que su abuela permanecerá a su lado durante setenta y siete días; luego tiene que marcharse. Dice que cada día su abuela le enseña algo.

Mi padre no viene con nosotros. Yo estaba convencida de que querría acompañarnos. Me horrorizaba la idea de llevarlo desde Fremont hasta la casa de Sonny. Dentro del coche no hay escapatoria posible; en pocos minutos, la conversación acabaría por sofocarme.

Ya vuelvo a hablarme con mi padre, porque está traduciendo los diarios para mí. Se trata de una especie de remuneración. No obstante, nuestros diálogos son irritantes, incómodos, pues titubeamos como si intentásemos aprender a caminar de nuevo después de habernos roto los huesos. Suponemos que el diario con el que ha comenzado es el más antiguo, porque la cubierta está gastada, se cae a pedazos. Pero no hay forma de saberlo con seguridad. Los libros no llevan fechas, y las anotaciones, según me dice, saltan de un tema a otro. No le encuentro mucho sentido a lo que ha traducido hasta ahora, una lista de lo que simbolizan determinadas cosas cuando aparecen en sueños. Me decepcionó que mi madre no hubiese consignado sus secretos personales. Además, esto despertó en mí sospechas de que tal vez mi padre estaba omitiendo detalles que no quería que yo supiera.

Cuando le pregunté si quería venir con nosotros, contestó que prefería quedarse. Yo, en lugar de respirar aliviada, me enfadé. ¿Por qué no?, inquirí. El respondió que no estaba preparado para un acto tan definitivo como el de dispersar las cenizas. Salí de la habitación dejándolo con la palabra en la boca. Habría cerrado de un portazo, pero me contuve porque lo necesitaba. Y detestaba necesitarlo.

Atravesamos Marín Headlands en el coche. La bruma característica del norte de California embellece el atardecer. Las amapolas surgen de pronto entre la niebla como puntos de color naranja. Entramos en un par de zonas de aparcamiento desiertas situadas cerca del acantilado, pero cada vez Jona

niega con la cabeza. Me dispongo a soltar un comentario cáustico, propio de una madre, cuando la niña grita muy emocionada que paremos. Sonny aparca de manera ilegal en una estrecha cuneta, y echamos a andar ladera arriba, entre la maleza, con la cabeza gacha a causa del ventarrón que se ha levantado. La pared del precipicio desciende vertiginosamente hasta el mar. Muy abajo el Pacífico rompe contra las rocas negras y relucientes. Los cables rojos inclinados del puente Golden Gate me llaman la atención, y más allá, la ciudad plateada resplandece contra el tono gris de la tarde. Si me muriera, yo también querría que mis restos pasaran a formar parte de esta tierra, de este mar, porque de alguna forma la geografía de la infancia termina por penetrar hasta nuestros huesos.

Entonces se me ocurre que quizás esa sensación le inspiraba a mi madre el paisaje en el que vivió como niña, como mujer, como intérprete de sueños. ¿Habría deseado que esparciéramos allí sus cenizas?

Ni siquiera sé dónde nació.

Jona destapa la urna y arroja el primer puñado. Sonny la imita, con lágrimas en los ojos. Me sorprende, y los celos se apoderan de mí. Cuando lo dejé, gritó, me amenazó, me suplicó y se enfurruñó, pero no lloró. ¿Tanto significaba mi madre para él, que ahora rompe a llorar? Y aparejada a esa duda, me asalta otra: ¿tan poco significaba mi madre para mí, que no soy capaz de llorar?

Me llega el turno. Introduzco la mano con cuidado y toco el polvo áspero y arenoso. Me sacude un pequeño escalofrío. Hace menos de un mes mi madre me tomó la cara entre las manos y me dijo que estaba muy guapa. Las vidas y los coches, cuando uno menos se lo espera, dan un vuelco.

Arrojo el puñado de cenizas lo más lejos posible, pero el viento, que me sopla en la cara, me devuelve la mayor parte. Me entra polvo en la nariz y me pongo a toser. Por lo menos ahora hay algo de ella en mí.

Regresamos a Oakland en silencio al crepúsculo. Jona se ha dormido en el asiento trasero. Yo estoy exhausta, aunque cuando intento dilucidar por qué, sólo me vienen a la cabeza tópicos poco satisfactorios. Sonny mantiene la vista fija al frente. No se le ha quitado el viejo hábito de morderse el labio. Una plétora de anhelos no expresador flota en el aire, invisible como las estrellas a la luz del día. No consigo aprehenderlos, decidir qué quiero en la vida. Al llegar a casa Sonny me invita a quedarme a cenar con ellos, pero declino la oferta. Me encamino hacia mi viejo Taurus y oigo unos pasos a mis espaldas. Jona me agarra de la manga.

—Mamá, quiero que veas mis dibujos.

No he estado en el interior de esta casa —ahora la casa de Sonny— desde la noche que me marché, con Jona en mis brazos. A cualquier otra persona le habría contestado que no. La niña me lleva a remolque como a un barco sin timón. Regueros de lágrimas secas le surcan las mejillas. ¿Por quién ha estado llorando?

Ésta es la única casa que he amado.

—Quiero enseñarte una cosa —me anunció Sonny una vez, mientras conducía muy deprisa por las caprichosas carreteras que llevan a las colinas de Oakland—. Pero tienes que cerrar los ojos.

—Estás loco. ¿Qué se te ha ocurrido ahora? —repuse riéndome, pero obedecí. Nos gustaban esos juegos.

Cuando abrí los párpados la casa se alzaba ante mí como una mujer arrodillada con los brazos abiertos. De una gastada puerta de madera colgaba una campana que había que tocar. Al entrar en el jardín se percibía un olor a savia y lavanda. Tras los adoquines recubiertos de musgo, estaba la puerta principal, con una pequeña vidriera que se abría desde dentro para averiguar quién llamaba.

Me enamoré de ella incluso antes de entrar y ver las vigas agrietadas, el

ventanal desde el que se dominaba San Francisco en el horizonte, la glicina que envolvía el balcón. Yo, que vivía en Fremont junto a la autopista, jamás había imaginado que existieran casas como aquélla. No. Lo que no imaginaba es que estuviesen al alcance de gente como yo.

Sonny sonrió al fijarse en mi expresión.

—Si la quieres, es tuya.

—¡Venga ya! —exclamé yo—. No podemos permitirnos una casa así.

—Tú no te preocupes, Riks —dijo él, y me besó.

Yo dejé que el beso me arrojara, que la casa me embelesara con su encanto. Se me agolparon varias preguntas en la cabeza pero me persuadí de que no eran importantes. Lo obedecí y me propuse olvidar. Todos estos errores los cometí aquel día, que me pareció el más feliz de mi vida.

Subo por las escaleras hacia la habitación de Jona, un cuartito diminuto de casa de muñecas con una repisa en la ventana en la que cabe un colchón. La mandé construir yo, para que al despertarse ella divisara el puente y el agua, para que se quedase dormida mientras el sol se ponía sobre el Pacífico iluminando la habitación con sus últimos rayos. Además, mandé abrir una claraboya sobre la cama, para que ella disfrutase de la vista de la secuoya que extiende sus ramas sobre el tejado. Instalé... ¡pero basta! Ya no es mi casa. ¿De qué sirve recordar todo el esfuerzo que derroché en ella?

En la pared de madera están los nuevos cuadros de Jona, los que ha pintado desde que murió mi madre. Todos representan el fuego. En unos aparecen sencillas hogueras de leña, en otros, casas ardiendo, y hay algunos en los que unos pájaros con rostro de mujer se arrojan a las llamas. En una de las pinturas, la tierra brilla como un ascua, al tiempo que se desgajan algunos trozos que salen disparados como meteoros.

Me asustan.

—¿Qué significan? —pregunto—. ¿Por qué las has hecho?

Ella se encoge de hombros.

—Porque me apetecía. ¿Te gustan los colores?

Sí que me gustan los colores. Tonalidades amarillo limón, moradas y verdosas, que no corresponden a lo que uno esperaría en un fuego, pero al observarlos con atención uno descubre que son perfectos. Mi hija posee verdadero talento. Se lo comunico.

¿Qué opinará Sonny de las pinturas? ¿Creerá, como yo, que ponen de manifiesto su lucha interior por aceptar la muerte de mi madre, por aceptar que el cuerpo del que ella desciende ha quedado reducido a cenizas?

Por lo menos ya no dibuja a Eliana. Supongo que debería alegrarme por ello.

Cuando bajo me encuentro la mesa bien puesta para la cena: un mantel de verdad, platos de porcelana azul con motivos decorativos de sauces, un jarrón de lirios, fuentes con tapa. Muy a mi pesar, me conmueve. No recuerdo la última vez que alguien engalanó tanto una mesa para mí. Cometería una grosería si me marchase ahora. Además, se lo debo a Sonny. Se ha mostrado excepcionalmente considerado desde la muerte de mi madre, cuidando de Jona, trayéndola a Fremont para que visite a mi padre cada dos días, ayudándome a bregar con el complicado papeleo que acompaña a las tragedias. No sé qué pensar de todo esto. Quizá todavía esté conmocionado.

Nos sentamos. Sonny destapa cada fuente con un gesto teatral. Ensalada de zanahoria rayada aliñada con cilantro y limón, arroz con pollo al estilo *kurma*. Jona trae unos zumos de mango. Miro fijamente los platos, que ofrecen un aspecto sorprendentemente apetitoso y sorprendentemente familiar.

—Lo he preparado esta mañana —me informa él, casi con timidez, y aguarda a que yo lo pruebe.

En cuanto me llevo el primer bocado a la boca, caigo en la cuenta.

—¡Son recetas de mi madre! —Lo fulmino con una mirada furibunda—.
¿Cómo las has conseguido?

—Se las pedí. —Al reparar en mi expresión añade, como disculpándose—:
Sólo unas cuantas muy sencillas...

Estoy a punto de explotar.

—Pero ¿quién te has creído que eres para pedirselas? —Mi rabia va dirigida en realidad contra mi madre. ¿Por qué me traicionó así? Si hay alguien con derecho a conocer esas recetas, soy yo. ¿Cómo pudo pasárselas a él (¡a él!), a Sonny Mi Rival, cuya actividad favorita consiste en destrozarme la vida?—. Durante todos los años que estuvimos casados, jamás pusiste un pie en la cocina —señalo con amargura.

—La gente cambia. ¿Por qué te cuesta tanto trabajo admitirlo?

—¡Tú no has cambiado! Tú siempre intentaste ganarte su confianza con artimañas para convertirte en su ojito derecho, para que se pusiera de tu lado, para...

El enfado asoma a su semblante.

—Así que ése es el problema, ¿verdad? No soportas el hecho de que tu madre me quisiera. Nunca lo soportaste. Siempre has querido dominar a todo el mundo en tu vida, controlar lo que hacen, lo que piensan, a quiénes quieren. Por eso me dejaste..., porque no permití que controlaras toda mi existencia.

Suelto un grito ahogado de indignación.

—¡Eso es mentira! —Entonces me percató de que Jona desplaza la vista de la cara de Sonny a la mía, con la frente arrugada en señal de preocupación. Le tiembla el labio. Pugnando por contener mi furia, echo la silla hacia atrás.

—Estoy agotada —declaro dirigiéndome expresamente a Jona—. He de regresar a Fremont.

—No deberías conducir si estás agotada —replica Jona, pronunciando la última palabra con cuidado—. ¿Por qué no te quedas? Puedes dormir en mi cuarto. —Mirando a Sonny, agrega—: No tienes que hablar con Sonny si no quieres.

Sonny alza las manos como pidiendo una tregua, ostensiblemente divertido.

—Jona tiene razón. No deberías conducir. El agotamiento no combina bien con la ira. Quédate. Te prometo que no te molestaré.

Ése es otro de los rasgos de Sonny que siempre me han sacado de quicio. En un momento se ponía lívido de cólera, montaba una escena impresionante que acababa por enfurecerme a mí también, y al momento siguiente se comportaba como si nada hubiera ocurrido. Lo peor es que él también confiaba en que mi enfado (provocado por él) remitiese con la misma rapidez.

Pues bien, eso no sucedía entonces y no va a suceder ahora.

—No, gracias —repongo, cortante. De pronto, en efecto, el agotamiento me invade, junto con cierta irritación para con los dos. Quiero que me dejen en paz para aclarar mis confusiones. Agarro mi bolso y me encamino hacia la puerta.

Ellos se levantan, aunque no han terminado de cenar, y me siguen, con idénticas expresiones de consternación.

—Mamá, ve con cuidado —me implora Jona. Se nota que está pensando en aquella otra despedida, la noche que nos cambió la vida.

Arrepentida de pronto, me arrodillo y la abrazo. Percibo la tensión en sus omoplatos, causada por el miedo.

—Iré con cuidado —prometo—. Con mucho cuidado.

Y cumplo mi promesa. Esta noche también hay niebla. Las luces de la autopista están rodeadas de aureolas amarillas. Los coches surgen de las tinieblas y se desvanecen como tiburones en agua turbia. Por suerte no hay mucho tráfico. Circulo por la 880 Sur, una autopista fea donde las haya, pero recta como un tajo. Calculo que dentro de treinta anodinos minutos estaré en casa de mi padre.

Todavía me atormenta la idea de que, junto con sus recetas, Sonny se ha apoderado de una parte de mi esquiwa madre, dejando todavía menos para mí. Para consolarme me concentro en los diarios. Estoy decidida a mantenerlos fuera del alcance de Sonny el Fisgón. Espero que mi padre haya terminado de traducir otro fragmento. Avanza muy despacio, según él porque son más complicados de lo que parecen y contienen muchos arcaísmos en bengalí que le resultan muy difíciles de interpretar.

En una ocasión me puse a escrutar el texto por encima de su hombro mientras él volvía las páginas. Las entradas, bastante cortas, estaban escritas con la caligrafía clara e inclinada de mi madre. No se me antojaron complicadas o arcaicas. Tal vez mi padre exageraba para granjearse mi gratitud.

—¿De qué habla? —le pregunté, lamentando no contar con los conocimientos necesarios para leerlas yo misma sin su intervención.

—De muchas cosas. Hay lecciones, historias de libros antiguos, sueños famosos, información sobre clientes y gente a la que conocía...

—¿No hay nada sobre ella misma, sobre su propia vida?

—¿Es que no lo entiendes? —Se volvió hacia mí—. De eso precisamente es de lo que habla.

Adivino que se acerca antes de verlo, pues percibo algo semejante a una

pesada vibración metálica, o a los movimientos subterráneos que preludian los terremotos. Imagino que se aproxima un camión, uno de esos monstruos con remolque que acaban siempre atravesados en la carretera, derramando productos químicos y produciendo atascos que duran horas. Sin embargo, cuando aparece, descubro que se trata de un coche negro y alargado, una flecha de ébano que me adelanta a toda velocidad. Y aunque no concuerda en absoluto con el vehículo que describió mi padre, de repente me invade la certeza de que es el coche que mi madre siguió hasta su muerte. No logro atisbar a quien va al volante antes de que se lo trague la niebla, pero sí vislumbro la matrícula. EMIT MAERD, pone. Luego no distingo más que los puntitos de las luces traseras, que desaparecen hasta perderse en la oscuridad.

¿Estoy enloqueciendo, o es el mundo? A lo mejor es un sueño en el que habito, un *déja vu* que he sacado de no sé dónde. Una vez oí a mi madre aseverar que todos vivimos en universos distintos, en el universo onírico que hemos creado mientras dormíamos. Queremos a las personas cuando su sueño concuerda con el nuestro del mismo modo que dos recortables encajan ocasionalmente cuando se coloca uno encima del otro. Sin embargo, los mundos soñados no son estáticos como los recortables; tarde o temprano cambian de forma, provocando así malentendidos, soledad y desamor.

Hace mucho tiempo que cobré conciencia de la existencia de mundos soñados que no encajan, pero esta noche, por primera vez en mi vida, mi sueño coincide con el de otra persona. De alguna forma he entrado en el mundo de mi madre. Debo permanecer en él todo lo que pueda.

No sé cuándo he acelerado, pero me percato de que voy muy deprisa, a una velocidad desusada para mi viejo Taurus. El coche protesta con una sacudida pero no puedo permitirme aminorar la marcha. No puedo perder de vista el coche negro. He de averiguar quién lo conduce. (¿Acaso no refulgió por unos instantes un destello de blanco en el oscuro interior?) No sé muy bien qué

pretendo descubrir cuando lo alcance, si es que lo consigo y lo obligo a detenerse. ¿Respuestas?

Ni siquiera estoy segura de las preguntas.

El automóvil negro se pasa al carril de la derecha sin avisar. En el último momento me doy cuenta de que pretende tomar la autopista 92. Giro tras él y por poco me estrello contra un somnoliento camión que me pega un bocinazo furioso. Noto un fuerte martilleo en la cabeza. Aunque llevo varios años sin venir por aquí, recuerdo que la carretera cruza el puente de San Mateo y se prolonga hasta el Pacífico. En las colinas costeras se convierte en una oscura y sinuosa vía de dos carriles flanqueada por barrancos traicioneros. Debería abandonar esta ridícula carrera y volver a casa de mi padre. Pero sé que no volveré.

Se acerca al puente. Al otro lado de la cabina de peaje, la niebla se torna espesa como el barro, pero no hay tiempo para preocuparse por ello porque el coche negro está pasando por el carril reservado. Lo sigue, pese a que carece de permiso para circular por ese carril y siempre ha sido una conductora escrupulosa y respetuosa de las normas. (¿Le retirarán el carnet? ¿La condenarán a prestar servicios a la comunidad? En el fondo, no obstante, disfruta cometiendo esta temeridad.) Luego se interna en la densa niebla, orientándose por intuición, pues ni siquiera entrevé la barrera, peligrosamente próxima. Lo más seguro es que pierda el rastro del coche negro ahora. Pero no, columbra las luces traseras un poco más adelante. EMIT, lee con alivio y cierto estupor. ¿Habrá reducido la velocidad a propósito?

Avanza por la llana e interminable superficie del puente, tan cerca del agua que se oye el sordo rumor de las olas. En el punto más alto del arco, la bruma se disipa por un momento, dejando al descubierto la ciudad, que relumbra como si estuviera ardiendo. En realidad no se trata de una metáfora. Las llamas lamen la torre Trans America. ¿Acaso la humedad de la niebla produce espejismos, como el calor del desierto? La cortina cae, ocultando de nuevo el panorama.

El coche negro llega al otro extremo del puente y abandona la autopista. ¿Aquí? ¿En el corazón de la suburbana Foster City, hacia una carretera que, según una señal, conduce a Fashion Island, desierta porque todos los *fashionitas* están ya en la cama? Unos metros más adelante, un semáforo se pone rojo. Las luces de freno del coche parpadean tres veces rápidamente,

como si el conductor le enviase un mensaje. Acto seguido, sale disparado hacia el cruce tan deprisa que Rakhi cae en la cuenta de que el conductor ha estado jugando con ella todo el tiempo. Gira a la izquierda con destreza y desaparece. Ella también se salta el semáforo en rojo, sorprendida de lo fácil que resulta infringir las reglas una vez que se ha comenzado, sorprendida por la descarga de adrenalina. ¿Era ésa la sensación que experimentaban Sonny y sus amigos cuando...? La pregunta queda a medias porque ella vislumbra ante sí una larga carretera de un solo carril, sin ramales y sin tráfico.

¿Dónde se habrá metido el coche negro?

Enfila la estrecha carretera. No tiene otra opción, pues no hay lugar para dar la vuelta. A ambos lados se alzan edificios que parecen naves industriales. A través de las ventanillas cerradas se cuele un olor a sal, a pescado, a aceite rancio. Delante de ella, los muelles se adentran en el agua y las grúas extienden sus brazos oxidados como profetas de otros tiempos. Sin embargo, allí no debería haber un puerto, de eso está segura. Las farolas están muy espaciadas y envueltas en la niebla. Ella aguarda a que emerjan y se alejen volando. Aparca en un muelle y apaga el motor. Recuerda que su madre (cuyo rostro empieza a desvanecerse en su mente) nunca se enfadaba con ella, ni siquiera cuando ella fracasaba una y otra vez. ¿Sería cierta la acusación de Sonny de que ella quería controlar la vida de su madre, indicarle a quién debía prestar atención, a quién debía amar? Apoya la cabeza en el volante, cierra los párpados, apretándolos lo más posible y se los frota con los nudillos. Quizás el dolor traiga consigo las lágrimas que se niegan a obedecerla. Pero las lágrimas no brotan. Sólo consigue ver lucecillas y oír la voz de su madre, muy clara, que dice: «Quiero que te conviertas en un zorro.»

Aquel día vuelve a su memoria con todo detalle, instantáneo, entero y vibrante, aunque lo había relegado al olvido durante todos estos años, de la

misma manera en que a veces, con un poco de suerte, olvidamos las humillaciones que hemos sufrido. Pero ahora le viene a la cabeza una imagen de sí misma, con ocho años, mellada, con una camiseta rosa y unos téjanos desgastados, sentada junto a su madre en el sillón. Lleva el cabello recogido en dos trenzas, y la camiseta está bordada a máquina con flores azules, por cortesía del supermercado Kmart, donde su madre, que a causa de su inocencia desconoce las complejidades de la alta costura americana, compra a menudo. Es una de las camisetas favoritas de Rakhi, aunque después de este día la guardará arrebujaada en el fondo del cajón hasta que se le presente la oportunidad de tirarla a un contenedor de basura. Su madre se vuelve hacia ella sonriendo y pronuncia las palabras sin esfuerzo, cómo si sólo se tratara de un juego. La niña sabe que no es un juego, pero no está preocupada ni nerviosa, todavía no, gracias a su convicción de que nada le impedirá lograr cualquier cosa que le pida su madre.

—Quiero que te conviertas en un zorro —dice su madre—, para que aprendas a soñar lo que sueñan los zorros. Conviene empezar con los zorros, porque son suspicaces e inteligentes, y por lo tanto sus sueños no se diferencian mucho de los nuestros. Luego puedes aprender a soñar como los pájaros, las serpientes y los peces, criaturas mucho más complejas de lo que quieren hacernos creer.

La niña espera instrucciones, mas no recibe ninguna de su madre, que la observa durante un rato y luego suspira.

—Mira —dice—, te lo voy a demostrar.

La niña advierte la quietud que se adueña del cuerpo de su madre. Sólo la punta de la nariz le tiembla, de forma casi imperceptible. Sus ojos, súbitamente húmedos y veteados de marrón, brillan como canicas iridiscentes a la luz de la ventana. La niña está a la expectativa de que se produzcan otros fenómenos: que su madre despida un olor almizcleño, que el pelo se le ponga

rojo. No sucede. Pero no hace falta, porque aun así salta a la vista que su madre está en otra parte. Aunque mantiene los ojos abiertos, la niña sabe que si agita la mano delante de su hermosa opacidad, su madre no pestañeará. La niña rompe a llorar. El pánico le agarrota las rodillas, las puntas de los dedos. No es porque ignore adónde ha ido su madre, ni por miedo a que no regrese (aunque también la asaltan estos temores), sino porque ella, Rakhi, no puede seguirla. Es su primer contacto con el fracaso, la primera ocasión en que cobra conciencia de sí misma como una entidad separada, menor.

Más tarde recordará estos movimientos, aunque sólo vagamente, como una fotografía vista a través de un cristal traslúcido: tuerce a un lado con el coche, avanza por una calle de dirección única, en sentido contrario (hoy ha violado más leyes que en toda su vida). De pronto emerge de la niebla la señal que anuncia la autopista, como si estuviera en un viejo episodio de *La dimensión desconocida*. Si mira hacia atrás, ¿descubrirá que no hay nada detrás? Opta por no comprobarlo. Retiene en su cerebro el recuerdo del zorro mientras atraviesa el puente para dirigirse a la casa de Fremont. La niebla se disipa kilómetro a kilómetro. Los minutos se suceden al otro lado de la ventanilla del coche como pistas que no ha logrado descifrar. Cuando llega a la puerta de la casa, busca a tientas la cerradura y se le cae la llave dos veces porque la bombilla del porche no está encendida como cuando su madre esperaba su visita.

Al terminar el experimento fallido del zorro, su madre la tomó por los hombros y le plantó dos besos en las mejillas. «No pasa nada —le aseguró—. No importa.» Rakhi se enfadó ante la insinceridad de su madre, porque por supuesto que importaba. Sin embargo, esta noche entiende lo que en realidad pretendía expresar: «No importa porque yo te quiero igualmente.» ¿Eso valía

también para sus otros fracasos? Mientras sube a oscuras las escaleras (de puntillas para no despertar a su padre) lleva dentro de sí este hallazgo como un regalo todavía sin abrir.

Más tarde se preguntará si el hombre de blanco se le había aparecido por esta razón, para traerle algo viejo, algo nuevo, unas migajas de memoria, un atisbo de comprensión. Muy poca cosa, comparada con el gigantesco abismo de su pérdida. Y a pesar de todo, no deja de ser significativo.

(Su padre está despierto. No se levanta de la cama, pero el blanco de sus ojos refleja la luz de la luna al volver la cabeza. La oye moverse en el cuarto de costura, tropezando con los muebles. Colige, por los ruidos, que se tiende en la cama que ha improvisado en el suelo, una cama de asceta, que consta sólo de una almohada en la alfombra y una manta muy fina con que cubrirse. Y no obstante ella, su hija, en cuyo interior bulle toda clase de deseos, todavía no es una asceta; él lo sabe bien aunque ella lo ignore. Le gustaría acercarse, tocarle el hombro para susurrarle que la comprende más de lo que ella cree, aunque no tanto, tal vez, como ella necesita. Rakhi está exhausta, se nota porque se revuelve, buscando una posición cómoda. Se nota porque no percibe el crujido del papel que él le ha dejado en la almohada, la traducción de otro extracto del diario, que él ha titulado «La bella y la bestia».)

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Nunca pensé que me casaría. Sabía que no estaba permitido. Lo primero que nos preguntaron en la puerta a las novicias, antes de franquearnos la entrada de las cuevas, fue si estábamos dispuestas a renunciar a un marido. Y a los amantes también, añadió la portera secamente. Algunas chicas vacilaron, de modo que las enviaron de vuelta a su casa. Yo respondí que sí sin dudarlo.

Qué poco me conocía a mí misma. Estaba segura de que el amor humano nunca me tentaría, de que mis deseos permanecerían siempre bajo mi control.

Las intérpretes de sueños con quienes trabé conocimiento no parecían infelices. No me extrañó. Por lo que yo había observado, el matrimonio constituía una forma de esclavitud: implicaba pasar todo el día a disposición de la familia política, del marido, de los hijos. Las mujeres casadas trabajaban sin cesar y sin esperar el menor agradecimiento, aunque si las cosas se torcían, sí que cargaban con las culpas. De la vida invisible de las mujeres casadas, la que transcurría en la penumbra de las habitaciones cerradas, sabía bien poco. A juzgar por lo que las ancianas dejaban caer de cuando en cuando, también allí eran esclavas.

«Sois unas privilegiadas por la opción que habéis elegido —nos comentaban—. Vuestro cuerpo siempre os pertenecerá. Nadie lo invadirá excepto vuestros espíritus oníricos. Y ser invadidas por ellos supone una bendición.»

En retrospectiva, pongo en tela de juicio lo que acepté sin reservas

entonces. ¿Con qué criterio juzgaban aquellas mujeres célibes las alegrías de la carne, el goce de dar y al mismo tiempo recibir? ¿Habían experimentado alguna vez el ansia del cuerpo de ser invadido por otro cuerpo?

Posiblemente sí estaban familiarizadas con estas sensaciones. Quizá por eso nos conminaban incesantemente a ahuyentarlas, para evitar que nos descarriásemos.

Mi tía, mi primera maestra en el mundo de los sueños, me dijo esto: «La vida es demasiado corta para partirnos entre el mundo exterior y el interior, entre el mundo de la luz y el de la sombra. Los besos de un hombre te arrebatarán la fuerza vital —me aseguró—. No te quedará nada que ofrecer al dios del sueño. Y si entonces el dios del sueño, enfadado, te abandona, sufrirás su ausencia para el resto de tus días.

»Si te apartas de tu marido para preservar tu don, él se molestará, porque sabrá que no es lo más importante de tu vida. A los hombres eso no les gusta.

»De cualquier forma —prosiguió—, es un camino que conduce a la amargura. Deseo con todo mi corazón que no lo escojas.» Pero noté la tristeza en su voz, porque para entonces yo ya había tomado mi decisión.

En la primavera de mi último año de novicia, me llevaron a Calcuta junto con veinticuatro compañeras a las que se consideró preparadas.

Era un viaje que llevábamos esperando todo el año, sobre el que murmurábamos en la oscuridad del dormitorio cuando se apagaban las luces. Calcuta, hogar de diez millones de almas, un lugar lleno de novedades, de noticias del mundo. Se nos antojaba el polo opuesto de la somnolienta tranquilidad de nuestras cuevas, de nuestra existencia, tan aislada de todo. Y nosotras, que no éramos más que unas niñas, anhelábamos un cambio.

El objetivo del viaje era profundizar en nuestra educación. En Calcuta

abundaban los sueños: no sólo los de sus habitantes actuales, sino también sueños antiguos, interrumpidos, que flotaban inmóviles sobre las aguas marrones del lento Ganges y coloreaban la noche con su confusión. Nuestra misión consistía en demostrar nuestra capacidad para arrancar esos sueños incorpóreos del aire e interpretarlos.

Los sueños, según las ancianas, continúan afectando a los vivos incluso después de que los soñadores hayan muerto. Habríamos de examinar las pautas de esos viejos sueños y determinar sus efectos sobre el futuro de la ciudad.

Componíamos un cuadro de lo más peculiar: veinticuatro chicas apeándose del tren en Howrah Station, encabezadas por una anciana, seguidas por otra. No llevábamos uniformes porque las intérpretes de sueños no creen en las marcas externas. A pesar de todo, los transeúntes debieron de notar que había algo que nos unía: una cierta introspección, como si estuviéramos siempre buscando, siempre insatisfechas.

Sin embargo, aquel día no íbamos concentradas en nosotras mismas. Aturdidas de emoción, corríamos de un lado a otro de la estación, llamándonos unas a otras con voces maravilladas: «Mira, qué te parece, ¡es increíble!» Mientras comíamos el dulcísimo algodón de azúcar que compramos a los vendedores, contemplábamos pasmadas la seriedad en los rostros de los habitantes de la ciudad. ¿Cómo era posible que estuviesen tan tristes en medio de tales diversiones? Una de las ancianas nos trajo un calidoscopio y todas nos turnamos para admirar a través del tubo las relucientes y cambiantes imágenes carentes de todo significado.

Con los años, he olvidado muchas cosas. Pero recuerdo la visita al Victoria Memorial, anacronismo descomunal y blanco de mármol, latón y orgullo extranjero donde nadie había dormido desde hacía mucho tiempo. Qué fuera de lugar parecía en una ciudad donde tanta gente vivía hacinada en una sola

habitación, en una sola cama, donde tantos dormían en las aceras, con el cielo por única manta. Pero en este abigarrado mundo hay cabida para todo, incluso para la vanidad. De manera que el monumento se alzaba en medio de un enorme jardín rodeado de fuentes, y el ángel negro de la cúpula mantenía el equilibrio sobre la punta de un pie y dominaba con regia indiferencia la ciudad en que reinó antaño. Entramos en la sala más grande, en la que resonaban nuestros pasos, y nos quedamos boquiabiertas. Tronos y sillas coloniales, coronas, mantos de brocado de oro; un globo terráqueo con las palabras *RULE BRITAN NIA* grabadas sobre el ecuador; sellos del color del crepúsculo estampados sobre documentos que establecían la confiscación o la cesión de cosas que el firmante no tenía derecho a requisar o regalar. En un rincón había expuestos mosquetes, uniformes militares color escarlata, botas; balas de cañón con placas que indicaban los nombres de las batallas. Me costaba respirar. Un humo pestilente se arremolinaba en torno a mi cabeza, olía a voces de antiguas pesadillas. Alguien pedía agua. Alguien hablaba de traición en roncros susurros, con las puertas abiertas desde el interior. Alguien farfullaba una oración a Shiva que quedó cortada a media palabra. Alguien yacía en un charco de sangre y evocaba un bosque de la infancia, el verde oscuro de los mangos y los *shal*. Alguien suplicaba a otra persona que lo matara deprisa. Las voces me mareaban. Por primera vez en mi vida supe lo que era el odio. ¿Qué clase de gente, me pregunté, conservaría un lugar así para convertirlo en una atracción? Yo lo habría demolido hasta los cimientos hace décadas.

Mi malestar debió de notarse mucho, porque una de las ancianas fijó en mí la vista. Luego me guio hacia un vestido de fiesta; metros y metros de volantes que el tiempo había teñido de color marfil, y un corsé de ballenas. «Tócalo con la mente», me indicó. De inmediato me vi transportada a un dormitorio, una oscura cama con dosel y mosquitera. Yo estaba atemorizada,

porque residía en un país extraño, un país que nunca había querido visitar. Echaba de menos las suaves colinas de mi tierra, las margaritas y los narcisos, tan distintos de esta vegetación exuberante que se enroscaba en torno a mi casa como una serpiente. No me atrevía a expresar mis miedos a mi marido; él ya me había dejado muy claro que confiaba en que me comportase con valentía y nobleza, como correspondía a una mujer inglesa. Si no poseía estas virtudes, debía aparentarlas. De modo que yo dejaba que se colocara encima de mí por la noche. Se había convertido en un extraño desde que llegamos a esta tierra y empezamos a fingir. Me esforzaba por no pensar en la mañana, cuando habría de enfrentarme a los criados, impartirles órdenes y pasar por alto las sonrisas de complicidad que intercambiaban cuando cuchicheaban sobre mí en aquella lengua extraña y sibilante. Cuando por fin me dormí, soñé con serpientes de lenguas de fuego.

«La historia presenta muchas caras, ¿no es verdad? —musitó más tarde la anciana—. En su mayor parte permanecen ocultas, excepto para aquellos que saben recuperar los sueños.»

Me dijo:

«Así es más difícil juzgar, ¿no te parece?»

Dentro de mí oí el grito de la mujer joven cuando los hombres con turbantes irrumpieron en la finca. El sol relumbró en sus bayonetas. Una, dos, tres veces. Luego las imágenes desaparecieron.

No contesté a la anciana. Estaba enfadada con ella por haberme dividido en tantas partes, cada una en conflicto con las demás. Salí del palacio muerto. Las otras novicias guardaban silencio también, y algunas se enjugaban furiosas los ojos.

Sin embargo, en el exterior me aguardaba una hermosa puesta de sol. Las siluetas negras de las palmeras negras se recortaban contra el naranja. Se encendieron bombillas de muchos colores. Las fuentes relucían como luces

de navidad. Los vendedores de helados gritaban «*pista kulfi chahiye, pista kulfi*». Las otras aprendices relegaron los sueños a un rincón de su mente, para analizarlos más tarde. Se arracimaron en torno a las ancianas, implorándoles que las llevaran al cine, a un restaurante chino, a las tiendas de New Market que vendían barras de labios y polvos perfumados.

Yo, por mi parte, me negué a desprenderme de mi agitación. Les volví la espalda y entré en el jardín impregnado de la fragancia de las rosas, plantadas por las mujeres nostálgicas de una tierra lejana. Quería odiar, pero las flores me lo impedían. Sus pétalos eran tan suaves, tan frágiles... Me arrodillé entre ellas, y me acariciaron los brazos como dedos suplicantes.

Cuando abrí los párpados, sus ojos estaban posados en mí. Él se había sentado debajo de un árbol, apoyado contra su grueso tronco, con un aire de sosiego que me intrigó. Tras convivir durante tres años entre intérpretes de sueños, me había habituado a la intensidad.

Al hablar me sobresaltó, porque no estaba acostumbrada a que los jóvenes se dirigieran a mí, y también porque me formuló una pregunta de lo más insólita.

—¿Te gustaría oír una canción sobre las flores?

Yo asentí con la cabeza y él se puso a cantar. No entendí muy bien las palabras, porque eran en un idioma que no dominaba. No me importó. Me gustaba su voz, profunda y segura incluso cuando se le olvidaba la letra y tarareaba para rellenar el hueco. Lo que yo no comprendía me lo imaginaba, y así la canción se transformó en una balada romántica.

Cuando terminó, supe que no me restaba más que marcharme sin abrir la boca. Ya con observar y escuchar había desobedecido. Pero entonces quebranté una tercera regla.

—Cántame otra canción —le rogué.

Esta vez eligió una en bengalí sobre una mujer de ojos tan oscuros como

los del ciervo salvaje, y me miró mientras cantaba de manera que yo me sentí como aquella mujer. No vacilaría en romper más reglas para continuar sintiéndome así.

Las ancianas me encontraron poco después y me alejaron de allí, reprendiéndome a lo largo del trayecto. Las otras novicias clavaron en mí la vista con una mezcla de horror y admiración. Me quedé en la habitación del hotel como castigo mientras ellas se iban al cine. Una de las ancianas se quedó también, para vigilarme. Mientras recitábamos juntas los veintinueve principios capitales, creí advertir en su rostro una expresión de lástima. A lo mejor, como muchas intérpretes experimentadas, poseía el don de adivinar el futuro.

Yo también lo poseía, aunque me faltaba experiencia. Sabía que al día siguiente, cuando el grupo fuera al templo de Kali, yo me escaparía para acudir a la dirección que me había facilitado el hombre, al cuartito alquilado que se hallaba en lo alto de un edificio. Aguardaría allí a que él regresara del trabajo. Estallaría una tormenta y haríamos el amor por la noche en la azotea bajo la lluvia. Esto no me asustaba. Estaba dispuesta a seguirlo a donde nos llevara su destino. Yo quería que su destino se convirtiera en el mío.

Ah, por desgracia, no lo preví todo.

Me localizaron, por supuesto —las ancianas habían desarrollado sus métodos—, y a la mañana siguiente, cuando él se marchó a trabajar, me llevaron por la fuerza a las cuevas. Primero me condujeron ante mi tía (pero ¿era de verdad mi tía? Yo había empezado a sospechar lo contrario) para que ella me convenciese.

—No es demasiado tarde —aseveró—. Todavía existe una posibilidad de que te acojamos de nuevo en nuestro seno. Yo intercederé por ti ante el consejo para que te acepten de nuevo, aunque ya no eres virgen. Hay

ceremonias de purificación. Es difícil, pero factible. Vuelve, o vivirás atormentada por el arrepentimiento.

Pero «arrepentimiento» no representaba para mí más que un sonido sin significado que zumbaba como una mosca en mi oreja. Yo estaba locamente enamorada y así se lo confesé.

—¿Cómo puedes amar a alguien a quien no conoces? —inquirió horrorizada.

Le di la espalda, y aunque siempre había respetado a mi tía, por un momento me invadió un profundo desprecio hacia ella. «¿Qué puede enseñarme una vieja caduca sobre el amor —pensé—, sobre esta sobrecogedora emoción que recorre el cuerpo como una corriente eléctrica hasta que crees que vas a morir de placer?»

No obstante, si hubiese sabido lo que sé ahora, le habría respondido de esta manera: «¿Acaso no es verdad que no hay más amor que el que se basa en el desconocimiento?»

RAKHI

Hoy cerramos la Chai House.

Al despertarme por la mañana me tapo la cabeza con las mantas. Se trata de un gesto que viene de mi infancia, de cuando creía que si me quedaba en la cama, escondida, me libraría de todas las sorpresas desagradables que me deparaba el día. Mi madre venía y retiraba las mantas. «Mi pequeña avestruz», me llamaba.

He aquí la diferencia entre portarse como una niña y actuar como una adulta: al cabo de un rato yo misma me destapo. Enrollo las sábanas y las guardo en el armario, no muy pulcramente, pero tampoco en desorden. En mi propia casa, ni siquiera me habría tomado esa molestia, prueba de que reconozco que estoy ocupando el espacio de mi madre. En el baño me contemplo en el espejo, descubro nuevas arrugas, una mancha de vejez. Oigo a mi padre trastear en la cocina, en el piso inferior. Anteayer le quitaron la escayola, y está preparándose el desayuno. ¡Bien! Cuando antes sea capaz de valerse por sí solo, antes reanudaré mi vida.

Mi padre me llama desde las escaleras. ¿Me apetecen unos huevos revueltos? No, no tengo hambre, miento.

Las verdaderas razones:

1. No me fío de los huevos revueltos de mi padre. Por lo que recuerdo, durante todos los años que viví en casa, él jamás se ocupó del desayuno, ni en realidad, de ninguna otra comida. Sí que lavaba los platos las noches que

estaba sobrio, pero yo a eso no lo consideraría precisamente una actividad culinaria de alto nivel.

Como para confirmar mis pensamientos suena un fuerte ruido en la cocina. Al parecer se le ha caído la sartén. Quizás ha sobreestimado la fuerza de su mano. Reprimo el impulso de bajar corriendo, obligarlo a sentarse y cocinarle yo misma los huevos. «Se las apañará», me digo. Si se le ha escurrido algo entre las manos, le vendrá bien agacharse para recogerlo. Al fin y al cabo, no habrá quien lo ayude cuando yo ya no esté aquí.

2. No quiero aceptar favores de mi padre. Me he visto obligada a pedirle que traduzca los diarios; en eso no tenía elección. Pero prefiero no endeudarme con él más de lo imprescindible.

3. Después de leer la última anotación traducida, creo que no lograré contenerme y buscaré en su rostro los vestigios del joven al que mi madre amó con tanto arrebató. Por más que intente evitarlo, mis ojos le preguntarán: ¿qué ocurrió?

Cuando bajo descubro que ha puesto la mesa para dos. Los huevos revueltos, cuidadosamente dispuestos en una fuente, no parecen entrañar peligro. Ha cortado también un poco de melón —mi fruta favorita— y ha sacado una barra de pan francés. Si se le ha caído algo, no hay señales de ello en el suelo de la cocina.

—Come un poco —me anima—. Va a ser un día muy largo.

Yo clavo en él la mirada. No le he contado que vamos a cerrar el bar, ni siquiera le he hablado de lo mal que van nuestras finanzas. Me planteo la posibilidad de negarme de nuevo, pero de pronto el hambre empieza a acuciarme. Además, no le falta razón: probablemente me espera un día largo y difícil. Me sirvo varias rodajas de melón y una cautelosa cucharada de huevos. Están sorprendentemente sabrosos. Él llena dos vasos de zumo de naranja, con el brazo herido alzado en un ángulo extraño.

—¿Qué tal lo tienes? —pregunto.

—Mejor —contesta, flexionándolo con cuidado.

—Los huevos están muy buenos.

—Me alegro de que te gusten. ¿Te pongo más?

Ésta sigue siendo la única clase de conversación que soy capaz de sostener con mi padre, y él lo sabe. Ha debido de reparar en que desde el accidente ya no lo llamo «papá». Alguna que otra vez, lo he sorprendido torciendo la boca, con las comisuras hacia abajo a causa del peso de todo lo que ansía decir. Sin embargo, no estoy preparada para aliviarlo de su carga.

Le aviso que quizá vuelva tarde a casa, para que no me espere levantado.

Él me acompaña a la puerta.

—Voy contigo —se ofrece entonces.

En ese momento me percató de que lleva unos pantalones limpios de pana y una camisa abotonada. Se debe de haber duchado antes: advierto en su cabello húmedo las marcas del peine, aún visibles.

—No. No quiero que vengas. —Hablo despacio, como dirigiéndome a un niño, tratando de no perder los estribos. ¿De dónde habrá sacado la idea de que está legitimado para inmiscuirse así en mi vida?

—Rakhi, cerrar tu negocio va a ser muy duro. Conviene que tengas a tu lado a alguien que te quiere.

—¿Cómo sabes que vamos a cerrar? —Alzo la voz a pesar de mis esfuerzos por calmarme—. No recuerdo haberte comentado nada.

—Te oí cuando hablabas con Belle. Tal vez pueda ayudar...

—Tú no me has ayudado en nada en toda mi vida. —Las palabras escapan de mis labios antes de que me dé cuenta—. ¡Y ahora te dedicas a escuchar conversaciones ajenas! El hecho de que tenga que quedarme aquí contigo no te da derecho a meter las narices en mi vida.

Él parpadea al recibir el golpe. Por un momento mueve los labios, sin

emitir sonido alguno.

—No pretendía entrometerme —replica con la voz entrecortada—. Tal vez no debería haber escuchado. Lo hice porque me preocupó por ti. Siempre me he preocupado por ti. Pero hasta ahora estaba aquí tu madre para ayudarte a solucionar problemas. Ella lo quería así, sin interferencias por mi parte, y yo se lo permití. Quizá debería haber cuidado más de ti aunque ella prefiriese mantenerme al margen... En fin, es demasiado tarde para pensar en el pasado.

Mi sorpresa inicial cede el paso a la suspicacia. Es muy fácil afirmar que no me prestaba atención por deseos de mi madre. Ella no está aquí para negarlo, ¿verdad?

—Sí, es demasiado tarde. Y por tu culpa voy a llegar tarde ahora también. Así que, si me disculpas...

Ya estoy en la puerta cuando él inquiriere:

—Rakhi, ¿qué es más importante, demostrar que no me necesitas o conservar aquello por lo que tanto has luchado todos estos años, tu negocio... y tal vez tu hija?

Me vuelvo, aturdida. ¿Cómo se ha enterado de mis temores respecto a Jona? ¿Y qué más ha averiguado?

—No te puedo asegurar que mi presencia vaya a servir de algo, pero por lo menos déjame intentarlo —insiste.

Yo me trago lo que estoy a punto de soltar («Si de verdad quieres ayudarme, ocúpate de ti mismo para que yo no tenga que estar aquí») y dejo que me siga hasta el coche. Sus palabras me han sentado como un tiro. ¿De verdad estaré confundida respecto a mis prioridades, como él sostiene?

Si mi madre viviese, lo habría consultado con ella, y ella —siempre honesta en estas cuestiones— me lo habría aclarado. Ahora he de dilucidarlo yo sola. Me muerdo el interior de la mejilla, meditando, mientras conduzco hacia Berkeley en silencio.

En el establecimiento encuentro a Belle, preparada para un día de trabajo duro, con un mono y una camiseta sin mangas, y el pelo recogido con un pañuelo. Pero no está sola. Al otro lado del mostrador hay un joven sij, alto, con unos téjanos azules y un turbante tradicional. Si bien al principio lo tomo por un cliente (qué ironía: ya no nos queda nada que ofrecer a los clientes), enseguida advierto que están discutiendo. O, para ser más precisos, Belle le larga una perorata al joven, que la escucha callado. Ella nos saluda distraídamente cuando entramos, pero no deja de hablar.

—Ya te dije que no lo quería. ¿Qué voy a hacer con eso? ¿En qué demonios estabas pensando? ¡A quién se le ocurre mandarme esto! ¡Se va a estropear! Te lo tienes que llevar.

Entre ellos, sobre el mostrador, descansa una caja llena de frascos y paquetes. También hay hojas de mostaza, *mulee*, puré de *lauki*. Los padres de Belle deben de haberle enviado un paquete.

—Te he dicho —contesta el joven— que acabo de venir de Turlock, de ver a mi familia. No voy a volver hasta finales de mes. —Su acento, netamente americano, me rompe los esquemas. Seguramente él nació aquí, como Belle y como yo. Me intriga el turbante: muchos jóvenes sijis prefieren prescindir de él. Le sienta bien, sin embargo, pues le confiere un aspecto rudo, aventurero.

—A mí me da igual. Llévatelo. —Belle empuja la caja hacia él—. Con todo lo que tengo que afrontar hoy, no puedo soportar además la sensación de culpa culinaria.

Él arquea una ceja con gesto cortés.

—¿Culpa culinaria?

—Eso es. No sé cómo preparar nada de esto, y en cambio mi madre sí. No acabo de entender por qué me lo ha enviado. Y justo ahora, además, cuando el estrés me tiene destrozada. Fíjate en las especias: comino, chile rojo, laurel. Un bote entero de harina de garbanzos. No he cocinado con harina de

garbanzos en toda mi vida. —Belle toquetea el paquete—. Y esto... esto ni siquiera sé lo que es.

—Es *saunf* —explica el joven—. Los extranjeros lo llaman hinojo. Va muy bien para la digestión. Las personas de mal genio suelen padecer problemas digestivos. A lo mejor por eso te lo ha enviado tu *biji*.

—Gracias por la lección —le espeta Belle—. Ahora, por favor, agarra la caja y lárgate. Algunos tenemos que trabajar para ganarnos la vida, ¿sabes?

El hombre alza la caja.

—Me marcho encantado, te lo aseguro. Me llevo esto y ya lo aprovecharé. Es evidente que dártelo a ti sería un desperdicio. Menos mal que tus padres no se van a enterar del modo en que has despreciado su regalo. Han preparado esta caja con todo su amor. Pero probablemente eso no significa gran cosa para ti. Eres demasiado moderna para preocuparte por conceptos anticuados como el respeto por tus mayores.

Preveo una andanada de improperios, pero Belle se muestra desconcertada. Sólo por un momento, sin embargo. Luego le arrebató la caja.

—¿Te crees que porque llevas ese turbante eres mejor que otras personas y tienes derecho a juzgarlas? ¿Te crees que lo sabes todo de mí? Pues más vale que te marches antes de que te contamine con mi modernidad. —Entonces se vuelve hacia mí—. Hay que poner manos a la obra con el inventario. Ya nos hemos retrasado bastante.

Belle ha contactado con una empresa que compra equipamiento de negocios en bancarrota. Han quedado en echar un vistazo a nuestro inventario y hacernos una oferta. Si la aceptamos, enviarán una furgoneta dentro de un par de días para recoger todo lo que les interese. El resto habrá que tirarlo, supongo, o tal vez donarlo a beneficencia. Y luego adiós a la Chai House.

Belle va cantando los nombres de los artículos, y yo los escribo. La máquina de café, las bandejas, las cucharas con rosas grabadas en el mango.

Recuerdo el momento en que adquirimos cada uno de estos objetos. Me duele la mano. Caigo en la cuenta de que estoy agarrando el bolígrafo con demasiada fuerza. Mi padre ha desaparecido en la cocina, al fondo, donde están los fogones y los hornos, pero el joven, curiosamente, continúa por aquí. Cuando Belle sube para averiguar qué hay en el desván, él le sostiene la escalera, aunque ella lo ignora deliberadamente. Noto una punzada de dolor al añadir las mecedoras a la lista. Me gustaría quedarme con ellas, pero no es posible. Pronto las circunstancias me forzarán a mudarme a una casa más pequeña y emprender la larga búsqueda de otro trabajo. Se me encoge el estómago al pensarlo.

Ya llevamos varias horas y apenas hemos empezado. ¿Quién iba a imaginar que habíamos acumulado tantas cosas a lo largo de los años? Moldes para galletas, palas para vaciar melones, teteras con sus cubreteteras de seda para conservar el calor. Estoy agotada, sucia y hambrienta. Belle sugiere que salga a la calle a por algo de comer. El joven, que nos ha estado echando una mano para empaquetar las cosas, se ofrece voluntario. Yo extraigo dinero de mi monedero, cada vez más vacío, pero él lo rechaza.

—Invito yo —asegura con una sonrisa que le proporciona un aire más joven y menos adusto.

—De eso nada —tercia Belle, sacando el mentón cuadrado en un gesto de obstinación. Veo que se avecina otra larga discusión, pero entonces, desde la puerta de la cocina, mi padre carraspea.

—Podría freíros unas *pakorás* —sugiere vacilante—. Y hacer un *cha* al estilo hindú.

Cha, de nuevo esa palabra bengalí. Mi madre la empleó en una ocasión, aunque no recuerdo muy bien cuándo. Estoy a punto de rehusar, cuando Belle responde:

—Sería estupendo, señor Gupta. Tenemos un montón de té Darjeeling muy

bueno que reservábamos para...

—Por no mencionar un paquete entero de harina de garbanzos —agrega el joven—, destinado a no ser utilizado jamás.

Belle respira profundamente mientras discurre una réplica adecuada, pero mi padre, en su nuevo papel de jefe de cocina y conciliador, le pide al joven que lleve la caja a la cocina. Oímos murmullos, el sonido de agua que corre, el siseo de *las pakoras* en aceite caliente.

Belle se sienta en una de las mecedoras y pone los pies en alto con un suspiro.

—¿Qué tal va lo de buscar trabajo? —pregunto.

—Vivimos en un mundo desalmado, Rikki —contesta ella con una mueca—. Nadie quiere gente como nosotras, con nuestra educación tan enriquecedora, tan liberal y tan poco práctica.

Yo me mezo en la silla. Está en lo cierto: ¿qué sé hacer yo? Quizá me dejarían trabajar de camarera en un hotel o en algún restaurante. Siempre me queda la opción de limpiar casas, aunque si la gente supiera en qué estado se encuentra la mía, no me contrataría.

—Oye —salta de pronto Belle—. ¿Es tu padre el que canta?

Sí. Está entonando una de sus canciones hindúes. Debe de ser una muy conocida, porque el joven se une a él en el estribillo. Forman un buen dúo, aunque mi padre destaca como voz principal. Es interesante: cuando canta se desvanece su falta de seguridad y emerge una melodía rica y pura.

—¡Es bueno! —exclama Belle—. ¿Cómo es que tú no has heredado ninguno de los talentos de tus padres?

—Vaya, gracias.

Es la primera vez que Belle menciona a mi madre sin el consiguiente tono sombrío. Es la primera vez que yo no doy un respingo cuando alguien la menciona. Creo que vamos progresando, en cierto modo.

—Y el otro tampoco canta mal —comento—. No sabemos cómo se llama.

—Jespal.

—¿Así que lo conocías de antes?

—Lo he visto en algún que otro acto de la comunidad, en Turlock. Mis padres no hacen más que hablar de él. Tiene un trabajo estupendo. Se mantiene muy en contacto con su familia. Y encima es un sij devoto. ¿Qué más podría pedir una chica, como mi madre no se cansa de repetir?

—¿Y qué opinas tú, sobre todo ahora que ha llamado a tu puerta cargado de regalos?

—Sí, harina de garbanzos y rábanos.

—Las cosas sólo pueden mejorar a partir de eso. Es obvio que está interesado; si no, no se habría quedado después de la bronca que le has pegado.

—Pues aunque esté interesado, yo no tengo energía para corresponderle. Además, no llegaríamos a ninguna parte. ¿Tú me ves cubriéndome la cabeza y siguiéndolo al *gurdwara* todos los fines de semana? Además, probablemente se desmayaría si yo lo llevara a mi discoteca favorita.

Los dos hombres salen de la cocina portando bandejas con platos humeantes. Té, *pakorás*, un *chutney* para acompañar las albóndigas picantes que, según nos informa mi padre, ha preparado con espinacas, cebollas y harina de garbanzos («conocidas como *besan* por los iniciados», añade Jespal con una imprudente y descarada sonrisa a la que Belle responde con una mirada torva). Nunca antes habíamos experimentado el placer de ser atendidas en nuestra propia Chai House, y además por hombres.

—¿Cuánta azúcar quieres en el *cha*? —pregunta mi padre.

Ahora recuerdo de qué me suena esa palabra: de cuando mi madre comentó que nuestro problema estribaba en que no habíamos conseguido

convertir esto en un auténtico salón de *cha*. Me irrito de nuevo al pensar que mi madre no nos consideraba auténticas.

—¡Señor Gupta! —exclama Belle al probar una *pakora*—, ¿Dónde ha aprendido usted a cocinar tan bien?

Mi padre sonríe.

—Cuando era pequeño, mis padres eran muy pobres. Durante una época no había dinero para mandarme al colegio, de manera que tuve que ganármelo yo. Me puse a trabajar como ayudante en un bar. Algún día, con más tiempo, ya te lo contaré con más detalle.

—El té es excelente —señala Jespal—. ¿Le ha puesto jengibre? ¡Mi madre lo hace así también!

Yo bebo un sorbo. Noto un sabor intenso, con mucho cuerpo y muy dulce, con un ligero regusto que se debe sin duda al jengibre. He de admitir que este té es muchísimo mejor que la versión aguada y con demasiada canela que he probado en otras cafeterías y que servíamos en la nuestra.

Jespal y mi padre intercambian los números de teléfono. Antes de marcharse, el joven mira a Belle como si quisiera pedirle algo, pero se queda callado. Mi padre llena otra taza de té para Belle, levantando la tetera con mano experta para que el líquido ámbar espume en la taza sin que se derrame una gota. Su brazo ya no muestra el menor rastro de debilidad. Agarra la taza casi con cariño, y me percato de que está disfrutando.

Yo siempre había creído que mi madre era la misteriosa de la casa. Y ahora resulta que el camaleón de mi padre también guarda algunas sorpresas.

—Chicas... ¿Os puedo llamar chicas? ¿Podría aconsejaros que dejarais por hoy el inventario?

—No podemos permitirnos ese lujo, papá. —Mi breve momento de bienestar cede el paso a la crispación. Ya vuelve a las andadas, entrometiéndose en mi vida—. No tenemos clientes y no hay dinero para

pagar el alquiler. Hay que aceptar la realidad: hemos perdido la batalla con la competencia.

Llena de rencor, dirijo la vista a la cafetería de enfrente. Hay alguien en la puerta, contemplando nuestro bar. Por alguna razón, no alcanzo a distinguir sus rasgos. Aunque el sol resplandece, hay una sombra sobre la calle justo en ese punto. O tal vez se trata de una mancha en nuestra ventana, una mancha que no he limpiado por falta de ánimos. No obstante, eso no me impide reconocerla. Es la encargada. ¿Qué hace ahí fuera en lugar de estar pendiente de su (o debería decir «nuestra») nutrida clientela?

—Quisiera haceros un par de sugerencias, para evitar que perdáis el bar. Es un sitio precioso. —Lo asegura con tal vehemencia que yo me trago mi réplica.

—Ya hemos analizado todas las posibilidades —le explica Belle con paciencia—. No disponemos de los fondos necesarios para sobrevivir.

Mi padre echa un vistazo por la ventana. Me pregunto si está observando a la encargada y qué le pasa por la cabeza. ¿Le habría comentado algo mi madre sobre el Java? Por otro lado, ¿qué iba a comentarle? Ellos no hablaban mucho, y menos aún sobre lo inexplicable. A mi padre lo incomodaba todo lo que no era susceptible de verificarse por medio de la tecnología.

Cuando finalmente abre la boca, es para declarar algo totalmente inesperado para mí:

—Yo tengo algún dinero. ¿Consideraríais la posibilidad de admitir a otro socio en el negocio?

En el coche charlamos, pero no sobre su oferta. (Más tarde me preguntaré si el dinero procede del seguro de vida de mi madre. Pero no, es imposible que lo haya cobrado tan deprisa, ¿no?) Lo interrogo respecto a los diarios.

—¿Te está resultando difícil?

—Pues la verdad es que sí. Tengo muchas dificultades con el lenguaje. Hay palabras para las que no existe equivalente en inglés. Espero estar haciendo una traducción digna.

—No me refería a eso. Quería saber si no... si no te inquieta leerlos. A veces tengo la sensación de que estamos fisgando en su vida sin permiso, de que tal vez deberíamos dejar los diarios tal como estaban, atados en el fondo del armario...

—No tienes por qué sentirte así. Tu madre era una persona muy meticulosa. No fue una casualidad que encontraras los diarios. Ella los dejó allí para ti. A lo mejor es su forma de expresarte lo que pensaba.

—Que yo recuerde, jamás tuvo el menor reparo en expresarme exactamente lo que pensaba.

—Pero sólo te hablaba de temas superficiales que afectaban a tu vida cotidiana. Sin embargo, por lo que toca a los asuntos importantes, a las cosas que habitan en armarios ocultos en nuestro interior..., creo que a todo el mundo le cuesta hablar de ellas.

Yo no esperaba oír a mi padre referirse a oscuros armarios interiores, aunque ahora que lo pienso no me extraña demasiado. Tal vez era ahí donde desaparecía cuando se iba de borrachera.

—Quizá nos dejó los diarios para consolarnos —aventura mi padre—. A menudo, cuando los estoy leyendo, es casi como si tu madre estuviera allí, hablando conmigo. Aun así, algunas de las cosas que escribe me sorprenden. Sus recuerdos de cosas que sucedieron son muy distintos de los míos. Su relato del día que nos conocimos, por ejemplo... —Yo lo miro con aire de culpabilidad, pero él no parece advertirlo—. Si se tratara de cualquier otra persona, yo juraría que se lo había inventado. Pero tu madre... —Niega con la cabeza y entiendo lo que quiere decir. Mi madre jamás fue propensa a

inventarse nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Vivía en un mundo mucho más fascinante que cualquier fantasía.

—En ocasiones —prosigue mi padre— es como leer una novela escrita por una desconocida. No reconozco a nadie, y mucho menos a mí mismo. Y las partes sobre las cuevas y su... bueno, su don, son como los cuentos antiguos que me contaban de pequeño. Y luego habla de los clientes que acudían a ella. No me puedo creer que todo aquello ocurriera justo en mi casa. —Suspira—. Pero todo eso debió de ocurrir. Por lo menos en su mente. —Se vuelve hacia mí como pidiendo disculpas y yo sé que se debate en la misma duda que me corroe a mí: ¿era todo aquello producto de la imaginación de mi madre?

No obstante, no estoy dispuesta a discutir con él los defectos de mi madre, si es que cabe calificar sus rarezas de defectos. Aunque empiece a gustarme el hombre que encuentro al arrancar la vieja etiqueta de «padre», tengo muy claro a quién debo mi lealtad. Enciendo la radio del coche para indicarle que la conversación ha terminado, y durante el resto del camino escuchamos en la cadena de éxitos del ayer a Simón y Garfunkel, que cantan sobre la oscuridad, mi vieja amiga.

Se quedan sentados a la mesa hasta altas horas de la noche, padre e hija, recopilando listas, analizando ideas. Llevados por la emoción del momento, apenas son conscientes de que se trata de un hecho sin precedentes. Hasta ahora, todas sus interacciones se habían producido en presencia de la madre, a través de ella, de hecho. La madre oficiaba de hilo conductor, de zona de amortiguación, de traductora. Ella suavizaba el tono agresivo de sus palabras y aclaraba las preguntas, incluso las que se planteaban a sí mismos. «Ya me encargo yo —susurraba sin palabras—. No os preocupéis.» Era como si emitiese sonidos debajo del agua, piensa la hija. Tenues, redondos, hermosos, ineficaces. Ahora la acuática madre mediadora ha desaparecido, llevándose consigo todo consuelo, y Rakhi se sobresalta ante sus propias palabras, que surcan el aire como flechas con su nueva, brusca velocidad.

Han decidido transformar la Chai House en un bar de tapas hindú, un *chaer dokan*, como lo llamarían en Calcuta. Van a redecorarla tomando como modelo el bar donde trabajó su padre tantos años atrás, con algunos toques americanos en lo relativo a la higiene. Él les enseñará a preparar té y café como es debido, y él mismo se ocupará de las tapas. Confecciona una lista: *pakora, singara, sandesh, jilebi, beguni, nimki, mihidana*. La hija estudia el papel con una mezcla de recelo y fascinación. No reconoce la mitad de los platos, y los otros los ha probado sólo en alguna que otra ocasión. ¿De verdad posee su padre las cualidades para transformarse en un chef extraordinario y elaborar todas aquellas delicias a partir de ingredientes tan vulgares como la harina y el azúcar, los chiles, las berenjenas y el aceite de cacahuete? ¿Será lo

bastante heroico para someterse a esta metamorfosis? Pero ella no quiere echar a perder aquel breve instante de camaradería, aquel flotar juntos en la nube de su sueño común.

—Háblame del bar donde trabajabas —le pide y, por primera vez, un relato de su padre la transporta al universo de la India.

—Yo tenía catorce años —cuenta él— cuando mi padre se quedó sin trabajo. Eso supuso un fuerte golpe para nuestra familia, porque aunque su puesto de empleado en una oficina del Estado no era nada especial, constituía nuestra única fuente de ingresos. Para agravar el problema, mi padre padecía una tos espantosa (la familia temía que hubiese contraído la tuberculosis) y eso le impidió encontrar otro empleo. Siempre estaba cansado. El médico nos aconsejó que nos mudáramos a un sitio de clima fresco y seco, a Deoghar tal vez, o a Hazaribagh.

»Me acuerdo de aquel día en la consulta del médico. Mi madre, avergonzada, musitó que un traslado tan caro quedaba fuera de nuestras posibilidades. El médico, un hombre joven, se mostró muy cordial. Mi madre era muy guapa. No tardé en percatarme de que casi todos los hombres se mostraban cordiales con ella. El médico le prometió que le suministraría las medicinas gratis. Sin embargo, mi padre necesitaba algo más: aire limpio, reposo en cama y una dieta muy cara a base de sopa de pollo y fruta fresca, cosas que el médico no estaba en condiciones de proporcionarle. Nosotros tampoco. Apenas podíamos pagar una comida básica de arroz con agua y chile. Todas las noches, durante un año, mi madre y yo nos acostamos con hambre pues le cedíamos nuestra cena a mi padre para que se alimentase mejor. A él no le decíamos una palabra de esto, por supuesto. Ya lo

atormentaba bastante la sensación de habernos fallado, y el médico nos había advertido que no convenía causarle más disgustos.

»Mi madre encontró colocación en una fábrica de ropa, donde se pasaba doce horas todos los días cosiendo camisas de calidad para hombres, manipulando rayón, Dacron y seda sintética, telas que ni su marido ni su hijo llevarían jamás. Si bien al principio estaba contenta con el trabajo, pronto descubrió sus desventajas. Resultaba agotador. Las mujeres estaban hacinadas en una nave sofocante, con ventanas muy pequeñas y sólo un par de ventiladores en el techo. Cuando todas manejaban las máquinas de coser a la vez, producían un ruido ensordecedor. Muchas mujeres perdían la vista. Enfermaban de artritis, o sufrían dolor de espalda crónico o problemas pulmonares por respirar el polvo de la fábrica. Otras se mareaban con frecuencia, y algunas le aseguraron a mi madre que incluso en su casa continuaban oyendo el estruendo de las máquinas. Cuando su estado de salud se deterioraba irreversiblemente, las despedían. Siempre había más mujeres para reemplazarlas.

»Mi madre se fijaba en todo esto. El dinero que cobraba no le alcanzaba para cubrir los gastos de la casa y cuidar de mi padre. Muy a su pesar, me dejó trabajar en el bar que había en nuestra misma calle, aunque temía que descuidase mis estudios. A pesar de todo, lo que ganábamos apenas nos llegaba para pagar el alquiler. Mi madre sabía que pronto la situación nos obligaría a mudarnos a una casa más pequeña, con menos luz y menos aire, y que mi padre moriría.

»De manera que cuando el supervisor de su planta le ofreció a mi madre cierto trato, ella aceptó. Su jornada laboral se redujo en varias horas, y ella empezó a traer más dinero a casa. El supervisor (yo me enteré de su existencia años más tarde) solía regalarle ropa (robada de la fábrica) o comida (su hermano era encargado de una planta de enlatados). ¿Agradecía ella su

generosidad? ¿Llegó a cobrarle algún afecto? No lo sé. Le contó a mi padre que le habían concedido un ascenso. Gracias a ello yo empecé a trabajar sólo unas horas cada mañana en el puesto de té. Ella comenzó a cocinarle platos decentes a mi padre y a pasar tiempo con él. Por las tardes, cuando me sentaba a hacer los deberes vestido con una camisa nueva de último diseño, los oía hablar. Aquellos murmullos me llenaban de satisfacción.

«Naturalmente, aquel precario bienestar no duraría mucho. Al supervisor le llegó el momento de la jubilación y regresó a su pueblo. Quería llevarse a mi madre consigo, y al ver que ella vacilaba amenazó con revelárselo todo a mi padre. Mi madre se encontró en la necesidad de elegir entre tres opciones (esto me lo contó mucho más tarde, cuando yo ya estaba en la universidad, una vez que fui a casa a pasar unos días). La primera alternativa era marcharse con el supervisor, pero debía organizar su huida de manera que mi padre, que ya se había restablecido, creyese que ella había muerto. Así, él seguiría queriéndola y la recordaría como a una esposa virtuosa. También estaba la posibilidad de plantar cara al supervisor, arriesgarse a que levantase la liebre y confiar en que mi padre comprendiese que ella había obrado así por amor a su familia. La tercera opción consistía en verter veneno en una bebida... Pero ésa es otra historia que ya te referiré en otro momento. Tú me has preguntado por el bar, y ya me he ido bastante por las ramas.

»El bar era muy pequeño (en realidad era un cobertizo) situado en un cruce de calles. No contenía más que unas cuantas sillas y mesas de madera colocadas delante de dos grandes fogones de arcilla. En uno de ellos Keshto, el propietario, gerente y cocinero, hervía té durante todo el día en una gran tetera de aluminio. El otro lo utilizaba para elaborar dulces, agitando los gránulos blancos de *sandesh* en un *wok* gigantesco hasta convertirlos en una pasta homogénea, o echando la pasta de *jilebis* a través de un agujero en un paño sobre el aceite que chisporroteaba. Algunos días freía *pakorás* de chile,

y su penetrante olor llegaba hasta la parada del autobús, ocasionando que los pasajeros llegaran tarde al trabajo porque nadie se resistía a las *pakor*s de Keshto.

Ella se inclina hacia adelante, con un brillo en la mirada. Ésta es la clase de historia que ha anhelado escuchar toda la vida, por la que ha suplicado, rogado y asediado a su madre, siempre en vano. Y pensar que durante todo este tiempo el relato aguardaba encerrado en el interior de su padre, el bebedor, el cantante, el escéptico que nunca creía en sueños; el padre a quien ella siempre había despreciado, aunque con cariño, convencida de que nada de lo que sabía le resultaría interesante a ella.

—¿Eran mágicas las *pakor*s? —inquire—. ¿Conferían poderes especiales a los que las comían, o despertaban ciertos sentimientos?

—No que yo sepa —contesta el padre—. La gente comentaba en broma que aquel sabor excepcional se debía a que Keshto jamás cambiaba el aceite del *wok* ni lavaba el cacharro.

»Sin embargo, corrían otros rumores sobre el bar de Keshto. Se decía que a altas horas de la noche, cuando la ciudad dormía, las más importantes familias del crimen de Calcuta se reunían en la trastienda para saldar deudas o cobrarlas. Había siete familias destacadas, y había un día de la semana reservado para cada una. Mientras Keshto, impasible como un Buda de piedra, trabajaba con su *wok*, removiendo las *pantuas* hasta que quedaban bien doradas, en el interior del cobertizo se decidía a qué enemigos se les perdonaba la vida y cuáles debían desaparecer.

—¿Y era verdad? —pregunta ella en voz baja, para no romper el hechizo.

Él se encoge de hombros, aunque se aprecia una chispa en sus ojos.

—¿Quién sabe? A la gente le encantan los misterios. Si no hay misterios, se apresura a inventarlos. La trastienda era de lo más corriente. Keshto tenía allí la cama, aunque nunca lo vi dormir, y una maleta de latón pintado donde

guardaba sus escasas posesiones. ¡Ay, aquella maleta! También sobre ella circulaban habladurías. En cualquier caso, la habitación era diminuta; allí no cabían más de seis personas. Aun así, algunas mañanas, cuando la barría, me encontraba papeles rotos con nombres escritos, algunos tachados en rojo.

»Lo único que sé con certeza es que aunque Keshto era muy huraño con la mayoría de la gente y un empresario implacable, por alguna razón que jamás comprendí, a mí me trataba muy bien. Por las mañanas, cuando yo acababa de limpiar la tienda y antes de que me marchase al colegio, él se preocupaba de que comiera bien. No me dejaba beber té, porque creía que retrasaba el crecimiento, pero siempre me daba un vaso de leche y todas las tapas que yo quisiera. Y cuando yo volvía al mediodía, me enseñaba sus recetas y compartía conmigo los pequeños secretos que había detrás de aquel sabor tan especial. Aprendí que para que las *rasogollas* quedaran blandas pero no se desmenuzaran al hervirlas en almíbar, había que agregar dos cucharadas de *sooji* a la pasta de *chhana*. También aprendí que media taza de aceite añadida a la pasta de las *pakorás* impedía que las bolas picantes absorbieran aceite al freírse.

Ella cierra los párpados para oír mejor, pero más tarde no está segura si lo que percibe son las palabras de su padre o su propio anhelo.

—Aprendí a moler especias y hierbas en una piedra porosa, a cuajar la leche con limones y hacer *chhana* fresca con la consistencia apropiada. Los gránulos de mi *mihidana* me salían anaranjados como el amanecer, y tan adictivos como una historia de amor. Mis *singarás* rellenas de coliflor eran tan crujientes que los clientes susurraban que el nuevo ayudante había superado al propio Keshto. Si bien él ya se había labrado una gran fama antes, ahora venía gente de toda Calcuta a nuestro pequeño establecimiento con el fin de encargarse de comida para bodas y funerales, fiestas y ceremonias

upanayana. Keshto y yo nos quedábamos en el bar por la noche para cumplir con los pedidos, y aun así nos veíamos forzados a rechazar muchos.

»Para ese entonces mi madre traía a casa dinero de sobra. Me pidió que dejara el bar para dedicar todos mis esfuerzos a los estudios con vistas a aprobar el examen de ingreso en la facultad de ingeniería. Soñaba con que su hijo llegase a ingeniero. Yo quería complacerla, de manera que accedí. Sin embargo, no fui capaz de mantenerme alejado de Keshto. Me levantaba y salía de casa antes del amanecer, y cuando entraba en el bar, aunque no hubiésemos acordado nada la noche anterior, él ya tenía los fuegos encendidos y los ingredientes preparados. Trabajábamos febrilmente, en silencio excepto por las pocas instrucciones que él farfullaba de vez en cuando. Pasábamos poco rato juntos, puesto que yo debía estar de vuelta en mi cuarto antes de que mi madre llamara a la puerta para despertarme para ir al colegio. En aquellos días Keshto me enseñó a preparar los platos más difíciles que conocía. Hacíamos *rabri*, para lo cual hay que hervir y espesar la leche, luego enfriarla y verterla muy despacio, capa a capa. Hacíamos *rasogollar payesh*, dos dulces en uno: las bolas blancas y esponjosas quedaban flotando en una crema espesa y deliciosa. Hacíamos *dhakaiparota*, masa cortada y enrollada, de manera que forma unas capas de hojaldre muy fino que se derrite en la lengua. La semana anterior a mi partida hacia la universidad, me desveló su receta especial para el *sandesh*, el dulce de leche típico de Calcuta, pero no me dejó ponerla por escrito. Insistió en que siguiese su ejemplo y me la aprendiese de memoria.

»Antes de marcharme quería expresarle lo mucho que significaba para mí, prometerle que nunca lo olvidaría. En cierto modo lo quería más que a mi propio padre. Desgraciadamente, nunca se me ha dado bien hablar, y el bengalí es un lenguaje en el que “gracias” se considera una palabra embarazosa. Así pues, me fui sin decirle una palabra y no regresé hasta al

cabo de un año. Para entonces la tienda de Keshto había desaparecido y alguien había montado en su lugar una peluquería. Yo anduve preguntando, pero nadie parecía saber qué había sido de él.

La historia flota en el aire nocturno entre ellos. Es muy tarde, y si se acercaran a la ventana divisarían la Suktara, estrella que anuncia la inminencia del amanecer, titilando baja en el cielo. Pero padre e hija permanecen sentados a la mesa, cada uno pensando en el relato desde ópticas diferentes, como debe ser entre narrador y oyente. En la mente de cada uno surgen y se desvanecen distintas imágenes, y cada uno se aferra a una parte distinta de la historia, por juzgarla la más importante. Y si expusiesen sus puntos de vista sobre ella, sus opiniones diferirían tanto que un observador no creería que ambos se referían a la misma narración.

A pesar de todo, al compartir con ella su recuerdo, él ha creado un vínculo que se tiende, trémulo como el hilo más fino de una telaraña, entre ellos. Y es esto lo que impulsa a la hija a contarle al padre (sin mirarlo, mientras garabatea en el cuaderno en el que él ha escrito el nuevo menú de su bar) su aventura nocturna. Describe el coche negro que siguió hasta aquel muelle oxidado y hopperiano, le cuenta que el agua negra chapaleaba contra el embarcadero, con un sonido que evocaba la soledad. Vacila antes de mencionar la matrícula del coche, su imposible desaparición. Pero entonces piensa en la historia que su padre le ha relatado, que también es imposible a su manera, y anota en el cuaderno las letras de la parte trasera del coche. «Emit Maerd.» ¿Se trata de vocablos de alguna lengua hindú?, pregunta. ¿Algún nombre que él reconozca? Un mantra, tal vez, o parte de un mantra. Él niega con la cabeza, contemplando el papel, dándole vueltas sobre la mesa.

—¿Estás segura de que no ponía «Amit»? —inquire—. Amit es un

nombre indio. ¿Estás segura de que no es el mismo nombre que apuntó la señora de la galería de arte?

—Ya no estoy segura de nada. Ése es mi problema.

—¿Quién sabe? —replica él—. A lo mejor es el principio de una solución.

—Fíjate bien. ¿Era ésta la matrícula del coche que seguía mi madre?

—Lo siento, pero no me acuerdo. Tal vez sea un nombre árabe. O turco.

Se inclinan juntos sobre el cuaderno, hasta que sus cabezas casi se tocan, reacios a renunciar a aquella única e insatisfactoria pista. Él juega con las letras, combinándolas al azar, mezclándolas, omitiendo algunas. Sólo cuando se rinde, ambos lo descubren a la vez. La solución se les antoja tan simple que no entienden por qué les ha costado tanto encontrarla. Escritas al revés, las letras rezan *Dream Time*, «tiempo onírico».

En la cama Rakhi reflexiona sobre estas palabras. Se pregunta qué mensaje encierran para ella, si es que encierran algún mensaje. ¿Estará empeñada en buscar significados ocultos en lo que no es más que un capricho, una broma privada? Mientras el sueño se apodera de ella, sus pensamientos se centran en la anécdota de su padre, en los colores vibrantes y violentos de las calles y la fábrica, en el salón de té, a la vez cochambroso y resplandeciente, en la solera de los dulces. Ahora, por fin, se le ha ocurrido una manera de incorporarlo todo a su vida americana. Resucitará la Chai House con sabores y olores del viejo país, con los susurros de historias memorizadas. Algo más está resucitando, entre ella y su padre, aunque Rakhi ignora qué forma llegará a asumir.

Es la primera noche, desde que falleció su madre, en que el dolor no ha preponderado en su mente. Sin embargo, mientras se percata de esto, la almohada bajo su cabeza despide el aroma del cabello de su madre, y Rakhi sucumbe de nuevo a la sensación de pérdida.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Cuando quedó claro que yo estaba resuelta a casarme y cruzar el océano para instalarme en América con el hombre que conocí en el Victoria Memorial, estalló el caos en las cuevas. Ninguna intérprete de sueños había cometido locura semejante —al menos hasta donde alcanzaba la memoria de las maestras—, y el escándalo dividió en dos a la hermandad. Las más ancianas propugnaban que se me despojase de mis poderes y se me expulsase de las cuevas. No había duda de que había traicionado mi arte y mi don (y además por un simple hombre). Habrían de celebrar un funeral por mí, como dispone la *Brihat Swapna Sarita*, porque para ellas estaba más que muerta. El otro grupo, en el que figuraba mi tía, se mostraba partidario de mantenerme en la orden para que el arte de la sanación que había aprendido no se perdiera. Apelaron a otro texto antiguo, el *Swapna Purana*, para averiguar cómo salvarme de mí misma. Las dos facciones libraron una lucha enconada, hasta que la anciana líder prohibió a los bandos dirigirse la palabra entre sí mientras no se decidiese mi destino. La amargura y el silencio se adueñaron de las cuevas donde antes sólo reinaba la armonía.

Llena de dolor y de sentimiento de culpa, acaricié la idea de huir, creyendo que mi marcha restablecería la paz, pero mi tía adivinó mis intenciones y me suplicó que me quedase hasta que el consejo tomase una determinación. Yo accedí, por consideración hacia ella, mi primera maestra. Más tarde, no obstante, me arrepentí de no haberme negado.

La reunión del consejo (yo más bien lo consideraba un juicio) se prolongó varios días (¿o fueron semanas?). Yo asistí a algunas sesiones, otras me estaban vedadas. Unas veces me pedían que hablara, otras me ordenaban que guardase silencio mientras se aducían argumentos en mi favor y en mi contra. Pero quizá todo se desarrolló en una tarde, porque el tiempo transcurre de manera muy distinta en las cuevas, y cuando partí para unirme a mi futuro marido, hacía menos de una semana que nos habíamos conocido junto a los rosales.

Me enviaron a mi habitación mientras el consejo deliberaba, y cuando me convocaron de nuevo a la sala, sólo estaban presentes la anciana líder y mi tía. Me explicaron que debía elegir entre tres opciones. La primera era quedarme en las cuevas con las ancianas para el resto de mi vida, en calidad de maestra. Esto me ahorraría sufrimientos. Esa misma noche, con mi permiso, la anciana penetraría en mi memoria, en sueños, y borraría de ella la imagen del hombre, de manera que al despertar ya no me acordaría de él. A su juicio, era la alternativa más segura y más acertada, porque era evidente que yo adolecía de una mente caprichosa que me empujaría a caer en las tentaciones del mundo exterior.

Mi segunda opción consistía en renunciar a mi don y llevar la existencia de una mujer común, de una esposa. También en este caso la anciana manipularía mi memoria para que olvidara las cuevas y todo lo que allí había aprendido. Con la mente convertida en un papel en blanco, me entregaría a mi marido, que sería feliz porque, según las ancianas, todos los hombres aspiran a escribir desde cero la historia de la vida de sus mujeres. Ésta también era una alternativa segura, aunque no tan acertada.

La tercera opción, que me expusieron con reticencia, y sólo cuando rechacé las dos primeras, era la siguiente: me permitirían conservar mis facultades especiales, las de menor alcance, para que las pusiese al servicio

de la gente. A cambio, aunque me autorizaban a convivir con un hombre si así lo decidía, tenía que prometer que no me casaría con él. Ante los ojos del Gran Poder, entonces, mi esencia espiritual no se uniría a la del hombre. De esta manera no se me cerraría del todo la puerta de la hermandad en caso de que yo cobrara conciencia (como ellas esperaban) de mi gran error y rectificara. Sin embargo, esta opción no estaba exenta de riesgo, pues podía torcerse de muchas maneras.

Y ése fue el camino que elegí, aunque no de buen grado, porque me cargaba con el peso de sus muchas condiciones. Más tarde, cuando mi tía me abordó con sus consejos y advertencias, yo me aparté furiosa de ella. Nada iba a salir mal, aseveré.

Poco sospechaba que mi elección me dejaría suspendida durante el resto de mis días entre un mundo de fuerzas inexplicables y el amor de un hombre que insistía en que ese mundo no existía.

La noche antes de que me marchara hacia Calcuta, mi tía me entregó un regalo. Era un bolso de paño que cabía en un puño. Al deshacer el lazo del cordel y abrirlo, encontré dentro otra bolsa, y luego otra. Por fin extraje un pellizco de polvo rojo. Por un momento me invadió el desconcierto. ¿Sería *sindurt*, me pregunté. ¿Un gesto conciliador de mi tía, una expresión del deseo de que yo hallara la felicidad en mi matrimonio? Pero al tocarlo con la punta de la lengua descubrí que no se trataba del polvo que las novias se untan en la frente. No. Mi tía me había dado un puñado de tierra.

—Es del camino que conduce a las cuevas —señaló—, la tierra que han pisado las intérpretes de sueños durante años. La necesitarás.

No le pregunté a qué se refería. Todavía estaba enfadada con ella y decepcionada por el obsequio que me hacía en el momento de mi partida. No

caería en la cuenta hasta más tarde, cuando ya residía en California y los sueños me habían abandonado, de la relevancia de aquel presente.

Al principio no me preocupó. Me escudaba en el hecho de que necesitaba tiempo para establecerme, para acostumbrarme a mi nueva vida. Había muchos aspectos de ella que me resultaban novedosos y encantadores: el arte de llevar una casa, de complacer a un marido (era importante para mí complacerlo porque ya lo había disgustado profundamente al empeñarme en celebrar una ceremonia civil en lugar de una boda en el templo. Él objetó que, de esa forma, no sentía que estuviéramos realmente casados). Había platos nuevos que probar, habitaciones por decorar. Sus labios deslizándose por el contorno de mis clavículas por la noche. Mis manos palpando las ondulaciones de su columna, la suavidad de sus muslos. Sin embargo, llegó el día en que estas cosas ya no bastaban para mantenerme ilusionada, y cuando me miré en el espejo para aplicarme *sindur* en la frente, mi rostro parecía transparente, como un ovoide de cristal cada vez más vacío.

Los sueños se alejaron de mí en California porque era un lugar demasiado nuevo. Sus habitantes se habían asentado allí hacía sólo unos cuantos cientos de años, y ni el aire ni la tierra, los elementos de los que extraemos el sustento, estaban todavía impregnados de sueños. Sí, hubo habitantes más antiguos, pero los expulsaron, y al marcharse se llevaron consigo, junto con sus esperanzas, sus maneras de soñar. No dejaron atrás más que lágrimas y maldiciones que contaminaban el aire.

Al principio yo no sabía cómo utilizar la tierra de la bolsa. Espolvoreé un poco en el jardín, pero aunque mis dalias y mis gardenias florecieron, esto no me ayudó a soñar. Eché una pizca en el arroz y las lentejas, pero aparte de provocarme calambres, no sirvió de nada. Finalmente coloqué la bolsita debajo de mi almohada.

Esa noche mi sueño se llenó de los colores y los olores de mi hogar, cosas

que jamás había echado de menos estando allí. Me desperté angustiada. Sin embargo, a pesar de que percibía la presencia de los sueños que necesitaba, que iban más allá de mi insignificante rutina, no acudían a mí. Mi marido se levantó con dolor de cabeza, quejándose de que había soñado imágenes terribles de sangre, escombros y animales moribundos.

Entonces se me ocurrió la solución. La noche siguiente, cuando él se durmió, me llevé la almohada al salón y me tumbé en la áspera moqueta. Casi antes de que cerrase los ojos, un sueño descendió sobre mí. Me habló con una voz de cuervo, dándome instrucciones. Me reveló quién lo estaba soñando, dónde encontrarme con esa persona al día siguiente y cómo ayudarla. Noté que la energía del sueño fluía en mí hasta que mis huesos se tornaron fosforescentes y mi sangre zumbaba como si estuviera borracha. Cuando abrí los párpados, estaba sollozando. Comprendí entonces cuánto significaba mi vínculo con los espíritus del sueño. No debía renunciar a él. Lloraba también porque sabía qué precio habría de pagar por ello: el de no volver a pasar una noche con mi esposo, pues mi condición de intérprete de sueños me impedía desperdiciar mis noches como cualquier mujer. Ya nunca abrazaría la cálida curva de su espalda mientras los dos nos dejábamos caer en el olvido. Al despertar, ya nunca lo contemplaría todavía dormido, con el pelo alborotado como el de un niño y las comisuras de su boca esbozando una sonrisa cuyo significado sólo yo acertaba a imaginar. Ya no disfrutaría de las pequeñas muestras de intimidad como tapanlo con la manta en una noche fría o frotarle los hombros cuando gemía a causa de alguna pesadilla.

Sabía que se enfadaría cuando le manifestara mi decisión. Me prometí que lo compensaría. Le proporcionaría placer en la cama, llenaría su habitación (ya no la consideraba mía) de estrellas antes de dejarlo cada noche. No sabía entonces que no sería suficiente.

Cuando levanté la almohada y retiré la bolsita de tierra, la noté más ligera.

La abrí con dedos trémulos. El polvo del interior había menguado. Era como si mis sueños hubieran consumido una porción. Mientras miraba lo que quedaba, el corazón comenzó a latirme enloquecidamente. ¿Cuántas noches tardaría en desaparecer del todo? ¿Y qué haría cuando eso sucediera?

RAKHI

Mañana, miércoles, reabriremos el bar. No es la mejor elección, asegura Belle, pero tampoco la peor. El miércoles debe su nombre en hindi a Budh, la deidad planetaria de la inteligencia. El jueves habría sido un día más propicio, puesto que está consagrado a Brihaspati, el planeta de la sabiduría, el maestro de los dioses.

—¿Desde cuándo eres una experta en astrología? —le pregunto, con una mezcla de burla y perplejidad.

—Jespal lo ha consultado.

—¡Ah, Jespal! —Ha estado pasándose por el local cada tarde para ayudarnos a decorarlo. Por lo visto no se ha limitado a esa tarea—. ¿Detecto el rubor de una rosa en tus mejillas?

—No te rías. Es importante tener a los planetas de nuestro lado, sobre todo cuando combatimos contra las fuerzas oscuras. De todos modos, me alegro de que la inauguración no caiga en sábado. Shani puede ser un agente muy destructivo.

—¡«Las fuerzas oscuras»! ¡«Agente destructivo»! Pareces demasiado inteligente para creer en esas cosas —tercia mi padre.

Belle abre la boca, indignada. Yo me preparo para el estallido, pero ella se domina.

—Señor Gupta —comienza, con una paciencia que raya en la santidad—, usted sabe que eso no es verdad.

Seguramente está cobrándole cariño a mi padre, pues de lo contrario no se mostraría tan indulgente con él. De pronto me percaté de que yo también estoy cobrándole cariño.

—¿Qué es lo que no es verdad, que todo eso son tonterías o que tú pareces inteligente?

Intento disimular mi sonrisa con la mano, pero Belle no permite que mi mezquino sentido del humor la distraiga.

—¿Cómo puede usted no saberlo, después de vivir tantos años con la señora Gupta?

—Ay, chica, vivir con la señora Gupta fue una experiencia de lo más increíble y maravillosa. No habría renunciado a ella por nada del mundo, pero tal vez no era exactamente como tú la imaginas.

Las dos interrumpimos nuestros quehaceres: mientras Belle pulía los mostradores, yo removía pintura roja (el bar llevará un nuevo nombre; Jespal ya ha quitado del escaparate las letras del viejo con una rasqueta). De todos sus relatos, éste es el que más deseamos oír.

Mi padre lleva toda la semana narrándonos historias, mientras se ejercita en la cocina, preparando sus tapas y sus dulces para que las probemos.

«Estoy oxidado —sostiene—. Tengo que ponerme en forma.»

Sin embargo, yo sospecho que sencillamente le encanta cocinar para nosotras. Aunque yo disfruto con las tapas, lo que realmente me interesa es lo que nos cuenta. Nos ha hablado de su primera época de estudiante en Estados Unidos, de los diversos trabajos que desempeñó para ganar algo de dinero: desde conserje en un hospital hasta encargado de reparar máquinas tragaperras en un casino. Nos ha referido anécdotas de la gente que conoció en esos lugares. Yo jamás me habría imaginado que dentro de mi padre había permanecido oculto durante todos estos años un narrador consumado. Prolonga el suspense hasta que nos entran ganas de sacudirlo; nos arranca

sonoras carcajadas con sus chistes inesperados. Las anécdotas que más me gustan versan sobre la India. Sin embargo, de momento no nos ha relatado nada sobre mi madre, aunque sí que la menciona de pasada (bien con cariño, bien con arrepentimiento).

De cuando en cuando canta mientras cocina, casi siempre temas de las películas, si bien ocasionalmente una melodía evocadora, sin duda mucho más antigua, serpentea como el humo de la madera por el local. Estas cadencias me inquietan, como si algo en el interior de mi pecho pugnara por escapar. Noto un hormigueo en los dedos, la necesidad de pintar, algo de lo que he sido incapaz desde la muerte de mi madre.

Cuando lo interrogo al respecto, me contesta que se trata de canciones tradicionales que cantan los labriegos en Bengala. Las aprendió durante las vacaciones que pasaba en casa de su tío, el ayudante del administrador de fincas de la familia real de Nataal. Huelo que aquí hay una historia. No, historias metidas en los sobres de otras historias, toda una oficina de correos atestada de historias que me provoca una expectación embriagadora.

Pero hoy mi padre afirma que no es momento de holgazanear escuchando cuentos absurdos. Mañana nos espera un gran día. Marco y sus amigos han repartido folletos por el barrio, y hemos publicado anuncios en el *East Bay Express* y el *India West*. Yo he dado mi brazo a torcer y he dejado que mi padre emplee a Sonny como publicista, y éste a su vez ha estado corriendo la voz sobre nuestro nuevo local en el club nocturno. Debemos estar listos, recalca mi padre. Quiere preparar otra tanda de *gawja*, esos crujientes rombos de masa frita cubiertos de azúcar. La última vez no quedó satisfecho con la consistencia del azúcar fundido. Le aseguramos que los *gawjas* estaban deliciosos, pero él niega con la cabeza. Es esencial que todo esté absolutamente perfecto para nuestra gran inauguración, como él la llama. Asigna a Belle la tarea de escribir en el tablón nuestro nuevo menú. Cuando

ella pregunta si conviene incluir una breve descripción de cada plato, él responde que no.

—Aquí no vamos a consentir los caprichos a los turistas —añade tajante—. Esto es una auténtica casa de *cha*. Si alguien os pregunta, podéis explicárselo. Pero os sorprenderá ver cuánto sabe la gente y cuánto puede aprender por sí sola.

Jespal, que acaba de entrar, se ha puesto a quitar el polvo de los muebles. En cuanto a mí, mi padre me echa fuera, para que pinte. El nombre nuevo tiene que estar seco para cuando abramos mañana. Yo obedezco, algo sorprendida por sus modales vehementes y autoritarios. ¿Cuántas personalidades latentes habrá bajo su piel?

—Sin prisas —me advierte segundos antes de desaparecer en la trastienda.

Yo trazo las letras y luego empiezo a rellenarlas: KURMA HOUSE. El nombre se le ha ocurrido a mi padre. Le gusta el juego de palabras, la idea de que una palabra se esconda detrás de otra, para revelarse cuando cambie la dirección del viento o cuando el observador entorne los ojos. Yo señalo que el *kurma* es un plato fuerte, algo que no pensamos servir. Él se encoge de hombros.

—Somos artistas, Rakhi —declara con altivez—. ¿Por qué hemos de ceñirnos a las ataduras de la literalidad?

Me agrada el tacto del mango del pincel, que está empapado en pintura. Aunque esto difiere bastante del acto de crear un cuadro, hay ciertas semejanzas. La inclinación de la muñeca cuando paso las cerdas por el borde de la lata, la curva del brazo al trazar la parte superior de la K. No había tomado conciencia de lo mucho que mi cuerpo echaba de menos estos movimientos.

Mientras pinto, paseo la vista por el interior del local. Jespal ha limpiado los cristales a conciencia, hasta tal punto que parecen no estar allí. Lee con atención la lista que ha elaborado mi padre mientras Belle escribe los platos

en el tablón. De vez en cuando sus ojos se encuentran y ambos sonríen con timidez. De pronto me asalta la idea de que dentro de un año se casarán (¿es una profecía, una intuición o simplemente una corazonada? ¿Hasta qué punto debo confiar en mi instinto yo, que no soy mi madre?). Al observarlos experimento cierta alegría y al mismo tiempo una sensación de soledad. No se trata de la soledad de quien carece de pareja, sino de algo más primario, de la impresión de que soy el único ser a este lado del cristal, mientras que el resto del mundo (feliz, despreocupado) vive la vida al otro lado. Son conscientes de mi presencia; incluso me saludan con la mano de rato en rato, como Belle en este momento, pero no saben lo que supone estar mirando hacia adentro desde el exterior, saludando a mi vez, incapaz de pasar al otro lado.

¿Es así como se sentía mi madre cuando abandonó su comunidad de intérpretes y perdió su capacidad de soñar?

Mi padre ha superado su lentitud inicial, ha avanzado a pasos de gigante en la traducción de los diarios. Según él, le ha pillado el truco y se ha acostumbrado al estilo de mi madre. Yo creo que se ha vuelto tan adicto a ellos como yo, que los escruta con la misma voracidad. Hemos acordado tácitamente no hablar de ellos. Yo temo que, si los comentamos, él acabe por cohibirse y ponerse a la defensiva, ahora que tantas anotaciones tratan de su vida en común. Aun así, en ocasiones no puedo evitar observarlo de soslayo, intentando verlo con los ojos de mi madre.

Ya he pintado la mitad del nombre cuando noto de nuevo aquel extraño hormigueo en la nuca. ¿A qué viene esto? La gente me mira desde que he empezado a pintar las letras. Marco se ha acercado para preguntarme qué hacía, el señor Jamison, de la tienda de pintura, ha venido para enterarse de lo que pretendemos vender ahora, varios desconocidos que esperaban el autobús se han fijado en el escaparate con curiosidad, como intentando adivinar las

palabras antes de que estuvieran terminadas. No obstante, esto es distinto. Hay malicia en esta mirada que me atraviesa la ropa, la piel, que se clava en mi columna vertebral como una aguja de hielo.

Atisbo con cautela el reflejo en el cristal, aunque ya sé quién es. Es la encargada, a la puerta del Java, fumándose un cigarrillo. Pese a que dirige la vista hacia otro lado, percibo la intensidad de su atención, algo que me pesa en los hombros. El brazo me duele por el esfuerzo de mantenerlo en alto. Me tiembla la mano, y cuando prosigo, emborro la O de forma irremediable.

—¿Cómo va eso? —grita mi padre desde la puerta, sobresaltándome de modo que estropeo también la H.

—¡Mira lo que has hecho! —exclamo, enmascarando el miedo tras la irritación. Mi acusación no es del todo justa, y él lo sabe, pero se abstiene de replicar. Saca unos trapos de una caja, los moja en aguarrás y me ayuda a borrar las letras manchadas. Mientras las pinto de nuevo, él permanece a mi lado con los brazos cruzados. Me dispongo a espetarle que no me mire, que me pone nerviosa, pero entonces caigo en la cuenta de una cosa. Su presencia me infunde sosiego, seguridad, como un escudo. Advierto que la fuerza maliciosa rebota en él, incapaz de traspasarlo. Se concentra en una ola y lo golpea de nuevo, con dureza. Yo lo observo atentamente por el cristal, pero aparentemente no ha notado nada.

—Papá, no te gires ahora, pero ¿has visto a esa mujer que está delante de la cafetería?

Él se vuelve hacia ella descaradamente. Me da un vuelco el corazón. Lo agarro del brazo y tiro de él hacia mí.

—¿No te he dicho que no mires? —le reclamo entre dientes. No le revelo el pensamiento que me atraviesa la mente como el destello de un rayo: si sus ojos se posan en los de ella, él se convertirá en una estatua de piedra, como las víctimas de Medusa, o quedará hechizado, como las de Circe.

«Qué tontería», replicaría él. ¿Y acaso iría errado?

Agacha la cabeza en señal de complicidad, contemplándome en el cristal. «No sé a qué juegas —leo en su expresión burlona—, pero estoy dispuesto a jugar contigo.»

—La competencia, ¿eh? —señala con una mueca—. ¡Pero ya no! Vamos a hacer algo totalmente distinto, algo que está fuera de su alcance. ¡Ya lo verás, *beti!* —afirma, subrayando sus palabras con un apretón en mis hombros—. Debo informarte, modestia aparte, de que me he superado a mí mismo con las *gawjas*. Entra y pruébalas. Están de muerte, como decís vosotras.

Me abre la puerta y yo cruzo el umbral. A mi espalda, los tentáculos de malicia intentan atraparme por última vez, pero resbalan en mi piel. Pruebo las *gawjas*, que están deliciosas como prometía mi padre, y trato de aclarar mi confusión.

Esto es lo que saco en claro. Las posibles conclusiones no resultan en absoluto satisfactorias:

1. Si hay un plano de existencia diferente del nuestro, le ha pasado inadvertido a mi padre.

2. Su falta de sensibilidad lo protege de alguna manera.

3. ¿O acaso su ceguera le expone a un peligro aún mayor?

4. ¿Cabe denominar «tiempo onírico» a este plano de existencia?

5. ¿Procede el hombre de blanco, al igual que la encargada, del tiempo onírico, aunque de una región distinta, menos oscura? ¿Es éste el mundo al que el don de mi madre le permitía acceder?

6. Nada de esto es cierto. La única verdad es que estoy sufriendo una crisis nerviosa.

—¡Rikki! —me llama Belle, saliendo de la trastienda con una enorme pila de platos de cartón—. ¡No me lo puedo creer! ¡Te has comido toda la bandeja de *gawjas!* ¡Debían de tener unas cuarenta mil calorías! Ahora te dará dolor

de estómago y te pasarás la noche vomitando y no podremos abrir el bar mañana.

Horrorizada, bajo la vista hacia la bandeja vacía. Tiene razón. Ya comienzo a hincharme. Y probablemente también me saldrá un sarpullido.

—¡Chicas! ¡Chicas! —tercia mi padre. Sonríe con orgullo ante esta prueba de su éxito. Le importa poco que su hija esté inflada como un zepelín a punto de estallar—. ¡Mis *gawjas* no te harán daño! ¿Te acuerdas de la canción que cantabas sin parar cuando estabas en la universidad? Nos traías a todos de cabeza. No te preocupes, sé feliz. *Don't worry, be happy*. —Entona la frase con una voz asombrosamente parecida a la de Bobby McFerrin—. Todo va a salir de maravilla mañana.

El mañana llega antes de lo que había previsto. Creía que pasaría la noche en vela, muerta de nervios e inquietud, pero caigo en un sueño dulce, inmediato y reparador como una cucharada de sirope de *rasogolla*. Cuando despierto hace un día fresco y despejado, con el cielo en el que flotan gigantescas adelfas blancas. Cuando me dirijo hacia el coche, vislumbro un pájaro en el arce. Es de una especie que nunca había visto en esta parte del estado, grande y gris, con grandes ojos que semejan *mihidana* anaranjada. Me mira atentamente, sin atisbo de miedo. Regreso corriendo a casa para llamar a mi padre, pero para cuando salgo de la casa con él, el pájaro se ha ido.

—¿Será un auspicio? —pregunto.

—¿Qué es un auspicio? —inquire él.

Yo suspiro. No quiero discutir con él hoy, pero estoy convencida de una cosa: el universo nos envía mensajes. El problema estriba en que la mayoría de nosotros no sabemos cómo interpretarlos.

Es en estos momentos cuando más echo de menos a mi madre.

Al llegar al bar lo primero que capta mi atención es una gran pancarta sobre la entrada del Java. «¡FIESTA DE ANIVERSARIO! —proclama con relucientes letras multicolores—. ¡REGALOS! ¡COMIDA GRATIS!»

Me vuelvo hacia mi padre indignada.

—¡Eso es mentira! Sólo llevan abiertos unos meses. —Pero nadie más parece haber reparado en ello. O quizá no les importa. A la entrada del Java se arremolinan las multitudes como ovejas. No hay rastro de la encargada. Estará junto a la caja registradora, regodeándose mientras se embolsa el dinero que por justicia nos pertenece.

En el interior, Belle está reclinada sobre el mostrador, demasiado abatida para despotricar.

—Nos ha ganado por la mano una vez más —murmura—. ¿Qué vamos a hacer con todo lo que hemos comprado? ¿Y los dulces que preparó usted anoche, señor Gupta? Se echarán a perder. Todos sus ahorros, todo su esfuerzo, tirados a la basura sólo porque ha intentado ayudarnos.

Mi padre, aunque también parece flaquear un poco, le da unas palmaditas en el hombro.

—¡Anima esa cara, señorita! —exclama—. ¿Acaso no dijo uno de tus héroes americanos: «No se acaba hasta que se acaba»? —Desaparece en la trastienda. Se oye el entrechocar de sartenes y cacharros y, al cabo de un momento, un silbido melodioso.

Belle me propina un empujón.

—Ve ahí dentro y deténlo. Sería terrible que hiciera otro de sus platos exquisitos y nadie viniera a probarlo.

Sin embargo, al entrar se me olvida lo que quería decir, pues me percató de que en un pequeño nicho junto al gran fogón de gas, hay una fotografía en blanco y negro de una mujer joven. Me recuerda a mi madre, aunque, como es un retrato antiguo, de antes de que yo naciera, no estoy segura.

¿Dónde la habrá escondido mi padre durante todos estos años?

En la foto, mi madre, si es que se trata de ella, dirige la vista, intranquila, hacia un lado de la cámara. Me acerco con la esperanza de vislumbrar las cuevas de las que hablaba en su diario, pero la rodea un paisaje llano y despejado. ¿Dónde le habrán sacado la foto? No hay hierba ni árboles, sólo asfalto bajo sus pies y una borrosa silueta de color gris metálico muy al fondo. De pronto se me ocurre. Está en un aeródromo, lista para subir al avión que la llevará a Estados Unidos. No me extraña que parezca nerviosa. Está a punto de abandonar todo lo que conoce en pos de un hombre al que sólo ha visto unas cuantas veces, una decisión que todos aquellos que la rodean consideran un terrible error. Posiblemente se está preguntando si al cruzar el océano perderá sus poderes, tal como le han vaticinado. Por otra parte, hay algo más en su semblante, un aire de determinación, de inexplicable júbilo. Entonces comprendo que estoy contemplando una imagen insólita para mí: la de mi madre enamorada.

Cierro los ojos, intentando evocar el rostro de mi madre con el que yo estoy familiarizada. ¿Qué expresión adoptaba habitualmente? ¿Una de divertida ironía ante mis tonterías? ¿Una de simpatía reservada? Pero no logro visualizar más que la cara de la fotografía. Sacudo molesta la cabeza, con el propósito de aclararme las ideas. No obstante, la fotografía me domina. A partir de ahora me imaginaré siempre a mi madre como una desconocida más joven que yo, y más esperanzada.

Si mi madre se atrevió a arriesgar tanto para perseguir sus sueños, yo, en cuanto hija suya, ¿no soy capaz de afrontar el pequeño reto que se me plantea hoy? Ella hubo de emprender el viaje sola. Yo, más afortunada, cuento con una amiga y con mi padre.

No le pido que deje lo que está haciendo. Por el contrario, lo observo, mientras prepara un cuenco enorme de masa *depakoras*, añade cebolla

picada, espinacas y varias especias. Me admira el cariño con que sus manos trabajan la masa de *besan* y vierten el agua caliente.

—No te quedes ahí mirando —me ordena—. Pica los chiles verdes y échalos. —Comprueba que el aceite esté caliente y deja caer las primeras bolas, que emiten un siseo. Entonces suena el timbre.

¡Nuestro primer cliente!

—Justo a tiempo —comenta mi padre.

Salgo corriendo de la trastienda y tropiezo con Sonny, que entra por la puerta. ¡Precisamente él! En nuestra época de casados, sólo una catástrofe natural lo habría movido a levantarse de la cama antes del mediodía. Cuando comenzamos a compartir la custodia de Jona, contrató a una mujer para que llevara a la niña al colegio, porque no había manera de que él despertase a tiempo.

—Ah, eres tú —gruño—. Creía que sería algún cliente.

—No conviene que te emociones tanto cuando me ves —contesta él—. No es bueno para el corazón, ahora que vas entrando en años. —Se vuelve hacia Belle—. He venido a ver cómo va todo. ¿Qué pasa? Pensaba que acudiría mucha más gente.

Belle señala sombría el cartel de CELEBRACIÓN, al otro lado de la calle. Sonny enarca una ceja, lo que significa que está meditando.

—Bueno —salta al cabo de un momento—, pues voy a poner esto en marcha. —Pide un plato de *pakorás* y una caja de *sandesh* para llevar, y se mete en la trastienda para hablar con mi padre.

—¿Tú crees que debemos cobrarle? —me susurra Belle—. Al fin y al cabo, es de la familia, más o menos.

Yo vacilo. Ignoro qué dicta la etiqueta respecto a los ex maridos. Su visita es todo un detalle, sobre todo después de la discusión en que nos enzarzamos aquella noche, durante la cena, más por mi culpa que por la suya. Belle y yo

decidimos que dejaremos que se lleve las *pakor*as gratis y le cobraremos el *sandesh*.

Emerge de la trastienda comiéndose un plato de *pakor*as, sin duda una gentileza de mi padre.

—¡Están buenísimas! No sabía que papá tuviese estas cualidades ocultas. ¿Queréis una?

«No es tu padre», replico mentalmente. Él sonrío como si me hubiese leído el pensamiento y me felicita por mi labor de pintora de brocha gorda. Bromea con mi padre sobre el nuevo nombre y le dice que la próxima vez que venga espera probar *kurma* de verdad.

—Pues claro, *beta* —responde mi padre—. Haré un plato especial sólo para ti. Sólo tienes que llamarme con una hora de antelación.

«No es tu *beta*», le espeto a mi padre mentalmente.

Antes de marcharse, Sonny se acerca a Belle.

—Oye, estás más guapa que de costumbre. ¿Qué pasa? ¿Te has enamorado? —Ella se ruboriza y él prorrumpe en carcajadas joviales y contagiosas.

Lo seguimos con la mirada mientras se aleja por la calle, sonriente con el paquete de *sandesh* colgando de su mano izquierda y el teléfono móvil en la derecha.

—No me extraña que te casaras con él —declara Belle—. Desde luego sabe ser encantador.

—Y también sabe no serlo —repongo con acritud mientras lo veo hablar animadamente por el móvil—. Debe de estar llamando a su novia. Ahora le toca a ella disfrutar de cinco minutos del encanto de Sonny.

Belle clava en mí sus ojos entornados.

—¿Y a ti qué más te da que llame a su novia? Riks, no estarás todavía...

—No —la interrumpo en tono cortante—. Y no me llames Riks. —Me

acercó a las mesas y las limpio una vez más, aunque ya están relucientes.

Sin embargo, me he equivocado con Sonny. A lo largo del día varios de sus amigos, músicos y pinchadiscos, se presentan en el local. No los había visto desde que me fui de casa. Me resulta un poco violento saludarlos, pero ellos actúan como si nuestra ruptura no les hubiese chocado en absoluto. Probablemente en su mundo estas cosas suceden a diario. Sonny debe de haberlos telefoneado para pedirles que vengan al bar. Varios manifiestan su interés por conocer al nuevo cocinero, de manera que también les habrá contado lo de mi padre. Mi padre efectúa una entrada triunfal desde la trastienda, cargado con un cuenco verde esmeralda lleno de *chutney*, y los impresiona recitándoles la historia de varios de los platos. El arroz con leche, explica, figura entre los postres más antiguos de la India, e incluso se menciona en el Ramayana. Es lo que los dioses enviaron a las reinas estériles del rey Dasharath para dotarlas de fertilidad. Apunta al *laddus* con el dedo e informa a los amigos de Sonny de que está elaborado según la misma receta que utilizaba el cocinero de Duryodhan en el Mahabharat a para atraer y envenenar a su primo Bheem (aunque sin el veneno, por supuesto). Yo lo observo con suspicacia, aunque los amigos de Sonny están encantados. Piden comida en abundancia, dejan propinas generosas. Jespal trae a almorzar a un grupo de compañeros de trabajo y promete regresar con más gente cuando salga de la oficina. Hacía meses que no afluían tantos clientes, pero yo no estoy contenta. Un negocio no sale adelante exclusivamente con el apoyo de los amigos. Lo que necesitamos es que vengan desconocidos, como los que se arraciman para entrar en el Java.

Pero ¿cómo atraerlos?

Después de la hora del almuerzo el bar se queda vacío. Belle anda

trasteando en la cocina. Yo pongo en orden la fuente de *laddus* y echo de cuando en cuando un vistazo por la ventana a la multitud aglomerada a la puerta del Java. No mengua. Sólo se ha consumido una pequeña porción del *laddus*, y algunos de los otros postres permanecen intactos. Como al final de la jornada no hayamos atendido a muchísimos más clientes, no nos quedará otro remedio que tirarlo todo a la basura, como Belle ha predicho.

También noto preocupado a mi padre. Con la excusa de que necesita un poco de aire fresco saca una silla a la acera. Cuando salgo para recoger a Jona del colegio con el coche, lo oigo canturrear entre dientes mientras se frota el brazo que se había partido. Si bien la letra no me suena, el trasfondo de melancolía resuena en mi interior incluso cuando su voz se ha apagado.

Al llegar al cruce miro hacia atrás y me sorprende verlo hablando con un hombre desconocido. El recién llegado tiene más o menos la edad de mi padre y, como él, es indio. Esto lo colijo no por su cara (está de espaldas a mí), ni por su ropa (lleva unos téjanos azules y una camiseta), sino por sus gestos. Mi padre suele realizar los mismos movimientos curvos e insistentes del brazo, el mismo pertinaz cabeceo. No son ademanes habituales en Belle o en mí, ni siquiera en Jespal, a pesar del turbante que luce con tanto celo. ¡Cómo distinguen a unas personas de otras los ritmos del cuerpo!

El semáforo se pone verde, la multitud echa a andar y yo con ella, todos con nuestro idéntico y apresurado paso americano.

Cuando llego al colegio me encuentro a Jona llorando. Se le ha perdido la fiambarrera del almuerzo. Se trata de una fiambarrera nueva, me explica, negra y roja, con un dragón en la tapa. Es especial. Buscamos en su clase y luego por todo el colegio, pero no hallamos el menor rastro de ella.

Por fin nos rendimos y nos encaminamos al coche. Yo estoy cansada y

exasperada, y el llanto de Jona no cesa. Hacía una hora que yo debía estar de vuelta en el bar para que mi padre durmiese un rato en la trastienda.

—Teníamos que haber buscado mejor—protesta Jona—. Ahora mi dragón se irá volando y no volverá nunca.

Yo no pretendo tratarla con brusquedad, pues últimamente pasamos muy poco tiempo juntas, pero se me escapan las palabras sin pensar.

—No seas tonta. No es un dragón de verdad. Pero deberías haber tenido más cuidado con la fiambarrera.

—Siempre me estás regañando —se queja ella—. Ojalá me recogiera Sonny y no tú. Él habría buscado mejor. Él no me habría llamado tonta.

Agarro con fuerza el volante para no girarme y pegarle una bofetada. ¿Cómo aprenden los niños el método exacto para transformar a una madre amable y considerada en una loca enfurecida?

Respiro profundamente hasta que soy capaz de refrenar la rabia.

—Ojalá tu padre no te comprara tantas cosas buenas, que tientan a otros niños a robártelas.

—Tú no sabes si me la han robado —replica Jona—. No deberías culpar a nadie sin pruebas.

¿Quién les enseña a hablar así?

—Podría estar debajo de los arcos, al otro lado del patio —añade—. No me has dejado ir a mirar. Y además, la fiambarrera no me la ha comprado Sonny.

—¿Entonces quién?

—Eliana.

Arrimo el coche a la cuneta, freno y apago el motor. Me vuelvo hacia Jona. Las lágrimas le han dejado churretas en las mejillas, y por un instante me entran ganas de aparcar el tema. Pero no, esto ha ido demasiado lejos. No debo permitir que continúe confundiendo la realidad con la fantasía.

—Jonaki —comienzo con firmeza—, Eliana no existe. Quiero que me

cuentas quién te ha regalado esa caja. ¿O es que —ahora me tiembla la voz, y no sólo por la ira— ... o es que nos hemos pasado una hora y media buscando algo que ni siquiera existe?

Ella no aparta la vista de la ventana.

—¡Jonaki, te estoy hablando! —La dureza de mi tono me desconcierta. Nunca le había hablado así a mi hija. Pero no puedo evitarlo—. ¡Contéstame! ¡Contéstame ahora mismo!

Jona se encoge en el asiento.

—Es justo lo que decía Eliana —musita—. Me advirtió que no te hablara de ella, porque no me creerías y te enfadarías.

El susurro, ligeramente entrecortado, se me clava como un cuchillo. Cierro con fuerza los párpados. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Cuando abro los ojos, Jona me atisba a través del entramado de sus dedos, con expresión de miedo.

—Lo siento, cariño —me disculpo—. Lo siento de verdad. Ha sido un día muy duro en el bar, pero no tengo por qué desfogarme contigo. Mira, si no encontramos la fiambarrera, te compraré otra. —Dejo para otro momento las preguntas que revolotean en torno a mí como mosquitos en espera de que surja la oportunidad de picarme. Por ejemplo, ¿cuándo le regaló Eliana (si es que existe la tal Eliana) la fiambarrera a Jona? Y si no existe, ¿qué se le ha metido a mi hija en la cabeza?

A lo mejor Sonny conoce algunas de las respuestas. Habré de entrevistarme con él a solas.

—¿Me perdonas? —pregunto, con la mejor sonrisa que logro desplegar. Ella asiente con un gesto, pero no toma la mano que le tiendo, y cuando la dejo en la Kurma House antes de ir a aparcar el coche, ella echa a correr sin mirar atrás.

El hombre entra en el bar justo cuando empieza a atardecer, y al cabo de un momento de confusión me percató de que es el extraño con quien charlaba mi padre.

Nos estamos preparando para cerrar. A lo largo de la tarde ha venido algún que otro cliente, pero no los suficientes, y ahora han sobrado enormes cantidades de comida que habrá que tirar a la basura. El carmín de Belle se ha esfumado de tanto morderse, y el cabello se le ha desgredado a causa de la desesperación. Mi padre anda encorvado, y, antes de que desaparezca en la trastienda, caigo en la cuenta de que cojea, como durante los primeros días posteriores al accidente. En cuanto a mí, yo estoy más aturdida que otra cosa. Doy de cenar a Jona y la ayudo con los deberes (al fin y al cabo dispongo de todo el tiempo del mundo), y ella me ayuda a limpiar el cristal sobre el que he pintado nuestro nuevo nombre hace apenas veinticuatro horas. Entreveo los dulces (preparados con tanto cariño, ordenados con tanto esmero) reflejados en él y por poco me echo a llorar.

El hombre pregunta por mi padre y, éste sale de la trastienda, lo aborda farfullando en una lengua hindú que no logro identificar. Mi padre le responde, aunque con menor soltura. Ambos puntúan su discurso con aquellos manoteos enfáticos y crípticos en los que me he fijado antes. El idioma no es bengalí, hasta ahí llego. Lanzo una mirada inquisitiva a Belle, pero ella niega con la cabeza. Sus padres insistieron en que aprendiese hindi y punjabi de pequeña, pero en cuanto se marchó de casa, realizó un esfuerzo coordinado y eficaz por olvidar ambos.

Cuando los hombres ponen fin a la conversación, el desconocido se despide de mi padre con un *salaam* inesperadamente agradecido y se marcha. Mi padre lo mira mientras se aleja.

—¿Qué pasa, abuelo? —inquire Jona—. ¿Qué quería?

—Es de locos. Esta tarde me oyó cantar, bueno, canturrear en realidad, y se

detuvo a escuchar. Me preguntó si me sé más canciones hindúes. Yo le dije que unas cuantas. El entonces no contestó nada, pero ahora ha venido porque quería saber si yo estaría dispuesto a cantar para sus amigos si él los trajese al bar. Por lo visto les gustan mucho las canciones de las películas, sobre todo de las antiguas, y no hay ningún sitio donde las canten en vivo. Yo le he asegurado que lo haría encantado. Y él se ha marchado a buscar a sus amigos. Así pues, señoritas, ¿podemos mantener el local abierto un rato más?

Accedemos. Después de todo, ya no hay mucho que perder, a estas alturas. Transcurre una hora. Jona se queda dormida. Yo concibo la sospecha de que mi padre no ha entendido bien al hombre. Pero de pronto se oye un ruido en la puerta y entra un grupo de personas de la edad de mi padre. Algunos llevan ropa occidental y otros *kurta-pijama*, pero lo que más me llama la atención son sus rostros, con arrugas que proclaman abiertamente su edad, y que apuntan a un pasado rico en experiencias, vivido en lugares muy distintos de éste, con dificultades y triunfos que no acierto a imaginar. Me viene de nuevo a la mente la palabra «extranjero», aunque no se me escapa la ironía de la situación. Se trata de hombres de mi país. Compartimos el mismo color de piel. Me fijo en el semblante de mi padre. ¿Asume la misma expresión? Estoy demasiado cerca de él para saberlo.

Los hombres piden una cena frugal: té y *jilebis*. Beben a pequeños sorbos y prueban un bocado de cuando en cuando. Con azorada cortesía —tal vez no están acostumbrados a hablar con desconocidas— nos comentan a Belle y a mí que todo está *bahut achha*. Sin embargo, no prestan mucha atención a la comida. En cuanto mi padre se sienta junto a ellos, lo acribillan a preguntas. ¿Conoce las canciones de *Anand*? ¿De *Guide*? ¿Podría interpretar *Gaata Rahe Mera Dil*?

Y mi padre, que hasta ahora sólo ha cantado para sí (nosotras no éramos más que un telón de fondo) ataca la melodía, con un aplomo alimentado por

las esperanzas de aquellos hombres. Cabecean siguiendo el compás (es evidente que también saben la letra, pero guardan silencio por respeto al talento de mi padre). Al cabo de unos minutos uno se saca una armónica de un bolsillo y otro extrae un pequeño tambor de dos parches de una bolsa que yo no había visto.

Cuando mi padre entona otra canción («¡Cántenos una *gana* de *Sholay*, Bahisaheb!»), lo acompañan, inundando el bar de una alegría tal que Jona se incorpora con una sonrisa soñolienta. Se han olvidado de nuestra presencia, incluso mi padre. La música prosigue durante un par de horas, un tema detrás de otro, sin interrupción. Cuando la tonada es pegadiza, dos o tres hombres se levantan a bailar, con toda calma y naturalidad. En sus manos aparecen vistosos pañuelos que me recuerdan a los de los magos, y que ellos alzan y bajan como a cámara lenta.

Cuando mi padre por fin se interrumpe, sin aliento, los hombres no aplauden. Para ellos lo que ha sucedido no constituye un espectáculo sino una ceremonia, algo en lo que ellos han participado. Belle, Jona y yo, en cambio, sí que aplaudimos. El ruido de nuestros aplausos invade la sala, y percibo un eco a nuestras espaldas. Cuando me vuelvo descubro que hay otras personas. ¿Habrán entrado movidas por la curiosidad al oír la música?

Sonny también está aquí; ha venido para llevarse a Jona a casa. Emite un silbido penetrante y grita unas palabras que yo no alcanzo a distinguir. Los hombres sonrían.

—Última oportunidad para pedir comida —anuncia Sonny mientras la multitud comienza a dispersarse—. Es el momento de probar platos bengalíes recién hechos por uno de los mejores cocineros de Calcuta.

Yo dudo mucho de que su táctica surta efecto, pero varias personas se acercan a los expositores. Acabamos vendiendo más de lo que esperábamos.

Todavía nos queda comida para darle a Marco, pero cerramos con cierta sensación de triunfo.

—Bueno, papá —dice Sonny, saliendo con nosotros del bar con Jona en brazos—, me parece que has hecho todo un hallazgo.

Mi padre se encoge de hombros con un gesto cauteloso, pero una sonrisa se dibuja en sus labios.

Los hombres acuden todas las noches a las veladas musicales. Si mi padre no conoce la canción que le piden, ellos sugieren otra de buen grado. (No obstante, mi padre también está aprendiendo. Sonny le ha traído más cintas, e incluso un karaoke para que ensaye en casa.) Seguramente se ha propagado la noticia de que organizamos estas sesiones, porque un día aparece un afroamericano con un tambor alto y tallado en madera, y un flautista con aspecto de sudamericano. Una semana más tarde se suma a los demás un hippie con una trenza y una pandereta. Los hombres observan con extrañeza la relumbrante cabeza afeitada del negro. La sirena que el hippie lleva tatuada en el bíceps atrae las miradas de algunos. A pesar de todo, éstos se apartan para dejarles sitio y asienten con aprobación al comprobar que los nuevos instrumentos añaden otro timbre a las canciones. Un grupo pequeño de asiduos se reúne para escucharlos. Está integrado por amantes de la música, no por gastrónomos, lo que no impide que el negocio empiece a prosperar.

—Jamás se me habría ocurrido que a la gente pudieran interesarle las viejas canciones indias —confiesa Belle—. ¡Pero si casi nadie entiende una palabra de las letras!

No le falta razón. Vienen algunas personas del sur de Asia, pero en general el público se compone de una mezcla de varias razas.

—Supongo que la buena música traspasa todas las fronteras, como la

buena comida —contesto yo.

Sin embargo, sospecho que los clientes regresan con regularidad atraídos, como yo, por los ancianos. Hay algo enigmático en ellos: el misterio sobre su lugar de procedencia, sobre el motivo por el que abandonaron aquellos lugares lejanos, sobre todo aquello a lo que se han visto obligados a renunciar para sobrevivir en Estados Unidos. En contacto con ellos, los demás nos evadimos de la agobiante rutina para entrar en un mundo de posibilidades, «érase una vez, en un país muy, muy lejano...». En ellos encuentro lo que yo tanto ansiaba recibir de mi madre, lo que con tanta insistencia le exigía, mientras ella sostenía que la única magia reside en el ahora.

Pero lo que más llama la atención cuando hacen música es el júbilo que manifiestan al descubrir, como un inesperado oasis oculto entre áridas dunas, algo que pensaron que jamás encontrarían aquí en América. Es un placer contemplar su placer.

Como empieza estabilizarse la situación, contratamos de nuevo a Ping para que se encargue del turno de la mañana, más tranquilo. Mi padre, animado por su doble éxito como cocinero y cantante, comienza a ir en su propio coche al bar. Yo vuelvo a mi casa. Jona vuelve a la custodia compartida.

Yo creía que regresar a casa supondría un alivio para mí, pero, para mi sorpresa, me invade una sensación de soledad. A pesar de lo mucho que me irritaba, echo de menos a mi padre y también nuestras breves conversaciones nocturnas. Ahora está demasiado ocupado para seguir traduciendo los diarios, y esto también me llena de impaciencia. Y aunque me resulta maravilloso que Jona viva de nuevo conmigo, admito, no sin sentimiento de culpa, que he perdido la costumbre de planear mi día en función de las necesidades de una niña. Estar con ella me pone nerviosa. Cuando Jona anda por casa, extraño

más a mi madre. Cuando se entrega a una pataleta o clava en mí la vista con renovada terquedad, yo desearía llamar a mi madre para pedirle consejo. Crece en mí un reticente respeto por Sonny, por todos esos días que cuidó de Jona sin jactarse ni quejarse.

Estoy atascada con mi pintura. Hasta Jona, con sus furiosos dibujos, se las apaña mejor que yo. En el Atelier se han vendido otros dos cuadros, pero esta información no me entusiasma como yo esperaba.

No me identifico con mi obra anterior; es como si la hubiera pintado otra persona, y no precisamente alguien a quien yo admire. Mis cuadros, sobre todo los de la India, se me figuran estáticos. Como diría mi madre, no son auténticos.

Anhelo crear algo nuevo, algo distinto y mágico, pero no sé qué. No reproducir el paisaje de árboles con el hombre de blanco, de eso estoy segura. En el arte, hay cosas que sólo se consiguen una vez.

—Tómate tu tiempo —me aconseja Belle—. Han ocurrido muchas cosas últimamente.

¿Cómo explicarle que cada día que paso sin pintar me parece vacío, un día desperdiciado?

Aunque sueño todas las noches, por la mañana no me acuerdo de nada. Es como si alguien (pero ¿quién?) hubiese construido un muro en mi interior para protegerme de algo tan doloroso que no lo soportaría. Mis sueños se desarrollan al otro lado de este muro. Por las mañanas me despierto con vagas reminiscencias de colores, risas amortiguadas, el olor a comida o a playa, el dolor de una pérdida. Estoy convencida de que las dos cosas, mi incapacidad para pintar y para soñar, guardan relación entre sí. No obstante, ignoro cómo acabar con esa partición y, para ser sincera, estoy asustada.

Pero estas cosas me preocupan sólo de tarde en tarde. En general estoy muy ocupada y agradecida por el inesperado cambio de rumbo de la Kurma

House. La clientela continúa creciendo. Una mujer asiática se ha unido a los músicos. Lleva una capa negra y toca el samisen. Tanto ajetreo no me ha permitido especular sobre lo que opinará de nuestro éxito mi rival de enfrente. A lo mejor mi padre está en lo cierto: ya no debería considerarla mi rival. En la Kurma House ofrecemos algo único e inimitable a los parroquianos. Su espacio no se solapa con el mío.

Bien entrada la noche, apagamos las luces, cerramos el bar y echamos a andar hacia el aparcamiento. En ocasiones nos acompaña Jespal, o Sonny, si tiene la noche libre. Sin embargo, casi siempre camino entre Belle y mi padre, con Jona dormida en mis brazos. Me duelen los músculos, pero se trata de un dolor gratificante. Las calles están desiertas a esas horas, porque la Kurma House permanece abierta hasta más tarde que cualquier otro establecimiento de por aquí. A veces se me va la vista hacia el cuadrado oscuro del escaparate del Java. ¿Su negrura es más profunda que la de cualquier otra ventana, una suerte de tinta de calamar que se derrama para envolvernos? Me dejo llevar por mi imaginación. Si me frotara los ojos y mirase de nuevo, sería un escaparate como cualquier otro. Además, ¿qué hay que temer? Subo al coche y me despido de mi padre y mi mejor amiga. Me recorre una ola expansiva de calor, la sensación de que la fortuna me sonrío. Envío un pensamiento amable a la encargada rubia, esté donde esté, y me dirijo con mi hija hacia mi casa.

Se despierta en plena noche, cuando el sueño ya empieza a deshacerse en jirones de sílabas desgarradas y manchas de color desvaído. Oye el timbre del teléfono y nota que el corazón le martillea en el pecho, hundido bajo el peso de un temor que ya ha experimentado antes. Quiere arrebujarse en la cama, ignorar el ruido hasta que cese, pero recuerda que esta misma reticencia desembocó en tragedia en otra ocasión. De no haber desconectado el teléfono esa noche quizás habría llegado al hospital antes de que su madre muriera.

Éstas son las preguntas que la asaltan en la oscuridad. Para acallarlas, contesta el teléfono.

Es Sonny. Esto no la sorprende. Sí la sorprende, en cambio, al percatarse de que no está enfadada. En algún otro momento habrá de reflexionar sobre el significado de esto. Ahora mismo, él le comunica que Jona está con fiebre.

—Le he dado Tylenol y mucha agua, y le ha bajado un poco la temperatura. Pero está llorando y quiere verte. —Termina la frase con una entonación ascendente, como si fuera una pregunta. De hecho, lleva una pregunta implícita.

En respuesta, Rakhi se pone al volante del coche. Mientras conduce por las calles de madrugada, repite para sí el nombre de su hija, Jona, Jona, Jona, como un conjuro. La calentura es muy habitual en los niños, ella lo sabe. Aun así, la pérdida ha sembrado en ella un miedo nuevo. Su vieja compañera, la voz susurrante, se abre paso a codazos. «No estabas con ella cuando te necesitaba... ¿Qué clase de madre eres?»

Por debajo de todo esto hay otra mujer que está pendiente de un coche

negro. ¿Cómo reaccionaría si aparece? ¿Será capaz de cumplir con el deber que se ha impuesto? La idea de desligarse por completo de todos los papeles problemáticos que desempeña (madre insegura, amiga necesitada, pintora sin inspiración, empresaria vacilante, soñadora ciega, hija a regañadientes, ex esposa posesiva) para internarse en un mundo desconocido, habitado por un ser insólito, ejerce un atractivo inexplicable sobre ella. Sin embargo, el universo, que sólo da cuando quiere, opta por no tentarla esta noche.

Una vez más entra en la casa que le trae amargos recuerdos. Sonny ha dejado la puerta abierta, una costumbre que provocó muchas discusiones entre ellos en una época en que discutían por todo, antes de que ella decidiera marcharse porque la vida era demasiado corta para desperdiciarla intentando moldear el carácter de Sonny a su gusto. Sí, por eso se peleaban en realidad; de pronto sus ojos se abren a esta evidencia, como al resplandor de una cerilla. Por primera vez cobra conciencia del absurdo de todo aquello. «Si él hubiera querido rehacerme a su imagen, a mí no me habría gustado, ¿verdad?»

—Estoy aquí —grita al entrar, más que nada para recordarse a sí misma que aquélla ya no es su casa, que su presencia allí debe ser anunciada y supervisada. Sigue la apagada voz de Sonny hasta el dormitorio principal. Le resulta difícil atravesar el umbral para penetrar en un espacio adonde Sonny (se lo dice su intuición de ex esposa) ha llevado a otras mujeres. Entonces su mirada se posa en Jona, acurrucada en la cama, congestionada y temblando bajo la manta, y se olvida de los asuntos de menor importancia.

Han transcurrido varias horas, y ya han llenado varios cuencos de agua y aplicado unos cuantos paños húmedos a la frente de la niña. Ella suda y tiritita alternativamente, abraza a su madre hasta dejarle doloridas las costillas, para

después apartarla a empujones, inquieta. Pide agua, pero cuando se la llevan la tira de un manotazo. El Tylenol surte efecto durante un rato, la fiebre remite, pero luego sube peligrosamente. Los padres (amalgamados en este papel por la ansiedad) se plantean la posibilidad de llevarla a urgencias, pero la niña llora con tanta amargura, con las mejillas teñidas de rojo por el pánico, que desechan el plan. Por fin la madre llena la bañera de agua fría y se mete en ella. Sólo cuando se le empapa la ropa advierte que todavía la lleva puesta. El padre le tiende a la niña, aquel cuerpecito caliente, yerto, lánguido. Ésta lanza un quejido, mas acto seguido se acurruca contra la familiaridad de las curvas de su madre, que la estrecha contra sí y se mece canturreando. Componen un curioso retablo, esta madona y esta niña parcialmente sumergidas. Se les pone la carne de gallina a medida que pasan los minutos, se estremecen, con los dedos arrugados como pasas. Por fin la temperatura corporal de la niña desciende y el padre la envuelve en una toalla de baño antes de arroparla de nuevo en la cama. La madre se levanta con los pies entumecidos, aferrándose al borde de la bañera con las manos tiesas. Se quita las prendas mojadas y se seca lo mejor posible con la toalla de manos que cuelga del toallero. Se acuerda de esta toalla. Forma parte de un juego que compró en un mercadillo, en sus tiempos de estudiante.

Después llegó a casa, muy contenta y sostuvo las toallas en alto para que él las admirara y alabara. La toalla ya está desgastada, con los bordes raídos, el tejido color granate que huele a su loción de afeitado empieza a deshilacharse. Ella se pregunta por qué Sonny no la ha reemplazado. Probablemente ni se ha fijado en su estado. Los hombres son así, sus ojos de hombre siempre están puestos en otra cosa, nunca en lo que tienen delante.

Alarga la mano hacia la puerta, donde la bata de Sonny cuelga de su percha habitual. También le viene a la memoria la historia de esta percha, el tacto del sello protector al arrancarlo, el olor del adhesivo, el día resplandeciente de...

¡Pero basta de remembranzas! Está allí porque su hija la necesita, es la única razón, y no piensa permitir que una nostalgia trasnochada la impulse a creer otra cosa. Aun así, cuando se pone la bata (un fino kimono de seda que enseguida le resbala por los hombros, muy poco práctico para las frías noches de Bay Area; a ella le gustaría saber quién se lo ha regalado) inevitablemente afloran en su mente imágenes fragmentadas: la fiesta desastrosa, la copa en la mano, las sucesivas copas, la mujer con el falso disfraz de camarera casi obligándola a probar el caviar (¿le habrían echado algo?), brazos que tiran de ella, labios que no reconoce, ella gritando el nombre de Sonny, un cardenal azulado más tarde en su muslo, la sensación de caer hacia arriba, de salirse de su cuerpo. De nuevo la invade la impresión de que ante ella alguien proyecta una película a alta velocidad.

Una semana más tarde intentó hablar con Sonny. Por fin reunió las fuerzas para comentar lo sucedido sin desmoronarse. Incluso entonces le costó: se quedaba sin aliento, se le secaba la boca y notaba calor en el rostro, como si hubiera cometido un acto vergonzoso. Él frunció el entrecejo.

—Pero ¿estás segura? —replicó—. No me puedo creer que alguien te atacara. A lo mejor estabas confundida. ¿Es posible que tomaras alguna droga, tal vez sin saberlo?

Ella se enfureció al comprobar que él restaba importancia a aquello tan terrible que le había pasado achacándolo a un mal viaje producto de las drogas. Se enzarzaron en una disputa, él se largó enfadado y ella no llegó a explicarle lo que realmente quería que él comprendiese: que lo peor de la noche no fue que la atacaran, sino el hecho de que él no estuviera allí para rescatarla. Gritó su nombre, clamando ayuda, y él le falló.

Rakhi no mencionó más el incidente. Poco después se marchó de casa.

Pero ahora, con la inseguridad que la domina desde la muerte de su madre, se pregunta qué ocurrió realmente aquella noche. ¿Cabe la posibilidad de que,

en efecto, estuviera confundida? ¿Son los acontecimientos (o incluso la historia, que ella siempre ha considerado una disciplina sólida y digna de confianza) tan inestables como la lava fundida? ¿Acaso todo intento de reconstruir el pasado está condenado al fracaso desde el principio?

Todo esto le pasa por la mente mientras se acerca a la cama. A pesar de todo, en su fuero interno le reprocha a Sonny que dudase de la veracidad de sus palabras. Habría debido mostrarse más comprensivo, investigar, llevar a cabo averiguaciones y castigar al responsable. Habría debido comportarse como el marido protector que ella necesitaba o, por lo menos, solidarizarse con su sufrimiento. Pero no. Sonny regresó a su club nocturno a crear su hermosa música como si ella nunca le hubiera contado nada.

—Mamá —susurra Jona con voz ronca de fumador—, quiero que te acuestes a mi lado. Pon la cabeza en mi almohada. —Fija en ella una mirada menos turbia que antes, y la mujer, ya más tranquila, obedece, aunque se había prometido que no volvería a acostarse en aquella cama. El somier, bajo su peso, emite un crujido que suena como una carcajada oxidada, como si la casa que ella abandonó se burlase de ella por permitir que la maternidad minase su orgullo.

—Ahora tú —ordena la niña al padre—. Túmbate al otro lado. Ven, apoya la cabeza en mi almohada.

Cuando Sonny se tiende, ella los toma de la mano a los dos y se las enlaza sobre el torso. Exhala un suspiro tan profundo que ellos notan el descenso de su pecho. La mujer yace allí quieta, azorada y silenciosa, sin atreverse a irse porque por fin la niña parece estar descansando. Rakhi pone buen cuidado en apartar la vista del hombre. Es consciente, con cada nervio de su cuerpo, de los dedos entrelazados. Desde la noche en que resolvió dejarlo, no se han tocado más que por accidente. ¿Qué sensación le producirá esto a él? ¿Qué sensación le produce a ella?

El corazón de la niña late ahora a un ritmo menos frenético, y su respiración se ha normalizado. Sí, duerme, aunque se ha sumido en un sueño inquieto, a juzgar por el rápido movimiento de los ojos bajo los párpados. Tal vez es contagioso, tal vez el alivio relaja a los padres, o tal vez están simplemente exhaustos después de la terrible noche. En cualquier caso, se les cierran los ojos también a ellos y se quedan dormidos.

Ella está soñando. Pero sabe que el sueño no es suyo. No ha soñado desde su infancia, cuando se representaba en su mente aquellos colores vivos como los de las pinturas para colorear con los dedos. Es el sueño de Jona, y ella lo está visualizando porque mientras duermen han colocado la cabeza de manera que los tres se tocan. (¿Estará Sonny soñando lo mismo? Pero no, ese hombre no alberga sueños en su interior, sólo una cacofonía de sonidos.)

Vislumbra a una mujer y una niña, en lo alto de la colina. Supone que son madre e hija. No distingue muy bien si se trata de ella misma y Jona (están de espaldas a ella, y la luz que precede al alba desdibuja sus siluetas). La escena la conmueve con su belleza. A sus pies hay flores silvestres, amapolas y lupinos a punto de abrirse. Ya despunta el día. Se atisba el resplandor del amanecer, que ilumina el perfil de la colina. Aguardan ansiosas el amanecer, agarradas de la mano. No obstante, cuando sale el sol, brilla con una luz demasiado intensa, un rayo blanco químico. La mujer se percata, demasiado tarde, de que algo va mal. Apenas le alcanza el tiempo para empujar a la niña de modo que caiga al suelo antes de que el rayo incida en su cabello. Y entonces la mujer desaparece, en un instante, vaporizada. La niña se queda sola, de rodillas, sollozando.

La madre intenta avisar a la niña, pero sólo brota de su boca un gemido ahogado que no significa nada. La luz va a desintegrar a la niña en cualquier momento. Pero no, el sol se ha detenido en su ascenso, y al otro lado de la

colina aparece otra mujer. Hermosa, a contraluz, con una larga cabellera castaña, camina hacia la niña, y cuando llega frente a ella tiende la mano. La madre que sueña arruga la frente. Hay algo que le resulta familiar en la mujer, la falda vaporosa, las flores que lleva en el pelo. La niña alza la vista, insegura, olvidando sus lágrimas de momento. Y en ese instante la madre comprende que la mujer está llena de maldad. No, de maldad no, ésa es una palabra demasiado simple. Pero se llevará a la niña y ésta cambiará, se transformará en algo que su propia madre nunca habría querido que fuera, y eso constituye un ultraje, ¿no? Realiza un último esfuerzo supremo y grita, expulsando la ira de su garganta. Entonces despierta. Su voz todavía flota en el aire, sin embargo, un alarido largo y angustiado. De súbito cae en la cuenta de que la que grita es Jona.

—¡No, no, no! —chilla la niña, con los ojos todavía cerrados, revolviéndose en la cama—. ¡Necesitan ayuda! ¡Ayudadlos!

El padre, sobresaltado, la mira con evidente desconcierto. De manera que la madre deja de lado su propia agitación (es curioso hasta qué punto esta pesadilla, después de tantas noches sin soñar, la sacude; es curioso con qué viveza recuerda cada detalle, después de tanto olvido).

—No pasa nada, cariño —asevera, abrazando a la niña, besándola para traerla de vuelta a este mundo de vigilia—. Es sólo un sueño —insiste, mintiendo conscientemente. Es sólo un sueño si uno desconoce la relación entre la luna y el sol, entre el agua y el aire, entre la plenitud y la aniquilación.

Días más tarde la niña comentará:

—Fue terrible, mamá. Estaban sufriendo tanto... Tenían tanto miedo. Yo quería ayudarlos, de verdad.

—Ya lo sé, cariño —contestará la madre—. Yo también.

La niña le dirigirá una mirada inquisitiva.

—Tuve el mismo sueño —explicará la madre.

—¿Eso se puede hacer?

—No siempre. A lo mejor fue porque estabas muy enferma y yo muy preocupada. Tanto que esa noche se creó un lazo especial entre nosotras, o algo así, cuando apoyé la cabeza en tu almohada. Me pareció tan triste que esa niña se quedara sola... Me daba muchísima pena. Supongo que te estaba imaginando en su lugar...

—Pero, mamá...

La madre continúa hablando, impulsada por el ansia de lo que lleva años guardándose en su interior.

—Estabas muy agitada cuando te despertaste, y te había subido la fiebre. Pasé mucho miedo. Quería comprarte el sueño, como hizo mi madre conmigo. Incluso saqué el dinero del bolso. ¿Te he contado alguna vez que yo antes tenía una pesadilla, siempre la misma, que se repetía una y otra vez, hasta que la abuela me la compró?

—¡Y yo también, mamá! Había soñado exactamente lo mismo antes de ponerme enferma, sólo que no era tan claro. Pero...

—Entonces me acordé de lo que pasó cuando la abuela me compró el sueño. No sé cómo, pero a partir de entonces dejé de soñar durante muchos años. Y decidí que no estaría bien hacerte lo mismo a ti. Aunque tus sueños sean dolorosos, debo dejar que los tengas. ¿Has vuelto a soñar con lo mismo?

La niña asiente con la cabeza, muy pálida.

—Todavía tengo ese sueño, cada pocos días. Pero, mamá, en él no sale ninguna niña. Hay un incendio en un edificio, y la gente está atrapada dentro, pero todos son adultos.

De este modo, la madre descubre que lo que ha soñado no simboliza el

miedo de su hija, sino el suyo propio.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

La mañana siguiente a nuestra admisión en las cuevas como novicias, recibimos nuestra primera clase. Nos la impartió la anciana Samyukta. Más tarde descubrimos que estaba planeado así. Nos trataba con más afabilidad que la mayoría de las maestras, intimidaba menos que la anciana Simhika, con su salvaje melena plateada, o la anciana Samahita, que acostumbraba a abordar a las recién llegadas en los lóbregos corredores de las cuevas y escrutarlas con sus ojos azul acero.

Samyukta, con su sencillo sari de algodón, no parecía muy distinta de las madres que muchas de nosotras (aunque no yo) habíamos dejado atrás. Nos tranquilizó preguntándonos si habíamos dormido bien y si habíamos desayunado bastante. Sin embargo, cuando comenzó la charla, su voz adquirió un tono más grave, y ella clavó la vista en nuestro rostro, como si percibiera rasgos que nosotras mismas ignorábamos. Entonces nos dimos cuenta de que vivir allí, en esas cavernas que se hallaban en el mundo pero no pertenecían a él, nos cambiaría hasta convertirnos en personas totalmente diferentes. Y algunas de nosotras (incluida yo) nos asustamos y centramos toda nuestra atención en contener las lágrimas. Así pues, más tarde, cuando por fin comprendí la enorme importancia de esta primera lección, sólo recordaba fragmentos del discurso de Samyukta. Dejaré constancia de ellos lo mejor posible.

Todas vosotras, nos dijo, habéis recibido una bendición, porque poseéis el

don de soñar, pero a menos que sepáis lo que significa el sueño, de dónde viene y con qué propósito, el don no os servirá de nada.

Borrad de vuestra mente todas vuestras ideas sobre los sueños, porque sólo constituirán un obstáculo en vuestro camino.

Es verdad que a menudo los sueños se componen de imágenes concebidas por una mente atormentada, preocupaciones que salen a la superficie cuando el cuerpo descansa. No obstante, éstos son los sueños de los seres corrientes y no es preciso que os preocupéis por ellos, aunque pasaréis gran parte de vuestra vida explicándolos.

Algunos sueños llevan en sí una advertencia que debéis transmitir a la persona a quien va destinada, una persona cuya mente es demasiado espesa para que la penetre el espíritu del sueño. Esta tarea os resultará especialmente difícil, porque a menudo la persona no querrá escucharos. Por otra parte, no es éste vuestro objetivo principal.

Los sueños más importantes provienen de otra realidad, de otro «tiempo», a falta de un término mejor en nuestro limitado lenguaje. Se trata del tiempo de los espíritus oníricos. Yo carezco de la capacidad para describirlo. Lo único que os aseguro de forma categórica es que basta con permanecer un instante en ese tiempo para transformarse, del mismo modo que la piedra filosofal transformaba el metal en oro. Pero me estoy precipitando.

A medida que avancéis por ese camino, descubriréis que un espíritu guardián custodia a cada una de vosotras. Con un poco de suerte y cuidado, el amor entre vosotras y vuestro espíritu crecerá hasta convertirse en algo grande y maravilloso. A través de los sueños el espíritu os revelará vuestra auténtica identidad, aunque es posible que él os hable muchas veces antes de que aprendáis a escucharlo. Si no lleváis una vida de entrega y compasión ni cultiváis las seis virtudes cardinales, quizá jamás aprendáis este arte. Pero cuando finalmente prestéis atención, si es que llega ese momento, se abrirá

ante vosotras la intrincada trama de amor que une entre sí todos los aspectos de la existencia y jamás necesitaréis nada más para ser felices. Las más afortunadas de entre vosotras, bendecidas por el sueño, viviréis muchos años después en el mundo exterior y ayudaréis a muchas almas. Sin embargo, otras recibirán el mensaje en el momento de la muerte, a la que irá estrechamente ligado. A aquellas que requieren una orientación adicional, en ocasión se les aparece un mensajero en el momento oportuno. No lo paséis de largo: representa vuestra última oportunidad de comprender la verdad del tiempo onírico.

Han pasado muchos años desde que Samyukta pronunció aquel discurso y desde que dejé las cuevas cubierta de ignominia. Reflexiono sobre sus palabras (sobre las que aún recuerdo) de cuando en cuando, y el desaliento se apodera de mí. He intentado seguir la senda de la virtud, pero me he desviado, pues estoy atrapada entre dos mundos que definen la virtud de maneras opuestas. Con frecuencia me he impacientado, me he enfadado, me he alarmado. Me he arrepentido de mis propias decisiones y les he echado la culpa a otros. Y lo peor de todo, no he amado a nadie sin reservas, ni a mi marido ni a mi hija, ni a las almas que, abrumadas por el sufrimiento, acudían a mí en busca de alivio. Por más que me esfuerzo por remediarlo, el núcleo de mi corazón continúa mohoso y desolado. Ni siquiera los espíritus del sueño lo llenan. Cifro mi única esperanza en el mensajero. ¿Vendrá algún día?

RAKHI

Aunque la fiebre de Jona ha remitido, ella está todavía demasiado débil para ir al colegio. Sonny quiere que se quede en su casa, y aunque me irrita (Sonny el Dominante), he de admitir que es lo más práctico. Así, cuando él salga por la mañana para ocuparse de las cosas de las que se ocupan los pinchadiscos cuando no están actuando, yo iré a su casa para cuidar a la niña. Para cuando llegue la hora de marcharme a la Kurma House, Sonny ya habrá regresado.

La mañana siguiente al acceso de fiebre, lavo a Jona y le cambio la ropa sudada. Le espolvoreo talco como cuando ella era pequeña. Al inclinarme para estamparle un beso en la frente, ella me pregunta si me trasladaré a vivir con ella y con Sonny hasta que se recupere y esté en condiciones de asistir a clase. «Por favor, mamá.»

Me cuesta negarme, habida cuenta de lo enferma que ha estado. Me odio por ello, pero mostrar debilidad y ceder acarreará consecuencias desastrosas. Ya es bastante difícil para mí pasar horas en esa casa en ausencia de Sonny. Claro que estar allí en presencia de Sonny despertaría en mí demasiados recuerdos dolorosos... Además, dudo que Sonny ansíe contar con mi compañía.

Ante todo, no quiero que Jona alimente falsas esperanzas de que su padre y yo nos reconciliemos y volvamos a estar juntos.

Le respondo que no, lista para enfrentarme a su llanto, pero Jona no insiste.

Se tumba de costado y cierra los ojos, como si en realidad ya hubiera previsto mi negativa. Advierto tal resignación en la curva de su espalda que me atraviesa una punzada.

¿Estoy cometiendo un error? Supongo que sólo lo sabré más adelante. Sin la perspectiva necesaria, resulta imposible evaluar objetivamente los propios actos, determinar cuáles son acertados, de cuáles nos arrepentiremos.

¿Se equivocó mi madre al decidir venir a Estados Unidos con mi padre? Leyendo sus diarios comienzo a vislumbrar lo que con tanta maña nos ocultaba: sus remordimientos, su nostalgia por la comunidad, su miedo a perder su don. Me parece irónico que conservara la capacidad de interpretar los sueños. Lo que perdió fue el amor, el amor que la había movido a cruzar un océano prohibido. Yo siempre había considerado a mi madre una persona serena. Ahora soy consciente de que ella simplemente negaba la tristeza, por juzgarla una emoción inútil. Sobrevivió obligándose a creer que la soledad denotaba fuerza interior. Empiezo a comprender por qué ella mantenía siempre la vista fija en el futuro, con actitud resuelta. Le dolía demasiado pensar en el pasado. Excepto por sus diarios, había arrancado de su corazón esa faceta de sí misma.

Al leer me invade una pena enorme, pena por ella y por nosotros. Porque su modo de vida pasó factura. Su descontento se abrió paso poco a poco bajo nuestra piel, hasta instalarse allí sin que lo detectáramos, como una infección menor. En el caso de mi padre, este sentimiento se manifestaba de vez en cuando durante sus borracheras. Mi enfermedad, más sutil, era crónica. Se traslucía en mi constante afán por conocerla, como si al penetrar en su intimidad fuera a apoderarme de su alma.

Yo no he llevado una existencia tan dramática como la suya, ni he tomado decisiones tan trascendentales. Pero estoy segura de una cosa, en la medida en que es posible estar seguro de algo en este mundo cambiante y poblado de

sombras: si volviera con Sonny por Jona, tarde o temprano se lo echaría en cara a mi hija. Y eso sería mucho peor que la decepción que sufre ahora.

Este viernes Jona se ha restablecido lo suficiente para ir al colegio, pero prefiero que se quede en casa un día más, para que nosotras, madre e hija, nos sacudamos la preocupación y el agotamiento y lo pasemos bien. Cuando le pregunto qué le apetece hacer, me contesta que quiere que pintemos juntas.

Mientras preparo sus acuarelas sobre la mesa, noto una sensación de pánico, como si alguien me hubiese empujado hasta el borde de un barranco. Se me pasa por la cabeza decirle que no tengo material para pintar, pero no la voy a engañar: sabe que siempre llevo un caballete portátil y un lienzo en el coche. Voy a buscarlos de mala gana y ponemos manos a la obra. O más bien me quedo delante del caballete observando a mi hija, mientras pinta con los ojos entornados y la cabeza ladeada, tan absorta que se olvida de que estoy allí. La envidio cuando la veo mezclar rojos, naranjas y negros, cuando aplica las pinceladas con pulso firme y atrevido. A medida que los objetos cobran forma en el papel advierto, para mi consternación, que está pintando de nuevo un fuego. ¿A qué viene esta obsesión con los incendios? Sin embargo, pronto me distrae comprobar lo mucho que ha mejorado. Debe de haber practicado muchísimo durante estos últimos y desconcertantes meses. Con su abuela muerta y su madre agobiada, pintar le ha proporcionado estabilidad. Sin duda, un medio de expresar sus emociones. Reparo en el cuidado con que perfila los detalles. Las ventanas del edificio brillan a la luz de las llamas. Están llenas de gente, con las manos pegadas al cristal y las bocas abiertas en un grito silencioso. En el cielo también hay fuego. La curiosa cualidad magnética del cuadro me impide apartar de él la mirada.

Mi lienzo continúa en blanco. Incluso después del vivido sueño que tuve en la cama de Sonny, he sido incapaz de pintar. Dios sabe que lo he intentado; he pasado noches levantada, incluso después de regresar agotada a

casa de la Kurma House. He permanecido durante horas delante del lienzo, pugnando por encontrar un tema. Pero todo lo que antes me encantaba pintar (una estación ferroviaria de Calcuta, pescadores en el Ganges, el Belur Math al amanecer) me parece trillado. O quizás el problema reside en mí, en que me he hartado de estos temas. Necesito hallar un nuevo campo, un nuevo estilo. Por desgracia, no se me ocurre nada.

Tal vez yo también debería pintar mi sueño. Esbozo la línea de la colina, las dos figuras que me dan la espalda. Mezclo blanco y amarillo para iluminar el cielo del amanecer, y un amarillo más fuerte por el espacio donde se alzaría el sol dentro de un momento. Es inútil. Ni siquiera mis mejores técnicas me ayudan a insuflar vida al cuadro. La madre y la hija están tan tiesas como recortables de madera; las flores se alinean en filas como un regimiento. La angustia que se adueñó de mí en el sueño, la sensación de pérdida, el pánico... No sé cómo plasmar todo eso, por muchas pinceladas o capas de pintura que agregue. Finalmente, agarro un trapo empapado en aguarrás y borro el lienzo.

Sonny entra silbando, con una bolsa del supermercado, pero en cuanto repara en lo que estoy haciendo, deja de silbar. Se ofrece a llevar mis cosas al coche.

—No, gracias —contesto. Aun así, él sale de la casa detrás de mí.

—Lamento que no te vaya bien con la pintura —afirma.

Me entran ganas de replicar que no es asunto suyo. Sin pensar, barboto:

—¿Y si no puedo volver a pintar? ¿Y si perdí mi talento cuando murió mi madre?

Él tiende una mano como para tocarme, pero enseguida la deja caer. Sus ojos destilan comprensión y tristeza.

—A veces, yo también me siento así. Te dan ganas de morirte, ¿verdad? Pero se te pasará. Tú tienes auténtico talento, Riks. Lo sé.

Aunque no le creo, me aferró al exiguo consuelo de sus palabras. Cuando me propone que me quede a comer, no rehúso la invitación.

Jona decide que vamos a almorzar crepes. («Las haremos Sonny y yo, mamá. Ya verás.») Se ponen delantales. Jona saca los ingredientes, y Sonny toma de ellos las medidas que indica la receta, con una actitud decididamente hogareña. «Está fingiendo —asevera mi voz susurrante—. En el fondo, sigue siendo Sonny el Calavera.» A pesar de todo, su comportamiento me impresiona favorablemente. El equipo padre-hija prepara las crepes acompañándose de muchas risas («y dejando la cocina hecha un desastre», señala mi remilgada voz susurrante. «No es mi cocina —replico yo—. No tengo que limpiarla.»)

Comemos crepes con fresas frescas y nata, lo que había en la bolsa (mi voz susurrante frunce los labios. «Muy poco apropiado.») Jona sirve zumo de naranja. Se le ha manchado de harina la punta de la nariz. Cuando la felicito por lo deliciosa que ha salido la comida, la alegría le sonroja las mejillas. El sol inunda la cocina, relajando mis músculos. Satisfecha, me sumo en un amodorramiento de lo más agradable. No me importaría repetir la experiencia ocasionalmente. Aunque no formemos una familia feliz veinticuatro horas al día, sí que lo somos a ratitos.

—He estado trabajando en un nuevo estilo de música que me tiene entusiasmado —comenta Sonny—. Me encantaría que vinieras al club a oírla.

—Sí, mamá —añade Jona—. Deberías ir. Está muy bien.

La serenidad me abandona de golpe.

—¿Y cómo lo sabes? —Ceñuda, la miro primero a ella, luego a Sonny—. ¿Es que la llevas al club?

Sonny adopta su expresión de víctima. Jona pone los ojos en blanco.

—¡Mamá! Me trae los CD a casa, para que los oiga. Los nuevos, los que

acaba de grabar. —La niña hincha el pecho—. ¡Yo soy siempre la primera en oírlos! Son buenísimos.

Clavo los ojos en Sonny, sorprendida.

—No me habías contado que estabas grabando discos —le recrimino, ofendida sin razón. Él se encoge de hombros y sonríe, pero no me presenta ninguna excusa. ¿Y por qué habría de justificarse? Yo tampoco lo mantengo al tanto de todos los detalles de mi vida.

—Me encantaría que vinieras —afirma de nuevo, con su sonrisa tersa como la seda. Sin embargo yo, que conozco a este hombre mejor que ninguna otra mujer (ah, la vanidad de la ex esposa), percibo un revelador latido en su sien. Le está costando trabajo pedírmelo.

A pesar de todo, algo me impide aceptar. Cada vez que esas imágenes se agolpan en mi cerebro (humo y sudor, brazos que me agarran, manos que me sujetan la cabeza, obligándome a abrir los labios), siempre suena de fondo la música de Sonny, palpitando con complicidad. ¿Algún día soportaré oírla de nuevo? Me he esforzado mucho por librarme de tanta rabia y tanto dolor. No quiero arriesgarme a que resurjan.

—Ahora no puedo —respondo, aparentando naturalidad—. Estoy muy ocupada. A lo mejor más adelante...

Jona tuerce el gesto, enfadada. Le leo el pensamiento: «Eres mala. Lo estábamos pasando muy bien y tú tenías que estropearlo.»

—No te preocupes —dice Sonny en un tono tan despreocupado como el mío. ¿Adivina mis razones o piensa que no considero que su música valga la pena? De cualquier modo, está enfadado. Lo sé porque sus iris cambian de color, se tornan más oscuros. Me gustaría abrazarlo por la cintura y explicárselo todo, pero soy demasiado quisquillosa para eso. Me despido de él y de Jona, que me contempla con frialdad por la ventana.

RAKHI

El negocio de la Kurma House marcha bien. Por la tarde es cuando hay más ajetreo, antes de que empiece la música, y luego viene una avalancha de pedidos de comida para llevar, aunque también atraemos a una clientela nada despreciable a la hora de comer. El trabajo en la cocina empieza a ser agotador para mi padre. A pesar de que lo entusiasma, a veces lo sorprendo frotándose el brazo roto. Belle y yo ayudamos todo lo posible, que no es mucho, pues debemos atender a los clientes. Belle propone que, si todo continúa igual durante otro mes, contratemos a un pinche. Jespal, que viene casi todas las tardes, asegura en broma que solicitará el puesto.

—Es más divertido que mi proyecto de ingeniería, y me encantan los incentivos.

—¿Qué incentivos? —pregunta Belle.

—Comida gratis, buena música en vivo y la compañía de dos hermosas damas.

Yo disimulo una sonrisa. Es evidente a cuál de las dos hermosas damas viene realmente a ver. A menudo, después de cerrar, los dos suben al coche y desaparecen en la oscuridad. Me temo que los ortodoxos padres de Belle no habían previsto que los acontecimientos tomaran este rumbo.

Cuando llego a la Kurma House esta tarde, reina la tranquilidad. Los clientes de la hora del almuerzo ya se han marchado. Ping ya lo ha recogido todo, de manera que dejo que se vaya. Oigo a mi padre silbar en el interior,

pero Belle todavía no ha venido. Me sorprende. Siempre se presenta antes que yo.

—No tienes por qué venir tan temprano —le dije una vez—. Ping puede encargarse del almuerzo. De todas formas siempre te quedas hasta la hora de cierre.

Belle arrugó la frente.

—Estoy más tranquila si ando por aquí.

—¡Ay, Belle! Estás como esas madres neuróticas que se creen que a sus hijos les sobrevendrá alguna calamidad en cuanto ellas les quiten la vista de encima. De no ser por Jespal, te instalarías aquí a vivir.

Ella dejó pasar este comentario.

El bar está impregnado de olor a *singaras*. Echo un vistazo a la cocina; mi padre ya ha preparado el relleno de coliflor y patata y lo ha puesto a enfriar en una fuente grande. Está calentando aceite en nuestro *wok* más grande, sobre el fogón de gas, y estirando la masa con un rodillo para la envoltura.

—Oye, papá, ¿cómo es que estás cocinando *singaras*, con lo trabajoso que es? Además, ¿por qué tantas? ¿Celebramos alguna ocasión especial?

—A veces hay que hacer cosas especiales porque sí, ¿no crees? —me contesta—. Quién sabe si seguiremos aquí cuando por fin surja la ocasión especial. —Se vuelve hacia la foto de la hornacina y de pronto lamento que mi madre no esté aquí para presenciar esta escena de apoyo mutuo entre padre e hija. Ella no se impresionaba fácilmente, la visión de mi padre con un delantal enorme le habría roto todos los esquemas. Quizá le habría arrancado una carcajada.

Intento acordarme de su risa, pero no lo consigo. Todo lo referente a ella está desvaneciéndose en la bruma.

Mi padre suspira y sigue extendiendo la masa. Seguramente echa de menos a mi madre todavía más que yo. Me fijo el propósito de visitarlo con Jona

este fin de semana. Tal vez logremos convencerlo de que nos cuente más historias de la India.

De repente caigo en la cuenta de que no se ha emborrachado desde que falleció mi madre.

—¿Que por qué hago tantas? —prosigue—, pues no lo sé. Es que esta mañana he tenido un presentimiento. Podemos congelar las que sobren.

—Te ayudo a rellenarlas —me ofrezco.

Él me dirige una mirada de inseguridad.

—¡No te preocupes! Mamá me enseñó. Y no intentes apartar del fuego tú solo ese *wok*, que pesa mucho, ¿vale?

Él frunce el entrecejo.

—Me las puedo apañar. —Es tan tozudo como yo.

Corto un círculo en dos mitades, como aprendí de mi madre, enrolló cada una hasta formar un cono y lo relleno con la mezcla. A continuación humedezco la punta y lo cierro. Es una maniobra delicada. Los deposito uno a uno en una fuente con harina y espero. Una *singara* bien rellena, me indicó mi madre en cierta ocasión, no se vuelca. Me satisface comprobar que las mías se quedan de pie. Le dedico a mi padre una sonrisa de triunfo. Él sonríe también.

En ese momento suena la campanilla de la puerta.

—Siento llegar tarde —resuella Belle, irrumpiendo en la sala sin aliento—. Rikki, tengo que hablar contigo. Señor Gupta, por favor, ¿nos disculpa un momento?

Dejo las *singaras* a un lado, intrigada. Belle no es precisamente una persona reservada. De hecho, con frecuencia me avergüenza la franqueza con que se expresa delante de mi padre, a quien ahora trata como si fuera su tío favorito.

Me lleva a un rincón, a la vez emocionada y nerviosa.

—¡Riks, qué voy a hacer!

—Podrías empezar por contarme qué pasa.

Belle respira profundamente.

—Jespal me ha pedido que me case con él.

La abrazo.

—Es maravilloso. ¡Enhorabuena! —Al fijarme en su expresión, añado—: No me digas que no te lo esperabas. Tal vez se ha decidido un poco antes de lo que yo había calculado, pero desde luego me lo veía venir. ¿No estás contenta?

—No lo sé muy bien —responde ella—. Me gusta muchísimo, y yo sé que le gusto a él. Pero no pensaba que fuera tan en serio.

—¿Y por qué no? A mí me parece un chico muy serio. Un buen partido, no como esos Jovencitos de dudosa reputación con los que sueles juntarte.

—Puede que ése sea el problema. A veces pienso que somos demasiado diferentes. Él es de lo más tradicional. Ya has visto su turbante. ¿Sabes que de verdad lleva el pelo largo debajo? Le llega hasta la mitad de la espalda, como el del tío ese de *El paciente inglés*, ¿te acuerdas? La primera vez que lo vi me dio un patatús. Aunque ahora tengo que admitir que lo encuentro muy sexy.

—Y entonces ¿cuál es el problema? Tú opinas que su turbante es sexy. Él probablemente opina lo mismo del *piercing* que llevas en el ombligo y tu cabello de color rosa...

—El color se llama Borgoña Bruñido, para que lo sepas. Pero, en serio, ¿qué futuro tiene un matrimonio basado en el atractivo sexual?

—Ay, hija, cómo me alegro de ver que por fin has bebido del pozo de la sabiduría. No era ésa la canción que cantabas hace apenas dos meses.

—Ése es tu problema, Rikki, que te pones frívola en los momentos menos oportunos. Para que se establezca una relación seria entre dos personas es

importante que las dos tengan una manera de pensar parecida. Él cree que hay que vivir de acuerdo con los valores del Granth Sahib: pureza física, disciplina, la familia por encima de todo. Hay que ser un miembro respetable de la comunidad y asistir con regularidad al *gurdwara*. Son las reglas que mis padres se empeñaron en inculcarme todos los días de mi vida hasta que me libré de ellos yéndome a la universidad.

—Pues a mí no me parece que sea de esos que intentan imponerte sus valores...

—Probablemente no. Pero esos valores lo significan todo para él. No es que los aceptara porque le educaron así, sino que ha meditado sobre ellos, se ha resistido a abrazarlos y finalmente se ha convencido de que le van mejor que las costumbres occidentales. Y yo... ¡tú ya me conoces! No nos pondremos de acuerdo sobre nada, y al cabo de un tiempo nos cansaremos de ceder los dos. Eso es lo que me da miedo. No quiero que terminemos odiándonos.

—¿Y qué le has dicho?

—Que le contestaría mañana. Por eso necesito tu consejo, como tú has estado casada y todo eso...

Se me escapa una seca carcajada.

—¡Belle! Yo no soy precisamente la más adecuada para impartir consejos. ¡Mira cómo ha terminado mi matrimonio!

—¿Y por qué terminó así? La verdad es que nunca me lo has aclarado. ¿Fue por algo que hizo Sonny? ¿O más bien se debió a eso de lo que estamos hablando, a diferencias irreconciliables?

Rememoro de nuevo aquella noche de la fiesta, el terror indefinido, mi grito de ayuda en el vacío. ¿Fue aquello el principio o el fin? Durante años había estado enamorada de él, Sonny, mi Salvador, o eso creía, pues en

realidad estaba enamorada de una imagen que yo misma había pintado delante de mis ojos, para ocultarme la verdad.

—Es muy complicado —contesto—. No creo que tú vayas a tener los mismos problemas. Pero ya que te corroen tantas dudas, ¿por qué no le pides que espere un poco?

Belle exhala un suspiro.

—No quiere esperar. Tiene prisa por sentar la cabeza, quiere tener hijos de aquí a un par de años. Sus padres se están haciendo mayores y quieren conocer a su nieto antes de morirse. Jespal me quiere, pero considera que si no me tomo en serio esta relación, no tiene sentido que sigamos juntos.

—¡Caramba! ¡Menudo ultimátum! No te puedo imaginar con... ¿cómo los llamas tú siempre? ¿Monstruitos? ¡Tú con un hatajo de mocosos! ¡Eso por no mencionar a la familia política! ¿Tú crees que podrás con todo?

Su rostro se contrae en una mueca.

—No lo sé. Me da tanto pánico que ni siquiera me atrevo a planteármelo. Pero cuando pienso seriamente en ello, me parece que toda la independencia del mundo no compensa el terminar con él.

—Belle, no sé qué...

En ese momento la puerta se abre otra vez.

Al ver quién acaba de entrar, dejo la frase a medias y me quedo boquiabierta. Es la encargada del Java. Pero no lleva el uniforme. Posiblemente es su día libre. Luce un vestido relumbrante y ajustado que parece salido de *Star Trek* y que resalta sus músculos esculturales y realza sus mechadas plateadas. Los dientes le brillan cuando nos sonrío.

—Espero no interrumpir nada. He querido devolveros la visita.

Belle se recobra antes que yo.

—¡Estamos encantadas de tenerte aquí! Siéntate. ¿Te apetece beber algo?

¿Quieres probar unos dulces hindúes? —sugiere, apuntando con el dedo al expositor de cristal.

—Por cuenta de la casa, por supuesto —añado yo, recuperando la compostura.

La encargada se acerca con andar regio a un rincón junto a la ventana. Me mira de hito en hito mientras se sienta y cruza las piernas con un movimiento ostentoso. La falda corta se alza para dejar al descubierto unos muslos que aparentemente no han oído hablar jamás de celulitis. Escruta el expositor y arruga la nariz con gesto elegante.

—No me van mucho los postres. Prefiero la comida salada, con un toque picante. Por el olor deduzco que se está cocinando algo en la cocina. Me gustaría probarlo, si me decís qué lleva. Soy muy maniática para esas cosas. O mejor aún, ¿podría hablar con el cocinero?

No acierto a dilucidar qué se trae entre manos, pero de lo que sí estoy segura es de que no quiero que conozca a mi padre.

—Lo siento —respondo—, pero el cocinero está ocupado. —Considero la posibilidad de añadir que la composición de nuestros platos constituye un secreto cultural y que si no quiere comer nada, por mí, estupendo. Pero como hay que dispensarle un trato de invitada, le explico—: Es una masa frita, rellena de verduras. Viene con una salsa...

—Creo que eso puedo comerlo. Espero que no te importe que te lo haya preguntado, pero es que a veces los extranjeros utilizan... esto... ingredientes extraños en la comida. Y, ah, sí, me gustaría tomar un buen té americano, si tenéis.

—Juraría que acaba de insultarnos —susurra Belle—, si no fuera porque lo que ha dicho es tan gracioso. ¿De verdad ha pedido «un buen té americano»?

—Me alegro de que por lo menos a ti te haga gracia —respondo.

Me dirijo a la cocina, donde mi padre, que acaba de terminar de freír una

sartenada de *singaras*, me contempla con expresión inquisitiva.

—Ya te contaré. —Coloco una *singara* en un plato y me acerco a la nevera donde guardamos los *chutneys*. El de tamarindo viene en tres versiones: picante, más picante y puro fuego. Sirvo una cucharada de este último. Eso le dará el «toque picante» que ella desea.

Cuando se lo llevo, la encargada me hace una señal con la mano. Las uñas también las lleva plateadas.

—Siéntate —me invita—. No se te ve muy ocupada ahora mismo.

—Siempre hay cosas que hacer —me defiendo.

—Sí, cuando no es una cosa es la otra. A mí me pasa igual. Pero cuando estáis más ajetreadas es por la noche, ¿no?

No se trata de una pregunta. Ha estado observándonos.

—Tenéis algunos clientes muy raros —agrega.

Yo pugno por no perder los estribos.

—Supongo que depende de lo que uno considere raro.

—Sí, también es verdad —admite con una sonrisa cándida—. Y la música... si es que a eso se le puede llamar música..., suena muy alta.

¿Así que todo se reduce a esto? ¿Ha venido a quejarse del ruido?

—No me imagino cómo puede sonar tan alta. Se trata sólo de unas cuantas personas que cantan y tocan instrumentos. Ni siquiera tenemos micrófonos.

—Ya, pero es que no sabes cómo se oye ahí enfrente, ¿verdad que no? —insiste sin dejar de sonreír dulcemente—. Ese es el problema. Cualquiera día de éstos os va a causar serias complicaciones.

¿Me está amenazando con denunciarnos?

—Ya solucionaremos los problemas cuando surjan. —A pesar de mi bravuconería, sus palabras me inquietan. ¿Existirá alguna ordenanza municipal en contra de la música en los bares? Habré de investigarlo.

—Yo tengo cosas que hacer —me excuso—. Belle te traerá el té.

—No, dile que no se moleste. Ya estoy más que satisfecha.

Intento discurrir alguna réplica ingeniosa cuando suena el teléfono. Es Ping.

—Se me olvidó decírtelo —comienza—. Ha llegado un paquete que creo que es para ti. Lo he puesto en una estantería de la trastienda.

—¿Quién lo ha traído? ¿Y por qué crees que es para mí?

—No sé quién lo traería. Me lo encontré en una silla cuando estaba limpiando. El paquete no llevaba ningún nombre, pero alguien había escrito en él las palabras «Para ti». Al abrirlo vi que dentro había unas reproducciones de cuadros, así que supuse que serían para ti. Aunque no sé por qué lo dejaron en una silla...

Me muero de ganas de ir corriendo a la trastienda, pero primero pregunto:

—¿Quién estaba sentado a esa mesa?

—A ver... Eran dos o tres personas que llegaron en momentos distintos. Es la mesa de la ventana, ya sabes, una de las más populares. Había una mujer y dos hombres, estoy segura.

—¿Te acuerdas de cómo eran?

—La mujer era bastante guapa. Llevaba un vestido holgado de algodón. Los hombres eran normales y corrientes, nada especial. Todos pidieron café...

—¿Tenía la mujer el pelo largo y rizado?

—Le caía sobre los hombros. No me fijé en si lo tenía muy largo.

—Y los hombres... —Trago saliva y prosigo—. ¿Iba alguno de ellos vestido de blanco?

—Creo que el último que llegó llevaba unos pantalones blancos. Pero el paquete lo pudo dejar cualquiera. Si no llego a apartar las sillas para quitarles el polvo ni siquiera lo hubiera visto...

Esto no significa nada. En Berkeley abundan las mujeres de cabello largo y ropa suelta y los hombres vestidos de blanco.

Mientras le agradezco la llamada oigo un estrépito procedente de la cocina —un objeto metálico al caer al suelo— y un grito de mi padre.

—¡Rakhi! —brama—. ¡Corre! ¡Trae el extintor!

Dejo caer el teléfono. Presa del pánico, no consigo recordar dónde está el extintor. Por fin lo localizo en un rincón, cubierto de telarañas. Belle ya ha entrado a toda prisa en la cocina. Yo la sigo.

Aquello es el caos. El *wok* está en el suelo, en medio de un oscuro círculo de aceite derramado. Parte de él ha debido de verterse sobre el fogón y se ha inflamado. Surgen fogaradas por todas partes, algunas llegan incluso al techo. Mi padre trata en vano de sofocarlas con el extintor que guardamos junto a la cocina. Yo forcejeo con el que sostengo entre las manos, intentando averiguar cómo se utiliza. Es de tamaño industrial, enorme y pesado y difícil de manejar, pero por fin, gracias a Dios, empieza a funcionar. Mi padre y yo disparamos chorros de espuma, inútilmente, al parecer. Las llamas me lamen voraces la cara, más calientes de lo que yo me imaginaba. ¿Es esto lo que Jona soñaba, que nos quedábamos aquí atrapados y moríamos en el incendio? El calor aumenta, y ante nosotros saltan llamaradas amenazadoras. ¿Le había venido a Jona el sueño como un aviso para mí? Belle ha llenado un cazo de agua. Nos tira el agua encima, pero se me evapora de la piel casi de inmediato. Llena otro cazo, nos arroja el agua de nuevo. La humareda me provoca tos. ¿Será mi hija una intérprete de sueños?

—¡Déjalo! —le grito a mi padre—. ¡Vámonos!

No obstante, él se niega a escucharme y continúa lanzando espuma aunque se le ha entumecido tanto el brazo que lo mueve con torpeza.

Cuando casi hemos perdido toda esperanza, el fuego comienza a remitir. Lo rociamos con renovado vigor mientras Belle nos moja repetidamente hasta que, al cabo de unos minutos sólo quedan las estanterías carbonizadas,

el techo y las paredes ennegrecidas y un emplasto de aceite, espuma y agua en el suelo.

Salimos temblando a la parte delantera del bar, que ahora está vacía. ¿Cuándo se ha marchado la encargada? Me escuece la cara como si me hubieran abofeteado, me arde la garganta a causa del humo y mis piernas están a punto de ceder. Me dispongo a sentarme cuando percibo el ulular de las sirenas. Un grupo de bomberos irrumpen en el bar, provisto de una manguera. Los guiamos a la trastienda. Echan más agua para asegurarse de que el fuego se ha extinguido del todo, pero no pueden hacer mucho más. Ha llegado una ambulancia. Los médicos nos atienden a mi padre y a mí para tratar nuestros cortes y quemaduras. El jefe de los bomberos redacta un informe y nos sugiere que nos pongamos en contacto con la compañía de seguros. Nos reprende por no haber salido del edificio de inmediato. Ha sido una locura y nos hemos expuesto a un grave riesgo. Menos mal que casi toda la habitación es de cemento y ladrillo y no de madera, asegura. De lo contrario, estaríamos carbonizados. Nos advierte que no cocinemos allí hasta que se arregle la trastienda y se lleve a cabo una inspección. Antes de marcharse nos recuerda de nuevo, severo, la suerte que hemos tenido.

Nos dejamos caer en sendas sillas ante una mesa, Belle, mi padre y yo, los tres con un aspecto desastroso. Yo no me considero precisamente afortunada, y a juzgar por sus caras, ellos tampoco. Me horroriza la rapidez con que acaecen las catástrofes (aunque eso ya debería saberlo, ¿no?). Se me pasa por la cabeza hablarles del sueño de Jona, de sus dibujos de incendios. Sin embargo, no me veo capaz de encajar su reacción en este momento.

—Gracias por llamar a los bomberos —le digo a Belle—. Has tenido buenos reflejos.

Belle arruga la frente.

—¡Pero si no los he llamado! Debería haberlo hecho, pero supongo que me

he dejado llevar por el pánico. Acuérdate, yo he estado con vosotros todo el rato, tirándoos agua para protegeros del fuego. Claro que tampoco ha servido de mucho. —Me desliza un dedo por la mejilla. La siento cubierta de ampollas—. Tienes las cejas quemadas —comenta.

—Entonces ¿quién los ha llamado? La trastienda no tiene ventanas. Los vecinos no han podido ver... —De súbito un pensamiento me cruza la mente. ¿Les habrá avisado la encargada del Java? Imposible. Ella pegaría saltos de alegría si la Kurma House se quemara hasta los cimientos con nosotros dentro. Pero no se me ocurre otra posibilidad.

Un cliente entra para pedir un café, y Belle se ve obligada a informarlo de que el bar no está abierto. El hombre cruza la calle y entra en el Java.

—Más vale que pongamos el cartel de CERRADO —sugiere Belle. Yo obedezco, derrotada.

Dedicamos el resto del día a limpiar la trastienda. Tiro una bandeja de *singaras* a la basura con una punzada en el corazón. Para cuando anochece ya hemos recogido la mayor parte de los escombros. Desgraciadamente, necesitaremos contratar a profesionales para que reparen lo demás. No quiero ni conjeturar cuánto nos va a costar.

He buscado entre las ruinas la fotografía de mi madre, pero no la he encontrado. Me desasosiega la pérdida de esa fotografía. Sin embargo, no pregunto por ella. Preguntar equivaldría a reconocer que su pérdida (y la mala suerte que conlleva) es real.

Cuando terminamos le formulo a mi padre la pregunta que he estado callando por miedo a perder los estribos.

—¿Qué ha pasado?

—Pues no lo sé muy bien. Estaba retirando el *wok* del fuego... Ya sé, ya sé que debería haberte llamado, pero tú estabas hablando con un cliente, y además, tampoco era la primera vez que lo hacía. El caso es que esta vez de

pronto el *wok* se volcó. ¡Una cosa rarísima! Yo creo que se me torció la muñeca. —Se le escapa un suspiro—. No sabes cuánto lo siento.

Debo de estar demasiado agotada para enfadarme, porque mi estado de ánimo tiende más bien al abatimiento. Qué mala pata que nos pase esto justo cuando por fin empezábamos a despegar. No sólo habremos de pagar las reparaciones, sino que nos subirán la prima del seguro. Además, hemos perdido muchas existencias. Y si cerramos, aunque sea sólo durante unos días, se romperá el ritmo de las veladas musicales. La gente matará el tiempo de otra manera y ya no regresará nunca.

Belle me llama desde el rincón donde se había sentado la encargada.

—Mira.

Me señala la *singara* que le había llevado a la mujer, aplastada y reducida a una masa informe. Bañada en *chutney* rojo, semeja un diminuto animal atropellado. Es evidente que ella ni siquiera la ha probado. Comparado con la destrucción de la trastienda, esto no reviste la menor importancia, pero me produce un estremecimiento. Hay una gran malicia en ese pequeño acto de desprecio.

¿Habrà tenido algo que ver ella con el fuego? ¿Lo habrá provocado a base de pura fuerza de voluntad?

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas. Quiero achacar lo sucedido a alguien porque me resisto a renunciar a los precarios vínculos que me unen a mi padre por primera vez en la vida.

—Tíralo —le indico a Belle—, todo, con el plato. —Pero ella se me ha adelantado. Me duele mucho la cabeza. Pienso con nostalgia en mi cama, en la que planeo acostarme en cuanto me tome una dosis doble de aspirina.

Cuando estoy a punto de cerrar, mi padre se me acerca:

—Más vale que vayamos todos a tu casa, Rakhi. Es la que queda más cerca.

Clavo en él los ojos, desconcertada.

—¿Para qué?

—Pues para ducharnos, claro. —Bajo el hollín que le mancha la cara se aprecia una expresión decidida—. Tendrás lavadora y secadora en el edificio, ¿no? A Belle le puedes prestar ropa, pero yo no tengo otra cosa.

—¿De qué estás hablando?

—Hay que volver a abrir antes de que lleguen los músicos.

—Pero ¿te has vuelto loco?

Me mira con fijeza, parpadeando. Por su semblante colijo que se considera bastante cuerdo.

—¿Es que no has oído a los bomberos? —le grito—. Tenemos que cerrar hasta que nos hagan una inspección.

—Yo no he oído que dijeran eso. —Mi padre saca pecho—. Lo que ha dicho es que no podemos cocinar en la trastienda. Y no cocinaremos. Tenemos máquinas de té y café, y esta mañana yo he metido en el congelador comida que bastará por lo menos para esta noche.

—Papá, ¿es que nunca te das por vencido?

—Dejaremos el extractor encendido para que se limpie el aire. Mañana prepararé un par de platos sencillos en casa para traerlos al bar. Y luego ya veremos, *beti*.

—Ya veo que efectivamente estás loco —le espeto. Luego me vuelvo hacia Belle—. Dile que está loco. No podemos abrir esta noche, en medio de este caos. Ni esta noche, ni mañana ni nunca. Por lo que a mí respecta, esto se acabó.

Belle, insegura, dirige la vista alternadamente a mi padre y a mí.

—A lo mejor el señor Gupta tiene razón. Podríamos intentarlo, aunque sólo sea por esta noche...

—Me niego a tomar parte en esta farsa. ¿Qué les vamos a decir a los

clientes, suponiendo que se queden durante el tiempo suficiente para escucharnos?

—Pues les diremos la verdad, que ha sobrevenido un accidente —contesta mi padre—. Ellos habrán vivido situaciones similares. Lo entenderán.

—Yo no quiero que lo entiendan. —Destellos causados por el dolor se me aparecen ante los ojos—. Yo lo que quiero es un puñado de aspirinas y un poco de paz y tranquilidad. Vosotros haced lo que queráis, pero a mí no me impliquéis en esto. A partir de este momento, yo dejo el negocio.

Le arrojé las llaves a Belle y me marché. Ellos me siguen con la mirada.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

Desde muy pequeña, Rakhi experimentó una auténtica fascinación por mí. Aguantaba los esfuerzos de su padre por entretenerla, pero sólo se le iluminaba el rostro cuando estaba conmigo, hasta que, al cabo de un tiempo, él desistió de intentarlo. ¿Atravesarán todas las niñas esta fase de adoración de la madre? Por mi condición de huérfana, lo ignoro. De todas maneras, en su caso no fue una fase.

Rakhi me observaba durante horas desde su corralito. A diferencia de otros niños, no pedía que la aupásemos o que jugáramos con ella. Se conformaba con mirar. No apartaba la vista de mí cuando cocinaba o limpiaba, cuando me sentaba con los párpados cerrados para tamizar los sueños que se agolpaban acuciantes en mi cabeza. Cuando yo hablaba con los clientes por teléfono, la niña escuchaba con la cabeza ladeada y los ojos negros muy abiertos, sin pestañear, como si entendiera todas mis palabras. A mí me incomodaba. Empecé a atender las llamadas desde el dormitorio, aunque la visión de la cama en la que ya no dormía también me incomodaba, aunque por otros motivos.

La niña creció. Consciente de que pronto empezaría a hacer preguntas, preparé cuidadosamente una explicación. Cuando le conté a qué me dedicaba, intenté presentarlo como una actividad normal. No obstante, ella ya lo había catalogado en su mente como el trabajo más maravilloso del mundo, y a mí, por extensión, como la persona más maravillosa del mundo.

Me preocupaba que mi hija me idolatrara hasta ese punto. Había muchas cosas que no sabía de mí, que yo no osaba revelarle. Mis errores, mis traiciones, mis cobardías. Tarde o temprano las descubriría, y también ella se lo tomaría como una traición. Había que evitar que eso ocurriera, pero ¿cómo? Yo, que aconsejaba a tanta gente sobre sus problemas, estaba muy desorientada respecto al mío.

Rakhi se había enfadado tanto que no quería comer. Se negaba a hablar conmigo. Pensaba que no le enseñaba a interpretar los sueños por puro egoísmo, porque pretendía reservarme ese don sólo para mí. (Su percepción resultó más acertada de lo que ella misma pensaba. Sin duda me movía el egoísmo, aunque se trataba de una clase distinta de egoísmo.) Incluso su padre, que por lo general se guardaba sus comentarios sobre los asuntos caseros, preguntó qué estaba sucediendo. Habría debido desvelarle entonces a la niña lo que había concluido a partir de los ejercicios de principiante: que carecía de talento. Por otra parte, me parecía cruel. Cegada por el amor, me persuadí de que quizá me había equivocado. No perderíamos nada con intentarlo de nuevo. Así pues, esa noche, aun sabiendo que era un error, la invité a que durmiera conmigo en el cuarto de costura.

Le indiqué que se tumbara sobre mi almohada, de tal modo que nuestras cabezas se tocaran. Le pedí que cerrara los ojos. Me acordaba de este procedimiento que mi tía había puesto en práctica conmigo después de aparecer como la luz de un rayo en mi vida gris. A continuación había extendido la mano para tocar algo que dormía en mi interior. Por desgracia, yo no había aprendido esa técnica. Era algo que se les enseñaba a los intérpretes de sueños en los últimos meses de estudio, y yo me había marchado antes.

En los barrios bajos donde me crie, la gente me rehuía por miedo a que adivinase sus secretos, sus pensamientos ocultos. Esto me garantizó una cierta protección en un lugar donde algunos se aprovechaban de los huérfanos de manera cruel. Me alegraba de poseer esa facultad, pero no le prestaba mucha atención. Ahora sospecho que había estado leyendo los sueños de quienes me rodeaban.

Cuando Rakhi era pequeña yo practicaba un juego con ella.

—A ver si averiguas lo que estoy pensando —le decía por la mañana, cuando yo había soñado algo importante. Me la sentaba en el regazo, la miraba a los ojos y me concentraba en el sueño con la esperanza de que ella conectara con él. Ella me acariciaba la cara, jugueteaba con mi pelo. Al final se ponía nerviosa y se bajaba de mis rodillas, dejándome tan decepcionada como aliviada.

Habría debido desistir después de aquellos intentos fallidos. Pero no, cuando estábamos tumbadas en el suelo, con nuestras cabelleras enredadas entre sí, decidí esforzarme más que nunca en romper la barrera entre nuestras mentes. Cerré los ojos. Era muy consciente de que mi esposo estaba en la habitación de al lado, lavándose los dientes, preparándose para irse a la cama. ¿Se preguntaría qué estábamos haciendo? Oí que se acercaba a mi habitación, y me tensé. Sin embargo, los pasos se detuvieron y retrocedieron, como siempre. Rakhi ya se había quedado dormida, y respiraba de forma agitada, trabajosamente, como cuando uno sube una escalera empinada. Sondeé su pensamiento por pura costumbre, pero no encontré sueño alguno. Ella no había soñado desde la mañana en que le compré la pesadilla. Me estremeció el doloroso recuerdo de ese remedio que había resultado peor que la enfermedad. ¡Qué maldición, caer en la negrura todas las noches al quedarse dormida! Por otro lado, si esta operación salía bien, si lograba transmitirle algo de mi don, a lo mejor me perdonaría.

Me abstraigo de todos los sonidos exteriores. Me sumí en un estado de introspección a fin de despertar el poder que me proporciona acceso a los sueños de los demás. Al cabo de un rato, empezó a brillar una luz diminuta en el centro de mi pecho. Me concentré aún más y noté que comenzaba a moverse. Con un esfuerzo la dirigí al punto en que mi frente se tocaba con la de Rakhi. Visualicé su conciencia como una lucecilla similar y la invoqué. Nunca había hecho una cosa parecida. Al principio no noté nada, pero luego percibí cierta calidez en la cabeza. Al cabo de un rato algo comenzó a filtrarse en mí. Entonces lo atisbé, débil y resbaladizo, cabeceando junto a mí. Lo invité a entrar. Las dos luces se desplazaron por mi pecho. Avanzaban flotando por un largo conducto. ¿Sería una arteria? Pero tal vez habían entrado en un paisaje interior que no guardaba relación alguna con mi cuerpo físico. A medida que se adentraban en él, varias escenas se proyectaban a cada lado de ellas como en una pantalla de cine.

Mujeres con saris harapientos se aglomeran en un sendero. Pretenden proveerse de agua en un grifo de la calle. Se propinan empujones unas a otras porque pronto cortarán el suministro. Quedarse con el cántaro vacío significa no disponer de agua para cocinar, para que beban los niños. Las mujeres más fuertes se abren paso hasta la cabeza de la cola. Una aparta de un duro codazo a una niña escuálida, que pierde el equilibrio y se desploma. Su cántaro se estrella en el suelo. Ella contempla los pedazos, horrorizada. La familia que la acoge de mala gana desde que su madre desapareció le pegará una paliza. La niña se vuelve y me mira directamente. Su miedo y su rabia me golpean con la fuerza de una explosión...

En la oscuridad, una niña mayor camina en pos de una mujer vestida de blanco. Sólo las estrellas arrojan algo de claridad. Las sombras zoomorfas acechan al borde del camino que conduce a un lugar ignoto. La niña también lleva un sari blanco, prenda a la que no está acostumbrada. A menudo

tropieza en su afán por no quedarse atrás, pero no se atreve a pedir a la mujer que aminore el paso. ¿Y si cambia de opinión? ¿Y si la acusa de haber cometido un error y le ordena que regrese? Siguen adelante por aquel sendero, tan interminable como la noche. La niña se representa las cuevas a las que se dirigen. En su corazón, son del color de la niebla, misteriosas y bellas. Al oír un súbito rumor en la maleza, ella se vuelve sobresaltada, y la identifico como la misma niña. Su rostro se ilumina con una expresión ilusionada. Pero una sombra le enturbia la mirada, porque la realidad jamás está a la altura de las imágenes fabricadas por nuestra mente...

Los colores y las formas giran como en un calidoscopio. A mi lado, el punto de luz oscila como la llama de una vela al viento. Delante de nosotras se desarrolla otra escena, en un apartamento de una habitación, con una mesa destartalada, sobre la que descansa una lámpara de queroseno, pegada a un viejo sofá. Hay pilas de discos junto a un tocadiscos viejo. Es de noche, pero en este caso se trata de una noche urbana. El resplandor de las farolas se cuela por la pequeña ventana con barrotes, y se difumina antes de llegar al colchón del rincón, donde yace una joven. Un hombre —sólo le veo la nuca— la está besando. Nos acercamos. Pequeñas perlas de sudor tachonan la curva de su espalda desnuda. La mujer alza la mano para frenarlo, pero él le susurra algo, y la mano se retira. Él le quita el sari blanco y se inclina para besarle los pechos. Ella cierra los párpados en un éxtasis horrorizado que no difiere mucho del dolor. Sus emociones chisporrotean en mí como una carga eléctrica, y me percató de algo que hasta ahora me he resistido a reconocer: la joven soy yo. Éstos son momentos de mi vida que he desterrado de mi memoria. No obstante, al igual que muchas cosas desterradas, no se han marchado; sólo permanecían escondidas. Y ahora, de alguna manera, mi hija las está soñando.

Son los sucesos que con tanto cuidado le he ocultado durante todos estos

años. Sucesos, de los que no debe enterarse.

Me interpongo entre ella y las escenas que flanquean el pasillo, la empujo para que desande lo andado. Sin embargo, algo más fuerte que yo nos arrastra hacia adentro. ¿Qué fuerza nos retiene prisioneras? Las imágenes destellan ante nosotras, enormes, fascinantes. En ellas se mezclan el pasado y el presente, la historia y la esperanza, la verdad y el deseo. En las cuevas interpreto un sueño de un modo tan magistral que las otras novicias se ponen en pie, admiradas. Sigo los sonidos de una flauta desde un viejo palacio hasta un jardín, y encuentro a un hombre que cambiará mi futuro. Observo mi semblante la noche que decido escaparme de las cuevas, y luego, mi rostro la noche que decido marcharme de nuevo, esta vez de...

¡No! Ella no puede ver eso.

Recurro a todos mis poderes para devolver a Rakhi a su cuerpo, pero no encuentro el punto de luz de su conciencia. ¿Dónde ha desaparecido? ¿Por qué corredor de mi subconsciente andará rondando? Me asalta el pánico, y mi propia luz flaquea, se debilita. ¿Y si no consigo localizarla y enviarla de vuelta antes de que su cuerpo despierte? Me la imagino, inexpresiva, con los miembros laxos, siguiéndome para el resto de su vida. Y yo, con su espíritu eternamente dentro de mí, en un embarazo sin final...

Pero estas desatadas fantasías suelen desembocar en un desastre. Hago un esfuerzo por calmarme, para detectar su presencia. Un latido sucede a otro, la única medida del tiempo en este espacio. Nada. Tal vez es imposible distinguirse a uno mismo de la sangre de su sangre.

¿Durante cuánto rato vago por mis intrincados callejones interiores, buscando? ¿Oigo a mi esposo llamar a la puerta, preguntar «¿Estáis bien?»? Las circunstancias me impiden hablar, avisarle que no debe interferir. ¿Acaso alguien me coloca la cabeza sobre su rodilla, me pasa una mano fría por la frente? Pero he de centrar mis energías en el interior, donde reina la oscuridad

pastosa como el alquitrán. Por fin, cuando tanto el movimiento como la esperanza me han abandonado, percibo un levísimo hormigueo causado por un elemento ajeno. Me precipito tras él en un túnel sumergido. Aquí abundan los recuerdos tenues, viejos como el polen que se desprende de una flor moribunda. Manos que sostienen a un niño contra un pecho, el olor del cabello perfumado de una mujer, una voz que la llama. ¿Vacilan sus pasos cuando posa la vista en su hija? ¿Soy yo esa niña? ¿O esa mujer? La luz que encarna a Rakhi zigzaguea, como si estuviese ebria. La agarro, empiezo a tirar de ella. No se resiste. Quizá Rakhi, que siempre ansió penetrar en mis secretos, ha averiguado más de lo que es capaz de digerir. Salimos a la superficie, a la solidez del hueso. Con mis últimas fuerzas ejerzo presión sobre ella para reintroducirla en su cuerpo.

Por la mañana todo continuará como si nada de esto hubiera ocurrido, salvo porque yo me levantaré con migraña y me pasaré el día vomitando en el cuarto de baño. Mi marido se refugiará en la bebida. Y, de cuando en cuando, mientras la niña realiza sus actividades cotidianas —hacer los deberes, charlar con una amiga por teléfono—, se interrumpirá y me mirará perpleja, intentando recordar algo importante, algo que ya ha olvidado.

RAKHI

No me dejan en paz, por supuesto. Belle lleva a mi padre a mi casa. Cuando yo aparco el coche y subo arrastrando los pies por las escaleras, los encuentro aguardándome en la puerta.

Belle se apresura a atajar mi estallido de cólera.

—No haremos nada que tú no quieras, Rikki. Ni siquiera mencionaremos el bar. Vamos a tomar un té y a calmarnos un poco, ¿de acuerdo? Ha sido un día muy duro para todos.

—Voy a preparar un *cha* especial —añade mi padre—. Tú ve a tomar una aspirina, date una ducha si quieres.

Los observo con desconfianza. Parece que hayan ensayado la escena. Ellos me devuelven la mirada con caras de inocencia bajo su capa de hollín. He de admitir que la idea de un té especial de mi padre suena muy bien.

Para cuando salgo del baño, después de lavarme el pelo, la casa se ha impregnado de una fragancia mentolada. Mi padre me tiende una taza y yo bebo agradecida. Es una extraña mezcla de hierbas y especias, suave pero estimulante.

—*Cha* de Cachemira —señala mi padre. No me explica de dónde lo ha sacado.

Pongo en alto mis pies doloridos y me tomo otra taza. Entonces reparo en el atuendo de mi padre.

—¡Papá! Pero ¿qué haces con mi bata vieja?

—Me la ha dado Belle. Ha bajado al sótano para meter mi ropa en la

lavadora. Esa chica es una joya, te lo aseguro.

—O sea que vais a seguir adelante con tu plan demencial, ¿no?

—No es demencial. Lo que ocurre es que no quiero rendirme tan pronto. Eso querría la encargada, ¿no?

Lo miro con fijeza. ¿Pensará él también que la encargada está detrás del accidente?

Belle irrumpe en la habitación.

—Sólo nos queda una hora, señor Gupta. Rikki, ¿puedes prestarme algo de ropa? ¿Y te importa bajar dentro de veinte minutos para poner la ropa de tu padre en la secadora? —Sin esperar respuesta, Belle se mete en la ducha.

—No tenemos nada que perder —insiste mi padre.

—Vamos a hacer el ridículo. La gente se marchará nada más entrar.

—Yo no lo creo. En cualquier caso, estoy dispuesto a hacer el ridículo. A lo mejor así no tenemos que cerrar el bar.

—No quiero que los clientes se queden porque les damos pena.

—La compasión no es mala. Pero no voy a intentar convencerte. Tú haz lo que quieras.

«Tú haz lo que quieras.» Es lo que mi madre me respondía siempre que acudía a ella para pedirle consejo. Me expresaba su opinión y luego agregaba esa frase. Esa sutil evasiva, con la que me daba a entender que en última instancia su vida discurría por un camino distinto del mío, siempre me incitaba a hacer caso de su sugerencia, como si de ese modo la ligara a mí.

¿Sabrá esto mi padre, astuto Ananzi?

—Está bien —accedo de mal humor—. Iré a echaros una mano. —Exhalo un hondo suspiro para que cobre conciencia del enorme sacrificio que esto supone para mí. Sin embargo, por dentro, me recorre una oleada de euforia. No nos vamos a rendir, y eso por sí solo constituye una pequeña victoria.

Quién sabe, a lo mejor el chiflado de mi padre está en lo cierto. Quizá logremos eludir este escollo en lugar de encallarnos en él y ahogarnos.

—Gracias, *beti* —me dice, no sin cierta solemnidad. Luego esboza una sonrisa triunfal—. Más vale que te vistas, no tenemos mucho tiempo.

En una ocasión oí a mi madre comentar que las calamidades sobrevienen para que aprendamos a apreciar la bondad. Yo me negaba a creerlo. Más bien pensaba que las calamidades de mi vida se debían a la ausencia de bondad. Pero después del incendio del bar empiezo a comprender a qué se refería mi madre.

Camino detrás de Belle y mi padre, arrastrando los pies, hasta el bar. Incluso antes de llegar mi euforia se ha desvanecido y las dudas me han asaltado de nuevo con renovado ímpetu. Todos nuestros desvelos resultan inútiles. Sería mucho más inteligente abandonar y empezar de cero con algo distinto, preferiblemente muy lejos del Java y la bruja de la encargada. Sólo los hombros de mi padre, encorvados bajo su camisa todavía mojada, me impiden girar sobre mis talones y huir.

Me rechinan los dientes mientras Belle abre la puerta del bar. Necesito apelar a toda mi fuerza de voluntad para entrar y aspirar aquel olor a humo y desastre que no se disipará por mucho ambientador que rociemos. Pongo en marcha la máquina de café, me mantengo ocupada con actividades rutinarias, permanezco en segundo plano para evitar las preguntas de los clientes. Aun así, me avergüenzo cada vez que entra uno y arruga la nariz al notar el hedor, ocasionando que mi padre se deshaga en explicaciones y disculpas por lo exiguo de nuestra oferta.

Yo había imaginado que los clientes se irritarían, o por lo menos que se encogerían de hombros en señal de que tolerarían el inconveniente, pero sólo

por hoy. Y algunos responden así, incluso varios salen del establecimiento, pero la mayoría se muestra comprensiva. Unos cuantos nos relatan otras desgracias sufridas por ellos. Según afirma un hombre, las malas rachas son como la visita de la familia política; parece que no se van a marchar nunca, pero al final se van, ¡y a continuación siempre viene una buena racha! Alguien recita un *ghazal* urdu sobre la pérdida y el sufrimiento, y sobre el modo en que los buenos amigos y los recuerdos felices nos ayudan a superarlo. Simultáneamente, otra persona nos traduce la letra a Belle y a mí (a estas alturas han calibrado la profundidad de nuestras deficiencias lingüísticas). Piden numerosos platos de nuestra reducida carta, de manera que al final de la jornada hemos hecho una cantidad decente de dinero.

—Pero lo que es más importante —asevera mi padre mientras cerramos— es que no nos hemos rendido, no hemos cerrado el bar. Eso es lo que habría hecho cualquiera.

Recelosa, le escruto el rostro, para dilucidar si ese «cualquiera» significa lo que yo creo, pero compruebo que no va por mí. En su semblante cansado se dibuja una ancha sonrisa. Recuerdo que mi madre, en su diario, lo calificaba de alma bondadosa.

A lo largo de los días siguientes nuestros clientes nos ayudan a evaluar la situación. ¿Qué es lo que hay que arreglar con más urgencia? Se consultan entre ellos para averiguar si alguien desempeña algún oficio que sea de utilidad para nosotros. Resulta que en el grupo figuran dos obreros de la construcción. Se ofrecen a venir a efectuar las reparaciones en sus días libres a cambio de una retribución mínima. Yo me encargaré de la pintura. Jespal afirma que es un hacha instalando estanterías. Uno de nuestros clientes que trabaja en una tienda de bricolaje se compromete a conseguirnos los

materiales a un precio rebajado. El primo de alguien dirige una empresa de inspección de casas. Vendrá cuando terminemos con las reformas para dar el visto bueno.

La reacción de la gente me sorprende muy agradablemente, pero enseguida caigo en el abatimiento. Incluso si cumplen todas sus promesas, tardaremos meses en arreglarlo todo. ¿Seremos capaces de mantener a flote el bar en el ínterin?

Nuestros clientes se declaran más optimistas. «No te preocupes —me dicen (después del desastre vacilan menos a la hora de dirigirse a mí)—. El bar estará perfecto en un pispás. Y mientras tanto seguiremos viniendo. Nos comeremos todo lo que podáis preparar. Y cantaremos y tocaremos, y nos daremos ánimos mutuamente. Al fin y al cabo, somos todos hermanos, *bhai-bahen*.

Incluso los que no son hindúes asienten al oír esto.

Aunque yo les agradezco la intención, no termino de creerles.

En eso radica mi peor defecto, como solía señalar mi madre: soy desconfiada y pesimista, siempre proclive a esperar lo peor de la gente. «Y no tienes motivos para ser así», insistía ella.

Yo me enfurecía cada vez que ella salía con eso. Le recordaba que había toda una lista de motivos, encabezada por Sonny, la Cruz Que Me Ha Tocado. Yo nunca me molestaba en puntualizar que no siempre había sido así (ella habría debido saberlo, pues era mi madre. Y lo habría sabido, si su atención no hubiera estado siempre centrada en otra cosa. Hasta el día de la fiesta, yo siempre pensaba lo mejor de todo el mundo, sobre todo de mi marido. No fue la suspicacia sino la confianza lo que me destrozó aquella noche).

Por otro lado, ahora que ella ya no está, comprendo su punto de vista. Cuando pienso en las personas a quienes ayudó, reconozco en mi fuero

interno que mis problemas son menores. En sus diarios he hallado atisbos de sus tragedias: enfermedades, asesinatos, depresiones suicidas, esquizofrenia. A menudo, por las noches, me preocupo por la gente que le contaba sus sueños. Me pregunto si habrán encontrado a otra intérprete. Después de enviar un pensamiento positivo a Jona, les envío otro también a ellos.

Incluso después de muerta mi madre ha demostrado estar en lo cierto. Nuestros clientes empiezan a ayudarnos, tal como prometieron. Todo avanza con una lentitud exasperante (ellos sólo se presentan cuando sus otros trabajos se lo permiten), si bien nos está costando mucho menos de lo que yo temía. De hecho, hubo que discutir con ellos para que aceptaran un poco de dinero. Las reparaciones no quedan perfectas, pero servirán, y se han llevado a cabo con cariño. Como me recuerda mi padre, el bar tampoco era un establecimiento de cinco estrellas en un principio. Mientras tanto, el negocio sigue adelante. Hemos perdido algunos de nuestros clientes más remilgados, pero no tantos como para hundirnos.

Después del incendio se producen otros cambios. Una tarde varias personas nos piden permiso para montar un pequeño escenario: a algunos de los músicos les vendría bien disponer de un sitio donde sentarse con las piernas cruzadas. Los guitarristas y los percusionistas continuarían utilizando sillas. Construirán la tarima de manera que resulte fácil de desmantelar después de las actuaciones, si así lo deseamos.

Tras una precipitada reunión en la trastienda para tratar el tema (yo me resistí inicialmente, como siempre), accedemos a probarlo. Pronto se instalan dos plataformas bajas de madera en un rincón, revestidas en sendas colchas de retales. Sobre ellas se colocan unos cojines que la esposa de alguno ha forrado de seda (a mí no se me había pasado por la cabeza que los músicos

tuvieran familia. Parecían tan completos en sí mismos cuando tocaban... Y no obstante, desde hace un tiempo pululan por aquí niños que corretean de un lado a otro, adolescentes que agarran los instrumentos cuando sus padres se toman un respiro para beberse un té). Alguien deposita en el mostrador una caja esmaltada llena de *masala* para refrescar el aliento. Y, como si esto fuera una señal, la gente empieza a traer otras cosas: una campana tibetana, una pequeña alfombra persa de colores vivos, una máscara africana, un grabado de Afganistán, una figurita de jade, un espejo deslucido que parece ruso, con unas puertas practicables de metal labrado. No acierto a calcular el valor de estos artículos, pero es evidente que sus dueños, que los han traído hasta este país desde sus vidas pasadas, los estiman en mucho.

Nadie me habla de estos objetos. Me los encuentro en montoncitos detrás del escenario cuando limpio el local a la hora de cerrar. (Hemos dejado de desmontar el escenario por la noche. No vale la pena el esfuerzo, sobre todo porque se ha convertido en un lugar muy popular entre nuestros clientes diurnos.) Yo no sé qué pensar de estos regalos. Tan pronto me conmueve profundamente el gesto como me exaspera que ocupen tanto espacio. Tiemblo ante la posibilidad de que la gente continúe trayendo objetos hasta que algo se hunda a causa del peso. Ya he removido varios de mis propios adornos para dejar sitio a los nuevos (incluso me he llevado mi cuadro de los elefantes bañándose, si bien debo reconocer que mi entusiasmo por él ha menguado bastante últimamente). Mi Kurma House (pero ¿acaso fue mía alguna vez?) está sufriendo un cambio radical, convirtiéndose en algo muy distinto de lo que yo había imaginado. Me abrumba la impresión de que estoy perdiendo el control. Sin embargo, cuando me calmo descubro que me gusta bastante esta criatura en la que se ha transformado, este nautilo de muchas cavidades. Un día agarro la brocha y añado una palabra a la ventana: «Internacional.» Poco después, en virtud de algún consenso tácito, nuestros

clientes deciden que la Kurma House está equipada con todo lo que necesita. A partir de ese momento, no vuelvo a toparme con obsequios.

—No me gusta cómo llevamos el negocio —objeta mi padre—. Les cobramos a nuestros clientes cada cosita que piden; llevamos la cuenta de cada miserable *pakora* y de cada *jilebi*. ¿No podríamos pedirles que paguen un precio fijo que les permita comer lo que quieran, como en un bufé libre?

Yo opongo un sinnúmero de reparos. Muchos son hombretones, con el sano apetito de quienes trabajan con las manos. ¿Y si se toman eso de «comer lo que quieran» como un desafío, como una cuestión de hombría? Acabaríamos en la ruina, le digo inquieta a Belle.

—Colocaré la comida en bandejas calientes y pondré un cuenco grande en el mostrador para el dinero —sugiere mi padre—. La gente puede pagar al principio de la tarde y tomar lo que le apetezca en cualquier momento.

Yo noto que la frente se me petrifica en un ceño permanente.

—¿Insinúas que ni siquiera vas a comprobar que la gente pague?

—En eso se basa el código de honor —responde mi padre—. Así todos sentirán que confiamos en ellos y no molestarán a los músicos.

El entrecejo se me frunce aún más.

—¿Así es como llevabais el negocio en la casa de té de la India?

Mi padre se echa a reír.

—¡Pero qué dices! Los clientes nos habrían robado hasta las paredes.

—Entonces ¿por qué...?

Él se encoge de hombros.

—Ahora estamos en otro país, con gente diferente. No podemos aferrarnos a las viejas costumbres. Tenemos que ser flexibles, ¿no? Yo creo que saldrá bien.

Yo creo que no saldrá bien en absoluto. Temo que nuestros clientes, que son inmigrantes, no comprendan el código de honor. Temo que los demás no sean dignos de confianza. Pero al final de la primera jornada, me percato, algo abochornada, de que hemos recaudado más o menos el mismo dinero que de costumbre y se ha consumido una cantidad similar de comida. Durante unos días observo con atención a los parroquianos y advierto que si alguien quiere varios platos siempre desembolsa más de lo que pedimos. Además, echa las monedas en el cuenco en silencio, sin conceder importancia al asunto.

—Pero ¿por qué? —le pregunto a mi padre una noche mientras caminamos hacia el aparcamiento.

—A lo mejor la Kurma House ha llegado a ser para ellos algo más que un lugar donde comer. Tal vez porque ayudaron a reconstruirla, sienten que es un poco suya. No quieren perderla. De manera que hacen lo que está en su mano para que el negocio siga en marcha.

¿Sería esto a lo que mi madre se refería cuando hablaba de una atracción especial? ¿Nos las habíamos ingeniado al final para materializar su visión?

—Estoy avergonzada —confieso—. La verdad es que al principio no me fiaba un pelo de ellos.

—Te cuesta trabajo confiar en la gente, ¿verdad? —contesta mi padre.

Su tono se asemeja de forma inaudita al de mi madre. Le lanzo una mirada de asombro. Sin embargo, los ojos son los suyos, los de siempre: de expresión amable, alegre y algo cansada. Por un momento me entra la tentación de revelarles lo ocurrido en la fiesta que me cambió. Pero el momento pasa.

—El código de honor fue una buena idea, aunque esté mal que yo lo diga —agrega con una risita. Luego señala hacia las oscuras ventanas del Java—. Seguro que sus clientes no sienten lo mismo hacia ellos.

—Supongo que no —respondo. Me río por empatía, aunque me corre cierta inquietud, como si estuviera pasando por alto algo importante.

El apartamento está en silencio y a oscuras. La mujer sale de la ducha. Las puntas de su cabellera rizada empapan la tela del albornoz. Ella enciende una lámpara y se sienta junto al pequeño óvalo de luz amarilla, con el paquete en las rodillas. Es un gran sobre de papel manila, manchado y tiznado a causa del incendio, olvidado durante todo este tiempo. Hoy mismo un trabajador lo ha rescatado de la trastienda, de debajo de una pila de escombros. Ella no reconoce la caligrafía emborronada, pero el mensaje está claro: «Para ti.» Ella no quiere forjarse ilusiones, pero nota que la sangre le sube a la cabeza. Lleva mucho tiempo aguardando una señal.

Abre el sobre con manos trémulas, y tira a la basura el plástico de burbujas y las láminas protectoras de cartón. Se queda con cinco fotografías en la mano. Las dispone sobre la mesa. Se trata de fotografías de cuadros, todos de autores indios, aunque ella no acierta a explicarse por qué lo sabe. Ni los temas ni el estilo son tradicionales de la India, aunque en una de las composiciones aparecen palabras de un texto hindú en medio de figuras geométricas. Ella no alcanza a distinguir si son fotos de las pinturas reales, tomadas en un estudio o una galería, o imágenes de reproducciones extraídas de los libros. No importa. Son bastante nítidas y —se le seca la garganta de emoción— no se parecen a nada que haya visto antes.

La primera muestra un paisaje abstracto en tonalidades color carne y amarillo terroso, con sorprendentes trazos de azul y rojo. Un río verde esmeralda que fluye junto a unos acantilados en cuyas abruptas paredes crecen matorrales floridos. Se aprecia una silueta triangular, de un templo o

de una roca. No obstante, lo que más le llama la atención a ella es la energía que palpita detrás de las líneas, que dejan traslucir una presencia oculta. La contempla durante un rato, fascinada, luego le da la vuelta a la fotografía, esperando encontrar alguna otra pista: un nombre, un título. Pero no hay nada. El reverso de todas las fotos está en blanco. Sólo le resta su imaginación como guía.

El segundo cuadro es de un oscuro azul submarino, color en el que está sumergido el torso de una mujer. Hay un juego de luces y sombras sobre sus sinuosidades, sobre su quietud absoluta y permanente. En la corriente de agua flotan pétalos del color blanco ceroso de las plumerías, que se detienen por un instante en la isla del pecho, en el redondo promontorio de la cadera. ¿Es posible que el azul no simbolice el mar sino la noche, la corriente del sueño? ¿Qué expresión presentaría el rostro de la mujer si estuviese a la vista?

En el tercer cuadro, sobre un fondo amarillo neón, un ser morado de múltiples brazos con cara de luna llena flota sobre un nido de serpientes. ¿Representa a un dios o a un hombre (o a una mujer)? ¿O acaso encarna una idea? Rakhi se queda sin aliento ante la estridente yuxtaposición de forma y color, los ojos relumbrantes como gemas, el aspecto sorpresivo de la composición, que surge como un giro inesperado en una trama compleja.

La cuarta pintura la atrae hacia el oscuro círculo del centro, un agujero negro, magnético, inexorable. Ella se salva de precipitarse en él agarrándose al borde: cuadrados compuestos por cuerpos geométricos, tapices de ricas texturas. Cruces, puntas de flecha, figuras concéntricas en tonos terrosos. Ella nunca había imaginado un triángulo que llenase el espacio de un modo tan bello.

El último cuadro consta de dos partes, una al lado de la otra. La izquierda le produce la sensación de estar inclinada sobre un pozo verdiazul en el que se forman varias esferas con un mismo centro, como ondas en la superficie.

En el medio, donde cabría esperar oscuridad, brilla una luz blanca. La imagen de la derecha figura una puerta cerrada, coronada por un arco (¿o es una forma sagrada que no sabe interpretar, un *lingam*, una *stupai*). De nuevo la misma paleta de colores: negros, azules, verdes pálidos. Por un resquicio de la parte superior de la puerta, se cuela la misma luz. Cuando ella cierra los ojos, se percata de que el resplandor ha quedado impresionado en sus retinas.

Nunca se enterará de quién le envió estas fotografías, pero sabe sin duda por qué se las han enviado. Esas obras han desbordado los límites que ella había marcado en torno a su concepto del arte, y han abierto ante ella una infinidad de posibilidades. En todas predominan los motivos indios, ¡pero de formas tan distintas...! Durante todo este tiempo ella ha estado marcando límites también en torno a su noción de lo que significa ser indio. Sí, esa noción la abarca a ella tal como es, con todas las lagunas de su educación, todas sus carencias. No es preciso que cambie para reivindicar su naturaleza hindú; no es preciso que intente convertirse en su madre. Algo está desmoronándose en su interior. Ella acaricia la idea de construir formas nuevas y satisfactorias a partir de esto.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

El tercer año de nuestro aprendizaje nos pusieron al cuidado de la anciana Jahnavi, una mujer con la espalda encorvada que necesitaba un bastón para caminar. La primera vez que posamos la vista en ella le prestamos poca atención. Entre todas aquellas ancianas de aspecto tan vital, ella parecía tan apagada como una flor nocturna a plena luz del día. Sin embargo, cuando se dirigió a nosotras, supimos de inmediato que estábamos ante la personificación del poder.

Su especialidad era el estudio de los sueños relativos a la historia y la mitología. Nos preguntaba qué significaban y qué revelaban sobre la naturaleza del sueño en sí, así como su relación con nuestra existencia. Pasamos muchas tardes en la penumbra de la cueva abierta en la arena que le habían asignado, examinando sueños cuyos mensajes, correctamente interpretados y seguidos al pie de la letra, habían transformado vidas y naciones. En cambio, quienes habían desoído la voz de sus sueños, habían labrado su ruina. El sueño del sabio Narad, en el que se convierte en mono; el sueño de Markandeya y la inundación; el sueño de derrota y muerte de Ravana, el rey demonio, que encerraba una advertencia... Todos estos sueños me vienen a la memoria, si bien los años han erosionado los detalles. Aun así, recuerdo el sueño de Tunga-dhwaja en el bosque como si lo hubiera visto ayer.

Sí, he dicho «visto», porque en presencia de Jahnavi revivíamos estos

sueños ancestrales. Nos tumbábamos en el suelo blando de su cueva, cerrábamos los ojos y el sueño se nos aparecía, aunque a cada una de manera distinta, según nuestro grado de comprensión, y transmutado por el prisma de nuestros deseos y nuestros miedos. Una de mis hermanas soñadoras, que era muy golosa, nos aseguraba que en todas las celebraciones oníricas que presenciaba había un cuenco dorado lleno a rebosar de *kheer*. Otra tenía miedo de los escorpiones, y en sus sueños la calamidad se manifestaba como una picadura de escorpión. En cuanto a mí..., pero ya escribiré sobre mi propia debilidad en otro momento.

Ésta es la historia del rey Tunga-dhwaja:

El rey es un temido guerrero, un conquistador celoso de su reputación. Es también un gran aficionado a la caza. Un día, acompañado por sus nobles y sus cazadores, se adentra a caballo en el bosque que rodea su palacio. En él abundan los jabalíes, los tigres y los ciervos, aunque Tunga-dhwaja considera al ciervo una presa demasiado fácil y sólo se aviene a cazarlos cuando no encuentra otra cosa.

Sin embargo, este día, por más que se esfuerzan los batidores, no aparece un solo animal. El rey, decepcionado, se dispone a regresar a palacio cuando avista a lo lejos un jabalí blanco, la más extraordinaria de las criaturas. Incapaz de resistirse, sale a galope tras él y se interna en la oscuridad del bosque, dejando atrás a sus compañeros. Absorto en la persecución, no advierte que el bosque está cambiando, que los árboles adoptan formas extrañas, que las flores despiden una fragancia penetrante e hipnótica. Entonces el jabalí se desvanece inexplicablemente detrás de un tronco, y Tunga-dhwaja, exhausto, cae en la cuenta de que se ha perdido. Desmonta. No está asustado; se ha visto en situaciones peores. Por la mañana los cazadores lo encontrarán. En caso contrario, él mismo retrocederá sobre sus pasos y encontrará el camino de vuelta.

Mientras descansa bajo el árbol, el rey percibe un ruido, como si mucha gente gimiese a la vez. Vuelve la cabeza a un lado y vislumbra a un grupo de seres del bosque, pequeños como enanos, vestidos con cortezas de árbol. Están celebrando un rito primitivo. Se acerca a preguntarles si sabrían conducirlo de regreso a su palacio, pero aparentemente ellos no le entienden. Delante de una piedra decorada con flores han colocado unos cuencos hechos con hojas y llenos de gachas. De pronto el rey nota que el estómago le gruñe de hambre. Pide un poco de gachas, pero los hombres, aunque sin duda se han percatado de que es un rey, su rey, no lo escuchan. Continúan rezando. Él extiende la mano, enfadado, para agarrar uno de los cuencos, pero ellos se lo impiden y mediante signos le indican que primero hay que ofrecer la comida al dios de piedra, y que luego la compartirán con él.

No obstante, el rey se niega a esperar. Con la espada en la mano aparta a los enanos y engulle a placer. Ellos no protestan. Se limitan a observarlo, con los ojos brillantes bajo el pelo desgreñado. Cuando él alza la vista de la comida, los enanos se han esfumado entre los árboles.

El rey no se para a pensar en ellos. Al fin y al cabo, son más pequeños que él y no van armados. Se rinde al sueño, y cuando despierta es de día. Su caballo ha desaparecido. Maldice a los enanos, que deben de habérselo robado mientras dormía, y emprende el camino a pie. Su experiencia como rastreador le permite desandar el camino y llegar a la linde del bosque al atardecer. Ahí está su palacio, con la cúpula de cristal brillando al sol. Él se acerca a la puerta, y los guardias le salen al paso.

—¡Mendigo! —exclama uno de ellos, blandiendo la lanza ante el rostro del rey—. ¿Adónde crees que vas?

—¿Mendigo? —grita Tunga-dhwaja, iracundo—. ¿Es que no conoces a tu rey? Ordenaré que te entierren vivo antes de una hora, con espinas en la cabeza y en los pies como pago por tu insulto.

El guardia está a punto de golpearle, pero su compañero, un hombre mayor, se lo impide.

—Hermano, no está bien ofenderse por las palabras de un loco. ¿Acaso Dios no lo ha castigado ya bastante?

Al oír esto el rey se mira y advierte que, en lugar de sus regias vestiduras, cubre su cuerpo una corteza de árbol, y que va despeinado. Al alzar la mirada descubre que la bandera que ondea en la cúpula del palacio no muestra los tres conocidos elefantes sobre un fondo rojo, sino un rayo plateado contra un fondo azul.

—¿Cómo se llama vuestro rey? —susurra al guardia veterano.

—Aniruddha, el Justo —contesta el hombre—. Todos lo quieren por su piedad. Tienes suerte, porque hoy es el cumpleaños del príncipe, y la familia real saldrá a la escalinata del palacio a repartir limosna entre los pobres. —Al reparar en la expresión afligida del rey, añade amablemente—: Si quieres, yo mismo te llevaré.

Tunga-dhwaja sigue al guardia hasta los escalones. Aunque no acierta a identificar al rey, la reina es su propia y amada esposa, que lleva en brazos a su hijo, uno de los tres que han concebido. ¡Seguro que ella lo reconocerá!

—¡Esposa! ¡Esposa! —grita, corriendo hacia la reina, pero ella lo mira como a un extraño, asqueada. Los guardias lo detienen de nuevo, y sólo una orden del rey evita que reciba una severa paliza.

—Echad a ese loco —indica—, y que no vuelva jamás.

Tunga-dhwaja, tirado en el suelo, fuera de las puertas de la ciudad, en un mundo que es el suyo y a la vez no lo es, toma conciencia de que el origen de esta calamidad radica en el modo en que trató a los enanos del bosque y su deidad. Se encamina al bosque, dispuesto a suplicar su perdón. Sin embargo, aunque vaga durante muchos días, no los encuentra. Por fin, desesperado,

decide ahogarse en un lago. Cuando ya el agua le llega al cuello, percibe un movimiento con el rabillo del ojo. Es el jabalí blanco.

El jabalí lo guía hasta el claro donde los enanos (Tunga-dhwaja supone que son magos) realizan su ritual. Ante él se desarrolla una escena idéntica a la de aquella funesta noche. Pero quizá se trata en realidad de la misma noche, quizás el jabalí lo ha llevado a retroceder en el tiempo. En cualquier caso, Tunga-dhwaja no vacila: se postra llorando ante la piedra y, cuando concluye la ceremonia, acepta humildemente la comida bendecida. Se tumba bajo el mismo árbol donde había atado a su caballo en una vida anterior. Al principio está demasiado agitado para conciliar el sueño, pero sabe que debe dormir para recuperar su vida anterior. Por fin la oscuridad tiende sobre él su piadoso manto, y por la mañana él se encuentra de nuevo ataviado con su ropa real de caza, mientras su caballo pace allí cerca.

El rey abandona el claro sagrado, localiza a sus ansiosos compañeros y retorna al palacio, donde lo halla todo tal como lo había dejado antes de la cacería. El rey, sin embargo, ha cambiado. Ya no es un hombre arrogante y consagra su vida a la oración y a gobernar su reino con ecuanimidad y compasión. Se muestra especialmente bondadoso con los mendigos y los locos, y a su muerte sus súbditos lloran la pérdida de Tunga-dhwaja, el Justo.

RAKHI

El teléfono suena por la mañana, mientras estoy enfrascada en mis esfuerzos por pintar. Sólo esfuerzos, porque a pesar de que las fotografías me han indicado nuevas y fascinantes direcciones, todavía no las he asimilado. Todavía no se me ha ocurrido un tema que me apasione. He empezado un paisaje y un bodegón, y los he abandonado. Ahora intentaba pintar un retrato de Jona de estilo abstracto, pero los colores discordaban entre sí, a la composición le faltaba energía y la figura en el centro no reflejaba el espíritu de mi hija. Cuando oigo el teléfono me alegro tanto de que me interrumpen que contesto al segundo timbrado.

Es Belle. En lugar de disculparse por telefonar durante mis horas de pintura, me apremia para que encienda la televisión.

—Pero, Belle, ya sabes que no me gusta ver...

—¡Enciéndela, Rikki!

—¿Qué cadena?

—Da igual. Cualquiera de las principales. —A juzgar por la voz, debe de estar incubando un constipado—. ¡Deprisa! No cuelgues.

Por la explosión, me figuro que están pasando una película de ciencia ficción, o uno de esos truculentos filmes de catástrofes que por alguna razón inexplicable gustan tanto a la gente. Me dispongo a cambiar de cadena cuando la cámara se mueve bruscamente a un lado y en la pantalla aparece otra explosión silenciosa. Tardo un minuto en procesar lo que he visto: un

avión estrellándose contra un edificio alto que me resulta familiar, igual que el que ha explotado antes. Muestran la escena otra vez. Me percató de que el locutor me está informando de que el World Trade Center ha sido objeto de un atentado terrorista perpetrado con aviones. Justo en ese momento los rascacielos comienzan a venirse abajo. Esta imagen cede el paso a una del Pentágono. También ha sido alcanzado. Entreveo humo, paredes destrozadas, gente corriendo y gritando aterrorizada. Una maleta se abre al caerse y los papeles se dispersan por toda la calle. La cámara hace un zoom sobre un zapato de tacón, tumbado de costado.

Se me forma un nudo en el estómago. Me tiemblan tanto las piernas que tengo que apoyarme en la pared cuando vuelvo tambaleándome al teléfono.

—¿Está sucediendo de verdad? —pregunto con un hilillo de voz.

Belle solloza entrecortadamente al otro lado de la línea.

—¿Cómo puede pasar algo así? —inquiero—. ¿Quién es capaz de hacer una cosa tan terrible?

—No lo sé. No lo sé, Rikki. Estoy muerta de miedo. Me estaba arreglando para ir a abrir el bar, pero no creo que pueda. Han secuestrado otro avión que se ha estrellado en Pensilvania. ¿Quién sabe cuántos más han planeado...? —Lanza otro sollozo. Suena más como una niña pequeña que como una mujer.

Y esto me recuerda a mi hija.

—Tengo que ir a buscar a Jona al colegio —chillo.

—Rikki, tengo miedo. He llamado a Jespal, a casa y a la oficina, pero nadie contesta. ¿Dónde estará? —Ahora llora a moco tendido.

Medito por unos instantes antes de hablar.

—Belle, quiero que vengas a casa. Te dejo la llave debajo del felpudo. Para mí también será mejor no quedarme sola. No te preocupes por Jespal de momento. A lo mejor ha salido a la calle. Puedes llamarlo desde mi teléfono. Que venga él también a casa.

—Tienes razón —responde ella en un tono inusualmente sumiso—. Voy para allá. No debería preocuparme por ahora.

Es triste lo fácil que resulta convencer a la gente de lo que quiere creer.

Encuentro las calles curiosamente desiertas mientras me dirijo en coche hacia el colegio. Quizá todo el mundo está en casa, frente al televisor, hipnotizado ante aquellas torres que se derrumban a cámara lenta, una y otra vez. Pongo la radio. De momento han sido secuestrados cuatro aviones. Los cuatro habían despegado con destino a California. Se han cancelado todos los vuelos sobre Estados Unidos. La Bolsa ha cerrado. El presidente, su mujer y el vicepresidente han sido trasladados a un emplazamiento secreto. Nerviosa, alzo la vista mientras escucho, aunque en el cielo no hay más que unas cuantas gaviotas.

A unas dos manzanas del colegio se ha desatado el caos: hileras de coches en la calle congestionada, una barahúnda de bocinazos, conductores desesperados por encontrar sitio para aparcar. Una mujer abandona su vehículo en mitad de la calle y arranca a correr hacia el colegio. Los que se han quedado atascados detrás de ella le gritan, y un hombre agita el puño y brama una obscenidad.

Por fin logro estacionar el coche y llego a la puerta del colegio, pero la subdirectora me intercepta. Me suplica que no perturbe a los niños sacando a Jona de la clase. Allí están a salvo, insiste. Sería más traumático para ellos ver que se llevan a sus compañeros sin explicación alguna.

—Casi todos los padres están demasiado nerviosos para hablar con calma de lo que ha pasado —agrega—. Lo único que conseguirán es asustar más a los niños. Además, ¿qué piensan hacer con ellos? ¿Llevárselos a casa para que se pasen el día viendo las noticias con ustedes? Eso no les haría ningún bien a los chicos.

Probablemente no le falta razón. No les haría ningún bien. Somos nosotros,

los padres, los que los necesitamos a nuestro lado para palpar sus robustos cuerpecitos y notar su peso en el regazo, para prodigarles carantoñas y consolarnos con su olor, esa única sensación que no nos resulta ajena en un mundo que se ha tornado irreconocible.

—Lo siento —replico, apartándola—. Tengo que recoger a mi hija.

En el coche me cuesta resistir la tentación de encender la radio, aunque estoy ansiosa por oír las últimas noticias. Primero quiero referirle a Jona lo que ha ocurrido, que el cielo, literalmente, se ha desplomado desde que le di un beso de despedida hace unas horas. ¿Cómo se le explica a un niño que alguien ha estrellado deliberadamente un avión lleno de gente contra un edificio lleno de gente, en tres ocasiones y en tres lugares distintos? ¿Cómo explicarle que esto posiblemente marca el inicio de ataques terroristas en todo el país? ¿Qué se responde al niño que quiere saber por qué hay gente dispuesta a suicidarse para acabar con la vida de otra gente a la que ni siquiera conoce?

Para cuando llego al aparcamiento de mi edificio, todavía no he encontrado las palabras para hablar sobre el atentado. Para mí supone un alivio que Jona no me haya preguntado por qué la he sacado del colegio, pero al mismo tiempo me sorprende. Se ha pasado todo el trayecto mirando por la ventana.

—Jona —comienzo—, tengo que contarte una cosa horrible que ha sucedido hoy. Puede que te pongas triste y que te dé miedo, pero tienes que saberlo.

—Ya lo sé —contesta ella, inexpresiva, sin volverse hacia mí—. El edificio explotó y se incendió. La gente ha muerto. Algunos saltaron por las ventanas, gritando. No podíamos ayudarles.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Soy yo quien habría debido comunicarle esta traumática noticia a mi hija.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Alguna profesora? ¿Algún padre? ¿Es que han

puesto la televisión en el colegio?

Esta vez sí posa la vista en mí. Su rostro permanece impasible, cosa que me asusta más que si estuviera histérica.

—Lo vi en mi sueño. ¿No te acuerdas?

De pronto me viene todo a la memoria: su cabeza empapada en sudor, febril, pegada a la mía en la cama, mi mano y la de Sonny entrelazadas, subiendo y bajando sobre su pecho al ritmo irregular de su respiración. El agitado sueño de Jona y mi pesadilla, que con equivocada autocomplacencia yo había identificado con la suya.

Y así descubrí dos verdades dolorosas en una mañana:

1. Hay personas dispuestas a todo con tal de destruirnos, incluso a suicidarse. Hasta ese punto odian Estados Unidos, y quieren dejárnoslo claro.

2. El don que he anhelado durante toda mi vida se ha saltado una generación para recaer sobre mi hija. Por desgracia, más que un don, constituye una carga terrible que a partir de ahora ella habrá de soportar sola. Por mucho que desee ayudarla, no me será posible.

Estamos sentados delante del televisor, Belle, mi padre, Jona, Jespal, Sonny y yo. Sabemos que deberíamos apagarlo, que no deberíamos contemplar la escena una y otra vez, las torres ardiendo, hundiéndose, hundiéndose y ardiendo. No obstante, ninguno consigue reunir la energía necesaria para apretar el botón. Vemos planos de bomberos dirigiéndose hacia el fuego; vemos los edificios desplomarse bajo el peso de sus propios escombros. Las sirenas de las ambulancias ululan como si no fueran a callar jamás. Miles de personas han muerto en las torres. Algunos llamaron a su casa antes de saltar al vacío.

Vemos las paredes caídas del Pentágono, a través del humo. Coches de

policía. Los secuestradores iban armados con cúters, nos cuentan. El alcalde Giuliani comparece ante las cámaras: «Guarden la calma y no salgan de casa, a menos que estén al sur de Canal Street.» Un hombre de uniforme sostiene que había presentado informes en los que declaraba que la seguridad en los aeropuertos se había descuidado mucho. Aparece el presidente Bush, jurando venganza. Nosotros los miramos a todos, luego nos miramos incrédulos entre nosotros. ¿Cómo ha podido pasar esto, aquí, en casa, en tiempos de paz? ¿En Estados Unidos?

Entre las imágenes repetidas emiten una nueva: en una calle, en algún punto de Oriente Medio, la gente baila y reparte caramelos porque los diablos americanos por fin han recibido su merecido. Hombres con turbantes y barbas negras baten palmas y corean consignas. Los niños agitan banderitas de papel. También hay mujeres entre la multitud, con largas *burkhas* negras, la cabeza cubierta con un pañuelo, el rostro reluciente de sudorosa satisfacción. Una de ellas grita: «Que aprendan lo que es eso. Nosotros vivimos con ello todos los días.» Las palabras salen traducidas al pie de la pantalla.

Las escenas de devastación en Nueva York me han parecido terribles, pero esta emisión me altera de otra forma. Me entran ganas de tirar una bomba sobre esa gente y truncar su espantosa celebración.

Pero luego, al verlo por segunda, y luego por tercera vez, me asalta un miedo muy distinto.

—¡Idiotas! —ruge mi padre—. No deberían emitir eso en un momento como éste. —Se levanta, apaga la televisión y, con paso vacilante, se lleva a Jona a jugar a las damas chinas. Y como si su acción nos hubiera liberado de algún conjuro, todos nos ponemos de pie. Belle y yo vamos a la cocina a preparar bocadillos. Advierto, sorprendida, que estoy muerta de hambre. Todos estamos hambrientos. Belle asegura que es por el alivio de estar a

salvo. Convenimos en encender el televisor cada hora, para enterarnos de las últimas noticias. Belle anuncia que va a hornear una tarta, y yo saco un jersey de Jona que llevo tejiendo con desgana varios meses. Jespal decide regresar a la oficina, sólo para recuperar un poco la normalidad.

—Iré a verte dentro de unas horas —le promete a Belle—. ¿Estarás en la Kurma House?

—Supongo —contesta Belle.

—¡Eso es una tontería! —le espeta Sonny—. Hoy no deberíais abrir.

Aunque yo había pensado lo mismo, no me gusta su tono. Sonny, el Sabelotodo. Quizá porque ya estoy tensa, me pongo furiosa.

—¿Y eso por qué? —inquiero.

—¿Es que no lo ves? —Me habla como a una persona a quien no le conviene realizar un test de inteligencia—. Es arriesgado.

—A lo mejor lo que dice Sonny tiene sentido —tercia Belle—. La verdad es que hoy prefiero no ir a ninguna parte. Ni siquiera a mi casa. Rikki, ¿puedo quedarme a dormir?

Yo asiento con la cabeza. Pero no he terminado con Sonny.

—¿Y por qué es arriesgado?

Él suspira, impaciente.

—¿De verdad te cuesta tanto entender las cosas? La gente pensará que no os importan las víctimas, que no os importa que Estados Unidos haya sufrido un ataque. Pensarán que lo único que os importa es hacer dinero.

Sabe exactamente cómo sacarme de quicio.

—O sea que hoy todos los negocios del país van a estar cerrados, ¿no? —Alzo la voz—. Estás diciendo que la única forma de demostrar que nos importa lo que ha pasado es cerrar, ¿no? ¿Y no se te ha ocurrido que a lo mejor sería bueno para el país seguir funcionando con toda la normalidad

posible, en lugar de dejar que se paralice todo, que seguramente es justo lo que pretenden los terroristas...?

Sonny sacude la cabeza con un gesto cansino.

—Mira, no quiero que esto degenera en una pelea, hoy no. Yo sólo te digo cómo reaccionaría cualquier persona de la calle. Yo sólo te digo lo que sería más seguro para el negocio.

En realidad no le falta razón, pero eso sólo me enfurece más. Clavo la mirada en Belle, luego en Jespal. Ellos apartan la vista. Es evidente que están de acuerdo con Sonny. No obstante, mientras intento concebir un plan de acción, me llegan refuerzos de un frente inesperado.

—No podemos cerrar el bar —alega mi padre—. Y menos hoy. Para muchos de nuestros clientes, es su único lugar de reunión. Ellos deben de estar tan alterados y preocupados como nosotros. Tenemos que abrir por ellos, para que puedan venir y hablar de lo que ha pasado, para que puedan ofrecerse mutuamente su apoyo. Tal vez podamos ayudarles a superar el golpe.

Pesco al vuelo la oportunidad.

—Tienes toda la razón, papá. —Dedico a Sonny una sonrisa angelical—. Estamos brindando un valioso servicio a la comunidad. —Luego me vuelvo hacia Belle—. ¿Y no crees que nos sentiremos mucho mejor si hacemos algo útil en lugar de pasarnos el día sentadas delante de la tele escuchando las conjeturas de un puñado de expertos sobre la próxima calamidad que caerá sobre nosotros?

Ella titubea por unos instantes, pero por fin asiente con la cabeza.

—Creo que estás cometiendo un error —le advierte Sonny a mi padre antes de marcharse. A mí no me habla. Por el gesto ceñudo de su frente colijo que en esta ocasión lo he irritado de verdad. Lo considero una pequeña victoria en este día de derrotas.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

La fábula de Tunga-dhwaja resulta desconcertante, porque a diferencia de otras historias que estudiábamos con la anciana Jahnavi, en ésta no se mencionaba un sueño, al menos explícitamente. Comentándola, nos preguntamos si el rey lo habría soñado todo, desde que se quedó dormido en el bosque hasta que despertó la segunda vez. ¿Se trataba de un sueño de advertencia? En ese caso, al prestarle atención se libró de un destino funesto. Sin embargo, ésa era una solución demasiado fácil. Negaba el sufrimiento del rey y restaba fuerza a la magnitud de su transformación.

—Tenéis razón —aseveró Jahnavi—. Ésa no es la respuesta. Pensad un poco más.

Después de pensarlo más, decidimos que el bosque era un espacio onírico mágico. A causa de las acciones del rey en aquel lugar, una maldición cayó sobre su vida de vigilia, de manera que la gente ya no lo reconocía. No había otro modo de deshacer el hechizo que por medio de una expiación realizada en el mismo espacio onírico.

—Os vais acercando —anunció Jahnavi—. Pero no os estáis fijando en lo principal. Pensáis demasiado. Olvidad todo lo que habéis aprendido sobre la interpretación. Desenfocad la vista. Tal vez entonces aparezca ante vosotras la imagen real.

Pero no sabíamos cómo desenfocar.

Al cabo de una semana, Jahnavi se apiadó de nosotras y nos congregó en

torno a sí. Dibujó un diagrama en el suelo de arena, dos óvalos conectados por un tubo. Añadió unos pequeños cuadrados alrededor de cada óvalo. En algunos cuadrados el perfil era más grueso que en otros. Nos miró esperanzada, pero no acertábamos a dilucidar qué significaba aquello.

—La historia de Tunga-dhwaja es importante —nos explicó— porque ilustra una situación poco común pero crucial en el sueño. —Señaló uno de los óvalos—. Imaginad que esto es el tiempo de vigilia, y que el otro óvalo es el tiempo onírico. El tubo que los une se llama portal y nos permite pasar de un tiempo a otro. En circunstancias normales, el óvalo del tiempo onírico está siempre en movimiento, de manera que cada vez que uno atraviesa el portal, entra por una puerta distinta. —Apuntó a los cuadrados—. Por ello se experimenta cada vez un sueño diferente. El óvalo del tiempo de vigilia también se mueve, pero con una lentitud infinita. Así pues, a lo largo de su existencia, cada persona entra siempre por la misma puerta y vive la misma historia, que hemos dado en llamar realidad. ¿Entendéis ahora qué sucedió en el caso de Tunga-dhwaja?

—Que de alguna manera alteró el equilibrio entre los óvalos —aventuró una de nosotras.

—Sí. Generalmente, cuando se altera el equilibrio, el óvalo del tiempo onírico se detiene, y la persona tiene el mismo sueño repetidamente. Sin embargo, el problema del rey es único. Al enfurecer a los sabios del bosque aceleró su tiempo de vigilia, de manera que cuando volvió a él, entró por otra puerta en una vida diferente. En esa vida pagó su arrogancia al quedar reducido a la condición más baja de todas.

—Pero ¿por qué paso eso? —pregunté—. Todas, en sueños, hacemos de vez en cuando lo que no debemos, y no por eso nos arrojan a otras vidas como castigo...

—Porque en el bosque mágico el rey había entrado en un sueño

transformador. —Jahnvi nos indicó uno de los cuadrados de contorno más grueso—. Los sueños transformadores son muy infrecuentes. Se manifiestan sólo una o dos veces en la vida de una persona, y en algunos casos, nunca. Nuestros actos en esos sueños modifican nuestra naturaleza e inciden de manera decisiva en nuestra realidad. Por lo general, el sueño se borra de nuestra memoria y sus efectos son irreversibles. Tunga-dhwaja tuvo la inmensa suerte de recordar el sueño transformador y de que se le presentase la ocasión de revivirlo y ganarse el perdón. De lo contrario, habría quedado atrapado en su nueva vida, condenado a pasar el resto de sus días como mendigo.

Esa noche permanecí despierta en mi camastro, en el dormitorio común, meditando sobre las palabras de Jahnvi. Pese a que el relato de Tunga-dhwaja entrañaba una advertencia, a mí me llenaba de emoción. ¡Pensar que existían realidades paralelas, que escapaban a nuestra percepción! ¡Pensar que había formas de acceder a ellas, incluso para mí! Que si llevaba a cabo determinadas acciones en un sueño, se me abrirían las puertas a otra existencia y me convertiría en otra persona, ¡con talentos y alegrías inimaginables para mí en ese momento! La ley de la inversión había transformado a Tungadhwaaja de rey en mendigo. ¿Acaso no era posible que esa misma ley me transformase a mí (una huérfana y novicia, una especie de mendiga) en una reina?

Mientras pensaba esto, me invadió una extraña sensación de descontento. Hasta entonces había amado las cuevas. Había bendecido el día que me aceptaron para iniciarme en la interpretación de sueños. Esto me había salvado de la miseria, de un futuro aciago. Me había introducido en un mundo que yo desconocía, había despertado en mí unos poderes que apenas

había barruntado. Me había brindado una razón para seguir adelante. Pero aquella noche, la oscuridad del dormitorio me resultaba especialmente opresiva. La bóveda de la cueva se me figuraba una mano que me tapaba la boca y me sofocaba. Seguramente las ancianas tardarían años en dictaminar que yo poseía los conocimientos suficientes para salir al mundo a ejercer mi oficio. Para entonces habría perdido mi juventud, mi lozanía y, con ello, mis esperanzas de felicidad y aventura. Cuando esta idea cruzó mi mente me sumí en una honda desesperación. Agucé al máximo mis facultades para buscar un sueño. Sabía que las ancianas se pondrían furiosas si se enterasen, y no sólo por el peligro que conllevaba la brujería. El sueño elige a la intérprete, nos repetían constantemente. La intérprete no debe elegir el sueño.

Noté que mi deseo remontaba el vuelo como un ave poderosa, batiendo sus enormes alas, segura de su destino. Estaba eufórica. Hasta ese momento no me había creído capaz de realizar una tarea tan complicada. Por desgracia (esto lo averiguaría más tarde), el deseo que yo había proyectado no era un ave, sino un bumerán, y me golpearía en el momento más inesperado.

¿Qué esperaba yo de mi sueño transformador? Que me transportara a un nuevo mundo, un mundo que no estuviera constreñido por las normas que regían cada segundo de nuestra vida en las cuevas. Quería experimentar la pasión desatada, la aventura. Quería a un hombre que estuviera dispuesto a morir por mi amor.

¿Vino a mí un sueño transformador aquella noche? Yo no era Tungadhwa. Por la mañana, no me acordaba de nada. Todo era como antes, con la salvedad de que la insatisfacción que me molestaba como un grano de arena en mi ojo se había convertido en una bola de hierro en mi estómago. Continuó creciendo durante las semanas que precedieron a nuestra excursión a Calcuta, desequilibrándome por completo.

La transformación es un fenómeno imprevisible. Afecta a cada persona de

manera distinta. El cambio de Tunga-dhwaja fue como el rayo que alcanza una torre. El mío se revelaría más lento, más sutil, más insidioso, como el modo en que un roedor roe las raíces de un baniano. Pero había comenzado.

RAKHI

Hemos abierto el bar hace un buen rato, y aún no ha entrado nadie.

La mayor parte de los comercios de alrededor están cerrados y la calle parece abandonada. Hasta los mendigos han desaparecido, y las farolas arrojan trémulos charcos de luz sobre el pavimento desierto.

—A lo mejor deberíamos irnos a casa —sugiere Belle de nuevo.

—Esperemos un poco más —propone mi padre—, hasta la hora a la que suelen venir los músicos. —Desaparece en la trastienda. Cuando echo un vistazo, él está sentado delante del nicho vacío donde antes estaba la fotografía de mi madre.

Suena la campanilla de la puerta, pero no entran los músicos, sino el señor Soto, el propietario del restaurante mexicano de al lado. Tardo un momento en reconocerlo (nunca le había visto sin el gorro de cocinero y el delantal). No sabía que fuese calvo.

—¿Pensáis seguir abiertos? —pregunta.

Yo asiento con la cabeza.

—Yo no lo haría —replica—. Sólo he venido para asegurarme de que todo está bien cerrado y la alarma encendida. Yo me voy a casa. El ambiente está muy crispado...

—Pero ¿por qué iba alguien a hacernos daño a nosotros?

El señor Soto se encoge de hombros.

—Rabia y miedo... Es una mezcla peligrosa. La gente no piensa mucho

cuando se pone así.

Contemplo por la ventana la calle vacía. Luego advierto que las luces del Java están encendidas.

—Ella ha abierto.

—Sí. ¿Has visto lo que ha colocado?

Hay una gran pancarta en la fachada delantera con las palabras: ORGULLOSOS DE SER AMERICANOS.

—Tiene reflejos muy rápidos esa mujer—comenta el señor Soto con una sonrisa que más bien semeja un rictus—. Claro que en este caso no se lo reprocho. Yo mismo...

Señala con el mentón hacia su establecimiento, y reparo en que ha pegado una gran bandera estadounidense en el escaparate. Bajo la bandera hay un cartel en rojo, blanco y azul que reza: DIOS BENDIGA A AMÉRICA.

—Las venden en la esquina de University y Shattuck —nos informa cuando se marcha—. Deberíais comprar una antes de que se agoten.

Belle y yo nos miramos. Su expresión refleja mi propia incredulidad.

—¿Estamos en California, en el año 2001, o en la Alemania nazi? —pregunto.

—Puede que el señor Soto tenga razón —opina Belle—. A lo mejor deberíamos poner también una bandera. En señal de solidaridad y esas cosas.

—¡Belle, yo no tengo que poner una bandera para demostrar que soy americana! Soy americana. Amo este país. Qué demonios, es el único país que conozco. Pero no voy a permitir que me presionen para que ponga un cartel que proclame ese amor al primero que pase.

Belle se queda callada, pero percibo la inquietud en sus ojos mientras deposita una bandeja de galletas (es todo lo que vamos a servir hoy, además de té) en el mostrador.

Los músicos llegan de uno en uno o en parejas, con aire aturdido. Hoy no

han traído consigo a sus familias. En lugar de la *kurta*, los pantalones sueltos, el *dashiki* y el fez que suelen lucir, llevan téjanos, camisetas y una gorra de béisbol. Saludan con una inclinación de cabeza y se sientan en silencio, sin probar las tazas de té que sostienen entre las manos. Yo enciendo el televisor portátil y aparece el presidente Bush, que lleva todo el día volando sobre el país en un avión militar para ponerse a salvo. Jura acabar con el terrorismo en todo el mundo. Se me antoja una hazaña tan imposible como las que se describen en el libro de cuentos de hadas de Jona. Me pregunto cómo piensa llevarla a cabo. Un adusto locutor anuncia que un tal Osama Bin Laden ha sido el cerebro de la operación. Los de la cadena emiten una imagen de él, con una túnica blanca, un turbante, una barba y unos ojos negros que destilan fanatismo. La visión me perturba, aunque no comprendo muy bien por qué.

—¿Y ahora qué va a pasar? —salta por fin un hombre. Se impone un momento de silencio, y acto seguido todos se ponen a hablar a la vez. Yo tiro de la manga de mi padre, y él nos traduce la conversación a Belle y a mí en la medida de sus posibilidades. La gente se pregunta por qué los terroristas han organizado este espantoso atentado, cómo reaccionará el gobierno, cómo afectará esto a nuestros países de origen y qué será de todos nosotros. Hablan de las víctimas, a algunas de las cuales conocían. Personas que empezaron el día lavándose los dientes y tomándose un café, despidiéndose de sus familias, tomando el metro para ir a trabajar. ¿Qué sensación les produjo el saber que iban a morir? Jespal (¿cuándo ha entrado?) afirma que esto va a cambiar la vida de todos los habitantes de este país. Y Sonny (me sorprende verlo sentado junto a la puerta) anuncia con aspereza, en inglés:

—A algunos les va a cambiar más la vida que a otros.

Cuando las voces callan, uno de los hombres entona una canción en tono grave, una endecha interminable, o tal vez una oración. Los demás agachan la cabeza. Tal vez estén recordando otras tragedias. El cántico cobra intensidad.

Otras personas se unen a él, balanceándose adelante y atrás, siguiendo el ritmo con palmadas. Aunque no entiendo la letra, hay algo en este acto de dolor compartido que me consuela. Cuando termina la canción, los hombres salen en silencio. Nos manifestamos nuestro agradecimiento unos a otros.

Después del incendio, cuando intenté expresar mi gratitud a los clientes por su amabilidad, ellos se mostraron cohibidos, incómodos. Mi padre me aclaró que en la India no es habitual dar las gracias.

—Entonces ¿cómo sabes que la gente aprecia lo que has hecho por ellos? —pregunté.

—¿Tan importante es saberlo? —repuso entonces mi padre.

Ocurren dos cosas casi al mismo tiempo.

1. Se oye un fuerte estampido, una grieta aparece como por arte de magia en el escaparate, partiendo en dos la M con su brillante curvatura.

2. Cuatro jóvenes irrumpen en el bar.

Belle y Jespal están colocando las sillas en su lugar. Yo estoy a punto de tirar al fregadero el té que sobra (nadie lo ha probado). Mi padre está guardando las galletas. Sonny está sentado en un rincón con Jona, jugando con ella y arrancándole carcajadas. Todos interrumpimos nuestras tareas y fijamos la vista en los hombres.

Presentan un aspecto bastante normal (son altos, de pelo muy corto, uno rubio, tres castaños). Van vestidos con téjanos, al igual que nuestros clientes, que ya se han marchado. Uno lleva una chaqueta de cuero. Dos portan bates de béisbol, otro una cadena enrollada en torno a la mano. No sé con qué va armado el cuarto, pues tiene la mano en el bolsillo.

Gritan algo. Yo no distingo las palabras porque se desgañitan todos a la vez. O quizás es que mi cerebro se niega a funcionar, como mis manos

trémulas. He derramado el té en el suelo. Sonny empuja a Jona para que se resguarde detrás del mostrador. Belle la abraza y le aprieta la cara contra su vientre, a fin de que la niña no presencie la escena.

Sonny alza la mano en un gesto de apaciguamiento. Intenta razonar con los hombres. ¿Quieren dinero? Señala la caja registradora.

Uno de los desconocidos lo echa a un lado de un empujón.

—No somos ladrones, hijo de puta —masculla, con la boca torcida en una mueca de asco—. Somos patriotas.

—Os hemos estado vigilando, a ti y a tus amigos terroristas —asevera otro—. ¿Qué, de celebración?

Me avergüenza lo asustada que estoy. Es como si la garganta se me hubiera cerrado permanentemente. Aun así, debo explicarles que están cometiendo una equivocación. Es la única salida.

—No estábamos celebrando nada —me obligo a replicar. El corazón me late con tal fuerza que no oigo mi propia voz.

—Cállate, puta —suelta el hombre de la mano en el bolsillo. A una señal suya, uno de ellos rompe el mostrador de cristal con el bate de béisbol. Las galletas se desperdigan por el suelo. Mi padre se las arregla para retroceder justo a tiempo para que el bate no le rompa la mano. Jona está llorando. Belle también.

—¡Basta! —grita Jespal—. Nosotros no hemos hecho nada. La gente que había aquí estaba de duelo. Somos americanos, como vosotros. Nos sentimos fatal por lo que ha pasado.

Dos hombres lo sujetan.

—¿Te has mirado en el espejo? —le espeta uno—. ¡Tú no eres americano! Son cabrones como tú los que han planeado este atentado contra la gente inocente de este país. Ya es hora de que alguien os dé una lección, cerdos.

—Estás loco —lo increpa Jespal. Forcejea y logra liberarse por un instante

que aprovecha para golpear a uno en la cara. El turbante se le deshace.

Belle suelta un chillido.

—Ahora sí que la has jodido —murmura el hombre de la mano en el bolsillo, que ahora ha sacado la mano, en la que empuña una navaja. Dos hombres se llevan a Jespal a rastras al exterior. Sonny hace ademán de salir tras ellos, pero otro alza el bate de béisbol con una sonrisa perversa. El hombre de la navaja corta el hilo del teléfono con un movimiento de muñeca—. Si os quedáis aquí dentro, a nadie más le pasará nada —asegura antes de marcharse, cerrando la puerta con un cuidado exagerado.

Yo estoy rebuscando frenética en los cajones algo con que pelear. Sólo encuentro un cuchillo para cortar el pan. Aunque no estoy segura de tener agallas para utilizarlo, lo agarro de todas formas. Sonny emerge de la trastienda con un tubo y mi padre blande un trozo de madera.

Belle estrecha a Jona contra sí con un brazo, mientras la niña se debate, y con la otra mano vacía su bolso sobre la barra. En una época solía llevar un spray antivioladores. Confía en no haberse deshecho de él.

Jespal está encogido en el suelo, protegiéndose la cabeza con las manos.

—Vamos a machacarlo, chicos —barbotea alguien—. Para que sus amiguitos se acuerden de nosotros cada vez que lo vean.

Un hombre levanta la cadena y yo oigo el golpe sordo del metal contra la carne. Sonny se abalanza sobre él con un rugido y el hombre se vuelve. La cadena hiende el aire en dirección a Sonny, choca contra el tubo y se enrolla en él. Por un momento temo que el hombre se lo arranque de la mano, pero Sonny aguanta. Le pega con el tubo en el pecho, y el hombre cae de espaldas con un quejido de sorpresa. Sin embargo, otro se acerca a Sonny por detrás, esgrimiendo un bate. Yo corro hacia él, tratando de prevenirlo a voces. Vislumbro por un instante a mi padre, que está ayudando a Jespal a levantarse, luego lo oigo gritar. Uno intenta asestarme un batazo en la mano

en la que llevo el cuchillo. Me aparto, pero no lo bastante deprisa. El dolor estalla en mi brazo; el cuchillo sale volando. El hombre avanza hacia mí con una mirada asesina. Yo retrocedo.

—¡Cuidado, Riks! —me avisa Sonny.

Demasiado tarde. Alguien me rodea el cuello con el brazo, inmovilizándome. Suena una risita junto a mi oreja. Sonny se precipita sobre nosotros, con expresión decidida en su rostro ensangrentado. Embiste con la tubería. Mi atacante maldice y afloja la presión sobre mi cuello, lo que me permite respirar. Ahora dos hombres se lanzan simultáneamente contra Sonny. Agarro a uno, recibo un puñetazo en un lado de la cabeza y descubro que es verdad el tópico de que se ven las estrellas.

Debo de haber perdido el conocimiento durante unos segundos. Cuando lo recupero, estoy tirada en el suelo, aturdida. El hombre de la navaja hinca una rodilla encima de Jespal. Alguien ha reducido a Sonny retorciéndole un brazo a la espalda. Éste clama ayuda, pero por supuesto no acude nadie. El hombre alza la navaja, y Jespal profiere un alarido.

Entonces me llega el sonido de sirenas y al poco diviso un destello de luces. Un coche de policía dobla la esquina. Los hombres vociferan. Sueltan a Jespal y a Sonny, recogen del suelo a uno de sus compañeros, que está sentado agarrándose la cabeza, y suben de un brinco a su automóvil, un vehículo normal y corriente salvo por la bandera americana que ondea en lo alto de la antena. ¿Seré capaz de contemplar de nuevo esa bandera sin recordar este momento —que no me creo que esté ocurriendo—, sin este regusto a cobre en la boca, que más tarde descubriré que es sangre? En un abrir y cerrar de ojos, los hombres desaparecen.

El coche patrulla frena con un chirrido, y el oficial se asoma a la ventanilla.

—¡Métanse en el local y cierren la puerta con llave! —nos ordena. Algo me resulta familiar en él, pero antes de que acierte a imaginar qué es,

desaparece también, entre el aullido de las sirenas. Nos abandonan a nuestra suerte en medio de la calle desierta.

Belle sale a toda prisa del bar. Lleva en la mano un teléfono móvil. ¡Gracias a Dios ha conseguido llamar a la policía! Jona viene detrás de ella.

—¡Papá! ¡Papá! —exclama, arrojándose en brazos de Sonny. A mí me palpitan las sienes, y unos puntos amarillos brillantes danzan delante de mí, pero me las apañó para arrastrarme hasta ellos. A Sonny le sangra mucho la mejilla. Saco unos pañuelos desechables y le limpio la sangre.

—Es una herida superficial, creo —dice—. Podría haber sido peor.

Cuando pienso en cuánto peor podría haber sido, me abrazo a su cuello.

—Sabes que me encanta que hagas eso —bromea él, riendo y tosiendo a la vez—. Pero me temo que mis costillas no son muy románticas, porque están protestando.

—¿Te las han roto? —inquire Jona ansiosa.

—Esperemos que no —contesta él.

Belle está atendiendo a Jespal, que presenta un corte debajo del ojo derecho. El izquierdo está tan hinchado que no se abre. Un brazo le cuelga en una postura antinatural, pero por lo demás él también ha salido bien parado. Mi padre está sentado en el bordillo, frotándose el hombro. Parece conmocionado. Dice, arrastrando las palabras, que tal vez le han atizado un golpe en la cabeza. No se acuerda muy bien.

De nuevo se oyen sirenas. Esta vez se aproxima otro coche de policía, con dos hombres. Uno de ellos pregunta qué ha pasado, toma notas e indica a Belle que lleve a Sonny y a Jespal a urgencias.

—Si usted no se encuentra muy mal —prosigue, dirigiéndose a mí—, le aconsejo que se vaya a casa con la niña y el anciano. Esta noche los hospitales están a rebosar. Es una locura. Está pasando de todo.

Cuando me pide que describa a los asaltantes, descubro que no logro

evocar muchos detalles. Eran muy normales, hombres en los que no me fijaría si me cruzara con ellos por la calle. Lo mismo sucede con el coche: ni siquiera recuerdo de qué color era. Excepto la bandera, que visualizo mentalmente con absoluta claridad, todo lo demás se ha desdibujado por completo.

—Pero su colega, que ha llegado antes, los ha visto —señalo—. Él debe de saber qué pinta tenían. Incluso es posible que ya los haya atrapado. Ha salido tras ellos de inmediato.

El policía me observa con extrañeza.

—Éste es el único coche patrulla que han enviado a esta zona.

—¡No puede ser! Precisamente los asaltantes han huido gracias al otro policía. De no ser por él, quizá nos habrían matado.

Su compañero niega con la cabeza.

—Si hubieran enviado a otro agente, nos habrían informado. Además, no iban a enviar dos coches al mismo sitio en una noche como ésta. Estamos recibiendo demasiadas llamadas de auxilio.

Me quedo mirando las luces traseras del coche patrulla, que se desvanece en la ligera niebla que comienza a formarse sobre la calle despejada. El aire de esta noche de septiembre se ha enfriado. Belle se ha marchado al hospital. Mi padre se apoya en mí hasta que llegamos al aparcamiento, donde no hay más que un coche solitario: el mío. Jona se aferra con fuerza a mi otra mano. ¿Qué secuelas dejará en ella esta noche? Nos sobresalta el graznido de un ave silvestre. Pero no es la noche lo que nos atemoriza, ni los pájaros, por muy silvestres que sean. Ahí fuera no hay nada peor que los seres humanos.

Despliego el sofá cama para mi padre y llevo a Jona a su habitación.

Dormiré con ella esta noche. Cuando Sonny llega a casa (lo trae Belle), lo invito a usar mi cama.

—¡Caramba! ¡Jamás pensé que te oiría decir eso, Riks! —comenta.

—Ya veo que te encuentras mejor.

Me dedica una sonrisa torcida. Lleva un lado de la cara vendado. Cuando se mueve se nota que está dolorido. Por lo menos él no ha sufrido fracturas, a diferencia de Jespal, que habrá de pasar varios días en el hospital. A los médicos también les preocupa el ojo.

Le ofrezco a Sonny una manzanilla.

—Eso a mí no me hace ningún efecto. Prefiero un par de pastillas, de las que tomas para dormir. Todavía las tomas, ¿no?

Le llevo una. Este hombre sabe demasiadas cosas de mí.

Más tarde me encuentro frente a la ventana de Jona, demasiado alterada para dormir. Escruto la oscuridad, el cielo silencioso con sus estrellas intactas. En mi habitación, Sonny se rebulle y se revuelve, intentando ponerse cómodo en una cama ajena. Yo contemplo mi imagen en el cristal: la tez oscura, las facciones indias, los ojos oscuros rodeados de manchas no menos oscuras, los rizos negros. Se trata de una visión conocida que, de pronto, se me antoja extraña.

«Tú no eres americano», había espetado uno de los hombres.

«Es un imbécil racista», me digo.

«¿De verdad? —se burla mi voz susurrante—. ¿Y cuántos más en este país habrían estado hoy de acuerdo con él?»

Pero si yo no era americana, ¿qué era?

Sonny me llama, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué pasa? —pregunto desde la puerta—. ¿Te duele?

—Sí, pero no es eso. Es que... —Vacila. En la oscuridad no distingo su expresión—. ¿Querías sentarte conmigo un ratito?

Estoy a punto de alegar el cansancio como excusa, pero cambio de opinión. Hay cosas más importantes que las viejas rencillas. Me siento al borde de la cama, y él me toma de la mano. Al cabo de un rato se decide a hablar.

—Es una cosa muy rara, enfrentarte a un hombre que quiere matarte. Nunca me había pasado.

Me viene a la mente su semblante en ese momento, feroz, resuelto mientras descargaba un golpe con el tubo contra el hombre que me estaba estrangulando. Yo no sospechaba que Sonny fuese capaz de adoptar ese aspecto. Al principio me impresionó, pero luego me alegré, y eso también me impresionó.

Sonny exhala un suspiro que es en parte un estremecimiento.

—Yo también estaba dispuesto matarlo, ¿sabes?

—Ya lo sé. —Juego con la idea de agradecerle que me haya salvado la vida, pero me limito a propinarle un pequeño empujón—. Es muy incómodo estar sentada al borde de la cama.

Él se aparta para dejarme sitio, y cuando me tumbo me rodea con el brazo, con un suspiro muy distinto. Yo también le rodeo con el brazo, con cuidado, procurando no tocarle las magulladuras. Me admira la facilidad con que nuestros cuerpos encajan entre sí, como si recordaran. Él hunde la cara en mi pelo. Se nota que está abstraído en sus reflexiones.

—Mucha gente ha perdido mucho hoy —asevera al cabo de un rato.

Yo asiento con la cabeza. Pienso en la gente de las torres, en la de los aviones, en todos aquellos que han perdido a sus seres queridos; en los líderes, en los que toman las decisiones, que han perdido la fe en su invencibilidad; y en las personas como nosotros, que nos vemos oscuramente reflejados en los ojos de desconocidos, que hemos perdido la sensación de formar parte de este país.

Hoy se ha desatado mucho odio en el mundo. ¿Adónde conducirá todo esto?

Tal vez para contrarrestar ese odio, beso a Sonny. Tal vez porque la muerte nos ha rozado tan de cerca, y porque doy gracias por estar viva. Tal vez me mueve el simple consuelo de que alguien me abrace un día en el que la certeza se me ha escurrido entre los dedos para hacerse añicos en el suelo.

Dejo que me desabroche el sujetador y me acaricie los pechos. Dejo que sus manos vaguen por mi cuerpo y me acurruco contra él. Lo ayudo a quitarse la ropa. Cuando le toco y noto su erección, le murmuro su nombre al oído, como si cupiese la posibilidad de que lo hubiese olvidado. Cuando alcanza el clímax, arqueándose contra mí, jadeando no «Riks», sino «Rakhi», me quedo con la impresión de que he recuperado una diminuta esquirla de mí misma.

Transcurren los días, que parecen semanas. Transcurren las semanas, que parecen meses. Transcurre un mes, y parece que sucedió ayer. Ella se despierta por las noches al menor ruido, comprueba que la cadena de la puerta está puesta y los pestillos de las ventanas, echados. Ansia tener un sueño transformador, pero en la oscuridad no atisba más que negrura, como si yaciera enterrada bajo los escombros. Un día se va a trabajar y se encuentra con que alguien ha pintado la palabra TERRORISTA con letras rojas encima del nombre del bar. La pintura ha goteado desde el palo de la T, formando un charco denso y pastoso en el alféizar. Ella tarda horas en limpiarlo. No cambian el cristal del escaparate, sólo lo pegan con cinta adhesiva. Belle aduce que no hay dinero, pero nadie ignora la verdadera razón: es posible que ocurra de nuevo.

Sonny les lleva copias impresas de mensajes de correo electrónico que han puesto en circulación varias organizaciones hindúes. En ellos se les aconseja que no vayan a ninguna parte solos («de eso no hay peligro», se dice ella con sorna; está demasiado asustada para salir de excursión); que no se vistan con ropa india («¿Qué ropa india?», se pregunta ella mirándose los pantalones); que coloquen banderas estadounidenses en lugares visibles de los hogares y los lugares de trabajo (de esto no se siente capaz); que recen (cuando se entera de los planes militares del presidente, experimenta la necesidad de rezar, pero no sabe a qué deidad dirigir sus súplicas, si a una hindú o a una americana, ni quién merece ser perdonado, quién merece ser salvado). Casi llega a acostumbrarse a las miradas suspicaces que le lanzan por la calle. En

un par de ocasiones alguien cambia de acera para no pasar junto a ella. ¿Cómo es posible, se pregunta, que de la noche a la mañana el miedo se apodere así de la gente, volviéndola tan vulnerable?

Los periódicos locales publicaron la noticia del asalto a la Kurma House Internacional. A raíz de eso recibieron una gran cantidad de cartas, casi todas de desconocidos que expresaban su condolencia y su indignación. Había también unos cuantos anónimos cargados de insultos, y una persona les mandó un sobre grande de papel manila con una bolsa llena de excrementos.

Abren el bar el día que Jespal sale del hospital. Lo sientan en un rincón. La escayola de su brazo brilla de tan blanca. Rakhi le sigue la broma a Belle, que asegura que con las gafas oscuras parece un famoso de incógnito, un Elvis con turbante, aunque en el fondo está tan asustada que tiene la boca seca. Da un respingo cada vez que un desconocido se acerca a la barra. Personas a las que nadie le había presentado le dicen cuánto lamentan que haya pasado por una experiencia tan terrible. Quieren estrecharle la mano. Le reiteran que aceptan encantados su presencia en la comunidad. Ella intenta mostrarse agradecida, pero acaba por albergar resentimiento. La tratan como a una invitada.

«Yo nací aquí —quiere replicarles—. No tienen por qué aceptarme.»

Los músicos no hablan de lo sucedido, aunque Rakhi advierte que se arremolinan en torno a Jespal formando una piña protectora. Él todavía no ha recuperado del todo la visión del ojo izquierdo. Los médicos esperan a que mejore solo. De lo contrario, habrán de recurrir a un procedimiento agresivo («agresivo», qué termino más interesante. Rakhi repasa mentalmente sus numerosas acepciones). Jespal continúa llevando turbante (¿cabría calificarlo de ropa india?). Para la reapertura del local, ha escogido uno del color de las hojas de banano. Al vérselo enrollado en la cabeza, Rakhi se llena de orgullo y a la vez de preocupación. Uno de los músicos pega un puñetazo en la mesa,

con una palabrota. Pero Jespal sacude la cabeza con su habitual serenidad, y poco después comienzan a interpretar una canción.

Cuando llega el momento de marcharse, los hombres se quedan por allí, fingiendo estar ocupados, guardando una y otra vez sus instrumentos. Esperan a la salida a que el local esté cerrado y echan a andar detrás de Rakhi y Belle hacia el aparcamiento, charlando con su padre. Esperan a que las mujeres suban a los coches y arranquen el motor. A Rakhi le entran ganas de reír y de llorar ante su actitud solícita. Los hombres cumplen con este ritual todas las noches, y ella termina por encontrarlo consolador y amistoso. A veces se le olvida cómo empezó.

Invita a Sonny a su casa y le prepara la comida, cosa que había jurado que no sucedería de nuevo. Sin embargo, la complace la sensación de calidez que le produce estar en su pequeña cocina, con Sonny y Jona, apiñados en torno a la encimera cortando cebolla, adobando el pollo con jengibre. No intentan hacer el amor después de aquella noche traumática. (Cuando ella recuerda cómo se abrazaron en la cama, intentando ayudarse mutuamente a recordar quiénes eran, no sabe si alegrarse o avergonzarse.) Pero sí se sientan juntos con frecuencia, después de acostar a Jona. Procuran ceñir las conversaciones a la vida cotidiana, pero ¿es posible ya disociar la vida cotidiana de la búsqueda de células terroristas, o de las bravuconadas del presidente sobre el Eje del Mal? Sonny le confiesa que lo atormenta el sentimiento de culpa por crear música mientras tanta gente sigue muriendo. Ella le cuenta cómo ha cambiado su barrio. Las mujeres paquistaníes apenas salen de sus casas. Los hombres afganos se turnan para proteger a los niños de su comunidad y llevarlos al colegio, aunque sólo se halla a dos manzanas de distancia. En ocasiones se acomodan en silencio delante del televisor y ponen el telediario, que ofrece imágenes de las bombas que llueven sobre un país situado en el

otro extremo del mundo, de las elegantes columnas de humo que se elevan sobre las llamas.

—Ni siquiera sabemos qué está pasando —comenta Sonny—. Me siento como un perro faldero, al que le tiran migajas para que no ladre.

Los periodistas entrevistan a los soldados americanos, muchos de los cuales todavía no han cumplido veinte años. Algunos parecen nerviosos, pero todo el que sale ante la cámara declara que está dispuesto a morir por Estados Unidos. A Rakhi se le revuelven las tripas. Sus rostros son tan francos, dejan traslucir tal ignorancia... Ella se pregunta hasta qué punto habrá cambiado su aspecto para cuando regresen a casa.

Una noche, sin proponérselo, le da las gracias a Sonny por salvarle la vida. Las palabras salen con más facilidad de lo que habría imaginado, quizá porque últimamente los muertos y los moribundos ocupan gran parte de su mente, están muy presentes en su salón. O tal vez porque no es lo bastante india. Supone que él se mostrará azorado, que le restará importancia al asunto con un «no fue nada». Sin embargo, él tampoco debe de ser muy indio, porque le agarra la mano y le asegura que se alegra de haber sido de alguna ayuda, por lo menos esta vez. Ella reconoce en esta aseveración una disculpa por no haberla rescatado aquella lejana noche en la fiesta. Le roza los callos de las manos, preguntándose cómo le habrán salido. Sonny tiene los dedos cuadrados y limpios, con las uñas cortas para no arañar los discos. A Rakhi la desconcierta lo distante que parece ahora aquella fiesta, lo empequeñecida que ha quedado al lado de calamidades más recientes, más grandes. Pero conforme se diluya el impacto de estas nuevas calamidades, ¿recobrará aquella funesta noche su oscuro poder sobre ella? Los dedos de Sonny desprenden un leve olor a tomillo. No obstante, cuando él le sugiere que pasen la noche juntos, ella se niega con un gesto. No quiere concederle un perdón fácil sólo para retirarlo después. Él la invita de nuevo a que vaya al

club a escuchar su música. Ella no acepta ni declina la invitación. Se inclina un poco para que él le estampe un beso en la mejilla antes de marcharse.

Una mañana entra Marco en el bar. Al posar la vista en él, Rakhi cae en la cuenta de que hacía tiempo que no se pasaba por allí. Parece haberse encogido, como una zanahoria que ha estado demasiado tiempo en la nevera. Le entrega una bolsa de *pakor*s de cebolla. Él las sostiene en sus manos ásperas y agrietadas, con las uñas mordidas, y se balancea de un pie a otro.

—¿Qué pasa, Marco?

—Yo estaba aquí la noche que entraron los hombres en el bar y os pegaron. Estaba durmiendo detrás del puesto de flores, pero el ruido me despertó. Lo vi todo. —Arrastra adelante y atrás su zapatilla deportiva rota—. No me atreví a echaros una mano.

Una oleada de lástima la invade.

—No te preocupes —lo consuela—, yo tampoco me habría atrevido.

—Ella también estaba esa noche —añade Marco—. Yo la vi. La cafetería ya estaba cerrada, pero yo la vi allí dentro.

Rakhi clava en él la mirada y comprende de inmediato a quién se refiere. No sabe si lo que él afirma es la verdad, o simplemente lo que él cree.

Los ojos de Marco, húmedos y surcados de venas rojas, se mueven rápidamente de un lado a otro.

—Estaba en la ventana, mirándoos. Se quedó allí mucho rato, hasta que llegó el policía.

Más tarde Rakhi reconstruirá la escena en su mente, muy a su pesar. Le viene a la cabeza por la noche, cuando ella está a punto de dormirse, y la despierta sobresaltada. En su imaginación, la encargada está en el interior del Java, a oscuras, con la cara pegada al frío cristal de la ventana, apretando tan fuerte con las palmas que se le ponen blancas. Sus ojos emiten un resplandor

verdoso, y la intensidad de su odio cruza la calle desierta e impulsa la cadena que desciende sobre Sonny.

—Ya no está allí —agrega Marco—. ¿Lo sabías?

Rakhi no lo sabía. Está luchando de tal manera por mantenerse a flote que no le queda tiempo para preocuparse por el Java. Pero hoy resuelve acercarse a la cafetería. En efecto, hay un nuevo encargado en el establecimiento, un hombre dentado, de mediana edad, regordete y campechano. Cuando ella lo interroga, él confesará que no está al corriente de lo que ha sucedido con su predecesora ni de adónde la han enviado.

Rakhi se pregunta si es posible que una persona se evapore como consecuencia de la fuerza rebotada de su propio odio.

Saca el caballete, por primera vez desde septiembre. Cierra los párpados y no se resiste a la avalancha de imágenes que sobreviene. El estampido de un cristal al romperse, el miedo que se desliza como lodo por su brazo y que ella no fue capaz de limpiar durante mucho tiempo, por más que se bañaba en agua muy caliente. Empieza a pintar: a un sij le pega un tiro en una gasolinera alguien que lo ha tomado por un ciudadano de Oriente Medio; mujeres aterradas se asoman desde detrás de cortinas que semejan burkhas; el turbante de Jespal desenrollado adquiere el color de un río de sangre, y su ojo amoratado, el del cielo del monzón. El fondo es un *collage* de rostros con barras rojas, blancas y azules. Un puño enarbola una bandera tan descomunal que, si cae, los asfixiará a todos. Los pájaros han desaparecido, sustituidos por aeroplanos. Algunos se estrellan contra los edificios. Algunos tiran bombas con la facilidad con que los insectos ponen sus huevos. Rakhi pinta un cartel de DIOS BENDIGA, pinta tambores, flautas de bambú, violines. Pies que lanzan patadas, cadenas que golpean, galletas barridas de un mostrador y pulverizadas en el suelo, pisoteadas por botas. Los cuchillos vuelan por el espacio pintado como los puñales de utilería de un malabarista, pero éstos son

letalmente reales. Un coche de policía surca la noche rota bajo una luna estriada. Cuando Rakhi se aparta para contemplar la obra, los colores y las formas se unen en una exposición que le eriza el vello de los brazos. Lo bautiza con el único nombre posible: *Tú no eres americano*.

Cuando da los últimos toques al policía, que mira por encima del hombro mientras se aleja a toda velocidad hacia un torbellino de pinceladas oscuras, se percata de que lo ha pintado con los rasgos del hombre de blanco. ¿Lo recuerda con precisión? Evoca el cosquilleo que experimentó al fijarse en su cara (¿fue porque lo había reconocido o por puro alivio? ¿O acaso todo se debió a su deseo de encontrar a un salvador entre sus conocidos?).

Mañana, decide. Mañana irá al bosque de eucaliptos. Quizás entre troncos y raíces dé con algunas respuestas.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

En las cuevas nos enseñaron que cuando las intérpretes de sueños trabajan, cada una tiende desde el ombligo un hilo fino e invisible, como el de una araña. Este hilo llega hasta Swapna Lok, el mundo donde nacen los sueños. A través de él se desplazan los sueños que la intérprete necesita conocer. Cuando una intérprete sueña a solas, el hilo, fino y débil, se rompe con facilidad. Sin embargo, cuando las intérpretes viven cerca unas de otras, sus hilos se trenzan entre sí para formar una fuerte cuerda capaz de soportar el peso de los sueños más difíciles. Por eso las intérpretes de sueños no deben apartarse mucho de su comunidad.

Yo guardé silencio, aunque en el fondo abrigaba serias dudas. «Son sólo cuentos —me dije—, cuentos inventados para retenernos aquí, bajo el control de las ancianas.»

¿Por qué ponía en tela de juicio lo que todas mis compañeras novicias aceptaban? Tal vez, inconscientemente, ya me estaba preparando para marchar.

Mucho más tarde, cuando le expuse mis dudas a mi tía, ella suspiró. Yo interpreté aquel suspiro como una señal de que estaba harta de mi rebeldía. Quizá se arrepentía de haberme sacado de la calle. Al fin y al cabo, yo no había causado más que problemas.

En realidad, se trataba de un suspiro de cariño exasperado (desde que soy madre, yo también he aprendido a suspirar así). «Hay pruebas —aseguró—.

Pero exigir esas pruebas es como pedir una demostración de que un plato de cristal es susceptible de romperse. Acabará convencida, pero no habrá manera de pegar los pedazos.»

Yo prestaba atención sólo con la mitad de mi mente impaciente. «Enigmas, enigmas —pensaba—. ¿Por qué no me explicas sin tantos rodeos lo que quieres decir?»

Años más tarde mi hija me dirigiría estas mismas palabras.

No obstante, hay cosas demasiado inaprensibles para explicarse de esta manera, ahora lo sé. Sólo nos resta acercarnos a ellas con sigilo, por detrás, como si fueran aves silvestres. E incluso entonces captan nuestro olor y remontan el vuelo antes de que arrojemos sobre ellas nuestra red de palabras.

Ignoro si mi capacidad de soñar se había debilitado ya en Calcuta, una vez que me casé, porque en aquellos primeros días de euforia no me fijaba en eso. Estaba absorta en sueños de otra clase, para los que no es preciso estar dormida. Sólo en América, con sus noches estancadas como el mar de los Sargazos, hube de enfrentarme a mi problema. A veces notaba que un fino y delicado tentáculo me brotaba del cuerpo. Pero al no encontrar en el exterior nada a lo que conectarse, se marchitaba y se retraía en mí. Durante un tiempo, la bolsa de tierra que me había regalado mi tía mantuvo a raya mi desesperación. Sin embargo, su contenido menguaba cada vez que soñaba. Hasta que una noche se acabó. Y junto con la tierra, los sueños también se esfumaron.

¿Cómo describir con palabras la sensación de vacío que se apoderó de mí al quedarme sin sueños, después de haberlos saboreado de nuevo, de haberlos utilizado en bien de los demás? No comía ni pegaba ojo. Me pasaba el día caminando de un lado al otro sobre la raída moqueta de la casa, intentando

discurrir un remedio. No conocía a un solo intérprete de sueños en América. Tal vez no los había en esta tierra convencida de que en la tecnología reside la cura de todos los males.

Y aunque hubiera sabido describir con palabras mi problema, era impensable contárselo a mi marido. Él ignoraba mi condición de intérprete de sueños. Pensaba contárselo antes de nuestra boda, pero en el último momento me acobardé. Mucha gente temía a las intérpretes de sueños, pues consideraban antinaturales nuestros poderes. ¿Y si él compartía esa opinión? No quería arriesgarme a perder su amor, por el que había renunciado a tantas cosas. Le aseguré que mi familia se oponía a nuestra boda, y que por eso me había fugado. Le pedí que no tocara más ese tema, que me resultaba demasiado doloroso. Él respetó mis deseos y me cubrió de ternura para compensar el amor que creía que yo había perdido. ¿Cómo iba yo a revelar ahora que había volcado su corazón sobre una mentira?

Además, él no estaba en situación de sacarme del atolladero, estaba demasiado ocupado pugnando por salir del suyo. Como no disponíamos de mucho dinero, se vio obligado a trabajar, además de asistir a las clases de la universidad. Llegaba a casa por las noches exhausto, dudando de su capacidad para salir adelante en este nuevo país que al principio le parecía tan atractivo. A pesar de todo, era un hombre bueno, y mi infelicidad no le pasó inadvertida. Intentó distraerme llevándome a restaurantes o al cine o a pasar el fin de semana en la playa, aunque apenas podíamos permitirnoslo. No sirvió de nada.

En un periódico semanal leí un anuncio de una vidente que, por una tarifa, respondía preguntas sobre el futuro, ofrecía soluciones a los problemas y te ponía en contacto con el espíritu de los seres queridos. Mi corazón brincaba como un pez varado que percibe la cercanía del agua. Saqué a escondidas veinte dólares de la cartera de mi marido y llamé para pedir hora. No

obstante, en cuanto oí la voz al otro lado de la línea, ronca de tanto fumar, de pasar demasiadas noches en vela y a solas, concluí que aquella mujer no me ayudaría.

Los días se me hacían insoportables. No lograba concentrarme más que en el mundo onírico que se me había escapado de las manos. Antes nunca había concedido mucha importancia a mi don, pero ahora me parecía imposible vivir sin él. Abrumada por el sufrimiento, culpaba a mi marido de mi pérdida. Discutía con él por el motivo más nimio. El estupor en su mirada me enfurecía aún más. La idea del suicidio gravitaba sobre mí como un nubarrón, y allí donde dirigía la vista, sólo divisaba negrura.

Fue en esta época cuando se me apareció la serpiente.

No relataré nuestro encuentro. Hay cosas que no deben consignarse en un libro, ni siquiera en un libro como éste, que nadie leerá y que está escrito en un idioma que muy pocas personas entienden en este país. Pero esto es lo que aprendí de ella: cada vez que practicaba el sexo con mi marido, o incluso cada vez que dormía en la misma cama, mis poderes, ya debilitados por la lejanía de las cuevas, decaerían todavía más. Pronto se desvanecerían del todo. Si quería continuar siendo intérprete de sueños, debía encargarme de dos cosas, y pronto.

«Es decisión tuya», señaló la serpiente. Relucía en la periferia de mi visión, como una gota de lluvia en una espiga de maíz. Era lo único hermoso en mi gris y asfixiante existencia. La mera idea de que desapareciera me angustiaba terriblemente.

«Es decisión tuya», repitió. Pero yo era consciente de que no había alternativa. Tenía que cortar todos los lazos con mi marido. Y tenía que encontrar la manera de regresar a las cuevas.

RAKHI

No concilio el sueño en toda la noche. Me siento como si se me hubiese calentado el cerebro y alguien me hubiese trepanado el cráneo, y me pican los ojos como si estuviera incubando alguna enfermedad. Los pensamientos me retumban en la cabeza como una manada de elefantes. Recuerdo al azar algunos consejos de mi madre: «El secador de pelo mata las neuronas.» «Nunca te acuestes albergando rencor.» Me vienen a la mente fragmentos de la vieja música de Sonny, y, muy al fondo, pugnando por salir de detrás de las notas, su nuevo estilo, que todavía no he oído; la receta del *chutney* de coco que elaboró mi padre la semana pasada, minuciosamente detallada, aunque no me gusta el coco; listas de la ropa que se le está quedando pequeña a Jona, enseres que Belle necesitará si se casa, medidas de seguridad que deberían haber tomado los aeropuertos de Estados Unidos. Sin embargo, éstos no son mis auténticos pensamientos. Mis auténticos pensamientos son los que estoy evitando a base de llenarme la mente, lo más deprisa posible, de ruido innecesario. Cuando la luz detrás de las persianas se torna del color de la mantequilla fundida, renuncio a descansar.

Jona está con Sonny, lo que me deja libre para ir al bosque de eucaliptos cuando me apetezca, pero demoro la caminata una y otra vez. Preparo el desayuno, me ducho, meto en la lavadora una carga de ropa que lleva mucho tiempo sucia. Soy reacia a ir, pues temo no encontrar allí al hombre de blanco. Si no está allí, no se me ocurre otra manera de localizarlo.

¿O es que tengo miedo de encontrarlo?

Espero que el bosque esté desierto, pero está curiosamente abarrotado para ser un día laborable. La gente aprovecha el sol, la temperatura agradable de esta tarde de noviembre. Los estudiantes pasean por el sendero, los niños persiguen a las ardillas gritando, los perros tiran de las correas de sus dueños, deseosos de descubrir nuevos olores, los amantes se besan sentados en troncos secos, como manda la tradición. Una familia ha tendido un mantel sobre la pinaza para merendar. Echo una ojeada por encima de sus cabelleras rubias y veo *falafel*, ensalada, pan de pita, puré de berenjena. ¿Cómo es que todos parecen tan contentos? ¿Acaso hay una muralla mágica en torno al bosque que filtra la memoria de los que aquí entran? ¿O es así como sobreviven los seres humanos, sobreponiéndose a la historia, inmersos en el momento presente? Si éste es el caso, yo no he heredado esa capacidad.

Me encamino a la hondonada que yace en el corazón del bosque, donde avisté por última vez al hombre de blanco mientras practicaba su Tai Chi. No hay rastros de él, pero al menos aquí reina la tranquilidad. Me repantigo en el suelo y me recuesto en un árbol caído. Allí donde las copas de los eucaliptos no terminan de encontrarse, se atisban zonas irregulares de cielo. Alzo la vista hacia ellas. Los pensamientos contra los que he batallado aguardan como piedras sumergidas en un río en mi interior. Corro el riesgo de chocar contra uno de ellos y naufragar. Concéntrate en el momento presente, me digo. Las ramas secas y quebradizas bajo mis pies, la áspera corteza a mi espalda. El cielo es muy pálido, más blanco que azul. Tira de mi pecho hasta que algo salta como un corcho. Y, como si hubieran estado esperando este momento, los pensamientos salen a borbotones. En la televisión, hace una semana, un predicador declaró que los homosexuales y los defensores del derecho al aborto eran los culpables de los atentados terroristas: habían enfurecido a Dios y provocado que descargara su ira sobre el país. Jona se despertó llorando. No me atreví a preguntarle por qué, pero me lo contó de

todas maneras. Había soñado con una cueva helada llena de cadáveres. A diferencia de otras madres, yo no podía decirle: «No te preocupes, es sólo un sueño.» El peso de su don me oprimía como una losa de hielo. Recibí mensajes de correo electrónico que recomendaban no acudir a los centros comerciales en Halloween, porque se había planeado otro atentado a gran escala para ese día. Muchos de los camareros del World Trade Center eran trabajadores sin papeles. Nunca sabremos quiénes eran, ni quiénes eran sus familiares. Otros correos me advertían que me aprovisionase de ajo y aceite de orégano (antídotos para el carbunco). Una semana después de que se derrumbaran las torres, la policía encontró un par de manos en lo alto de un edificio cercano, sujetas con unas esposas de plástico. A bordo del buque *Enterprise*, un marinero sostenía en alto una bomba en la que había escrito: SECUESTRAD ESTO, CABRONES. Algunas noches me da miedo dormirme. ¿Qué otra desgracia habrá acaecido en el mundo cuando abra de nuevo los párpados? Otras veces sólo quiero dormir, cavar un hoyo profundo bajo tierra como un tejón, notar en la piel la fresca y confortable humedad de la tierra, que nunca cambia.

Con frecuencia reflexiono sobre la muerte. Hasta hace poco sólo era una cuestión teórica. Ahora, no obstante, se ha abatido sobre mi vida como un gran búho gris con garras y ojos que brillan en la noche. Por un lado, me aterroriza; por otro, se me antoja hermosa. ¿Es por eso por lo que algunas personas se precipitan hacia ella en un frenesí de insondable alegría y la llaman la Salvadora de los Fieles?

¿Y qué hay de ella, de la mujer más cercana a mí y a la vez la más lejana, que vivió siempre intentando salvar a los demás y que terminó despeñando su coche (con su marido dentro)? No fue un accidente, ahora estoy segura. ¿En qué sueño transformador penetró ella esa última noche de su vida? ¿Qué

buscaba, y qué la llevó a concluir que la muerte era el único camino que la conduciría a ello?

Se me ha posado en la mano una libélula, grande, de color azul metálico, con sus alas de gasa transparente. Guarda el equilibrio sobre mi nudillo por un instante, despidiendo destellos, con los ojos brillantes como cuentas negras. No hay muchas libélulas por aquí. Me siento curiosamente halagada por el hecho de que me haya elegido como escala en su viaje. Permanezco muy quieta, casi sin respirar, hasta que echa a volar y asciende en espiral hacia el cielo. La sigo con la mirada hasta que se desvanece, y cuando bajo la vista, diviso al hombre de blanco.

Está en la hondonada, su lugar habitual, pero hoy realiza un ejercicio diferente. Se sostiene sobre la pierna derecha y tira de la izquierda hacia atrás con la mano. El brazo derecho señala al cielo. Mantiene los ojos fijos en un punto del horizonte. Poco a poco extiende la pierna tras sí, sin soltarla, hasta estirarla del todo. Es una postura hermosa, que destila fuerza y equilibrio. Lo contemplo como hipnotizada.

Al cabo de un rato relaja la pierna y la baja hasta el suelo, repite el estiramiento con la otra pierna. Caigo en la cuenta de que está practicando yoga, aunque ignoro cómo se llama esa posición en particular. Me maravilla, como antes, la naturalidad con que su cuerpo se mueve y efectúa cada paso. Para mí sería imposible.

Ahora ha terminado con la *asana*. Antes de que empiece otra, me levanto. La sangre me sube con tal brusquedad a la cabeza que me mareo. Aun así, en el fondo sé, con una certeza que no he experimentado desde hace mucho tiempo, que si no aprovecho esta ocasión para hablar con él, no surgirá otra.

—Hola —lo saludo.

Cuando se vuelve, advierto que es mucho mayor de lo que imaginaba. Pese a que sus movimientos eran los de un joven, su rostro está arrugado y curtido.

Me cuesta determinar su raza: si bien tiene la tez oscura, sus iris son de un extraordinario color verde. ¿Se trata de la misma persona que atrajo mi atención aquella mañana lluviosa? A lo mejor vienen muchos hombres a entrenar al bosque, y es posible que varios vayan vestidos de blanco, por lo menos algunas veces. Quizá la persona a la que llamo «el hombre de blanco» sólo existe en mi imaginación, y su imagen se superpone a la de otras personas cuando mi subconsciente así lo requiere por algún motivo. Cuando me asalta esta última duda me invade tal vergüenza que estoy a punto de disculparme y marcharme.

—Hola —responde él, arrugando las comisuras de los ojos con una sonrisa. Me gustan sus ojos. Me resultan atractivos, pero no en un aspecto sexual. No percibo en ellos señales de haberme reconocido, pero su mirada me atrapa, me anima a quedarme un rato, incluso si él no es mi hombre de blanco, incluso si no sabe nada de la muerte de mi madre.

Respiro a fondo. Se adueña de mí la sensación de que nos hemos embarcado en un juego elaborado como una danza. El resultado de nuestro encuentro dependerá de la habilidad con que yo juegue. Pero ¿cuáles son las reglas?

Un centenar de cuestiones se arremolina en mi mente. ¿Tienes un coche negro? ¿Eres policía? ¿Tu matrícula reza Emit Maerd? ¿Es ése tu nombre, y qué significa? ¿Conocías a mi madre? ¿Te siguió hasta salirse de la autopista?

—¿Eso que practicabas era yoga? —inquiero.

Ahora el resplandor de su sonrisa se extiende a todo su rostro. De alguna forma, le he formulado la pregunta adecuada.

—Sí.

—¿Querrías enseñarme una *asana* ?

—Sí. —Frunce el entrecejo, como tomando una decisión.

Lo sigo hasta otro claro más amplio. Hay gente alrededor, pero no importa.

Al caminar junto a él me siento como en una burbuja inaccesible para los demás.

—Sigue mis movimientos —me indica.

Junta las piernas y levanta los brazos hasta estirarlos del todo. Las palmas de las manos se tocan. Yo lo imito. Aunque esto no reviste complicación alguna, es algo nuevo para mí. Noto un ligero hormigueo en las puntas de los dedos al estirarme.

Él separa las piernas y se vuelve hacia la derecha, con la punta del pie hacia adelante, flexiona la rodilla derecha y baja el cuerpo. La pierna izquierda queda extendida tras él. Mira hacia arriba, hacia sus manos juntas.

Yo pruebo a hacer lo mismo, pero a mi pierna izquierda, que no está acostumbrada a estirarse y doblarse de esta manera, le entra un tembleque. Pierdo el equilibrio y bajo los brazos para no caerme.

—No te preocupes —me dice—. Inténtalo otra vez. —Me pone las manos en los hombros y los hace girar. Me tira de un tobillo para ponerme las piernas en la posición correcta. Me estira los brazos hacia arriba y me junta las palmas—. La vista hacia arriba.

Yo me quedo mirando el blanco claro en el cielo, y esta vez no me mareo. Noto que el calor de sus manos pasa a las mías. Entre el cielo y yo cuelga una telaraña de dos ramas de eucalipto, cargada de rocío plateado. Es lo más intrincado que he visto en la vida. «Y pensar que ha estado ahí todo el tiempo —dice mi voz susurrante—, pero tú no habías reparado en ella.»

Él ha retirado las manos. Estoy sola, en equilibrio, y por un segundo me acomete una sensación rarísima, como si fuera una gota de rocío en una telaraña invisible para mí, una telaraña tan gigantesca que supera todo lo imaginable. El hombre de blanco es otra gota de rocío. En este instante, alguna fuerza (el viento, la gravedad, la influencia planetaria) nos ha acercado el uno al otro. Quizás en otro instante nos separe para que nos

deslicemos por otro hilo y terminemos en otra ciudad, en otro país, incluso en otra dimensión. Esto sucede constantemente: las personas se deslizan apartándose de nuestras vidas, y perdemos el contacto con ellas para siempre. A pesar de todo, continúan estando en algún punto de la telaraña.

Entonces me flaquean las piernas y lo agarro de la mano para no desplomarme. Cuando dejamos de reír, me informa:

—Ésta es una de mis favoritas, una variante del Guerrero. Practicarla con regularidad desarrolla el equilibrio, la elegancia, la visión y la audacia. Además, fortalece las piernas y endereza la espalda.

—Yo desde luego necesito todo eso —comento con una mueca.

—Todos lo necesitamos. —En su rostro se dibuja una expresión de gran bondad. Se despide con un gesto de la cabeza y se marcha en su vieja bicicleta azul de diez marchas que estaba apoyada en un árbol. Sale del bosque y desaparece de mi vista.

Guardo en secreto mi encuentro con el hombre, aunque a veces me invade la apremiante tentación de contárselo a Belle. Pero ella me reprendería por mi estupidez. («¡No me lo puedo creer! ¿Que perdiste el tiempo practicando una postura de yoga cuando tenías tantas preguntas importantes que hacerle? Por Dios, Rikki, ¡pero si a ti ni siquiera te interesa el yoga!») No sería capaz de explicarle lo que sentí cuando juntó sus manos sobre las mías, como si fueran pétalos de una misma flor, ni mi reflexión sobre la telaraña.

Las palabras son engañosas. A veces las necesitamos para exteriorizar el dolor que se nos pudre por dentro. Si no lo expulsamos, se gangrena y acaba por matarnos.

Eso era lo que había sucedido entre Sonny y yo, por eso nos era imposible seguir adelante con nuestras vidas —juntos o por separado— mientras no

habláramos. Sin embargo, hay ocasiones en que las palabras pueden romper en pedazos un sentimiento. Es lo que sucede con el episodio del bosque.

Mi madre había querido enseñármelo. Un día, cuando yo insistía y la acribillaba a preguntas, me cortó:

—Todo el mundo respira aire, pero sólo un sabio sabe cuándo utilizar ese aire para hablar y cuándo exhalar en silencio.

Yo no me atrevería a decir que poseo esa sabiduría, pero sí que estoy aprendiendo.

Intento adoptar la postura del Guerrero de vez en cuando. Confiaba en que me transformaría, en que erradicaría mi debilidad, pero no es así. Y a pesar de todo, cuando practico delante de un cuadro a medio terminar en mi abarrotado salón, o en el porche de Sonny, a la sombra azulada de los jacarandás, noto que algo se afloja en mi interior, un nudo de desconfianza, cierta necesidad de controlarlo todo. La energía titila en la punta de mis dedos, y mi voz susurrante se acurruca como un gato y cierra los ojos.

No he vuelto a tropezar con el hombre de blanco, quizá porque no lo necesito. Algo en mí ha quedado satisfecho con nuestro encuentro.

Jamás sabré qué vínculo misterioso, si es que lo había, le relacionaba con mi madre, ignoro si él era en efecto aquel mensajero tan esperado que ella mencionaba en sus diarios. Aun así, de alguna manera, por primera vez, no me cuesta aceptar la idea de no saber. Siempre habrá misterios sobre mis seres queridos, enigmas cruciales de sus vidas que yo nunca descifraré. Pero esto no me preocupa. El amor, siempre sesgado, discurre por otros derroteros. Quizás el hombre de blanco, a quien llevo dentro junto a Jona y a mis padres, Sonny y Belle, vino para transmitirme este mensaje.

DE LOS DIARIOS ONÍRICOS

No bien tomé la decisión de marcharme, se evaporó mi depresión. Había muchos planes que trazar. Lo primero era reunir bastante dinero para sacar un billete sin que mi marido se enterase. Para ello, debía conseguir trabajo.

Me dirigí a mi marido con cierta ansiedad. La primera mentira se la había contado por el bien de los dos. Ésta, en cambio, obedecería a motivos puramente egoístas. ¿Sería capaz de mirar a la cara a quien amaba (sí, todavía) más que a nadie en el mundo, y mentirle? Todo resultó mucho más fácil de lo que pensaba. No me tembló la voz al afirmar que me sentía sola, que el trabajo me mantendría ocupada, que el dinero extra nos ayudaría con los gastos. Él accedió enseguida (estaba preocupado por mis brotes de depresión) y llevó a cabo algunas pesquisas entre sus colegas indios (llamarlos amigos sería inexacto; estábamos demasiado ocupados intentando sobrevivir a nuestro trasplante para trabar amistad con nadie). En unas cuantas semanas (un milagro, habida cuenta de que yo no poseía permiso de trabajo ni había recibido formación de ninguna clase) me ofrecieron empleo.

Entré a trabajar en una tienda india de comestibles (al fondo, fuera de la vista de la gente). Pesaba *dais* y especias que había en grandes sacos para meterlas en bolsitas de plástico, las cerraba herméticamente y les ponía la etiqueta correspondiente. Algunos lo habrían considerado un trabajo aburrido, pero a mí me reconfortaban su sencillez y su carácter repetitivo. Me gustaba aplicar el cierre hermético a las bolsas en una línea recta y pegar la etiqueta en el centro exacto del paquete.

Constantemente fantaseaba con el día que compraría mi billete con el dinero que se iba acumulando en una caja de zapatos debajo de la cama (habría ahorrado lo suficiente en tres meses), el día que subiría al autobús que me llevaría al aeropuerto y embarcaría en un avión de Air India con destino a Calcuta. Luego todo se desdibujaba. Suponía que tomaría un tren hasta el pueblo más próximo a las cuevas. Luego recorrería el resto del trayecto a pie. Esta parte del viaje me causaba cierta inquietud. Recordaba los rumores sobre lo ocultas que estaban las cuevas, de manera que aunque no había impedimento para que una se marchase cuando lo estimase oportuno, sólo las ancianas conocían el camino para llegar hasta allí. Pero decidí no preocuparme. La serpiente me había invitado a volver, ¿no? Probablemente me guiaría hasta ese lugar cuando llegara el momento.

Los dueños de la tienda me pagaban por hora. Lo que yo cobraba quedaba muy por debajo del salario mínimo, pero yo no les guardaba rencor por ello. Al fin y al cabo habían asumido cierto riesgo al contratarme y me trataban con amabilidad, a su manera. Me asignaban bastantes horas a la semana, y al mediodía, cuando la mujer del dueño se tomaba un descanso para almorzar, siempre me invitaba a comer con ella.

Bien por mi sentimiento de culpa, bien porque sabía que me marcharía pronto, durante este tiempo procuraba complacer en todo a mi marido. Le preparaba sus platos favoritos (yo no era buena cocinera, puesto que no había adquirido ninguna experiencia al respecto en las cuevas, pero me esforzaba). Lo acompañaba todas las tardes a un lago cercano para dar de comer a los patos, una actividad que me aburría pero que a él parecía gustarle. Y cuando él así lo deseaba —casi todas las noches—, le permitía hacerme el amor.

Mentiría si afirmase que obraba así sólo para mantenerlo contentó. Era un hombre atractivo, y yo lo quería, pero no lo suficiente para renunciar a mis sueños. Yo siempre había disfrutado con el sexo. Ni siquiera el miedo a

perder mi don me había arrebatado por completo el intenso y exquisito placer del acto. Ahora, el secreto de mi inminente marcha añadía el dulce dolor de la fugacidad a nuestras relaciones sexuales. Si me atenazaban la inquietud o los remordimientos, los desechaba enseguida. «Estoy renunciando a todo —me repetía—. Seguro que me merezco unos cuantos recuerdos gratos que hagan más llevadera mi casta existencia en las cuevas.» Durante esta época no tuve sueños. No me importaba. Pronto no habría prácticamente nada más que sueños en mi vida.

Dos semanas antes del día de mi partida (ya había reservado un billete en una agencia de viajes) me desmayé en el trabajo mientras arrastraba un enorme saco de lentejas a la zona donde las pesaba. La mujer del dueño oyó el estrépito (me había caído sobre una pila de cajas de aluminio llenas de especias) y acudió corriendo. Me lavó la cara con una toalla mojada y me frotó las sienes con agua de rosas para reanimarme. A continuación palpó las ojeras y declaró que estaba embarazada.

—¡No puede ser! —exclamé horrorizada.

—¿Has tomado precauciones? —me preguntó.

Debió de colegir por mi expresión que no sabía nada sobre precauciones. Entonces asintió con la cabeza.

—Bueno, pues es lo que pasa. Que me lo digan a mí. Yo tuve cinco hijos antes de ligarme las trompas.

Esperó alguna reacción por mi parte, pero yo me había quedado muda. Me indicó que me sentara y me sirvió un zumo de mango (incluso en mi estado de conmoción no pasé por alto su generosidad; el zumo de mango se importaba de la India, y se vendía a un dólar la botella).

—No tengas miedo, todo saldrá bien —me aseguró amablemente—. No te imaginas la felicidad que traen los hijos. No sabes cómo el tuyo te cambiará la vida.

«No —quería gritar yo—. Tú sí que no te imaginas cómo me cambiará la vida.» Pero no abrí la boca. ¿De qué habría servido? Permanecí allí sentada, bebiéndome el zumo de mango, que estaba demasiado dulce, y concentrando todos mis esfuerzos en no vomitar.

Durante siete días me debatí en la duda sobre mi embarazo. Con el pretexto de que no me encontraba bien, dormí siete noches separada de mi marido. Y él, que era un alma cándida, no cuestionó mi decisión. Todas las noches yo suplicaba a la serpiente que viniera a mí, que me ayudara a decidirme. Todas las noches lloraba, ahogando los sollozos contra la almohada, porque la serpiente no venía. Todavía hoy me pregunto por qué no se me apareció. ¿Pretendía castigarme, o es que sencillamente ya era demasiado tarde?

Al cabo de los siete días, tomé una resolución. En primer lugar, descarté la posibilidad de abortar (sí, confieso que se me había ocurrido. Si la serpiente me lo hubiera pedido, yo lo habría hecho. Sin embargo, la serpiente me había abandonado, y yo ahora gobernaba sola mi propio timón).

En segundo lugar, renuncié a mi plan de volver a las cuevas.

Durante unos días me forjé la ilusión de que mi decisión era altruista, de que la había tomado por el bien de mi futuro hijo, pero en mi fuero interno sabía que la había tomado por miedo. Temía que las ancianas, si lograba encontrarlas, no me aceptaran de nuevo. Nos habíamos despedido con amargura. Ellas me advirtieron que, una vez que me marchara, ellas quedaban eximidas de toda responsabilidad hacia mí. Y ahora que el recordatorio tangible de mi transgresión crecía en mi interior, no me cabía la menor duda de que me rechazarían. ¿Acaso no me había rechazado la serpiente?

¿Qué ocurriría entonces? No soportaría regresar a los barrios bajos. No

quería que mi hijo arrastrara la doble carga que mi propia madre me había impuesto: la de ser pobre y la de ser huérfano de padre.

Al cabo de los siete días le comuniqué a mi esposo que estaba embarazada. Él se puso loco de contento. Mi tristeza no empañó en absoluto su alegría. Seguramente sus colegas le habían comentado que en esta situación las mujeres se tornan temperamentales. Cuando me negué a compartir su cama, él se resignó pensando que sería temporal. Cuando le anuncié que ya no quería trabajar en el colmado, él contestó que convenía más que me quedara en casa y cuidara de mi salud.

Mientras el feto se desarrollaba, yo deambulaba por la casa de la mañana a la noche, porque no aguantaba estar quieta. Pero se me había pasado el nerviosismo. Una sólo se pone nerviosa cuando alberga esperanza, y yo ya había perdido toda esperanza. Mi vida en la India se había acabado. No me importaba cómo se desenrollase la madeja del resto de mis días aquí, ni si acabaría por enredarse.

No obstante, el día que el niño que llevaba dentro me dio la primera patada, percibí también un movimiento de otra clase. Tardé un momento en reconocerlo: mi antiguo poder, rebulléndose una vez más. Débil tal vez, pero todavía vivo. ¿Quién sabe cómo funcionan estas cosas? Al principio me resistía a creerlo, por miedo a sufrir una decepción. Luego me invadió un profundo alivio, como si me hubieran concedido un indulto. Y también concebí un nuevo miedo. Pasara lo que pasase, no debía volver a perder el don.

Observé que cuantas más horas pasara en silencio, más crecía mi poder. Esas noches acudían a mí los sueños de personas desconocidas, así como instrucciones sobre cómo encontrarlas. Empecé a realizar de nuevo llamadas telefónicas, a obtener respuestas. Ayudé a una persona, luego a otra, luego a más.

Decidí hablar sólo cuando fuera necesario, y nunca acerca de mi pasado. Hablar de algo equivale a desaprovecharlo y yo ya había desperdiciado demasiado. La felicidad, tal como la conoce la gente normal, no era para mí. Sin embargo, tal vez ejercitar lo que quedaba de mi don me proporcionaría aún cierta satisfacción.

Aspiraba a convertirme en una buena esposa, pero eso era imposible. No me atrevía a dormir de nuevo con mi marido. Estaba convencida de que si él me tocaba, llevado por el deseo, yo perdería el exiguo poder que había recuperado. Por desgracia, no podía explicárselo a él. Las palabras se habían convertido en un bien escaso que había que preservar. Además, él no me habría creído. Lo cuidé en todos los demás aspectos: cocinando, limpiando, planchando, sentándome con él en el ajado sofá por la noche, dispuesta a escuchar lo que quisiera contarme. Pero él se tornó taciturno y reservado. Sólo le interesaba lo que yo no estaba en condiciones de ofrecerle: mi cuerpo, a cuyo yugo estaba uncida mi alma. Recé para que dejara de amarme y se enamorase de otra (esto nos habría facilitado un poco la vida a los dos), pero él no se prestó a ello. Su amor por mí no le dejaba otra vía de escape que el periódico olvido que le proporcionaba la bebida.

No fui una buena madre para Rakhi. La quería, pero no plenamente. Amar a alguien plenamente implica renunciar al propio ser, un riesgo demasiado grande para mí. Ella lo sabía. Quizá por eso ansiaba constantemente comprender quién soy, convertirse en mí. No estaba en mi poder concederle esto último, incluso si hubiera deseado ese destino para ella. Pero otorgarle lo primero habría acarreado mi destrucción.

De manera que comencé a redactar estos diarios, porque la palabra escrita es diferente de la hablada. La palabra hablada se funde como la escarcha al sol. La palabra escrita perdura, con sus frisos negros como la estructura de hierro de las ventanas de un palacio. Aun así, la tarea se ve obstaculizada por

mi falta de oficio. Los pensamientos, los recuerdos, me atraviesan a toda prisa y desaparecen. Sólo soy capaz de expresar una fracción de lo que pienso. El resto se pierde, como esporas dispersas al viento. No releo los fragmentos que he escrito. Temo que me entren ganas de romperlos.

Escribo esto para vosotros, mi marido y mi hija, para que los leáis cuando me vaya. Tal vez mis divagaciones os confundan. Tal vez me odiéis por mis confesiones. Tal vez comprendáis un poco lo que nunca os aclaré: quién soy y por qué, qué dioses acechan mis sueños, y qué serpientes.

Se encuentra en la larga fila, aguardando a que se abran las puertas, jugueteando con el bolso, con el papel en el que Sonny le ha anotado la dirección. Es una noche ventosa en San Francisco, y allí, al sur de Market, las ráfagas de viento se llevan consigo pliegos de periódicos de los portales, que se adherían a las piernas de los clientes del club. Pero «cliente» es una palabra demasiado formal, piensa ella, para aquel abigarrado grupo, en su mayoría integrado por personas de origen indio, aunque muchos han traído amigos de otras procedencias. La gama de peinados va del teñido estilo *punk* y del corte militar a los rizos que caen en cascada sobre *tops* de diseño. Algunos llevan pantalones grandones y holgados y gorras con la visera hacia atrás; otros ostentan un estilo gótico, con capas negras y labios rojo sangre. Bajo los abrigos ella vislumbra diminutas blusas de sari bordadas en oro combinadas con pantalones, o *dupattas* transparentes sobre corpiños. Con sus *piercings*, sus *bináis*, sus tatuajes, sus cabelleras teñidas con henna, parecen pertenecer a otra nación, impresión reforzada por los términos desconocidos para ella con que salpimentan su discurso. No recuerda haberse tropezado con indoamericanos de este tipo, ni en Fremont ni en Berkeley. ¿Constituyen quizás una nueva especie nocturna? ¿O son maestros del camuflaje que han estado siempre delante de sus narices, en los supermercados y los bancos, en los hospitales y las universidades?

Se habría sentido cohibida y fuera de lugar entre esta multitud, pero Sonny le ha dictado instrucciones sobre la indumentaria que debía llevar. Con su chaleco de Gujarat bordado, su falda negra hasta la pantorrilla y unos botines

viejos, pasa lo bastante inadvertida para que nadie la mire dos veces. Claro que en realidad tampoco se prestan mucha atención unos a otros, aunque ella supone que muchos deben de ser clientes asiduos. Tal vez en eso consiste ser joven, piensa. Está uno tan consumido por la energía que bulle en su interior, por todas las cosas que hay que conseguir ahora mismo, en este momento, que no hay tiempo de mirar nada, o a nadie, que no represente un atajo hacia lo que uno quiere.

Le sorprende comprobar que le caen bien. Se respira cierta camaradería en su indiferencia, que deriva de la certidumbre de que las personas que guardan esta cola, con sus diez dólares en la mano, son culturalmente superiores a las hordas bárbaras que están pasando el viernes en cualquier otra parte (en una discoteca pija, tal vez, o viendo una película india en un televisor demasiado grande en un salón demasiado adornado).

Rakhi hubo de reunir todo su valor para confesarle a Sonny que le apetecía ir a oírlo pinchar discos. Cuando él le comentó que su trabajo más creativo lo realizaba en Must-Must, en la fiesta *desi* que se celebraba a fin de mes en la ciudad, ella casi se echó atrás. Su fantasía, espoleada por los vestigios de terror de aquella fiesta aciaga, la inducía a imaginar una muchedumbre desenfrenada. Sin embargo, sabía que debía acudir, o nunca se le presentaría la ocasión de enterrar aquellos recuerdos. Ahora se maravilla de la paciencia con que la gente espera, charlando con el gorila de la puerta, intercambiando ocurrencias con un par de mendigos que intentan sacarles dinero para la cerveza. Aun así, pone buen cuidado en no mirar a nadie a los ojos, en no sonreír.

Sonny se había ofrecido a llevarla con él, pero ella se negó, alegando que quería vivir la noche de forma auténtica, como cualquier otro. Pero lo cierto es que se trataba de una prueba que se había impuesto ella misma. Desde el asalto a la Kurma House, estaba tan atemorizada que no se atrevía a salir sola

de noche. Cosas en las que antes apenas se habría fijado (un grupo de personas en una intersección, pasos a sus espaldas cuando se dirige a su coche, alguien que le pregunta si tiene un momento) dominan ahora su mente arrojando sombras monstruosas. Sólo de pensarlo se le acelera la respiración.

Esta noche, en el tren que atravesaba la bahía, la asaltó la claustrofobia cuando el vagón se hundió bajo tierra y las ventanas se tornaron negras. Los rostros de los hombres del vagón (había tres, uno dormitando, dos con auriculares en las orejas) cobraron un aspecto amenazador. Unas duras arrugas surgieron en su entrecejo, y sombras furiosas llenaron los huecos bajo sus ojos. ¿La observaban subrepticamente, intentando adivinar de dónde era? Rakhi se preguntó cuál de ellos era más probable que la atacase. El miedo le subió desde la planta de los pies, entumeciéndoselos. Respiró profundamente y se forzó a abrir el diario de su madre que llevaba.

En el último pasaje, había leído lo del aborto que nunca llegó a practicarse, la frase que su madre había escrito como de pasada:

«Si la serpiente me lo hubiera pedido, yo lo habría hecho.» La releyó, una, dos, tres veces, una y otra vez, hasta que las palabras se desdibujaron para descomponerse en una retahíla de sílabas sin sentido. Allí estaba la confirmación de lo que ella, con la intuición devastadora de la sangre, había sospechado toda su vida: que era menos importante, que representaba un obstáculo, una carga. Con toda la fuerza de sus manos trémulas, arrojó el diario al otro extremo de la habitación. Pero entonces se acordó de su padre, pensó que sin duda a él le había resultado más difícil leer aquello, enterarse de las razones por la que su mujer había permanecido a su lado toda la vida, y descubrir que estas razones no lo incluían a él. Para colmo, era consciente de que su hija lo leería también. «Yo lo quería —había escrito su madre—, pero no lo suficiente.» En cierto modo aquello era peor que si ella no lo hubiese amado en absoluto. A su padre le habría costado poco saltarse aquellas líneas,

fingir que no existían. Pero lejos de ello, dejó de lado su vergüenza, rescató la verdad y continuó traduciendo porque su hija se lo había pedido.

Y su madre. Cuando remitieron la ira y su autocompasión, comprendió que para su madre había sido más duro que para los demás. Al despojarse del silencio, esa armadura que había llevado toda la vida... ¿habría vacilado, inclinada sobre el cuaderno, mordiendo el extremo del bolígrafo? ¿Se había imaginado cómo la odiarían el marido y la hija a los que había abandonado aun cuando decidió quedarse con ellos? Cada palabra que había consignado en sus diarios constituía un regalo y a la vez una herida que sólo sanaría al ser leída. Este pensamiento impulsó a Rakhi a recoger el cuaderno y alisó las páginas arrugadas, la cubierta que se estaba rompiendo. Con oscura gratitud, siguió leyendo hasta el final.

En el tren retomó una de las primeras traducciones que había realizado su padre. Leyó la misma página una y otra vez.

El sueño acude, heraldo de la alegría.

Doy la bienvenida al sueño.

El sueño acude, heraldo de la pena.

Doy la bienvenida al sueño.

El sueño es un espejo que me muestra mi belleza.

Bendito sea el sueño.

El sueño es un espejo que me muestra mi fealdad.

Bendito sea el sueño.

Mi vida no es sino un sueño

desde el cual despertaré a la muerte,

que no es sino un sueño de vida.

El pánico le impidió descifrar el significado oculto de las palabras, pero a través de ellas oía la voz de su madre, serena, pragmática, un poco exasperada por la tendencia de su hija a dramatizarlo todo. Esto le infundió fuerza hasta que el tren se detuvo con una sacudida y una máquina la informó

de que había llegado a Embarcadero. Salió del tren con piernas temblorosas, pero, por lo demás, estaba orgullosa de su victoria.

Se identifica ante la mujer que está sellando las manos a la salida, como Sonny le había indicado.

—¡Vaya! —exclama la mujer (una niña en realidad, muy delgada, toda de negro con el pelo crespo y ojos enormes maquillados al estilo Cleopatra), levantándose de un brinco del taburete—. ¡Tú eres la mujer del DJ Sundance! Nos avisó que ibas a venir. —A pesar de las protestas de Rakhi, ella le devuelve los diez dólares—. ¡Cómo vamos a cobrarte! —Se ofrece a acompañarla abajo, donde se encuentra Sonny—. Es el mejor. Todos pensamos que es un genio. —Mira a Rakhi con reverencia, como si algo del talento de Sonny la hubiera empapado a ella también. Cuando Rakhi le asegura, azorada, que ella misma encontrará el camino, la mujer contesta, decepcionada—: Que te lo pases bien. —Esa frase le provoca un escalofrío de terror.

Una vez en la sala, profunda y oscura, ella se detiene, con la espalda contra la pared, para orientarse. En la pared de enfrente se proyectan imágenes de vídeo que resbalan unas sobre otras en un rojo monocromático (las ruinas de un edificio colonial, un lago, una mujer bebiendo de un coco verde, una cobra, un hongo atómico). El rojo le produce la sensación de haber entrado en otro espacio. «El tiempo onírico», se dice, mientras se abre camino entre el gentío. No había previsto que el sitio ya estuviese atestado a esa hora. Piensa en la larga cola que todavía aguarda fuera. ¿Cómo van a caber todos? Y en caso de incendio, o de algo peor, ¿cómo van a salir? Pero no ha venido a preocuparse. La discoteca ha sobrevivido hasta ahora sin que ella viniese a resolver sus problemas, le recuerda a su voz susurrante.

Ahora repara en la música, aunque seguramente lleva sonando todo este

tiempo. Ella siempre se ha considerado una persona más bien visual; no sabe mucho de música y ha mostrado una peculiar reticencia a aprender.

«Escuchar algo que no comprendes del todo —le comentó a Sonny en cierta ocasión— tiene un encanto especial, como oír un idioma extranjero. No te distrae el supuesto significado de los sonidos. Puedes dejar que fluyan dentro de ti hasta el fondo.»

Eso es lo que hace ahora, y entonces cae en la cuenta de que está oyendo instrumentos indios, aunque no se parecen en nada a los CD de música clásica que a veces escucha. Tampoco poseen el tosco timbre folclórico de la música que tocan en la Kurma House. Rakhi avanza hasta el bajo escenario montado al fondo de la sala, donde un hombre y una mujer tocan las *tablas*. Junto a ellos hay un saxofonista (ah, eso era lo que llegaba hasta sus oídos, las notas que se estiraban como la melaza y se entretejían diestramente con la machacona percusión, confiriéndole una cualidad extraña e hipnótica). Unas cuantas personas están bailando, en su mayoría solas, con los ojos cerrados, pero casi todo el mundo se limita a escuchar. Están sentados con las piernas cruzadas en un suelo de cemento de apariencia extremadamente incómoda, embelesados, balanceándose. A Rakhi le gustaría quedarse un rato más, estudiando las diversas expresiones de sus rostros (un cuadro está cobrando forma en su mente, otro *collage*), pero vislumbra las escaleras que descienden al sótano y las sigue. A su espalda, una mujer entona un canto tradicional, una vocal simple, *aaaaa*, que sube y baja, ora rota en sílabas, ora prolongada en una nota única y oscilante. Suave, luego fuerte y luego suave de nuevo, el sonido se aloja en ella. Le resulta curiosamente familiar, un *déjà vu* de memoria cultural que no esperaba encontrar allí.

El sótano está bañado en un resplandor azul proteico puntuado por el latido de las luces estroboscópicas. Le recuerda a Rakhi un poema que leyó hace mucho tiempo sobre gencianas bávaras y el más allá. A primera vista ella

calcula que allí se hacina en torno a un millar de personas, todas bailando. Localiza enseguida a Sonny, atraída hacia él por una especie de radar interior. Él está en un rincón, detrás de varias mesas, con los auriculares al cuello. Lo rodea una plétora de aparatos de aspecto sofisticado. En dos platos situados delante de él giran dos discos. De cuando en cuando se pone los auriculares y ajusta algo en un reproductor de CD. Todavía no la ha visto. A ella le gusta eso. Al observarlo sin que él se aperciba, se forja la ilusión de que es invisible y poderosa. Una chica con rastas está sentada en un taburete junto a él, tocando unos tambores africanos. Sobre otro giradiscos se inclina un hombre. Desde donde se encuentra Rakhi, parece que lo está rascando con la aguja, parándolo y dejándolo girar. Esto habría debido resultar en una cacofonía perturbadora, pero no es el caso.

Rakhi se percata de que se le han tensado los músculos del abdomen, mientras espera a que la oscura espiral de la memoria la arrastre. Estaba segura de que oír tocar a Sonny obraría ese efecto en ella. No obstante, los sonidos se funden para crear una música distinta de cualquier cosa que haya escuchado antes: dinámica, ligeramente desafinada, una fusión de elementos dispares (suenan unos acordes de guitarra, luego el martilleo de un bajo, luego algo inconfundiblemente generado por ordenador). Una voz de mujer canta *chhaiya chhaiya*, acto seguido se apaga y lo que queda en la base, un magnético redoble de tambores y palabras que no comprende, un ritmo tradicional que ella reconoce de la Kurma House, tira de ella hacia la pista de baile (¡a ella, que no ha bailado en la vida!). Aunque el término «pista» se presta a confusión, porque la gente baila por todas partes (en las escaleras, delante de una pantalla de vídeo que muestra imágenes de otros bailarines, en un escenario instalado al otro extremo de la sala). La gente bota al compás de la música en los taburetes de la barra. Bailan solos, o con un compañero, pero casi todos bailan en grupos. Sonny pone una canción de un barquero, de un

viejo disco que le encanta al padre de Rakhi, pero en esta versión está mezclada con sonidos electrónicos y palabras pronunciadas en otro idioma. La voz de la cantante, miel con un trasfondo arenoso (o *majhi re*), desaparece tras la melodía de fondo y resurge, sorprendiendo a Rakhi.

Se encuentra entre un grupo de personas que bailan *bhangra*. La soltura con que menean los hombros le recuerda a los hombres de su bar, con la salvedad de que aquí la velocidad está decuplicada, mezclada con *break dancing*, danza del vientre y otras clases de baile cuyos nombres ella desconoce. Están dotados de un talento que intimida, que la empuja a retirarse a la seguridad de la barra. Por otra parte, el ritmo es tan pegadizo, tan despreocupado, que no resiste el impulso de cabecear y oscilar de un pie a otro. De todas formas nadie la mira, así que tal vez no importe que no baile bien, que no realice movimientos elegantes, que apenas siga el ritmo. Sólo un momento, piensa. Luego se sentará a la barra.

Ahora el grupo se abre para formar un círculo. Están practicando una especie de juego. Mientras los otros baten palmas y silban, una mujer con unos pantalones bordados de *zari* y una camiseta de licra sale dando vueltas al centro del círculo, con los ojos cerrados, los brazos en alto, el pelo azotándole la cara. Gira tan deprisa que pierde el equilibrio y se abalanza sobre las personas que la circundan. Rakhi se encoge, pero la gente evita que la mujer caiga al suelo. La lanzan de nuevo al centro del corro, entre risas y expresiones de ánimo. La mujer repite el número, luego se retira y un joven con el pelo trenzado ocupa su lugar. Él también gira con los ojos cerrados, se tambalea, lo recogen y vuelve al centro. Le siguen otros. Rakhi no es capaz de apartar la vista de ellos. Se respira camaradería, una camaradería tal vez inducida por el alcohol y la adrenalina, pero aun así... Lanzarse a ciegas entre desconocidos, confiar en que sostendrán tu peso, que no te harán daño, que,

de hecho, impedirán que te hagas daño... ¿Se atrevería ella a correr ese riesgo después de todo lo que ha sucedido?

De pronto, sin saber cómo, se encuentra dentro del círculo. ¿Ha dado ella el primer paso o le ha empujado alguien? En cualquier caso, ahí está, girando sin parar. Casi de inmediato se marea, le entran náuseas. ¡Qué niñería! Es demasiado mayor para estas cosas, probablemente se torcerá un tobillo en cualquier momento. Y al pensar en esto tropieza, con los brazos extendidos, rígida de miedo, abriendo de pronto los ojos. Enseguida la sujeta alguien. Es una mujer con un vestido suelto, con flores ensartadas en su larga trenza castaña. Lleva una corona de plumas.

—¿Eliana? —susurra Rakhi—. ¿Eres tú?

Pero la música ahoga su pregunta. La mujer le dedica un guiño (¿una señal de asentimiento o simplemente de buena voluntad?) y se aleja dando vueltas. Otras manos sostienen a Rakhi, luego la sueltan en el interior del círculo. Alguien grita «¡Vamos!», y ella comienza a girar de nuevo, con los ojos cerrados, pero ahora sin miedo. Se acerca a la circunferencia, y la gente la agarra y la lanza de nuevo una, dos, tres veces. Se queda perpleja al notar que sonrío. Con cada evolución se integra más en la música, formando parte de ella, integrándose en la escena, y mientras baila en la oscuridad de sus párpados y la piel se le empapa en sudor y el ritmo palpita en ella, de súbito se siente profundamente agradecida.

Avanza contoneándose hacia la cabina del pinchadiscos, deteniéndose en la barra para recoger una copa, algo dulce y fuerte que no reconoce, pero eso no le preocupa. Empieza a comprender lo que la discoteca significa para Sonny. No se trata sólo de la emoción, el glamour, el dinero y la popularidad fácil, como ella le recriminaba mentalmente, ¡sino de conseguir que toda la gente que abarrotaba una sala entera se abandone al ambiente y se una en un solo ser con el sonido! Alzar los brazos al cielo y desear que no acabe jamás

esa música que has creado a base de fragmentos elegidos al azar y melodías descartadas, y que suena como nadie habría imaginado posible... ¿era un poco como ser Dios!

Le gusta el modo en que la música la pilla desprevenida al pasar de étnica a tecno, de tecno a tambores, tambores, tambores. Está bien no saber qué viene a continuación. Confía en que será bueno, o por lo menos interesante. Pequeños trozos de miedo se desprenden de ella y se alejan flotando. Lleva mucho más dentro, pero es un comienzo. Se siente más ligera cada vez que sacude los hombros, cada vez que menea las caderas. Es como caminar en la luna. Está bien, lo admite: en parte su estado se debe a la bebida, que ahora le está ofreciendo a Sonny, pero eso también está bien. Él sonríe y sus dientes brillan como el neón bajo la luz negra. Toma la copa y la alza en un brindis silencioso. Un rayo de luz hiende el líquido, arrancándole un destello al satén color fresa. Ella, sin dejar de moverse, es consciente de que esto no durará. Mañana volverá a ser la cascarrabias de siempre (¡debe de estar algo achispada para que se le haya ocurrido semejante palabra!). Aun así, se conforma con disfrutar del momento, esa efímera mota de polvo reluciente en la telaraña del mundo, donde su órbita y la de Sonny han coincidido una vez más. Regresa bailando al centro de la sala, su nodo de energía, notando que la mirada de Sonny le envuelve los hombros como una *dupatta* de seda.

Glosario

alu paratha: pastel frito de varias capas (*paratha*) a base de patata (*altí*).

Anansi: araña taimada que aparece en fábulas del folclore africano.

asana: postura de yoga.

ashram: comunidad para el desarrollo espiritual. Residencia de un yogui.

beguni: aperitivo a base de berenjena.

besan: harina de garbanzo.

beta: hijo.

be ti: hija.

bhai-bahen: hermanos y hermanas.

bhangra: música tradicional de los campesinos de Punjab.

bharatnatyam: danza clásica originaria del sur de India.

biji: padre.

bindi: marca redonda que se pinta en la frente.

cha: palabra procedente del chino mandarín para referirse al té.

chaer dokan: bar de comidas.

chappals: sandalias.

chhana: cierta verdura silvestre.

chiban: tipo de bordado con unas partes recortadas y sobrehiladas, y otras con puntadas entrecruzadas para crear un efecto de sombreado.

chutney: condimento a base de frutas con especias y vinagre.

dal: término que designa genéricamente las legumbres secas como lentejas, alubias y garbanzos, alimentos básicos en India.

dashiki: túnica coloreada africana.

desi: de procedencia india. También muchacha india.

dupatta: pañuelo que llevan las mujeres a manera de chal o para cubrirse la cabeza.

falafel: pastelillo frito a base de harina de garbanzo.

gana: en hindi, «canción».

ghazal: composición romántica vocal en urdu.

gurdwara: templo sij.

jilebi: pastelillo típico de India.

kheer: arroz con leche al estilo indio.

kurma: guiso con especias.

kurta: camisa o túnica holgada que llevan tanto hombres como mujeres.

laddus: especie de dulce de leche.

lauki: especie de calabaza (*Lagenaria siceraria*).

lingam: órgano sexual masculino.

masala: estilo culinario basado en la mezcla de especias.

mihidana: postre que consiste en pequeños gránulos de harina de legumbres fritos en aceite y cubiertos de almíbar.

mulee: cierta clase de rábano.

mung: especie de haba.

nimki: galletas de harina.

pakora: verduras enharinadas y fritas que se toman como aperitivo.

palak paneer: plato a base de espinacas, especias y queso fresco.

paneer: empanada de queso.

pantua: especie de buñuelo dulce.

pista kulfi: helado de pistacho.

poori: una especie de pan frito.

rabri: gachas.

rasogolla: dulce de forma redondeada hecho a base de *chhanna* y harina de trigo.

roti: pan sin levadura.

saag: guiso de espinacas.

salaam: saludo empleado por los musulmanes que significa «paz».

salwaar kameez: conjunto de pantalones anchos y camisa larga y holgada.

sandesh: postre indio similar al dulce de leche.

saunf: hinojo.

shal: árbol cuya madera se usa en construcción (*Shorea robust*).

shona: apelativo cariñoso.

sindur: polvo que llevan las novias en la frente.

singara: especie de empanada frita rellena de carne y verduras.

sooji: sémola gruesa.

stupa: monumento en piedra, de forma semiesférica o acampanada, construido como

santuario o relicario budista.

Szechwan: región de China. Estilo culinario de esta zona.

tabla: instrumento de percusión formado por dos tambores de mano de diferentes tamaños.

tandoori: estilo culinario indio caracterizado por las especias empleadas y la utilización de un horno de arcilla.

tye-dye: proceso de estampado de telas consistente en sumergir la prenda con un nudo en un proceso de deslavado.

upanayana: rito de iniciación en el que se vincula al niño a una de las tres castas superiores.

zari: brocado de oro.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a:

Mi agente, Sandra Dijkstra, por tus muchas maneras de ayudarme.

Mi editora, Deb Futter, por tus sabias preguntas.

Kim Chernin, Deepika Petraglia-Bahri y Lawrence Hogue, por vuestros comentarios.

Mi madre, Tatini Banerjee, y mi suegra, Sita Divakaruni, por vuestras bendiciones.

Murthy, Anand y Abhay, por vuestro amor y comprensión.

Baba Muktananda, Swami Chinmayananda y Gurumayi, por vuestra presencia en mi vida.

«Una encantadora novela de la autora de *La señora de las especias*»



Tras un tempestuoso matrimonio con el encantador pero irresponsable Sonny, Rakhi cría sola a la hija de ambos, Jonaki. Pese a sus esfuerzos por abrirse camino como artista, de mantener su economía familiar con una pequeña casa de té y de iniciar una nueva vida como divorciada, esta joven artista de origen indio y afincada en Estados Unidos ve cómo se van levantando obstáculos en su camino. Sonny aparece de vez en cuando, desestabilizándola a ella y mimando a Jonaki, y se inaugura en la vecindad una cadena de cafeterías que amenaza con provocar el cierre del local de Rakhi. En este estado de cosas, una tragedia impone un rotundo cambio en la vida de Rakhi: su madre muere en un accidente.

La madre de la protagonista era una mujer ciertamente especial: poseía el don de interpretar los sueños ajenos e incluso llegaba a compartirlos. Rakhi la quería y la admiraba profundamente, pero había una parcela en esa reina de los sueños que permanecía oculta, inaccesible. A partir del accidente, Rakhi descubre no solo los diarios de los sueños que escribía su madre, sino una nueva forma de relacionarse con su padre, quien le desvela aspectos de su historia y de su madre que ella desconocía y jamás había sospechado.

«Divakaruni combina con delicadeza la fría realidad con la rica imaginación de un cuento de hadas.»

Wall Street Journal

«Divakaruni es una narradora incomparable. Parte de la belleza de su

**talento es su habilidad para capturar la auténtica complejidad del
paisaje emocional de sus personajes.»**

Denver Post

Chitra Banerjee Divakaruni nació en Calcuta en 1957 y emigró a Estados Unidos en 1976 para continuar su formación académica. Divakaruni alcanzó el reconocimiento de la crítica internacional cuando en 1997 publicó *La señora de las especias*. Autora también de libros de poesía (*Leaving Yuba City*), así como de *Arranged Marriage*, una colección de relatos que obtuvo diversos galardones literarios en Estados Unidos, combina sus tareas como escritora con las de profesora. Ha colaborado con distintas publicaciones periódicas como: *The New Yorker*, *The Atlantic Monthly* y *Good Housekeeping* entre otras. Divakaruni participa también activamente con MAITRI, una asociación para la acogida y asesoramiento de mujeres emigrantes procedentes de Asia. Entre sus novelas destacan, junto a la citada, *La señora de las especias*, *Mi hermana del alma*, *Los nombres de las estrellas*, *El palacio de las ilusiones* y la presente *La reina de los sueños*, todas ellas publicadas por B de Bolsillo.

www.chitradivakaruni.com

Título original: *Queen of Dreams*

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2004, Chitra Banerjee Divakaruni

Publicado originalmente por Doubleday / Anchor

Publicado por acuerdo con Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Sonia Tapia, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-907-0467-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La reina de los sueños

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Glosario

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos